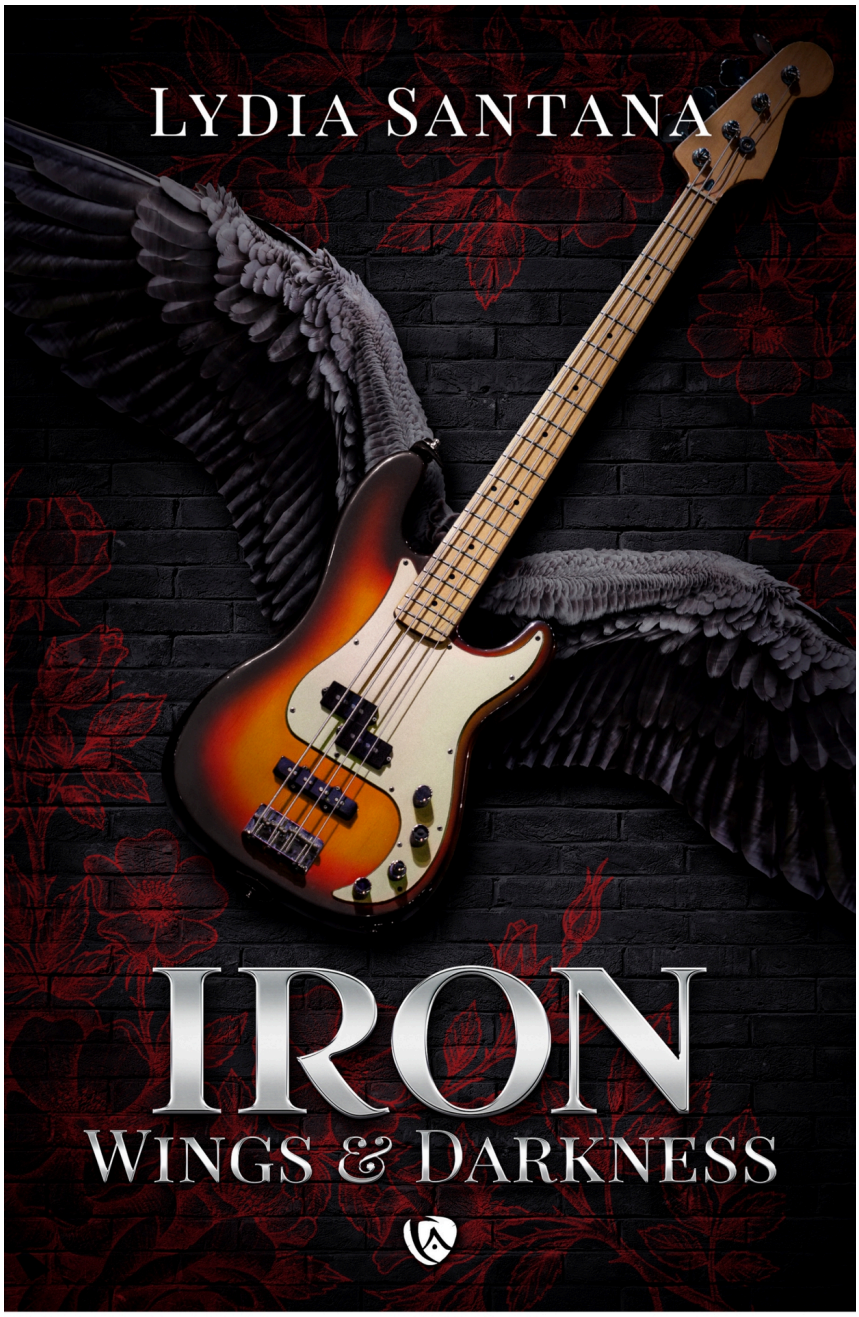

LYDIA SANTANA
IRON
WINGS & DARKNESS



Primera edición: 2026

©Derechos de edición reservados
Grupo Editorial Arcanas, S. L.
www.edicionesarcanas.es
edicionesarcanas@gmail.com

©Lydia Santana

Edición: Ediciones Arcanas
Corrección:
Correcciones Ebreya
Saray Santiago Fernández
Maquetación y diseño de interiores: Saray Santiago Fernández
Vectores interiores: ©Canva
Maquetación y diseño de cubierta: Elías Santos
Ilustraciones interiores: @rigo_vegar

ISBN DIGITAL: 979-13-88225-10-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Kendall

«Cuando miras durante mucho tiempo al interior de un abismo, el abismo te termina devolviendo la mirada».
—Nietzsche.

PRELUDIO

RECUERDOS PERDIDOS

Anya

Pasado

Tenía un recuerdo borroso que aparecía como un intruso en mis sueños de vez en cuando. Con los años, dejé de saber discernir cuánto de ese recuerdo era real y cuánto estaba manipulado por mi imaginación.

En él, varios golpes contundentes me despertaban. El sonido de muchos pares de botas me advertía de que había movimiento en el piso de abajo, cerca de la cocina. No parecían recorrer la casa, más bien se dirigían sin hablar hacia algún lugar no muy lejos de esa habitación y se perdían en el silencio de la noche. Sabía con total seguridad que habían bajado al sótano. Tenía miedo, pero todavía más curiosidad, así que me calcé mis zapatillas de unicornios, cogí mi peluche favorito (que en ese momento era un dragón), me recogí en una coleta el pelo ondulado de un castaño oscuro y me deslicé por las escaleras como un pequeño fantasma. Nadie me esperaba en la planta principal, tampoco había signos de que alguien hubiera ido a la cocina a por un tentempié de media noche. Todo estaba oscuro; por ello, la línea de luz que asomaba bajo la puerta del sótano delataba que ahí abajo sí había alguien.

Me acerqué para coger el pomo y lo giré todo lo despacio que pude, abrí la puerta apenas para deslizar mi cuerpo por la abertura y cerré con cuidado para evitar que una corriente de aire la cerrase de golpe y revelase mi presencia. Sabía que si me pillaban despierta y husmeando a esas horas de la madrugada me caería una buena. Pero no podía dormir sin saciar mi curiosidad, así que ahí estaba, bajando las escaleras hacia las entrañas de mi hogar. Al bajar encontré un pequeño pasillo con tres puertas. La primera era el almacén principal de la casa; la segunda, el cuarto de las herramientas de papá, y la última siempre permanecía con un candado, así que no sabía qué había allí. Pero esa noche no lo tenía y mi hermano estaba apoyado contra la puerta, intentando escuchar lo que ocurría dentro.

—¡Anya! —me reprendió entre susurros. Con esa luz sus cabellos parecían hebras de oro y sus ojos azules brillaban en mil tonos posibles, debatiéndose entre la oscuridad y la poca luz que recortaba su perfil—. ¿Qué estás haciendo despierta?

—Algo me ha despertado —susurré colocándome a su lado, pegada a la puerta—. Tenía curiosidad. ¿Y tú qué haces?

—He visto a papá con mucha gente. —Los ojos de Aleks se entrecerraron hasta ser casi una línea—. Kendall estaba con ellos. Quiero saber si está bien.

Asentí, comprendiendo su preocupación, pues ese chico era su mejor amigo. Me silenció con un dedo sobre la boca y pusimos atención.

Gruñidos de dolor, murmullos, golpes. Y, por encima de todo, la voz de mi padre.

—Vamos, chico, parece que no le estás dando con ganas. Sé que puedes hacerlo mejor. ¿Acaso quieres alargar su tortura?

—Por favor, por favor —gruñó esa voz de hombre atormentado—. No volverá a pasar, no lo volveré a hacer.

—Claro que no volverás a hacerlo, sucio patán —espetó mi padre, y se escuchó un golpe mucho más grande seguido de un grito de dolor—. ¿Quién crees que eres para robarme? ¿Eh? —Otro golpe—. ¿Quién crees que eres para poner a mi chico en el punto de mira de la Yakuza?

—Lo siento, señor, lo siento.

—Ya es tarde —sentenció mi padre. Sonó un golpe metálico—. Toma, hijo, termina el trabajo.

Se hizo el silencio y después un disparo. Aleks y yo nos miramos, aterrados. Mi hermano me cogió de la muñeca para salir de allí corriendo, pero una voz joven tras la puerta detuvo su huida.

—Señor —dijo Kendall—. Creo que podemos aprovechar que la Yakuza ya me ha puesto cara.

—¿Qué quieres decir, chico?

—Déjeme hablar con Kova de…

Pero ya no pude escuchar más, mi hermano tiró de mí y subió las escaleras como una exhalación. Recorrimos la cocina a oscuras y volvió a subir las escaleras hasta el piso de arriba sin soltarme, nos metió en su habitación y cerró la puerta. Mi peluche salió volando en algún momento de esa carrera, pero no pude comentarlo porque mi hermano se arrodilló y vomitó.

—Ya está, Aleks, ya…, tranquilo…

Le ayudé a limpiarlo todo para que no nos riñeran. Cuando volví a mi habitación, alguien había dejado mi peluche frente a la puerta. Un olor diferente al de mis padres, mi hermano o el mío se había impregnado en él. Y

con ese olor a otra persona me fui a dormir, sintiéndome, a pesar de todo, tranquila y arropada por él.

***

Varios años después

—Deja de llorar, Anya, me lo estás poniendo más difícil de lo que es —rogó mi hermano mientras yo me agarraba a su cuerpo con fuerza.

—Lo *zé* —balbuceé, pero no saqué mi cara de su estómago.

Al final me cogió por los hombros y me retiró del abrazo de koala. Sacó un pañuelo y me limpió la cara llena de lágrimas, mocos y babas. Tras dejar caer su bolsa para estar más cómodo, se arrodilló y me cogió con cariño de las muñecas.

—Hemos hablado sobre esto —recordó con la voz llena de afecto—. Es una oportunidad única para cumplir mi sueño. Necesito irme para seguir creciendo, enana. Pero vendré a verte siempre que pueda y, cuando seas mayor, te mandaré entradas para todos mis conciertos y pases vips. ¿Te parece bien?

—M-me p-parece b-bien —respondí tratando de contener el llanto.

—Hablaremos todos los días —insistió de forma reconfortante—. Y vendré en Navidad para celebrar las fiestas y tu cumpleaños. Prometo hacerte los mejores regalos de tu vida.

—M-más t-te v-vale —recriminé. Cogí aire y, suspirando, conseguí hablar sin trabarme—. Serás un gran músico.

—Y tú una gran dibujante —sentenció con los ojos brillantes.

Desvió la mirada hacia atrás, su mejor amigo estaba con nosotros en aquel último adiós. Kendall tenía la edad de mi hermano, pero era más alto y corpulento que él, lo que le daba el aspecto de alguien mayor. Sus ojos pardos estaban vidriosos y, aunque intentaba que el flequillo de su pelo azabache lo ocultase, sabía que estaba afectado por la despedida. Nuestros padres se habían despedido de él y ahora estaban unos metros atrás para darnos espacio.

—Cuida de mi hermana —le rogó.

—Lo haré —prometió la voz firme y preciosa de Kendall—. Más te vale volver todas las navidades, Aleks.

Mi hermano sonrió de esa forma confiada y brillante que solo él sabía expresar.

—Claro, tío. —Le dio un abrazo con sonoras palmadas y después se volvió a inclinar hacia mí.

Me besó la frente y me abrazó una última vez. Después, en un gesto rápido

y ágil, cogió su bolsa de mano y atravesó las puertas de embarque sin girarse ni una sola vez.

Una mano fuerte y de yemas ásperas cogió la mía. Kendall miraba la espalda de mi hermano con los labios apretados y los ojos vidriosos. Cuando sintió mi mirada examinando su rostro, con lágrimas surcándome las mejillas, me miró y sonrió con tristeza.

—Todo irá bien, enana —me susurró.

Y yo intenté creerle con todas mis fuerzas. Porque, en ese momento en el que todo el mundo bajo mis pies explotaba y se derrumbaba, él era lo único que sentía firme a mi lado. No fueron mis padres, a los que sabía que solo les importaba mi hermano y su fama, yo había sido más criada por los empleados que por esas figuras paternas ausentes.

Así que el firme agarre de Kendall y su mirada fija en mí se convirtieron en un mundo entero.

1

PRIMER DÍA

Anya

Presente

Pasaron siete años desde que mi hermano se marchó a los veintiuno para cumplir su sueño.

Después de mucho estudiar y pelear por hacerse un hueco en el complicado mundo de la música, logró colocarse como batería de un grupo famoso de *heavy metal* del que siempre había soñado formar parte. Estaba tan orgullosa de él que solía llevar camisetas, carpesanos y mochilas de su grupo, como una *groupie* más (aunque también me ponía del grupo de Kendall).

Aleks cumplió todas y cada una de sus promesas: venía todas las navidades, pasara lo que pasase o en qué parte del mundo hubiera estado tocando. Siempre traía regalos de todos los sitios a donde había ido. Hablábamos a diario y, en cuanto tenía vacaciones, regresaba a la ciudad a vernos todo el tiempo que podía.

Al menos así habían sido los dos primeros años. Estos cinco últimos las cosas empezaban a complicarse. Pero aun así tenía la esperanza de que siempre volviera por mi cumpleaños.

Mientras tanto, Kendall se había convertido en un guardaespaldas leal que no me dejaba ni a sol ni a sombra. Bueno, él y el grupo de tres músicos que seguían usando nuestro garaje para ensayar, que se habían convertido en unos hermanos de repuesto. Mi madre se lo había permitido, ya que no había muchos garajes en nuestra pequeña ciudad preparados acústicamente para no molestar a los vecinos con la música. Así que pagaban un pequeño alquiler, algo simbólico, y yo bajaba siempre a escucharlos tocar. Hacía vídeos y se los enviaba a mi hermano para tenerle al día, y así hacerle partícipe de lo que sus amigos continuaban haciendo donde él lo dejó. Aleks grababa vídeos entre bambalinas, en ensayos o justo antes de un concierto, eso nos hacía viajar a nosotros con él.

Casi todos los chicos del grupo eran mayores que yo. Ozzy y Kendall tenían la misma edad que mi hermano, habían sido compañeros de clase toda su vida. Riley les sacaba dos años, se conocieron cuando pegaron carteles por todo el barrio buscando un guitarrista para el grupo que querían montar; él se presentó allí y los dejó con la boca abierta por sus habilidades musicales. Jason era la excepción, pues tenía mi edad. Kendall y él se habían conocido de casualidad, creía haber escuchado. Pero Jason iba a un colegio privado en la otra punta de la ciudad, así que crecí separada de él, a excepción de cuando nos veíamos en los ensayos de los Iron.

Desde que terminé primaria y comencé el instituto, había logrado hacer dos amigos fieles e increíbles con los que compartía mi día a día: Katherine y Stephen. Había sido ella la que me había hablado aquel primer día de instituto y, a pesar de ser popular y tener muchas más amigas, siempre elegía sentarse conmigo en los almuerzos.

Yo me fijé en Stephen desde el primer día de clase y me encapriché tanto de él que Kat, antes de que terminara el primer trimestre, consiguió hacerse amiga de él y meterlo en el grupo. Stephen era increíblemente inteligente e interesante; pero, físicamente, un chico normalito. Sin embargo, no era lo que me conquistaba. Siempre tenía que haber un factor psicológico para que mi corazón reaccionara. Y eso me pasó con él.

Jamás pude expresar mis sentimientos. A pesar de que Kat consiguió que lo tuviera cerca a diario, no conseguía exteriorizar lo que sentía. No había conseguido dar un solo paso en años, hasta que a principios del verano él me besó. Y una cosa llevó a la otra. Hasta que ahí, con ese amigo, se quedaron mi primera y mi segunda vez. Después de aquello se fue con su familia de vacaciones y, aunque seguimos hablando, nadie sacó el tema del sexo. Ni mucho menos de los sentimientos.

Hoy era el primer día del curso después del verano y estaba preparando la mochila cuando escuché el sonido de un claxon conocido. Abrí la ventana ante la insistencia.

—¡Que ya voy!

—Venga, enana, que no llego al curro —me gritó Kendall desde la calle.

Puse los ojos en blanco, cogí el abrigo y la mochila y cerré la puerta del piso de estudiantes donde me alojaba desde el año anterior.

Empezaba a necesitar intimidad y tener la universidad lo más cerca posible, pues mi idea era continuar la carrera allí. Mi madre pasaba mucho tiempo fuera de casa por el trabajo y mi padre no vivía con nosotros desde hacía al menos diez años, así que solía quedarme sola con los empleados domésticos. Kendall y los demás dejaron de venir a nuestro garaje a ensayar en cuanto pudieron

pagar un local profesional. Con los años, llegué a considerarlos mis propios amigos, incluso casi diría mi familia. Pasaba más tiempo con esos cuatro hombres que con nadie más, para mí eran mi mundo entero. Por ello, cuando dijeron que no vendrían más a ensayar a casa, lloré tanto que Jason le hizo prometer entre patadas a Kendall que vendrían a recogerme para ir a verlos a todos los ensayos. Y eso hizo desde entonces.

Así que el año pasado les propuse a mis padres quedarme en el centro de la ciudad, más cerca de los Iron y con la universidad a tan solo unas pocas paradas de metro. Mis padres accedieron sin discusión, su única pregunta fue: «¿Cuánto dinero necesitas?». Me habían tocado los padres del año, vaya.

Me metí en el coche de Kendall con la música a todo volumen. Él ni me saludó y casi arrancó con la puerta del copiloto todavía abierta.

—¡Eres un bruto! — espeté cuando escuché las ruedas chirriar. Él sonrió —. Ya te he dicho que no hacía falta que vinieras, joder, que ya no tengo trece años.

—Sí, sí, ya hemos hablado del rollo de mujer adulta y todo eso, enana — respondió moviendo la mano entre los dos—. Pero tu hermano me pidió que te cuidara cuando se marchó, y eso pienso seguir haciendo, así que cállate ya.

—No me mandes callar, idiota.

—Pues vale, no te calles, pero no pienso escuchar tu sermón adolescente. —Y subió la música.

Joder, le iba a meter ese CD por el…

Bajé la música y lo miré con el ceño fruncido. Paró en un semáforo y suspiró de forma dramática mientras se frotaba los ojos. Después me miró torciendo la cabeza.

—Vale. Hostia. ¿Qué te pasa?

—Me he liado con Stephen.

Se le descompuso la cara en una mueca entre horror, asco y tensión. El semáforo se puso en verde, nos pitaron y, soltando una maldición, arrancó el coche. El pulso me iba a mil por hora mientras seguía mirándole y se me pusieron las mejillas cada vez más rojas. Él miraba la carretera y a mí de manera intermitente. El destino quiso que pillase todos los semáforos en verde hasta que llegamos a la entrada del instituto.

—Vale, vale, a ver. —Paró el motor y detuvo la música. Se frotó la cara y se giró para mirarme de frente—. Liarte con él es…

—Follar.

La palabra pareció golpearle en las pelotas, cerró los ojos con dolor y se aclaró la garganta.

—Madre mía, joder, esto se lo pienso hacer pagar a tu hermano con creces

—susurró para sí mismo. Cogió aire y me volvió a mirar—. ¿Usasteis…?

—Joder. ¡Kendall! —dije roja como un tomate.

—¡Tengo que asegurarme!

—Que sí, gilipollas, no soy idiota.

Lo que no añadí es que igualmente tomaba pastillas por necesidad desde hacía unos años, pero ese era otro tema.

—¡Vale! —gritó entre enfadado y aliviado—. ¿Entonces qué cojones pasa?

—Que no hemos vuelto a hablar y no sé cómo entrar ahí y mirar a mi amigo a los ojos —solté de golpe. Me coloqué bien las gafas de pasta y apreté los labios. Kendall volvió a mirarme con la mandíbula desencajada.

—¿Me estás diciendo que ese tío te mete mano y después no habla en todo el verano del tema?

—¿Sí? —respondí.

Kendall salió del coche y lo rodeó, enfilando la entrada principal. El corazón me dio un vuelco.

—¡Joder! ¿Dónde vas?

—A partirle la cara, obviamente —respondió como si yo tuviera de repente tres cabezas.

—No, no, no, ¡para! —le grité poniéndome delante. Me sacaba dos cabezas, así que bajó la mirada mientras yo le apoyaba las manos en el pecho y miraba hacia arriba. Respiraba con agitación y los ojos le brillaban de rabia—. Yo tampoco le he dicho nada. Te estoy pidiendo consejo, no protección. Deja de ir en automático.

—Voy en automático porque tu hermano…

—¡Ya sé lo que te pidió mi hermano! —grité exasperada. Empezaba a notar las miradas de los demás estudiantes y pensé que mi cara debía de ser un cuadro de vergüenza—. Oye, mira, olvídalo, ¿vale? No tendría que haberte dicho nada. Gracias por traerme, adiós.

Comencé a caminar para tratar de dejarle atrás, pero escuché mil maldiciones y me alcanzó con rapidez.

—Espera, enana, espera. —Me cogió de la mano y me hizo tropezar al tirar hacia él—. Nunca me he tenido que preocupar de estas cosas. —Suspiró y me soltó al ver que lo miraba con atención—. Intento hacerlo lo mejor posible, pero me hierve la sangre al saber que te puede estar usando como si fueras un trapo.

Apretó los puños y la mandíbula, lo miré y sonreí ligeramente.

—Bueno, supongo que es lo que haría un hermano mayor, pero no lo eres —respondí. Él me miró con el rostro descompuesto por un sentimiento que no conseguí descifrar. Me aclaré la voz y seguí—: Quería pensar que Stephen

era mi mejor amigo, pero este verano me he dado cuenta de que no es así. Amigos de verdad solo os tengo a ti y a Jason. Sé que tú no me verás así por ser la hermana de tu mejor amigo, pero necesitaba hablar esto con alguien de confianza. Y en ese sentido solo te tengo a ti.

Él dejó caer sus anchos hombros, como si le hubiera encajado un golpe letal en una pelea, y me miró con atención. Sus ojos pardos lucían más verde de lo normal, quizá por el sol que se reflejaba en ellos.

—Como amigo te diría que me dejaras partirle la cara igualmente —respondió al final, y a mí se me escapó una risa perezosa—. Pero de estar en tu lugar, intentaría hablar con él, quizá tampoco sepa bien cómo enfrentar esa situación con alguien a quien consideraba su amiga hasta hace poco. La comunicación es la clave siempre, enana.

Sonreí ampliamente y él me devolvió el gesto. Le abracé y me apretó un poco.

—Gracias —le dije.

—Vale, lárgate antes de que me arrepienta y le parta las piernas.

Me revolvió el pelo y salió corriendo hacia su coche. Me giré hacia el camino que encaraba la entrada del instituto y me di cuenta de que había gente mirando de soslayo la escena que habíamos montado. Mis dos amigos estaban arriba de las escaleras esperándome. Cuando clavé la vista en ellos, Kat me saludó con la mano y una sonrisa. Stephen apartó la vista y ese gesto me dolió como una puñalada.

Mientras seguía mi camino hacia la entrada del edificio, percibí que los jugadores del equipo de béisbol, las estrellas del instituto junto con los de *rugby*, observaban la marcha del coche de Kendall y murmuraban. Me percaté de que uno de ellos no dejaba de clavar sus ojos azules en los míos.

«¿Ese no era Kendall de los Iron Wings? ¿Qué hace con la friki? Y parecía tonta», «cállate, tío». Esas fueron algunas de las cosas que escuché cuando pasé por su lado. Supe que me estarían juzgando, pero me daba igual lo que dijeran.

Siempre me había dado igual todo el mundo, no necesitaba grandes grupos de amigos ni seguir los convencionalismos sociales que parecían adoptar muchos adolescentes de mi edad. No me gustaba el mismo tipo de música que a la mayoría o ir de compras, ni me interesaban los cotilleos.

Me gustaba el *heavy metal* porque era la música que mi hermano y sus amigos habían tocado desde que tenía uso de razón. Me gustaban los libros y las películas de culto y con mensaje, los rompecabezas, los juegos de estrategia, el anime y el *cosplay*.

No encajaba entre la mayoría de la gente que tenía alrededor, así que me había acostumbrado a ser una mota de oscuridad entre un mar de luces y

colores. Y no me importaba, nunca me sentí mal conmigo misma por ser quien era. Porque mi mundo seguía fijo mientras los cuatro pilares de mi vida siguieran estando a mi lado.

Para ser feliz solo necesitaba a Kat, Stephen, Jason y Kendall.


ANYA

2

EMPIEZA LA PARTIDA

Anya

Stephen iba a otra clase diferente a la de Kat y la mía por cuestión de notas. Así que nos dirigimos juntos a las taquillas mientras nos poníamos al día del verano. Él apenas conseguía mantenerme la mirada, así que mi pequeño corazón lo pasó mal hasta que me senté en mi asiento en clase y mi mejor amiga me dio un codazo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquila. —No le había contado lo que había pasado entre los dos, no quería romper la magia del grupo y ya bastante pendía de un hilo en aquellos momentos.

—¿Sabes que todo el mundo piensa que Kendall es tu novio?

—¡¿Qué?! —grité sin poder evitarlo.

El profesor me reprendió y varias risas se escucharon por el aula. Me agarré el flequillo y la miré por encima de las gafas.

—No me jodas, pero si no pegamos nada —respondí.

—A ver, llevas ese rollo gótico-*heavy*-friki y él toca en los Iron Wings. Todo el mundo sabe quién es. Y lleva años trayéndote a clase, a veces incluso te recoge…

—Es el mejor amigo de mi hermano —espeté, incrédula—. Vivimos cerca.

—Está buenísimo, tía. —Mi amiga siguió con su lista, ignorándome—. Es mayor, guapo, lleva *piercings* y tatuajes…

—Vale, para, lo entiendo, pero no es así —gruñí, hundiendo la cara en el libro de texto.

Escuché cómo ella se reía.

—Tendré que disculparme con él por los rumores, seguro que terminará repercutiendo en su reputación —murmuré sin mover la cara del libro.

—No digas eso.

—¿Tú me has visto? —bufé a mi amiga, rubia y preciosa—. No tengo tu tipo, no suelo caer bien ni tengo gracia para hablar con la gente.

—Deja de decir tonterías, no es verdad —me reprendió—. Si no tienes más amigos es porque no eres alguien superficial, prefieres la calidad a la cantidad.

—Eso es verdad. —Cogí su mano por debajo del pupitre—. Por eso te tengo a ti.

Ella sonrió, levantando el mentón.

—Y, como me quieres, me acompañarás hoy al partido de inauguración de temporada, ¿verdad?

—No te quiero tanto —murmuré, apartando la mano.

Ella se rio bajito para que no nos volvieran a reñir, pero se acercó y me besó la mejilla. Sabía que no podía negarme. Nunca fui capaz de decirle que no a aquella carita de ángel que me había salvado de la soledad y la marginación completa en el instituto.

Katherine estaba completamente enamorada, yo casi diría obsesionada, con el capitán del equipo de béisbol. Me había dicho su nombre muchas veces, pero mi interés en el mundo del deporte era tan nulo que siempre se me olvidaba, y mucho menos le prestaba atención a las mil fotos de él que tenía en el móvil. Ni siquiera veía los partidos cuando la acompañaba, porque, básicamente, no entendía el deporte. Yo me llevaba la *Tablet* y me ponía a dibujar o a escribir mientras ella gritaba cosas a esos tíos en uniforme que le daban con un palo a una bola.

Acostumbrada a estar rodeada de artistas, cuya conversación era amplia e interesante, los chicos del equipo de béisbol me daban pereza y agonía. Había acompañado a mi amiga un par de veces a intentar hablar con ellos y sus conversaciones me resultaban banales y vacías. No me aportaba nada de lo que comentaban, me aburrían de tal forma que desconectaba sin apenas darme cuenta. Y por ello creo que me encapriché de Stephen, su intelecto y su capacidad de conversar sobre cualquier tema me atraparon desde el primer momento. Algunos lo considerarán el típico sabelotodo impertinente, pero yo encontraba fascinante que supiera tanto.

Sumado a la verborrea de Kat y a su humor y sonrisas eternas, era la combinación perfecta de amigos. Eran todo lo que necesitaba y quería, no me hacía falta nada más.

***

Por la tarde, en el partido, mis amigos se compraron refrescos y palomitas para comer mientras les gritaban a los jugadores palabras de ánimo que, obviamente, se mezclaban con las de la multitud. Saqué la *Tablet* y el lápiz digital y comencé a dibujar. Hubo un momento en que mi amiga se levantó

para gritar y me hizo doblarme hacia un lado, obligándome a levantar la vista hacia ella mientras me reía.

—¡Me está mirando, me está mirando! —gritó, y después desvió la vista de mí hacia el campo, señalando.

Seguí su mirada. El tío del montículo, por el cual mi amiga bebía los vientos, nos estaba mirando. Sus ojos azules se percibían perfectamente bajo la visera de la gorra, llevaba dos franjas negras bajo estos, haciendo que el color resaltara todavía más. Ladeé la cabeza ligeramente por curiosidad, eran los ojos azules más claros e intensos que había visto en mi vida. Él copió el gesto, sonrió elevando tan solo un lado de los labios y después devolvió la mirada al frente.

¿Me acababa de imitar?

Cogió impulso y lanzó la pelota a una velocidad endiablada. Alguien gritó «eliminado» y las gradas enloquecieron. Incluida mi amiga, que me cogió por los hombros y me zarandeó.

Yo, que por primera vez en años estaba aguantado más de tres segundos con la mirada fija en el campo, seguí observando al lanzador. Sus ojos azules volvieron a clavarse en los míos, comenzó a caminar hacia las puertas para hacer una pausa y entonces apreció que realmente me miraba a mí.

Ladeó la cabeza, y yo imité su gesto como había ocurrido antes, pero a la inversa. Mi mejor amiga estaba abrazando a Stephen mientras gritaban cosas. Pero a mí se me paró el corazón en el momento en que el lanzador sonrió ampliamente, me guiñó un ojo y desapareció bajo las gradas junto al resto del equipo.

Vale.

¿Qué narices era eso?

***

Aquella noche, tumbada en el sofá de mi minúsculo piso de estudiantes, repasaba los hechos del partido y le mandaba mensajes y memes a Jason cuando me saltó una notificación. Era de una aplicación de ajedrez que tenía ya olvidada, había alcanzado la máxima puntuación y hacía meses que no retaba a nadie a jugar ni nadie me retaba a mí.

Un tal Sora había enviado una petición para comenzar la partida y acepté. Empecé moviendo de forma mecánica y aburrida, hasta que me di cuenta de que, en tres movimientos, me había conseguido arrinconar.

—¿Qué coño? —dije enfurruñada.

Repasé tácticas y posibles movimientos para salir de aquella, pero no se me ocurrió nada. Después de una hora de dar vueltas por el salón mirando el móvil, me llegó una notificación del chat de la partida.

SORA
Pensaba que la mejor en el ranking
me duraría más de tres movimientos.
Qué decepción 😥

NIA
Exijo la revancha,
no estaba centrada.

La partida en proceso se cerró, declarándome perdedora. Vi que el jugador era nuevo y esta era su primera victoria. Un golpe extra para mi ego. La invitación a un nuevo duelo por parte del tal Sora apareció en mi pantalla. Le di a iniciar, esta vez movía él primero. Tras su movimiento, me escribió.

SORA
Espero que esta vez juegues
en serio. Dicen en los foros que Nia
es una contrincante terrible a la par que
increíble. No esperaba ganar tan
rápido la primera partida. ¿Quizá me
confundí de jugadora?

Ojalá hubiera forma de que saliera un puño de la pantalla y le golpease en la cara.

NIA
Solo me has pillado desprevenida.
Pero, tranquilo, te voy a hacer llorar.

SORA
Lo estoy deseando.

3

IR DE FIESTA

Anya

—¡Hijo de trasgo! —grité en el coche de Kendall—. ¿Cómo se le puede tener tanto asco a alguien que no conozco?

Hacía dos semanas del inicio de las clases y desde que había empezado a jugar a diario al ajedrez virtual.

—Joder, enana, ¿qué pasa? —preguntó con una media sonrisa—. ¿Sabes que tú también pareces un poco trasgo hoy?

Lo miré dejando caer el móvil y abriendo mucho la boca.

—Eres el peor amigo del mundo. ¿Pero de qué vas? ¿Cómo me sueltas eso?

Kendall se rio y me bajó el espejo del copiloto sin decir nada más. Mi larga melena castaña ondulada caía entre enredos y pelos encrespados, las ojeras de haber dormido dos horas resaltaban mis ojos marrones claros, haciéndolos más grandes. Y todavía tenía mermelada de fresa pegada a la comisura de los labios, de haber comido mientras jugaba con ese tal Sora al que ahora odiaba profundamente.

—Y la camiseta huele a perro mojado. ¿Qué diantres te pasa?

—No he pegado ojo y me he dormido a última hora —confesé avergonzada lo que ahora era consciente de que me había pasado—. Me he equivocado, después de ducharme he cogido la camiseta sucia en lugar de la limpia.

—Eres un puto desastre. —Kendall se rio.

Cuando se detuvo en el semáforo, estiró la mano hacia el asiento trasero y sacó una camiseta de su bolsa.

—Toma, póntela, te quedará enorme, pero al menos está limpia. —Me ofreció la prenda, seguramente era su muda para cuando saliera del trabajo. Después tenía concierto.

—¿Pero y tú qué te vas a poner para después?

—No te preocupes, le pediré a Jason que me traiga otra —resolvió—. Pero no puedes entrar en el instituto así. Péinate, anda.

Con una habilidad que me perturbaba tener, me puse la camiseta por el cuello tapándome por completo. Me quité la mía de debajo y, una vez liberada a excepción de la cabeza, metí los brazos por la camiseta de Kendall y después tiré del cuello de mi camiseta hasta sacarla por la cabeza. Mientras me peinaba y me ponía corrector de ojeras, le contaba a mi amigo sobre el nuevo rival de ajedrez que me había salido.

—Pareces más emocionada que enfadada —aseguró con una sonrisa burlona.

—Que no, joder, que me toca las narices.

—Pero por fin tienes un rival a tu altura, ¿no?

—Sí.

—Hacía tiempo que no te veía tan emocionada por algo.

—Oye, mira, no ayudas. Quiero odiarlo, déjame, tío.

—Vale, vale. —Echó la cabeza para atrás y soltó una carcajada.

Recordé lo que me había dicho Kat sobre que pensaban que era mi pareja. Mirándolo con perspectiva, era atractivo. Pero llevaba tanto tiempo a mi lado cuidándome que no se me había ocurrido mirarle de otra forma más que como una extensión de mi hermano. Aunque yo misma insistía en que no lo era. Llevaba el pelo negro corto por detrás, pero más largo arriba, por lo que, en ocasiones, mechones rebeldes le caían sobre los ojos. La mayoría de veces el verde predominaba sobre el marrón que compartían sus iris, en especial de día. Tenía dilataciones pequeñas en las orejas y algún que otro piercing. Y muchos tatuajes; los que estaban más a la vista eran los de sus brazos completamente pintados, desde los nudillos hasta la base del cuello. Estiró el brazo para coger el cambio de marchas y se le marcaron las venas entre los dibujos trazados en la piel.

Tragué saliva sin saber bien por qué. El corazón empezó a latir con demasiada violencia y me hundí en el asiento.

—Siento haberte robado la ropa —murmuré.

El coche se detuvo y él se giró para mirarme.

—Da igual, te queda bien. —Me tiró del bajo de la camiseta, que me pasaba por las caderas hasta la mitad de los glúteos.

El cuello era tan ancho que me dejaba las clavículas al aire. Kendall me apartó el pelo suelto de la cara y me lo pasó con cariño por detrás de la oreja. Dejó la mano ahí los segundos suficientes para que se hiciera ligeramente incómodo y mi cabeza se esforzó en romper la tensión.

—¿Ya no parezco un trasgo?

—No, ya no. —Se aclaró la voz y devolvió la mano a su regazo—. ¿Vendrás esta noche al concierto?

—Supongo que sí. —Me encogí de hombros.

—Como iré desde el trabajo a la prueba de sonido, no podré venir a por ti. ¿Hablo con Jason? Para que no vayas sola.

Kendall sabía que a mis dos amigos no les gustaba ese tipo de música, así que no venían nunca conmigo a los conciertos. Jason tenía moto propia y a veces le pillaba el coche a su padre si necesitaba mover la batería, así que en alguna ocasión había venido a recogerme él. No quería ser una molestia para nadie, así que negué con la cabeza.

—No te preocupes, me apañaré. —Cogí la manilla para salir y me giré. Una parte de mí quería decirle algo más, pero no encontré las palabras y, sintiéndome idiota, añadí—: Luego te escribo.

—Vale, enana, que tengas un buen día.

—Igualmente.

***

Cuando salí de su coche, lo vi marcharse, inquieta. Había habido un momento incómodo y no sabía bien por qué. Me miré la camiseta, cuyas mangas eran tan largas que me sobraba un palmo. Mientras me las remangaba, escuché murmullos tras de mí.

Varias parejas pasaron y, tras ellas, iban dos chicos del equipo de béisbol. Uno, alto y rubio, de pelo corto y ligeramente ondulado, le dio un golpe en la gorra a otro y salió corriendo para evitar una reprimenda. Los miré con los ojos entornados, recelosa.

El chico de la gorra se la quitó y lo fulminó con la mirada, azul como el hielo. Tenía el pelo castaño claro, con hebras doradas, pero marrón en su mayoría. Lo llevaba rasurado por los laterales y muy largo por arriba, recogido en un moño que había sido destrozado por la gracia de su amigo. Lo reconocí enseguida como la obsesión de Kat. Me miró entornando los ojos, se cogió la gorra con los dientes y se peinó con agilidad, sin despegar la mirada de la mía. Después, se colocó de nuevo la gorra y levantó el mentón, mirándome aún.

Me encogí ante su escrutinio sin poderlo remediar, apretando el puño en la correa de mi mochila. Sonrió de medio lado, como había hecho el día del partido. Ahora que lo tenía a un escaso metro, apreciaba que era más grande que los chicos de nuestro curso, casi de la misma corpulencia que Kendall.

—Bonita camiseta —murmuró.

Y, sin darme margen a decir nada más, se giró hacia el pasillo de entrada al recinto. Un grito me llenó los oídos y me obligó a cerrar los ojos. Al otro lado de la entrada, mi mejor amiga estaba con la boca hasta el suelo.

—¿Te ha hablado? ¿Qué te ha dicho? ¿Qué está pasando?

—Joder, yo qué sé —gruñí—. Creo que le ha gustado la camiseta. —Entorné los ojos—. Diría que se ha burlado de mí, es evidente que esta ropa no es mía.

—Es de Kendall, ¿verdad? —dijo entre emocionada y nerviosa. Asentí—. Eso no ayuda a que la gente no piense que estáis saliendo.

—Eres muy pesada —suspiré.

—Solo te digo lo que se dice.

—Pues hoy voy a su concierto.

—Tía, hoy hay una fiesta por el primer partido que han ganado los de béisbol, te iba a decir que vinieras conmigo. —Puse los ojos en blanco—. Ya sé que no te gustan, pero es mi oportunidad de hablar con él y no quiero ir sola, porfa, porfa. Stephen ha dicho que viene.

Me detuve en seco. Quizá podía ser buen momento para coger fuerza con un poco de alcohol y sacarle ese tema incómodo que nos tenía sin hablar bien desde el verano. Me moví inquieta y, después de varios gruñidos y maldiciones, mientras ella me miraba aleteando sus pestañas llenas de rímel, solté todo el aire de mis pulmones y afirmé:

—Joder, vale, llévame a esa fiesta de *normis*.

—¡Yuhu! —gritó emocionada.

***

Después de otro día de instituto normal y aburrido, que logré superar tan solo gracias a mis dos amigos revolucionados por la fiesta de esa noche, le mandé un mensaje a Kendall para avisarle de que me habían arrastrado a otro plan. Así no me esperarían por allí y se quedaría tranquilo al saber que no iba a ir sola. Busqué un modelito aceptable, aunque tenía bien presente que mi ropa y yo, en general, íbamos a ser un pegote en aquella fiesta de populares y deportistas.

Cuando llegué a la ubicación horas más tarde y bajé del taxi, mis sospechas se confirmaron al ver a mi amiga rubia con un vestido de tirantes rosa pastel y falda de vuelo que le llegaba por mitad del muslo. Llevaba una chaqueta, un bolso y unas botas de tacón de un blanco inmaculado.

Yo le sonreí cuando gritó al verme y me abrazó. A su lado ya estaba Stephen, con un polo y un pantalón de pinza y la chaqueta colgando del brazo.

Los seguí mientras los dos, increíblemente emocionados, caminaban hacia la casa de dos pisos que estaba a rebosar de adolescentes, con música y bebida. Yo llevaba un vestido negro palabra de honor, con unas mangas de gasa negra

y un collar de abalorios rojos, igual que el cinturón y los pendientes. Me había recogido el pelo en una trenza que caía hacia delante sobre uno de mis hombros, y me había recortado el flequillo para que estuviera lo más perfecto posible. Había cambiado mis gafas de pasta por lentillas.

No me gustaba maquillarme, pero me puse delineador y un pintalabios para que mi amiga estuviera orgullosa de mí, y, como sabía que haría frío al anochecer, unas botas altas de cuero sin tacones y unas medias hasta mitad de muslo, que sostenía con un liguero bien enganchado a unos pantaloncitos cortos que la falda no dejaba ver aun a pesar de los cortes en los laterales. Tenía que ponerme eso para ir más cómoda, pues mis muslos solían rozar ligeramente, motivo por el cual las faldas y yo no éramos buenas amigas. Pero un día era un día, traté de convencerme.

No es que no fuera lo más guapa que podía, sino que mi estilo ligeramente gótico no encajaba entre tanto deportista y *barbie*. Mientras que calificaba mi propio porte con un cinco pelado, el de mi mejor amiga y todos los demás no bajaba del nueve o diez.

La presión y los nervios me hicieron perder de vista a mis amigos entre tanta multitud curiosa al verme allí. Con las prisas no había cogido chaqueta y estaba arrepintiéndome, cuando de repente caí en que había otra forma de entrar en calor. Así que fui a la cocina a ponerme algo de beber. Cargué mi vaso con ron y Coca-Cola y, cuando me giré, mi cara se golpeó con un misterioso muro que había aparecido a mi espalda. Tiré toda la bebida encima de aquella tapia, que resultó ser el pecho de un chico del equipo de béisbol.

Levanté la vista y unos ojos azules se cruzaron con los míos. Los abrió tanto que entendí que tampoco me había visto y reaccioné tan rápido como pude.

—¡Lo siento! Ay, madre mía. ¡Deja que te limpie!

—No…, no es… No hace falta… que… —balbuceó.

Pero yo ya había cogido un trapo y trataba de quitarle la bebida de la camisa blanca, que se le empezaba a pegar al cuerpo. Se la sacó para evitar que le mojase los pantalones y comenzó a airearla mientras yo intentaba secarlo. Hasta que me di cuenta de que parecía que le quería sobar los pectorales y los abdominales a los que la tela comenzaba a pegarse.

—Ay, Dios, joder, lo siento, en serio. —Aparté la mano y, dejando el trapo, me las llevé a la cara.

—Da igual, de verdad —se rio él—. Estoy en casa de mi amigo, me dejará otra.

—Ah, vale, pues menos mal —dije con las manos sobre el pecho. Pero él no se movió, se me quedó mirando, entre curioso y divertido, con toda la

camisa mojada de alcohol.

—¿Y tú qué haces aquí? —inquirió, burlón.

—¿Y tú? —respondí con actitud defensiva, sin pensarlo.

Él se rio.

—Bueno, es la fiesta de mi equipo.

—Ya, cierto, buen argumento —dije avergonzada. ¿Cómo podía ser tan desastre cuando me ponía nerviosa? Finalmente suspiré y bajé las manos y los hombros—. Sé que no pinto nada aquí, solo he venido a acompañar a mi amiga, ella sí está invitada. Que… por cierto, ha venido por ti.

—¿Por mí? —repitió, sorprendido. Asentí; él frunció el ceño—. ¿Tu mejor amiga ha venido a conocerme a mí y… te ha dejado sola?

Abrí la boca para recriminar algo, pero no supe qué decir. La verdad era que había desaparecido nada más entrar en la casa y no había podido encontrarla. ¿Dónde diantres estaba?

—No es mentira, ¿vale? Está por algún lado. —Desvié la mirada y vi cómo Kat subía las escaleras hacia el piso de arriba, siguiendo los pasos de alguien—. ¡Ah! ¡Allí está! ¿Podrías…? O sea, ¿te importaría hablar con ella? De verdad que es muy fan tuya.

Él se metió las manos en los bolsillos del pantalón y me miró desde arriba, suspiró de forma pesada, desviando la mirada hacia donde yo había mirado momentos antes. Después de unos instantes de silencio y pensamientos internos en los que el corazón me latía desbocado, asintió.

—¿Cómo se llama tu amiga?

—Katherine. —Sonreí con intensidad—. Va a flipar cuando vea que te he encontrado, ven.

—Espera. —Me cortó el paso cuando intenté pasar por su lado—. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Yo no tengo importancia —dije, sorprendida. Él frunció el ceño, quizá quería saber el nombre de la chica que tendría que pagarle la tintorería. Me mordí el labio inferior y murmuré—: Anya.

—Mucho gusto, Anya. —Me sonrió ampliamente—. Yo soy Dylan.

Ah, ese era su nombre. Apenas prestaba atención a la verborrea de admiradora obsesiva de Kat, pero al oírlo se hizo claro en mi mente. Me aclaré la voz y él parpadeó de más.

—Perdón, sí, vamos.

Casi chillé al adelantarme a sus gritos de emoción, ya estaba viendo los ojos de Kat brillar ante la devoción que le tenía a ese jugador de béisbol. De camino hacia la vorágine principal de la fiesta, Dylan se cruzó con su amigo

rubio. Le señaló la camisa y el otro le dio unas indicaciones. Después, el chico, al que reconocí como el de la entrada que le había pinchado con la gorra, se giró, me miró y sonrió ampliamente. ¿No le importaba que estuviera allí? Me había acoplado a una fiesta sin ser invitada. Pero no pareció molestarle, así que tímidamente levanté una mano y lo saludé.

Cuando Dylan me alcanzó y me señaló las escaleras con un gesto de «tú primero», retomé el camino. Miré hacia los dos lados del pasillo cuando llegué arriba y lo que vi me dejó de piedra.

Katherine se estaba besando salvajemente con un chico, le agarraba del pelo alborotado como si no hubiera un mañana. Y él tenía las manos metidas bajo su falda. Se me cortó la respiración al ver claramente que ese chico era Stephen. Entre morreos y risas, abrieron la puerta de una habitación y se deslizaron dentro, cerrándola a su paso.

Me dejé caer contra la pared más cercana, conmocionada. Dylan desvió hacia mí la atención de la escena que habíamos presenciado.

—Vale —dijo arrastrando las letras. Se inclinó para mirar mi rostro compungido entre el flequillo que me cubría los ojos, los cuales se empezaban a llenar de lágrimas—. ¿Era tu mejor amiga? —Asentí—. ¿Estaba con alguien que te importaba? —Volví a asentir y se me escapó un sollozo, él soltó una maldición—. ¿Quieres que salgamos a tomar aire?

Volví a asentir y me llevé una mano al rostro para intentar aguantar el llanto. Me cogió de la mano libre y tiró de mí escaleras abajo.

Me sentía traicionada.

Por tantos motivos y por tantas partes que no sabía por dónde empezar a desmenuzar los hechos para comprenderlos y expresarlos. Ni por dónde comenzar a recomponer los trozos de mi corazón destrozado.

Era como si hubieran puesto un cartucho de dinamita en mi interior y ahora estuvieran todos los pedazos dispersos. Y solo hubiera dolor y caos en un cráter humeante.

4

ESCAPAR

Anya

Unos diez minutos después, Dylan volvió con una camisa nueva, una manta y un par de cubatas.

Me encontraba donde me había dejado, en una hamaca mecedora en el jardín. Tenía toldo para evitar los rayos de sol, lo que en invierno impedía que la humedad de la noche cayera de golpe sobre mí. Pero aun así hacía mucho frío y yo iba sin chaqueta, así que no paraban de castañearme los dientes.

Dejó los vasos sobre la mesa de jardín que teníamos delante, me cubrió los hombros con la manta y se sentó a mi lado, guardando silencio. Sollocé con pereza después de estar esos diez minutos llorando como un bebé. La montaña de pañuelos a mi lado demostraba dramáticamente mi disgusto. Dylan se quedó allí durante unos instantes, mientras me incorporaba abrazando la manta y aclarándome la voz.

—Gracias —grazné.

Qué poco digna era a veces. Él me miró de refilón y el azul de sus ojos brilló con las luces de la fiesta. Sonrió ligeramente, con cierta compasión, y estiró una mano para acariciar mi espalda.

—¿Estás mejor?

—La verdad, no lo sé.

—Yo me siento confuso —explicó—. Pero, si no quieres contarme qué ha pasado ahí arriba, no lo preguntaré.

—Mi mejor amiga lleva años obsesionada contigo —comencé a explicar—. Me arrastra a los partidos, me taladra contigo a todas horas y a mí, sinceramente, me importa una mierda.

—Vaya, gracias por la parte que me toca —se quejó, intentando bromear. Torcí la cabeza asintiendo con dramatismo.

—La cuestión es que ella sabe que no me gustan estas fiestas, no son mi ambiente, y me ha hecho venir para acompañarla. Quería que fuera el apoyo moral para encontrar valor y hablarte —comenté de nuevo.

—Y a la primera de cambio te ha dejado sola —entendió él. Ladeando la cabeza, preguntó—: ¿Y el chico?

—Nuestro amigo. —Un sollozo amenazó con volver y respiré varias veces para seguir—. Él y yo…, bueno, nos liamos en verano. No habíamos hablado de ello…, pero fue, esto ha sido… Oh, joder…

Me volví a derrumbar y Dylan volvió a acariciarme la espalda. Mientras me sonaba con estridencia, él bebió de su vaso y después meditó algo antes de añadir:

—¿Dónde estarías ahora? De no haber venido a la fiesta, quiero decir.

—Tenía plan para esta noche, lo cancelé por ella.

—Cada vez gana más puntos esa amiga tuya —sentenció con un gruñido.

—Ella te adora, de verdad —berreé.

—Por donde tenía la lengua antes, no puedo decir lo mismo. —Se rio, yo hice un puchero—. A ver, realmente no me importa por la parte que me toca. Simplemente, si no estás a gusto aquí, puedo llevarte a otro sitio. Dejarte con otros amigos.

—¿Harías eso? —murmuré, sonándome los mocos de nuevo. Él asintió—. Había un concierto.

Dylan apretó los labios, fue a decir algo y, después de mover la cabeza, me devolvió una expresión amable.

—Dime la dirección, te llevo.

***

Una media hora después, aparcó el coche frente al Meteora y miró hacia la puerta del antro donde tocaban. La entrada estaba llena de *heavies*, punks y góticos, por lo que la camisa, los pantalones y las zapatillas de marca de aquel jugador de béisbol no cuadraban mucho. Se hizo un silencio incómodo, pero yo ya me encontraba más tranquila sabiendo que tras esas puertas estaban mis amigos.

—¿Quieres entrar? —pregunté por cortesía, pues esperaba que él se despidiera de mí y volviera a su fiesta. Pero me devolvió la mirada, ofendido, y asintió con firmeza.

—Claro que entro contigo —respondió como si fuera una obviedad.

—¿Por qué?

—Siento una terrible curiosidad ahora mismo.

—Es *heavy metal*.

—Me gusta, y el *rock* también.

—Me cuesta creerlo —dije riéndome.

—Soy un tío misterioso y con muchos encantos, si se me permite la osadía. —Fingió que se apartaba una melena que no poseía.

Ahí sí que solté una carcajada. Él sonrió en un gesto que solo podría describir como radiante.

—Vale, esto promete, vamos —acepté abriendo la puerta del coche.

La chica de la ventanilla, Maya, que mascaba chicle como si le fuera la vida en ello, fijó la vista en mí y después de explotar la pompa de chicle más grande que le había visto conseguir, levantó los brazos y gritó:

—¡Nia!

—¡Hola, Maya! ¿Me das dos entradas?

Maya era de la edad de Kendall y Ozzy, tenía los ojos grises perfilados en negro ahumado y el pelo azabache rapado por un lateral y largo y ondulado hacia el otro, con alguna trenza de colores morados y azules salpicando la mata ónice. Con los labios de un carmesí brillante a juego con las uñas, un septum y un piercing en el centro del labio, era todo un espectáculo de belleza rebelde. Con la tez de un ligero bronceado natural y unas pecas adorables sobre su nariz.

—Una mierda, tía, pasa. —Me pidió la muñeca y me colocó el sello, después desvió la vista hacia mi acompañante—. Vaya, vaya, vaya. Hola, cariño.

Cogió la mano de Dylan con más intenciones de las que podrían haber demostrado dos horas de palabras, le colocó el sello y le devolvió el brazo. Él sonrió con torpeza y se remangó los puños de la camisa hasta los codos para entrar.

El caos era evidente y la gente ya saltaba de un lado a otro ante la música del grupo que llevaría un par de minutos tocando. Lo arrastré a la barra y la camarera y dueña del Meteora, Leah, me saludó con cariño. Me conocía de sobra, no solo por venir a todos los conciertos de los chicos, sino porque era amiga de Aleks desde hacía años. Era de la misma edad que Riley, dos años mayor que Kendall. Tenía el pelo castaño claro casi rubio y escalonado hasta los hombros. Se recogía un lado con trenzas y joyas plateadas entre las hebras de su pelo. Parecía una valquiria moderna. Llevaba un maquillaje moderado, pero no le hacía falta para que la única palabra que me viniese a la mente para describirla fuera «hermosa». Tenía los ojos de un verde increíble que captaba cualquier atención hacia ella. No llevaba pendientes a la vista, pero sí los hombros, el cuello y las clavículas tatuados. Desconocía si tenía más por el cuerpo, pero siempre me había llamado la atención la cantidad de tinta que llevaba sobre su pálida piel. Repasó a mi acompañante mientras nos entregaba las bebidas junto con un guiño de ojos cómplice. Con emoción, lo cogí de la

mano y lo guie, abriéndome paso entre la gente, hasta situarnos lo más cerca posible del escenario.

Hicieron una pausa mientras hablaban sobre la siguiente canción y afinaban sus instrumentos. Grité y me dejé caer un poco encima de Dylan, le hice agacharse para que pudiera oírme.

—Kendall es quien me lleva al instituto, es el mejor amigo de mi hermano, el fundador del grupo, el compositor y bajista de los Iron Wings —le comenté.

Dylan asintió mientras lo miraba en el escenario. Tenía el pelo negro sudado y, al moverse, se le iba hacia todos lados, cayéndole sobre los ojos. Llevaba una camiseta sin mangas, así que los brazos, fuertes y llenos de tatuajes, quedaban a la vista. Era una figura todavía más imponente cuando estaba en el escenario. Como si sostener el instrumento, junto con los juegos de luces y sombras al actuar, le diera un aire poderoso e increíble.

—Le vi el otro día, sí —respondió Dylan—. Pensaba que era tu novio. Por eso me ha sorprendido lo que me contaste antes sobre el tal Stephen.

Lo miré riendo y negué con la cabeza, aunque mi corazón se aceleró por algún caprichoso motivo. Él me examinó el rostro durante unos instantes y después asintió.

La música volvió a sonar por los amplificadores y empezó el desenfreno. Yo gritaba y saltaba, disfrutando de esas canciones que había escuchado en los ensayos durante años y que parecían sonar diferente por el ambiente, las luces y la pasión que los chicos derrochaban.

Hubo un momento en que sentí que algo me rozaba el trasero, pero la gente se choca en este tipo de conciertos constantemente. No fue hasta la cuarta vez que sentí unos dedos deslizarse por mis nalgas cuando caí en que no se trataba de ningún accidente. Me tensé, incómoda, pensando en si sería Dylan. Me giré despacio y dejé de sentir esos dedos recorriéndome la curva de mis glúteos. Cuando miré, vi que Dylan le había cogido la mano a un tío y lo estaba fulminando con la mirada. Debía de estar apretando muchísimo, pues el tío tenía una expresión de dolor increíble. Lo soltó, empujándole el brazo hacia un lado, y se colocó detrás de mí.

—¡Lárgate! —le gritó por encima de la música.

El tío levantó los brazos en señal de rendición y se perdió entre la gente. Dylan se giró y, al encontrarse con mi expresión alucinada, sonrió con torpeza y se inclinó hacia mi oído:

—Siento no haberme dado cuenta antes. ¿Estás bien?

Joder, había perdido la cuenta de la cantidad de veces que me lo había preguntado esa noche.

Asentí y le sonreí.

Desde aquel momento, sentí la presencia del cuerpo de Dylan lo suficientemente cerca como para que, si levantaba la cabeza, lo viera sobre mí. Era como un custodio protector vestido de marca. Lo cual me debió de parecer gracioso, porque comencé a reírme. Eso o que el alcohol ya me estaba subiendo.

Disfrutamos del concierto y en la última canción, que era la más cañera, él ya estaba totalmente integrado en el ambiente, se había sacado la camisa de dentro de los pantalones, se había desabrochado la mayoría de los botones del cuello y saltaba junto a mí. Golpeaba ligeramente su hombro con el mío al son de la canción. Cuando terminó, aplaudió tan fuerte que fue indiscutible que lo había disfrutado. Su sonrisa era radiante, tuve que admitir.

—Ven, ven, ven —le insté, cogiéndole de la mano.

Definitivamente, el alcohol me había subido y ya pocos dramas quedaban a mano en mi mente. Solo existía lo bien que lo había pasado con el concierto, mis amigos músicos y mi curioso acompañante. Lo llevé hasta el otro lado del escenario y pillé a mi gran amigo pelirrojo bebiendo una botella de agua como si no hubiera un mañana.

—¡Jason!

—¡Ey, enana! —Bajó del escenario y me dio un abrazo sudado, me quejé y soltó una risotada—. ¡Pero qué guapa vienes hoy! —gritó. Después de repasarme al completo, desvió la mirada hacia el chico cuya mano se me había olvidado soltar—. ¿Estás en una cita?

—¿Qué? —Entonces vi nuestras manos todavía entrelazadas y le solté—. No, no, solo me ha ayudado a escapar.

—¿A escapar? —dijo riéndose—. Joder, eso suena bien.

—No, tío, no suena bien —dijo otra voz, una grave y áspera que conocía perfectamente, justo detrás de mí—. ¿Qué ha pasado con la fiesta?

—¡Kendall! —Me colgué de su cuello. Fue tan repentino que dio varios pasos hacia atrás, quejándose, mientras me abrazaba para que no me cayera—. Ha sido horrible. Él me ha traído.

—Ey —dijo el bajista a modo de saludo.

—Ey —respondió Dylan.

—Pero ¿qué ha pasado? —insistió Jason.

—Me lo he encontrado. —Señalé al jugador de béisbol—. Iba a llevárselo a Kat, pero estaba ocupada follándose a Stephen.

—¿A Stephen? —dijeron los dos músicos a la vez, frunciendo el ceño.

Asentí, medio colgada de Kendall, que ya no sabía cómo cogerme, pues me escurría entre sus brazos. Puse morritos para acentuar el drama. Los dos miraron a mi acompañante con cara de pocos amigos y este se encogió de

hombros, sin achantarse ante ellos.

—Se estaban comiendo la boca y se metían en una habitación… Todo pinta a que sí —confirmó—. Anya se puso fatal.

—Mocos y mocos, Kendall —le dije medio colgada de él, que me miró poniendo los ojos en blanco. No era la primera vez que me veía borracha, así que estaba acostumbrado a mi drama alcohólico. Jason soltó una risa perezosa —. Pero el ojazos azules se ofreció a llevarme donde quisiera. Y quería veros.

—Gracias por traerla, tío —respondió Jason—. Su hermano nos mataría si le pasara algo.

—No hay de qué, me ha encantado el concierto, sois buenísimos —respondió, chocando la mano que el batería le ofrecía.

—Anya. —Kendall me cogió de la cara para obligarme a enfrentar su mirada y nuevamente algo se encogió en mi interior—. ¿Vas muy pedo?

—Ligeramente.

—Mide con los dedos cuánto de pedo vas —insistió el bajista. Intenté hacer el tamaño de una moneda con el índice y el pulgar, pero se me cerraron los ojos en el proceso. Kendall soltó un gruñido—. Joder, se te ha ido de las manos, te voy a llevar a casa.

—Todavía tenemos que hablar con Leah —recordó Jason—. Hay que pagar cosas y hablar con los patrocinadores del siguiente bolo, están dentro esperándote, tío.

—No os preocupéis, la puedo llevar yo —se ofreció Dylan.

—No te conozco, no sé si eres de fiar —respondió Kendall haciendo gala de su modo guardaespaldas, pasándose de sobreprotector. Le puse las manos en mitad de la cara, aunque mi intención era cogerle de los lados para que me mirase, su respuesta ante el gesto fue morderme un dedo.

—No, no, él es bueno —dije entre quejidos de sus mordiscos—. Me ha salvado antes de un tío que me ha tocado el culo.

—¿Qué? —espetó Kendall furioso.

—*Sip*.

—¿Quién era? Le voy a partir los brazos —advirtió, cogiendo mis manos y bajándolas. Se puso en una tensión que ya conocía. Sabía que no era un farol.

—Él ya le pegó —respondí con cierto orgullo por mi nuevo acompañante.

—No le pegué, pero le amenacé —confirmó Dylan, rascándose la nuca.

—Tío, deja que se la lleve, parece buen chaval —afirmó Jason. Kendall soltó un gruñido de resignación.

—Te llamaré en un rato para saber que estás bien, ¿vale?

—*Valep*.

—Cógeme el puto teléfono o tiraré la puerta de tu piso abajo.

—*Valep*.

Empecé a girarme y a coger a Dylan del brazo para irnos de allí.

—No estoy de coña, ¡Anya! —gritó Kendall mientras Jason se reía.

Me giré y le hice un corte de mangas para desaparecer entre la gente. Cuando salimos a la calle y el aire fresco me golpeó el rostro, cerré los ojos y solté un suspiro, entre alivio y gozo, por el contraste de temperatura. Aunque sabía que ese fresco agradable pronto pasaría a hacerme temblar.

Dylan me puso la mano en el centro de la espalda y me instó a ir hacia el coche, nos sentamos y cerró las puertas para evitar sustos indeseados en mitad de las calles oscuras que rodeaban el edificio del concierto.

—Debo decir que me has sorprendido muy gratamente —afirmó con una increíble sonrisa.

Yo sonreí con amplitud, aunque mi embriaguez tuvo mucho que ver con el exceso de entusiasmo.

—Tú también me has sorprendido. ¿De verdad te gusta este tipo de música?

Sin decir nada más, encendió la radio y sonó ACDC, pasó de pista y sonaron Offspring, Metallica, Testament, Motörhead y algunos grupos más del estilo. Apagó la radio y me miró, orgulloso. Yo asentí mientras aplaudía.

—Joder, nada mal. No me lo esperaba.

—Ya te dije, soy una caja de sorpresas.

—Vale, tío interesante, dime algo más para convencerme. —Me giré hacia él, señalando con un dedo su cara—. Algo que me indique que no eres solo una mole de músculos esbeltos en ese traje caro.

—Es lo más bonito que he oído en toda la semana —afirmó.

—Qué triste —respondí automáticamente, él soltó una carcajada.

—Sí, dicho así lo es. —Me examinó con detenimiento y, después de pensar qué decir, se puso increíblemente serio—. Está bien, no te lo vas a creer, pero me sé el pokerap entero.

Tiré la cabeza hacia atrás y me reí tanto y tan fuerte que llamé la atención de la gente que pasaba por la acera en busca de sus coches.

—Te estás riendo tanto que empieza a ser ofensivo —respondió entre risas, contagiado por las mías.

—Es que…, Dios…, ha sido mejor respuesta de lo que esperaba —comenté quitándome las lágrimas.

—Bueno, me alegra que la noche haya terminado algo mejor de lo que empezó —sentenció él.

Me quedé pensativa, jugando con el bajo de mi falda mientras recordaba la escena.

—Él fue mi primer chico, ¿sabes? —Torcí la boca en mueca—. Con todo esto, reafirmo que la medallita de bestfriend tienen que llevarla Jason o Kendall.

—Desde luego, se preocupan mucho por ti, sobre todo el que te lleva al instituto, se nota que te quiere muchísimo. —Su comentario me dejó totalmente descolocada.

La imagen de Kendall acomodándome el pelo detrás de la oreja y dejando la mano tan cerca de mi cara volvió de golpe y el pulso se me aceleró. Incluso me perturbó la sensación de sus dientes sobre mis dedos hacía unos minutos, de sus labios rozando mis manos, aunque fuera entre bromas, mientras me abrazaba con fuerza para que no perdiera el equilibrio.

Comencé a inquietarme, a ponerme nerviosa a una velocidad vertiginosa. De repente, todo lo que llevaba puesto me molestaba, me sentía encerrada dentro del pequeño espacio del coche.

—¿Sería mucha molestia que me llevases a casa? —pregunté en voz más baja de lo que había esperado.

—No, para nada. —Dylan se recolocó en el asiento, puso la calefacción, pues notó cómo me empezaban a castañear los dientes, y, arrancando el coche, murmuró—: No tenía intención de dejarte sola todavía.

5

TÍTULOS, NORMAS Y RETOS

Anya

No conservaba un recuerdo claro del trayecto en coche, pero, cuando el motor se apagó y se hizo el silencio de la música, me obligué a intentar abrir los ojos.

Bostecé con cero delicadeza y estiré lo que pude las piernas. Dylan me sonrió levantando solo un lado de sus labios. Me froté los ojos con fuerza y comprobé que me costaba horrores abrirlos.

—¿Quieres que te ayude a subir? —se ofreció él. Yo fruncí el ceño e intenté decir algo, pero él se adelantó—. No pienses mal, por favor, no intento aprovecharme de la situación. Te dejaré en la puerta de casa y volveré al coche.

—*Fale* —grazné.

Escuché cómo la puerta del copiloto se abría y después un frío horrible me sacudió el cuerpo entero. Dylan me ofreció la mano para ayudarme a salir y, conforme me puse en pie, la cabeza me dio vueltas y perdí el equilibrio. Pensé que notaría el golpe contra el suelo, pero un brazo fuerte me había cogido por la cintura, evitando que me diera la hostia de mi vida. Murmuré un «gracias», o eso creo, y señalé el patio de mi bloque de fincas.

Saqué las llaves y traté de abrir la puerta, pero no pude meterlas en la ranura. Él se rio con pereza y me las arrebató con delicadeza de la mano. Abrió y fue hacia el ascensor.

—¿Qué planta es?

—La quinta y última, caballero —respondí.

Sacudió la cabeza con una risa floja. Yo me abracé más a él, cerrando los ojos, todo me daba vueltas.

—Ahora es divertido, mañana será horrible —susurré.

Me arrastró dentro del ascensor y me apartó el pelo de la cara, que había hundido en el muro que ya reconocía como su pecho.

—¿No tienes más amigos? En el instituto, quiero decir —inquirió. Suponía que ya había visto que la relación con la gente del *pub* y con los músicos era increíblemente estrecha.

—No, gran estrella del béisbol, no tengo —murmuré. Ofendida, levanté la cara de sus musculosos pectorales y lo miré con los ojos entornados—. A ti te sobrarán, ¿me prestas alguno?

Soltó una carcajada sincera que le iluminó el rostro, incluso borracha podía ver lo atractivo que era el condenado.

—Claro, le diré a Noah que nuestro contrato de amistad hace un traspaso de mí a ti, ¿te parece bien?

—¿Noah es el rubio que te pincha con la gorra todo el rato?

—Ese mismo.

—A ese no lo quiero, parece idiota, no me gustan los idiotas —sentencié. Dylan volvió a reír.

La puerta del ascensor se abrió y nos sacó al rellano. Le señalé la puerta antes de que él preguntara y, como todavía tenía las llaves en su mano, me las ofreció para que le indicase cuál era la buena. Abrió mi piso y nada más entrar me fui corriendo al baño, soltando el bolso por el camino.

Dylan cerró la puerta principal tras sus pasos, quedándose ahí quieto. Mientras vomitaba como una desgraciada amorrada en el baño, escuché mi móvil sonar.

—Dylan, cógelo, será Kendall…, *puerfavor* —grité apurando la última palabra entre arcadas para después volver a vomitar.

—Vale, con permiso, ¿eh? —Caminó hacia mí con el bolso en sus manos, lo abrió en la puerta del baño para que yo lo viera y sacó el teléfono. Le puso el manos libres y respondió—. Kendall, acabamos de llegar, pero está… —Vomité con estridencia de nuevo.

—Vale, ya la oigo, ¿qué haces tú ahí?

—Joder, no sé. ¿Cuidar de que llega a casa? —espetó molesto para mi sorpresa.

—En media hora estoy ahí, ¿puedes hacerme un último favor y esperar a que llegue?

—Claro, no voy a dejarla así —soltó mientras yo seguía con mi propio recital.

Escuché cómo la llamada se cortaba y dejaba el móvil en la pila, junto a mi bolso. Cogió la toalla del lavamanos y me hizo levantar las rodillas, la colocó en el suelo y después se arrodilló a mi lado, retirándome el pelo que yo a duras penas podía sostener. Arrancó un trozo de papel y me lo ofreció para que me limpiara la boca.

Me senté sobre mis piernas mientras levantaba la cabeza para coger aire y respirar. Dylan tiró de la cadena y me apartó mechones de pelo de la cara con delicadeza y cariño.

—Lo siento, normalmente no me pasa esta mierda —gruñí, avergonzada.

—Puedo imaginar que ha sido una noche más que intensa para ti, tranquila —comprendió él.

—No puede ser que seas guapo, agradable e interesante. —Entorné los ojos—. Tienes que tener alguna pega por ahí.

Él se rio con pereza.

—Quizá sea un asesino en serie y me he colado en tu casa con malas intenciones —dijo pensativo, examinando mi rostro con detenimiento. Yo le fulminé con la mirada.

—Pues termina ya con este sufrimiento —reproché, él soltó una carcajada breve—. No sé, pero voy a tener que averiguarlo, odio los puzles sin resolver. —Más arcadas me sobrevinieron, pero al aferrarme al baño no salió nada.

Volví a tirar la cabeza hacia atrás, esta vez con los ojos cerrados, intentando domar los mareos. Dylan abrió el grifo y cogió más papel, que humedeció con agua helada. Me lo pasó por la cara con delicadeza. Me refrescó de tal forma que no pude evitar soltar un gemido. Cuando se detuvo y abrí los ojos, vi que me observaba con tanta atención que se me aceleró el pulso. Tenía la misma mirada penetrante y atenta que aquel día del partido.

Realmente, ¿me había visto a mí aquel día? ¿Qué estaba apreciando ahora para fijar la vista en mí con esa intensidad?

Me acarició con los nudillos la mejilla y sentí cómo el calor por ese roce se extendía por todo mi cuerpo, como si hubieran lanzado una cerilla a una pila preparada para arder. Vi que el pecho de él subía y bajaba de forma acelerada y, entonces, el momento se rompió por el sonido del timbre. Debía de ser Kendall, seguro.

Dylan se levantó de mi lado para abrirle. Me incorporé como pude y con pasos torpes llegué hasta el sofá. Cuando mi amigo llegó a la entrada de casa, yo me había quitado las botas de mala forma y me encontraba tumbada, no aguantaba más los mareos.

—¿Cómo está? —exigió saber el músico nada más entrar. Tiró la funda del bajo en mitad del salón y Dylan me señaló.

—Parece que mejor.

Los ojos se me cerraron, tranquila y relajada porque la persona en la que más confiaba en el mundo estaba allí, conmigo.

—Siento la molestia, ya puedes irte —murmuró Kendall.

—Me gustaría saber cómo está después de lo de hoy, ¿crees que podría darle mi núm…? —empezó comentando Dylan. Pero el bajista no le dejó terminar.

—Si te interesa un mínimo cómo está Anya, le preguntarás en el instituto el

lunes —sentenció.

Hubo un silencio tan incómodo que no podía imaginar qué estaría pasando, qué miradas se estarían lanzando.

—¿No eres demasiado mayor para ella? —escuché con los ojos cerrados. La voz de Dylan se había vuelto afilada, nada que ver con lo agradable que había sido conmigo.

—¿Y tú no eres lo bastante inteligente como para captar una indirecta? —El tono de Kendall se tiñó de peligro, quería levantarme, evitar que esa conversación terminase en pelea, pero el cuerpo no me respondía—. Lárgate, ya.

Segundos después la puerta se cerró de un portazo. Las lágrimas se me comenzaron a filtrar por los ojos cerrados. El sofá a mi lado se hundió y una mano de dedos ásperos por tocar durante tantos años me acarició el rostro, retirándome el pelo desparramado por mi cara.

—Los he perdido —susurré.

—¿Qué has perdido, enana? —La voz de Kendall volvía a ser agradable, como siempre.

—Los amigos que tenía —conseguí articular con el tono cada vez más presa del sueño.

—Tienes a Jason y me tienes a mí —sentenció él. Noté que su mano cogía la mía y apreté lo que pude. Las lágrimas rodaron por mi mejilla y con la otra mano libre las atrapó—. Yo te cuido.

—No me dejes —rogué.

—No te pienso dejar.

Y eso fue lo último que escuché antes de caer rendida al sueño.

***

A las horas, el olor a *bacon* me despertó como si fuese la salvación a todos mis males. Miré la hora en el reloj de pared que había sobre la televisión: era medio día, y me encontraba tapada con una manta en el sofá. Kendall estaba al otro lado del salón, en la cocina.

Así eran los minúsculos pisos de estudiantes, un salón-cocina nada más entrar y después una habitación principal con cuarto de baño. No había grandes lujos, pero, al menos, había intimidad. Me incorporé entre gruñidos y él se giró.

—Anda, la bella durmiente al fin despertó.

—¿Puedes esperar que haga un pis antes de empezar a reñirme, por favor?

Puso los ojos en blanco y se giró hacia los fogones. Cuando salí y me senté

en la pequeña isla de la cocina que la separaba del salón, Kendall se giró con un par de platos ya preparados, colocó dos vasos con zumo de naranja, un café para él y un vaso con agua y una pastilla para mí. Eso fue lo primero que me tomé y empezamos a comer en silencio. Cuando ya casi habíamos terminado, se animó a preguntar:

—¿Quieres hablar sobre lo que pasó ayer?

—No quiero, pero lo necesito —murmuré sin dejar de mirar la comida de mi plato. Le conté con detalle todo lo que había pasado desde que llegamos a casa de Noah hasta que Dylan se ofreció a llevarme al concierto con ellos—. ¿Qué voy a hacer? Son lo único que tengo en el instituto.

—¿Y si finges que no viste nada?

—¿Qué? —espeté, levantando la vista del plato. Kendall ya había terminado y se giró para dejarlo todo en la pila.

—Si haces eso, les das la oportunidad de sincerarse contigo. —Se volvió hacia mí, apoyándose en la cocina, y se cruzó de brazos—. ¿Qué tendrías que decir si están enamorados?

Abrí la boca, confundida.

—Que Katherine esté obsesionada con alguien que ella considera un famoso no es tan raro en una adolescente. Pero los sentimientos reales son hacia las personas que tenemos a nuestro alrededor. Si están enamorados y quieren estar juntos, ¿qué pensarías de la situación?

—Me dolería igualmente cómo me está tratando Stephen. Pero podría entender que quisieran estar juntos. ¿Y si no me dicen nada, si lo mantienen en secreto?

—Entonces sabrás que no son trigo limpio, que no puedes confiar en ellos y que, en realidad, nunca han sido tus amigos —sentenció con rotundidad.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Ninguna de las opciones me parecía buena. Todo se había ido a pique y yo seguía sintiéndome traicionada por ambos. ¿Cómo podría fingir no saber nada y comportarme con ellos de forma natural? Me llevé una mano a la cara.

—Ahora que Kat por fin habría podido hablar con Dylan, va y hace eso. Joder. Es que no entiendo nada.

—La verdad es que yo tampoco. —Suspiró. Estaba con los brazos cruzados, apoyado contra la pila de la cocina—. Pero a veces hacemos cosas sin pensar y luego nos arrepentimos. La adolescencia no es fácil.

Mis ojos fueron de forma irremediable hacia sus brazos, los músculos se le marcaban en esa posición de forma tentadora. Pareció darse cuenta de que demoraba demasiado mi mirada en él y ladeó la cabeza ligeramente, frunciendo el ceño. Me aclaré la voz y traté de salir de ese momento de alguna

forma, pues ni yo misma entendía qué diantres me pasaba.

—¿Todavía te acuerdas de esa época, cacho anciano?

—Vale, menudo ataque más gratuito para alguien que te ha estado cuidando y te ha hecho el desayuno, ¿no?

—Si no recuerdo mal, cierto tío de ojos azules también me estuvo ayudando ayer. Le darías las gracias al menos, ¿no?

Kendall desvió la mirada hacia el techo, como intentando recordar.

—Diría que sí.

—Diría que no —rebatí—. No podré agradecerle lo de ayer, no tengo forma de hablar con él.

—Vais juntos al instituto. Lo verás por los pasillos. —Frunció el ceño, ligeramente molesto.

—Sí, con su grupo de populares, ¿qué hago yo acercándome a ellos? Aparte de dejarle en evidencia. Seguro que no quiere que sepan que pasó la noche conmigo.

Como si le hubiese insultado a él, Kendall puso una de las mayores expresiones de enfado que le había visto jamás.

—Pues de ser así, tendría que haberle partido la cara ayer —respondió furioso—. Es más, quizá lo haga el próximo día que te lleve al instituto.

—¿Puedes dejar de partirle la cara a todo el mundo dos minutos? —contesté, él puso los ojos en blanco—. ¿Sabes que hasta él piensa que estamos saliendo?

Kendall dio un respingo, como si lo hubiera golpeado, abrió la boca y se quedó mirándome fijamente confundido. Yo le devolvía el gesto con el ceño fruncido. De repente, se sonrojó, me cogió el plato y los vasos de un manotazo y se giró para limpiarlos con furia.

—Pues que piensen lo que quieran. Menuda gilipollez…, te llevaré como siempre —murmuró, enfurruñado.

—¿No te molesta que piensen que estamos juntos? —pregunté distraída, retorciendo una servilleta. Dejó de fregar y se quedó rígido—. Quizá te cierre las puertas a alguna…

—No me cierra nada —gruñó, la voz rasgada, grave—. Tampoco estoy viéndome con nadie.

—¿No? —dije sin apenas poder evitarlo. ¿Y a mí que más me daba? Nunca me había interesado.

—No —respondió él, retomando su actividad en la pila sin girarse ni un momento a mirarme—. Desde hace algún tiempo…, quizá un par de años, no sé. ¿Qué más da? —Se giró al fin para enfrentarme—. No me gusta que pienses así de ti misma, como si le jodieras la reputación a la gente. Así que

deja atrás esos pensamientos intrusivos, ¿vale?

—Vale —suspiré—. Pero igualmente, lo digo en serio, si hasta el guaperas ese del béisbol pensaba que éramos pareja, imagina si hay alguien mínimamente interesado en mí. Jamás se me acercará nadie si estás llevándome siempre y piensan que estamos juntos. —Hice una pausa, el corazón me latía desbocado. Kendall me miraba con las cejas arqueadas y una expresión de derrota—. Si no empiezo a cambiar algunas cosas…, me quedaré sola en mi último año de instituto.

—Puedo acercarte igualmente hasta…

—No, no se trata de eso, Kendall —rogué. Me dolía negarle cualquier opción, quitar ratos del día que pasábamos juntos. Sabía que me sentiría todavía más sola, pero necesitaba ese espacio también. Por algo que no alcanzaba a comprender, me dolía tanto decirle que se alejara de mí como que Dylan pensase que éramos algo que no. ¿Me preocupaba cerrarme una puerta con el jugador de béisbol?—. No deseo alejarte ni que pasemos menos tiempo juntos. Es solo que… no quiero que nadie malinterprete las cosas.

Kendall apretó los puños mientras se apoyaba en ellos contra la barra de la cocina. Yo sentía que se me iba a salir el corazón por la boca. Empecé a pensar que quería volver a encontrarme entre esos brazos como la noche anterior, pero disfrutarlos sin estar borracha. Por otro lado, necesitaba que se fuera para dejar de sentir el corazón aporreando mi caja torácica como si fuera un rehén pidiendo que lo liberasen.

—Si cedo ante esto es porque parece que tú lo necesites —confirmó—. No por lo que puedan decir de nosotros, eso me da absolutamente igual. —Carraspeó cuando lo miré tan fijamente que ni pestañeé—. ¿Vendrás a los ensayos?

—Sí.

—Me contestarás a los mensajes y las llamadas.

Fue una imposición, no una pregunta.

—Kendall…

—Estoy intentando encontrar un puto punto intermedio, ¿vale? Llevo siete años cuidándote a diario, no sé gestionarlo de otra forma —estalló.

Nos quedamos mirando con la respiración acelerada. La tensión era palpable y había algo en la conversación que lo hacía más incómodo de lo que debería. Finalmente, asentí.

—Dame un abrazo y aceptaré —exigí, sorprendiéndome a mí misma. Él arqueó las cejas, confundido.

—Eres un dolor de muelas.

Me levanté y lo estreché mientras él me devolvía el abrazo, apretando

ligeramente durante un instante. No es que fuera la primera vez que nos abrazábamos, pero sí la primera que no me estaba consolando o que no me agarraba por ir borracha. Así que, envuelta por él, con su olor inundándome y su calor reconfortándome esa desazón del corazón, me encontré igual de satisfecha como de inquieta.

Después de eso, como prometió, recogió el bajo y se marchó. Por algún motivo, el dolor de muelas que había dicho que era se hizo real en mitad de mi pecho. Me quedé allí contemplando cómo la puerta se cerraba tras él.

Algo pesado y molesto parecía haberse quedado cruzado en mi corazón, esas últimas palabras con él para intentar alejarlo y quizá abrirme una puerta con Dylan ahora quemaban en mi interior como clavos ardiendo. Estaba resultando más incómodo que la traición de mis dos amigos.

El peso de ese dolor me acompañó durante el resto del fin de semana, sin separarse de mi lado.

Como siempre hacía Kendall.

6

UNA DE CAL Y UNA DE ARENA

Anya

Durante el fin de semana, el grupo de mis amigos traidores se llenó de mensajes. Me preguntaban por qué había desaparecido de la fiesta. Que se murmuraba que Dylan se había marchado conmigo y no habíamos vuelto.

Genial, más rumores. Para posponer la conversación y pensar cómo salir de esa, les dije que estaba bien, que tenía una resaca horrible y qué hablaríamos mejor el lunes.

Para mi sorpresa, ninguno insistió, y pasé el domingo entero tumbada en el sofá viendo series de anime y pensando cómo proceder. Dándoles vueltas a las palabras de Kendall. Solo hablé con Jason, que como de costumbre me sacó más de una carcajada con los memes que encontraba y me pasaba. No le hacía falta mucho más para alegrarme, y se lo agradecía. Si me hubiera preguntado, no habría sabido explicarle qué me estaba pasando por la cabeza, pero lo habría intentado. Con Jason siempre me resultaba fácil hablar, sentía que podía contarle cualquier cosa y que no me juzgaría.

No me veía capaz de interpretar un papel sabiendo lo que pasaba entre Kat y Stephen, pero la realidad era que quería darles un voto de confianza. Esperar a que ellos me confesaran que querían tener una relación. Cuando pensé en Stephen y en lo que había pasado entre nosotros en verano, esperaba que mi corazón se retorciera más de dolor, pero la realidad era que me dolía más esa frialdad hacia mi persona que el hecho de que no me correspondiese.

Kat no sabía lo que había pasado entre nosotros, pero sí lo que yo sentía. Ella me había ayudado a entablar una amistad para poder acercarme a él. Así que pensar en que al final me lo hubiera podido quitar no hacía más que clavar más y más la daga de la traición en mis entrañas. Tenía que encontrar la forma de ponerles buena cara y darles un tiempo para ver cómo decidían llevar esta situación.

También tenía la certeza de que lo que había pasado con Dylan había sido algo puntual, no creía realmente que fuera a tener alguna posibilidad de

acercarme más a él. Aun así, mi estúpido subconsciente había alejado a Kendall porque tenía cierta esperanza. Esperaba que no empezaran las habladurías, porque seguro que no le haría ninguna gracia. Quizá, omitir la parte de ir juntos al concierto fuera lo mejor para los dos. Les contaría que me emborraché al estar sola y sin poder hablar con nadie y que, en un acto de altruismo, Dylan me llevó a casa.

***

El lunes por la mañana, me levanté con tiempo para coger el tranvía por primera vez. Estaba a rebosar de estudiantes de la misma calle, así que era imposible equivocarse de número o de parada. Bajamos todos en horda cuando se abrieron las puertas frente a la entrada del edificio y se me encogió el corazón al ver la zona donde Kendall solía parar el coche. Después de siete años llevándome, era desolador estar haciendo esto sin él.

Me coloqué la mochila y, con la cabeza fija en mis botas, caminé en dirección a mi taquilla, sin molestarme en esperar a mis amigos en la entrada. Al llegar a mi casillero y abrirlo para sacar algunas cosas que necesitaría en las primeras clases, encontré una nota. Fruncí el ceño y la cogí. Miré hacia todos lados, sin ver a nadie pendiente de mi reacción, por si era una jugarreta.

Lamento no haberte pedido el número el viernes
por la noche, me habría gustado preguntarte
el fin de semana cómo estabas.
Después de la nochecita que pasaste,
me parecía lo mínimo.
Tu guardián no me dejó ni proponerlo.
Me lo pasé genial, de verdad, y quizá quieras
resolver el rompecabezas que dijiste que te suponía.

Al final había un número anotado y el corazón me empezó a martillear con fuerza. Joder, tenía el teléfono del guaperas de béisbol. A Kat le explotaría la cabeza, seguro que le hacía tanta ilusión que se olvidaba de Stephen y, entonces, recuperaría su atención. Cerré la taquilla mientras guardaba la hoja doblada en el estuche.

¿Era eso lo que quería?

Ellos se habían liado sabiendo mis sentimientos. La voz de Katherine se escuchó cerca y levanté la vista para encontrarla saludándome desde el final del pasillo. Venía con Stephen, quien, como ya era costumbre desde el verano, apenas me miró. Se despidió de nosotras y siguió hacia su aula. En lugar de

tristeza, encontré rabia floreciendo en mi interior. Esperé a que Kat sacara las cosas de su taquilla y nos encaminamos hacia clase.

Como era de esperar, lo primero que me preguntó fue sobre el rumor. Le conté que le había tirado una copa encima porque iba borracha por el aburrimiento de estar sola y que se ofreció a llevarme a casa. Que me dejó en el patio y se marchó.

—¿Y nada más?

—Nada más —mentí sin mirarla.

Si le confesaba que habíamos ido juntos al concierto, se enfadaría conmigo. Necesitaba que sintiera que todo estaba bien para darle margen a contarme lo de Stephen.

—¿Te pasa algo? —preguntó, poniéndose más seria.

Me encogí de hombros y le resté importancia. Llegamos a nuestra clase y las horas pasaron en silencio. Comentábamos alguna cosa, pero, sin lugar a dudas, con algo más de tensión. De camino al comedor, me detuvo un momento y, mirando al suelo, se disculpó:

—Lamento haberte dejado a solas el viernes. Me entretuve con algo y se me fue el santo al cielo. Cuando intenté encontrarte, no había rastro de ti y me preocupé muchísimo, fue entonces cuando Noah me contó que te habías marchado con Dylan. —Suspiró avergonzada—. Imagínate cómo me sentí al escuchar eso, sabes lo loca que estoy por él.

«Maldita hipócrita de mierda».

El corazón me iba a mil por hora, me mordí la lengua para no soltar allí mismo «igual que tú sabías lo que sentía por Stephen y no dudaste en follártelo». En lugar de eso, sonreí con torpeza.

—Espero que los malentendidos hayan quedado resueltos —dije, apretando la mandíbula. Ella sonrió ampliamente y caminó hacia la mesa de siempre, donde Stephen nos esperaba.

Se me cerró la boca del estómago al darme cuenta de que no quería estar ahí, no quería sentarme con ellos. Pero obligué a mi cuerpo a acomodarse donde siempre, a respirar con la mayor normalidad posible. Quizá quisieran confesar todo al final de las clases para no montar numeritos en el instituto, algo a solas e íntimo para una situación que puede llegar a ser conflictiva.

Durante la hora del almuerzo, mis amigos se enfrascaron en una conversación apasionada en la que yo no tenía ni ánimos ni ganas de participar. Saqué la *Tablet* y los cascos y, disculpándome con ellos, les dije que iba a ponerme con la entrega de un encargo de dibujo. No les importó, no era la primera vez que me enfrascaba en un pedido de esa forma. Al menos, con la música no tenía que escucharlos parlotear.

Me puse a dibujar y, sin darme cuenta, empecé a esbozar dibujos de la otra noche. Kendall tocando con el pelo revuelto, cocinando al día siguiente, apoyado en mi cocina con los brazos cruzados. Dylan arreglándose el pelo con la gorra en la boca, riendo con las manos al volante o la expresión que puso cuando me miró fijamente en el baño. Desvié la mirada a mis amigos, que no estaban pendientes de mí; aun así, guardé los dibujos y dejé la página en blanco. Tamborileando con los dedos, me subí las gafas y miré por el comedor en un gesto distraído.

En la otra esquina estaba el equipo de béisbol; entre todos ellos, encontré el pelo castaño claro con hebras doradas de Dylan y sus penetrantes ojos azules. Me sorprendió ver que estaba mirando en mi dirección. Desvié la mirada hacia Kat, ella seguía con los ojos fijos en Stephen, casi dándome la espalda. Me giré, pero no había nadie atrás con quien pudiera estar intercambiando una mirada tan fija.

Volví la vista hacia Dylan con cierto aire de sorpresa en el rostro. Él esbozó una sonrisa y negó con la cabeza. Si le saludaba, mis amigos se darían cuenta, así que sencillamente le saqué la lengua a modo de burla. Él inclinó la cabeza hacia un lado, divertido con mi reacción. Desvió los ojos hacia mis amigos y me volvió a mirar. Era una pregunta muda que comprendí a la perfección. Cerré los ojos y negué con la cabeza. No tenía forma de contestar a aquello con un simple gesto. Pero, de alguna forma, pareció comprenderlo. Su expresión se volvió triste y comprensiva, y asintió.

Devolví la mirada a la *Tablet* y me quedé pensando si merecía toda aquella situación, si merecía esa falta de respeto y estar soportándola. Y me sorprendí comprendiendo que prefería estar sola a aguantar a gente que no me tuviera un mínimo de aprecio.

A los pocos minutos, sonó la sirena que avisaba de que se terminaba el tiempo del almuerzo y teníamos cinco minutos para acudir a las clases. Me retiré los cascos y Stephen se despidió. Kat y yo fuimos directamente a las taquillas, pero a mitad de camino necesité estar sola, así que le dije que se adelantase, que tenía que ir al baño. Después de hacer mis cosas y respirar más a gusto de lo esperado en esa apacible tranquilidad, salió alguien de otro cubículo. Una nube de humo lo llenó todo y me miró sorprendida mientras yo me secaba las manos.

—Joder, mierda —exclamó, aleteando con los brazos para intentar dispersar el humo. Sonreí de medio lado.

—Descuida, no me chivaré.

No recordaba haberla visto antes por el centro escolar, pero tenía algo que me resultaba familiar. Llevaba el pelo corto y despuntado en mil direcciones,

con las puntas teñidas de morado y la base de un negro azabache increíble, con los ojos grises más magnéticos que había presenciado en la vida y la tez bronceada natural. Los labios iban a juego con el morado del pelo, al igual que las uñas. E iba llena de *piercings*, en la nariz, en las orejas y en el labio. Se lavó las manos y después se metió un chicle en la boca.

—¿Quieres? —me ofreció. Negué y me quedé mirándola.

—¿Nos conocemos?

—Diría que no, he llegado hoy.

—¿A mitad de curso? —pregunté por curiosidad.

—Ajá, me han expulsado de mi anterior insti…, así que… aquí estoy. —Se rio con pereza—. Un puto coñazo, pero es lo que hay.

—Ya lo creo. —Me reí sin ganas y la seguí mirando, convencida de que la había visto en algún lugar—. Es que siento que te conozco.

Puso morritos, se dio con el dedo índice en el mentón y me miró de arriba abajo.

—¿Vas al Meteora? —Ese era el garito donde tocaban los chicos. Asentí, sorprendida.

—Mis amigos dan conciertos allí muchas veces, las chicas de la taquilla y la barra me conocen desde hace años.

Ella sonrió ampliamente.

—Maya es mi hermana mayor, nos parecemos mucho.

—¡No jodas! ¿Eres hermana de Maya?

—Tal cual. —Se rio sin dejar de mascar chicle—. ¿De qué grupo eres amiga tú?

—De los Iron Wings —respondí orgullosa.

—¡Venga ya! ¡Los amo! ¡Estoy totalmente obsesionada con Jason! —Las dos nos reímos—. Joder, si voy a todos sus conciertos.

—Yo también, seguro que nos hemos cruzado.

—¡Fijo! —Se puso a rebuscar en su chaqueta y sacó el móvil—. Tía, dame tu número, así al menos conoceré a alguien en este antro. Podemos ir juntas a los conciertos y, con suerte, me presentarás a Jason.

—Se te caerá un mito, pero digo a todo sí. —Saqué el mío e intercambiamos números. Ella se presentó como Clarisse, pero como odiaba su nombre prefería que la llamase Risse.

—Pues hablamos, Anya, me alegra haberme encerrado aquí a fumar.

—Igualmente, nos vemos —le respondí sin dejar de sonreír. Risse se marchó y me quedé mirando el móvil.

Saqué el estuche y me guardé el número de Dylan. Por disimular, por si alguien miraba de refilón la pantalla, lo guardé como «Rey del pokerap» y,

riéndome entre dientes, volví al aula.

Después de llevarme la reprimenda por entrar con la clase comenzada, me senté al lado de Kat y, escondiéndome, saqué el móvil y le reenvié el cartel del próximo concierto a Risse.

RISSE
¡Planazo, tía! ¿Vamos?
Quedan dos semanas, pero,
si hay posibilidad de conocer a Jason,
voy a empezar a buscar modelito.

ANYA
Si le llevas algo de comer y una
birra después del conci, puedes
ponerte un saco de patatas y le dará igual
😂😂😂

Risse me contestó con muchos iconos partiéndose de risa. Después abrí el otro chat que estaba vacío por ser nuevo en mi lista y pensé qué decir.

El corazón me iba a mil por hora, me sentía en la cuerda floja pensando qué decirle al chico por el cual mi mejor amiga llevaba loca desde que empezamos el instituto.

«Amiga que le ha metido la lengua hasta la campanilla al tío por el que tú llevas suspirando el mismo tiempo». Sabía que era el rencor quien hablaba. Y, quizá por eso, sin pensarlo demasiado abrí el chat con renovada decisión, pero escribía algo y lo borraba constantemente, me sentía insegura sobre de qué hablar con él. Al final, Kat me preguntó algo, me puse nerviosa y dejé el móvil boca abajo con un manotazo.

A los minutos, lo cogí y casi se me cae el alma al suelo al ver que había reenviado el cartel del concierto.

REY DEL POKERAP
Puedo adivinar quién eres solo
por ese cartel, pero tu imagen de perfil
me intriga todavía más.

Se me había olvidado que tenía una foto *cosplayada* de elfa hechicera del último rol en vivo al que había ido. Hundí la cara en las manos y me quise morir. El móvil vibró de nuevo y el corazón decidió que quizá era mejor salir del pecho y huir de mi cuerpo. Con la sensación de angustia máxima y el rubor en mis mejillas, lo giré y vi qué me había escrito.

REY DEL POKERAP
Si lo del cartel es una invitación,
acepto. Con la condición de que vengas a
verme esa misma mañana a mi partido.

ANYA
Creo que dejé bastante claro
la otra noche que odio tu puto deporte.
Solo voy por Kat.

REY DEL POKERAP
Quizá pueda hacer que te guste…
Mi deporte, quiero decir.
¿Lo habéis arreglado? ¿Estás bien?

Me sorprendió que quisiera saber cómo había terminado todo y, en especial, si estaba bien y la broma con doble sentido antes que ofenderse por meterme con su pasión y futuro profesional. Suspiré, admitiendo que era el tipo más agradable que había tenido el gusto de conocer en muchos años. Y caí rendida ante la realidad de que me emocionaba que tuviera ese interés en mí.

7

RUPTURAS E INICIOS

Dylan

ANYA
Es complicado, pero lo superaré.
Gracias por cuidarme la otra noche.
Y me gustaría verte intentar conseguir
que me guste el béisbol, rey del pokerap.

Esa fue su respuesta, después se desconectó, pero yo me quedé embobado mirando la imagen de su perfil con una innegable sonrisa de idiota dibujada en mi cara.

Salía disfrazada de elfa hechicera, con unas gafas minúsculas sobre su redondeada y pequeña nariz, rociada de pecas que se extendían hasta sus mejillas. Llevaba unas lentillas amarillas, pero el pelo era el suyo, le caía en tirabuzones hasta los hombros y pechos. Los labios carnosos, pintados de un rojo fresado y brillante, tan apetitosos como una manzana bañada en caramelo. Su escote se apreciaba sin disimulo y los pechos eran abrazados por una tela azul brillante y ligera, bajo estos se adivinaba un corsé de cuero negro. La oreja de elfa estaba apoyada sobre un cetro con una gema roja que brillaba ligeramente por algún efecto creado por alguna aplicación de retoque de imagen.

Debí quedarme completamente absorbido por su belleza, porque, cuando quise darme cuenta, la clase había terminado. Bloqueé el móvil y desvié la mirada para encontrar a Noah mirándome con cara de bobo. Me aclaré la voz y fingí indiferencia.

—¿Qué?

—Te ha escrito.

—No es verdad…, miraba otra cosa.

—¿Cuántas personas del instituto son capaces de vestirse así? Por cierto, ¿dónde guarda de normal esos melones?

—Tío, vuelve a hablar así de ella y te meto el bate por el…

—Vale, vale —se rio Noah—. No te pongas territorial conmigo. Sé que la friki es tuya.

Cerré la carpeta con un golpe y lo fulminé con la mirada, él ya se estaba colocando la mochila al hombro. Negué con la cabeza, guardándolo todo a mala gana en la mía.

—¿Quieres venir a jugar a la *Play* a casa? Hoy tenemos libertad total.

—No, iré a hacer algunos lanzamientos.

—Tío, tienes que desconectar de vez en cuando.

Lo volví a fulminar con la mirada, sabía que, cuando me sentía estresado o agobiado por algo, necesitaba quemar energías de esa forma. Y debía admitir que la situación con Anya en su fiesta la otra noche me había alterado más de lo confesable.

—Vale, está bien; si cambias de opinión, estaré fingiendo que no me importa jugar triste y solo. Ya sabes dónde vivo, por si me muero de tristeza o algo.

—Frente a mi cuarto, para bien o para mal, pedazo de dramático —suspiré, rindiéndome ante esos enormes ojos verdes que me miraban con una súplica muda—. Llevo una *pizza* y cenamos juntos si quieres.

—Comprado, nos vemos, tío. —Me chocó la mano y nos dimos un breve abrazo con un toque de hombros.

—Nos vemos.

Tras despedirme de él, caminé distraído hacia el campo de béisbol. El trayecto se hizo más largo de lo esperado, algunos estudiantes me pararon para saludarme y comentar lo bien que me habían visto en los últimos partidos, ofrecerme la invitación a alguna fiesta que darían en sus casas o invitarme a salir directamente.

Joder. Mi batería social se estaba agotando a una velocidad abismal.

Cuando salí del edificio y me quedé a solas en el parque que daba a los campos de entrenamiento y más allá, los diferentes estadios de varios deportes, sentí que mis pulmones volvían a coger aire.

La gente no se me daba tan bien como quería fingir. Aguantaba poco en ambientes cargados de personas y terminaba agotado y sin fuerzas para mantener una conversación. Lo mío era el deporte, no la gente. Aunque Noah se desenvolvía genial en ambas cosas, así que solía dejar que hablase él siempre que fuese posible.

Quizá, justamente por eso, empecé a fijarme en la chica misteriosa y huraña que pasaba de los eventos sociales, incluso del jaleo que se armaba en los partidos. Era la única que no se levantaba en las gradas, ni siquiera estaba

atenta a lo que ocurría. Solo miraba a sus dos amigos. Tenía una capacidad para centrarse que me abrumaba.

¿Cómo lo lograba? ¿Cómo conseguía apartar todo lo demás de la ecuación y centrarse en lo único que merecía su interés?

Me fascinó de tal forma que fue hasta hipnótico contemplar cómo se ponía a dibujar y apartaba lo demás. Desde que fui consciente de su presencia, la buscaba en todos los partidos y me sorprendí encontrándola en cada uno de ellos. Quería aprender cómo lo hacía, comprender cómo funcionaba su mundo, su cabeza. Cómo pensaba alguien como ella, tan diferente a los que la rodeaban.

Pero nuestros mundos parecían tan incompatibles que no encontraba forma de interactuar con ella. En todos los años de instituto, jamás nos tocó en la misma clase. Nuestras taquillas estaban en lados opuestos del recinto escolar. No teníamos las mismas actividades extraescolares y, por supuesto, jamás la vi en una sola fiesta.

El día que al fin nuestras miradas se encontraron en el primer partido de la temporada del último curso de instituto, ese momento en que fijó sus ojos marrones claros en los míos, sentí que algo me inundaba el pecho hasta desbordarse. Lancé la bola sin pensar en lo que hacía y no controlé la fuerza, me sorprendí a mí mismo de la velocidad que cogió. Después de aquello, el estadio estalló en vítores.

En el vestuario le confesé a Noah que ella al fin había mirado.

—Te ha dado las fuerzas que te faltaban —sentenció él lleno de felicidad—. Parecías tan agotado que nadie se esperó ese lanzamiento, ha sido increíble.

Él sabía lo que pensaba de ella, me había pillado las suficientes veces mirándola como para no poder ocultarle la obsesión que parecía estar adueñándose de mí. Pero era más que evidente que yo no le interesaba lo más mínimo; a pesar de ser bastante popular en el instituto, parecía no existir para ella. Así que no había necesidad de abordarla e incomodarla.

Noah insistía en que, si yo le hablaba, no podría negarse a mis encantos. Pero no me veía capaz de romper esa paz en la que parecía vivir, esa burbuja en que a mí también me gustaría meterme y olvidar todo lo demás.

Porque la presión a veces era demasiado, en ocasiones sentía que me ahogaba.

Mi mejor amigo decidió invitar a Kat a la fiesta sin decirme nada y, cuando vi a Anya en la cocina, casi sentí cómo se me salía el corazón del pecho. Necesitaba hablar con ella, pero tampoco sabía bien qué decirle, así que me fui acercando, tanteando el terreno. Todo lo demás, desde que me volcó el vaso encima, fue un imprevisto tras otro. Para mi sorpresa, terminó siendo una de

las mejores noches de mi vida.

Anya era una caja de sorpresas, de la que tan solo acababa de empezar a rascar la superficie. Había sido idea de Noah lo de la nota en la taquilla. Después de discutir con él todo el maldito fin de semana, le hice caso. Solo para que se callara. Y debía admitir que tenía razón, me hacía feliz haberlo hecho, porque me había escrito. Ahora tenía esa foto de elfa sexi respondiendo a mis mensajes. Por fin había hablado con ella, y eso me hacía tener absurdas esperanzas de que pudiera llegar a ser algo más, bueno, al menos, una amiga para empezar. Como contrapunto, no lograba controlar la creciente excitación que bullía en mi interior como un volcán. Necesitaba soltar esa energía acumulada.

Entré en el vestuario, guardé mi mochila, me puse una camiseta de repuesto elástica, cogí un guante y un bate y salí al campo. Conforme crucé las gradas, escuché el murmullo amortiguado de una canción de *heavy metal*. Desvié la vista y encontré unos ojos marrones mirándome con asombro.

Me costó no soltar el bate y el guante ante la sorpresa.

—Ey —dije.

—Ey —respondió ella moviendo la mano, en la que sostenía el lápiz digital de dibujar—. ¿Hay entrenamiento?

—No. ¿Qué…? —Me aclaré la voz—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella se puso roja y se levantó de golpe.

—Ah, joder, no he caído en que quizá no estaba permitido estar aquí si no había partido o algo. Lo siento, me voy enseguida.

—No, no —dije rápidamente, aunque ella ya había recogido sus materiales de dibujo. Se había bajado los cascos al cuello y la música seguía sonando—. Puedes quedarte, solo voy a batear un poco en el túnel. No va a venir nadie más.

—Ah —murmuró, miró hacia el campo y, colocándose la mochila y estrujando el asa, preguntó—: ¿Qué es el túnel?

Torcí la cabeza y sonreí de medio lado. El corazón me iba a mil por hora, pero era mi oportunidad de estar a solas de verdad con ella. No contaban los momentos de la noche del viernes en los que ella estaba llorando o borracha. Quería hablar con ella sin nada de aquello de por medias, ver cómo era en un ambiente tranquilo.

—¿Quieres verlo?

***

Unos minutos después, estábamos dentro del túnel, que era una estructura

alargada cubierta de redes, con un lanzapelotas en un extremo y una base en el otro. Ahí mismo, sosteniendo un bate como le había enseñado y resoplando mil maldiciones, se encontraba Anya.

—Recuérdame por qué estoy haciendo esto —me dijo.

—Porque estás cabreada, te he comentado que yo hago esto para soltar tensiones cuando lo estoy y has dicho…

Dejé la frase a medias para mirarla con atención, hasta que, resoplando, repitió sus propias palabras.

—Tu deporte de mierda es una mierda, pero prefiero probar esa mierda a seguir en mi mierda —dijo con tono de burla—. Sí, lo capto, soy una imbécil.

Me reí sin poderlo evitar. Le quité las gafas en un acto reflejo y le coloqué mi casco.

—Eh —se quejó—. No veo bien sin ellas.

—No puedes batear con gafas, puedes hacerte daño. ¿Preparada?

—No. —Apretó los labios y estrujó el bate—. Pero dale.

Sonreí y me salí del túnel. Ella se puso a soltar maldiciones, me hacía gracia lo terriblemente malhablada que era. Tenía una carita dulce, pero una lengua de demonio sin filtro alguno.

La máquina que lanzaba las pelotas comenzó a hacer ruido y la primera salió disparada hacia Anya. Gritó y se movió sin éxito alguno.

—¡Joder! ¡Van a toda pastilla! ¡Ah! —Esquivó otra—. ¡No vale! *¡Stop!*

—Ponte en posición y no pierdas de vista la bola —voceé.

—¡Es fácil decirlo!

Después de al menos veinte fallos, consiguió golpear de lado una, que salió disparada hacia arriba. La red la retuvo para que no saliera del túnel y aterrizó sobre la tierra frente a ella.

—¡Yuhu! ¡Le he dado a una!

—¡Enhorabuena!

—Ahora quiero verte a ti.

—Todavía puedes batear más.

—Lo sé, pero estoy agotada. Veamos de cerca cómo lo hace un profesional —me dijo con una sonrisa nublada por el cansancio.

Apagué la máquina y recogimos las pelotas juntos para volver a colocarlas en la cesta. Le expliqué dónde tenía que darle para activarla, le devolví las gafas y le arrebaté el casco. Sonreí de medio lado viendo cómo se marchaba del túnel y me coloqué rápidamente en la base. Arrastré un pie, moví los brazos y la cadera y golpeé con tanta fuerza la bola que se quedó durante unos segundos rodando en la red del fondo del túnel.

Ella abrió la boca sorprendida.

La miré hasta que me devolvió la mirada y, entonces, le saqué la lengua, imitando la burla de la hora del almuerzo. Después, me centré en batear. Borré todo lo que había a mi alrededor y golpeé pelota tras pelota. Cuando la cesta se vació y la máquina se detuvo, yo me encontraba jadeando con gotas de sudor recorriendo todo mi cuerpo. Me quité el casco y la miré.

Estaba agarrada a la red, sin dejar de observarme. Las pupilas se le dilataron cuando no pude hacer más que quedarme allí intercambiando una mirada por otra. Respiré con pausa para recuperar el aliento y, cuando mi pulso volvió a la normalidad, comencé a recoger las pelotas. Anya entró al túnel y me ayudó en silencio. Salimos y nos sentamos en las gradas, mirando el campo completamente vacío mientras compartíamos una botella de agua.

—La verdad es que es impresionante —murmuró—. Verte de cerca, quiero decir.

Me atraganté con el agua y la miré de soslayo.

—¿Qué quieres decir?

—La mirada te cambia, te concentras y…

—¿Y? —insistí.

—Creo que hasta te pones atractivo y todo —sopesó, como si fuera una particularidad de la que se acabase de dar cuenta. Me reí con ganas y me dejé caer hasta apoyar los codos en los asientos de atrás.

—Pensaba que eso ya lo tenía y que me faltaba interés intelectual.

—Yo no lo dije exactamente así —respondió ella, notablemente avergonzada.

—Pero era así, ¿no? Recuerdo que dijiste que no podía ser atractivo, simpático e interesante.

—Dije «guapo», no «atractivo». Te estás sumando puntos tú solo, campeón.

—Bueno, creo que con esta demostración de habilidad he subido de categoría. Me merezco la etiqueta de atractivo.

—Te mereces la de ególatra.

Me reí con pereza, después nos envolvió el silencio. Pero era agradable, como si no hiciera falta llenarlo con nada más.

—He tenido la bronca de mi vida, ¿sabes? Todo por la dichosa fiesta del viernes.

—Puedes contarme lo que quieras si necesitas soltarlo —comenté cuando volvió a quedar sumergida en sus pensamientos.

—¿No te resultará un peñazo escuchar otra vez mi drama? —preguntó seria, aunque sabía que lo decía de broma. Negué con cierto dramatismo.

—Me he quedado destrozado, aprovecha mientras me recupero y no puedo escapar.

Ella elevó ligeramente la comisura de sus labios, pero en segundos desapareció y sus ojos se volvieron brillantes por la tristeza.

—No lo soportaba más —confesó—. La hipocresía de la situación. Han tenido varias ocasiones para sacar el tema. Para decirme que se querían, que estaban liados, lo que fuera. Pero no lo han hecho. Se han ido, juntos, y me he quedado ahí plantada en la puerta del instituto, sin saber bien qué hacer. —La voz se le rompió—. Les he gritado que los vi y ahí ha empezado la discusión. Katherine me ha mentido esta mañana a la cara, omitiendo información y ofendiéndose por el rumor de que se me había visto contigo. Ha tenido el valor de decirme que se sentía traicionada.

—¿Eso va en serio? —pregunté, realmente impresionado. Ella asintió—. Joder, pero si ella se folló a otro tío. ¿Por qué se ofende por que te hayan visto conmigo?

—Al parecer, yo no merezco ni una mirada tuya. —Se aclaró la voz—. Y cito textualmente: «él es una estrella, alguien que brilla allí donde va. No necesita una mota de pelusa como tú a su lado». —Suspiró y me miró, dejando caer una lágrima—. Ha sido lo último que me ha dicho antes de irse. Mi mejor amiga, ¿sabes?

—Joder. —Me había dejado de piedra, no sabía qué decir.

Ella suspiró, calmando el llanto que guerreaba por salir. Pero lo contuvo de manera formidable, se aclaró la voz y me señaló.

—Pero aquí estoy, sintiéndome fatal porque he perdido a mis dos mejores amigos y, encima, estoy hablando con el tío que durante años he pensado que sería el futuro marido de mi amiga. —Arqueé una ceja, poniendo una mueca de disconformidad más que evidente—. Era lo que ella quería conseguir.

—Entiendo.

—Me siento mal —comentó—. Como si fuese yo la que ha hecho algo horrible.

—No, de eso nada —grité sin darme cuenta, poniéndome de pie. De repente volvía a estar cargado de energía—. Tú fuiste honesta todo el tiempo, querías lo mejor para ellos. En realidad…, me alegré de que estuvieran… Bueno, ya sabes, ocupados.

Ella me miró con los ojos abiertos de par en par. Abrí y cerré las manos a los lados.

—Kat no me interesa nada; sin embargo, tú… eres un puzle que quisiera completar, un misterio que resolver —confesé esta vez yo, repitiendo en cierto modo lo que ella me dijo la noche del viernes.

—¿Yo? —murmuró titubeando.

—En los partidos no la miraba a ella —admití, y sentí cómo el calor

abrazaba cada parte de mi cuerpo—. Siempre te buscaba a ti.

Y eso hice, clavando mis ojos en los marrones de Anya, que brillaban con una intensidad casi mágica, hipnótica.

8

CAMBIOS

Anya

Unas horas después del encuentro con Dylan, seguía absorta en la complicada partida de ajedrez. No había podido mover ficha desde el día anterior. Aún no sabía de dónde diablos había salido ese tal Sora para joderme la vida y la racha de victorias.

Pero allí estaba, sin lograr hacer que funcionasen mis putas neuronas. Llegué a la conclusión de que la mirada de Dylan tenía la culpa. La concentración cuando bateó, cómo se tensaban y destensaban los músculos de sus brazos. Y lo increíblemente agradable que era cuando salía del modo concentrado. Era un buen tío, o eso me parecía. Y yo, en lugar de considerar ser su amiga, solo podía pensar en que Katherine se estaba perdiendo algo increíble. Aunque quizá se lo mereciera, por mala persona.

Bufé, intentando disipar mis pensamientos y mi mala leche. Alguien me estiró de los cascos de batería que me consiguió Jason, interrumpiendo mis pensamientos confusos. Solía meterme en la sala con ellos y la música estaba muy alta, con los cascos me protegía un poco los tímpanos.

Kendall estaba inclinado hacia mí, tirando de uno de los laterales para liberar mi oreja.

—¿Pasa algo, enana? —me preguntó casi sin poder evitar gritar, a causa de la vibración remanente del amplificador.

Negué y lo miré fijamente.

Estaba muy cerca de mí, su rostro más adulto que el de mis compañeros de instituto y su porte, amplio y fuerte, me rodeaban. Me examinó con sus ojos pardos medio ocultos por el flequillo. En un impulso, deslicé mis dedos por su pelo y se lo retiré hacia atrás.

Cuando su cara quedó a mi vista de nuevo después del gesto, me di cuenta de que había cerrado los ojos. Los abrió para mirarme fijamente. Estaba completamente relajado, como si esa caricia lo hubiera extasiado. Me miró entornando los ojos un instante y después soltó el casco, que me golpeó

ligeramente haciéndome cerrar el ojo de ese lado. Antes de que pudiera recriminarle nada, me estaba plantando un beso en la frente. Se apartó de mi lado como una exhalación, dejándome conmocionada. Se colocó en su sitio a tiempo de comenzar la nueva canción y entonces entró en trance, como le solía pasar.

Me di cuenta de que no era muy diferente a la concentración de Dylan, en aquel momento de conexión con la música era como cuando él se concentraba en batear. Me permití observar desde otro ángulo. Recorrer sus músculos tatuados, su ropa desgarrada y las cadenas que colgaban de su cadera. Era completamente opuesto al jugador de béisbol, pero la mirada era idéntica. Fija en un objetivo, concentrada y pasional. Era todo energía. Sus manos se deslizaban por las cuerdas mientras se unía a la sinfonía que todos hacían juntos. Para cuando terminó la canción, me encontraba sin aliento, con el pulso completamente disparado.

Nos llevábamos diez años, acababa de cumplir los veintiocho y a mí me quedaban pocos meses para la mayoría de edad. Él había decidido trabajar al terminar el instituto, estaba en un almacén y llevaba maquinaria pesada. Así que había tenido que dejar el desenfreno del lema sexo, drogas y rock ´n´ roll para trabajar y centrarse. Al menos, solo una de esas cosas.

También había estudiado la carrera de composición musical y seguía tocando en el grupo. Y, entre medias, siempre encontraba tiempo para cuidar de mí y pasar tiempo juntos. Jason era también con el que más tiempo compartíamos ambos, quizá al tener mi edad nos entendíamos mejor. Eso y que era la sombra de Kendall. Con Ozzy y Riley no era igual, el guitarrista era mayor y la diferencia de edad conmigo se acrecentaba. Ozzy era introvertido y reservado, con un aura misteriosa pero agradable. Aunque el guitarrista y el cantante parecían un matrimonio real la mayor parte del tiempo. De hecho, siempre había tenido esa ilusión morbosa de que lo fueran, incluso vivían juntos, lo que no hacía más que animar mis fantasías.

Cuando terminó el ensayo, Kendall no tuvo ni que decirme que me llevaba a casa. Ya era algo habitual, así que se puso una sudadera, cargó todo en el coche y me despedí de los chicos hasta el próximo día. Me metí en el vehículo y sin mirarme ni decir nada más arrancó. En uno de los semáforos, se aclaró la voz y, con la mirada todavía fija en la calle, habló:

—Hoy has estado especialmente atenta. —Su voz fue apenas un susurro.

—Quería estarlo —dije jugando con un mechón de pelo, con la mirada perdida en mi ventanilla—. Estaba fijándome en una cosa.

Por el retrovisor vi que él se giraba para mirarme, recolocándose en el asiento.

—¿En qué? —se interesó.

—En lo que supone estar concentrado en tu pasión, imagino —respondí sin saber bien qué decir.

Me miró con profunda atención y le respondí la mirada, esa energía entre los dos se tensó de nuevo y dejó cierta sensación incómoda flotando en el aire. Cuando metió la marcha, suspiró profundamente. Para mí la diferencia de edad no era importante, pero en momentos como aquel me daba cuenta de que había una barrera tremenda que nos separaba. Sabía que para él era una barbaridad, siempre me trataba como una cría a la que había que cuidar.

En cierto modo, los peores años de mi adolescencia se los pasó él a mi lado, no mi hermano. Así que había tenido que aguantar cómo cambiaba, en todos los sentidos. La cuestión es que yo pensaba que a sus ojos seguía siendo esa niña cogida de su mano en el aeropuerto, sumida en un mar de lágrimas. Si salí de aquel bucle de tristeza, fue gracias a Kendall y a Jason.

—En unos meses es tu cumpleaños —susurró, distraído, con una mano en la boca y la otra en el volante.

Respondí con una afirmación corta. Mi decimoctavo cumpleaños era antes de navidades. Justo para cuando mi hermano volvía a casa. Jason llevaba todo el año diciendo que había que montar una juerga de las locas. Kendall solía recriminarle que haríamos lo que yo quisiera, siendo consciente de que a mí las grandes fiestas no me apasionaban.

—Todavía podemos hacer algo memorable —murmuró sin dejar de mirar hacia delante—. No todos los días se cumplen dieciocho.

—Mi mundo se desmorona poco a poco, no sé bien qué quiero hacer. —Suspiré con la mirada perdida en mis botas. Habíamos parado ya frente a mi casa y yo seguía enredándome el pelo en el dedo de forma obsesiva. Kendall estiró el brazo y me hizo desenredármelo, me cogió la mano y esperó—. Si pienso en mi cumpleaños, solo quiero un pozal enorme de palomitas, *pizzas*, una maratón de películas malas de los 80 y tu tarta.

Kendall suspiró ligeramente, como deshinchándose. Los hombros, que había mantenido en tensión, se le desplomaron. Sonrió con una ternura que no recordaba verle desde hacía mucho y asintió.

—Eso pinta bien. —Entrelazó sus dedos con los míos, y mi corazón se saltó un latido—. Pero eso puede ser cualquier otro día. Piensa algo guay para tu cumple.

—¿Cualquier otro día? —repetí distraída, mirando nuestras manos. Él acarició con el pulgar el dorso de mi mano, y solo ese gesto me arrastró un torrente de calor y sentimientos confusos. Nunca me había tocado así—. ¿Como hoy?

—Mañana tienes instituto —dijo riendo por la nariz brevemente—. Y yo trabajo.

—Es verdad, lo siento. Mejor otro día. —Apreté los labios en un puchero involuntario.

Él puso los ojos en blanco y me soltó. Me quedé paralizada, pensando en que podría haberle molestado, pero salió del coche y cruzó hasta mi puerta.

—¿Vas a salir o veo las películas sin ti? —me dijo.

Sonreí tan ampliamente que hasta me dolió la cara. Salí del coche dando brincos y él, sonriendo, me siguió. Parecía agotado, pero aun así no se quejó. Subimos en el ascensor comentando qué película veríamos.

En lugar de una maratón, decidimos que sería mejor solo una. Como parecía tan cansado, le ofrecí hacer la cena mientras él se duchaba. Tenía una muda de ropa de emergencia en mi piso, pues había días en los que se había tenido que quedar conmigo. O bien por borracha o bien por enferma. Él siempre dormía en el sofá, pero se me ocurrió algo diferente para ese día.

Mientras las *pizzas* se horneaban, aparté la mesa de café y saqué el colchón de la cama. Lo tiré en mitad del comedor, haciendo tope con el sofá, y puse un mantel sobre él. La mesa de café estaba al lado de la puerta principal, donde terminaba el salón. Cambié las sábanas y puse la manta, desde aquel ángulo parecía una mini sala de cine.

Estaba sacando las *pizzas* cuando Kendall salió de la ducha y se quedó helado mirando la escena.

Llevaba pantalones holgados de pijama y una camiseta de manga corta, a pesar de que hacía frío. Se giró hacia mí quitándose la toalla del pelo, que se le quedó alborotado.

—¿Qué…, qué es esto?

—¡Pícnic de sofá y manta! —grité llena de alegría—. Como mañana trabajas y pareces agotado, he pensado que casi seguro te quedarás dormido, y me sabía mal que lo hicieras en el sofá.

La cama del suelo estaba llena de almohadones para ponernos cómodos. Era apetecible, sin lugar a dudas, pero él la miraba como si estuviera llena de leones hambrientos.

—Yo…, eh… —Por una vez, la mala leche de Kendall se veía ausente. Estaba confundido, incluso me atrevería a decir que avergonzado. Pero sabía que la falta de pelea era porque no tenía energías para mucho más.

—Va, venga, túmbate y ve eligiendo una película. Yo me doy una ducha rápida y salgo —le ordené saliendo disparada.

—Anya…, yo… —escuché que decía.

Pero lo ignoré y me metí en la ducha. Dejé el pelo para el día siguiente, así

que tardé cinco minutos. Me puse la camiseta que me prestó hacía unos días, que me llegaba por encima de las rodillas y era de manga larga. Y salí al salón para reunirme con él. Estaba sentado sobre el sofá, notablemente incómodo.

—Puedo quedarme, pero dormiré en el sofá —sentenció mientras se levantaba y cogía las bebidas de la mesa de la cocina. Me fijé en que intentó no mirarme.

—No, de eso nada, he montado todo esto para evitar que te partas el cuello en ese sofá viejo.

—No puedo dormir contigo en la misma cama —se excusó abrumado.

Me giré y lo enfrenté una vez dejó las bebidas. Le fruncí el ceño y él alzó las cejas.

—¿Por qué? —Me señalé el cuerpo—. No sé si te has dado cuenta, pero ya no llevo pañales.

Su mirada se volvió oscura cuando bajó por mi cuerpo, más despacio de lo que me había esperado. Un nuevo ramalazo de calor se extendió por mi espalda y se asentó en el bajo vientre. Él respiró pesadamente un instante y añadió:

—Tengo ojos en la cara.

—Vale. —Lo empujé y cayó de culo en la cama—. Entonces túmbate.

—Joder —susurró, apretando la mandíbula.

Se acomodó al otro lado mientras yo ponía entre nosotros, sobre el sofá, las *pizzas* y un bol con palomitas. Le pasé la bebida, que depositó entre el suelo y el mueble que estaba pegado al enorme ventanal del salón. Le había dejado el móvil ahí, así que se aseguró de poner la alarma y se recolocó en el extremo más lejano a mí, con la pierna que daba hacia mi lado doblada por la rodilla.

Apagué la luz y dio un respingo, no fue hasta entonces cuando me di cuenta de que todo aquello parecía tener una connotación diferente. No era la primera vez que se quedaba a ver una película hasta tarde, no era la primera vez que dormía en mi piso. Ni la primera que cenábamos juntos.

Pero, por algún motivo, cuando me incliné para meterme bajo las mantas, gateando ligeramente hasta colocar la espalda entre los almohadones, sentí su mirada acariciar mi piel. Sus ojos estaban oscuros, su respiración era errática. Apretó tanto el mando de la televisión que pensé que lo rompería. Se centró en comer y no dijo mucho más, apartado de mí, como si al estar más cerca le quemase.

Me había dormido muchas veces apoyada en su hombro, incluso le había babeado la ropa. ¿Si ocurriese hoy sería igual? Lo notaba tenso, casi diría que incómodo. Aun así, estaba realmente agotado y a mitad de película se durmió con un trozo de pizza en la mano, me incliné sobre él y con cuidado se lo

quité.

—Kendall, túmbate bien —le susurré. Bajé el volumen de la televisión un poco—. Vamos, pedazo de bruto, te vas a partir el cuello.

Renegó algo en sueños. Le fui quitando almohadones con intención de que se desplomara poco a poco.

—Anya… —murmuró—. Lo intento…

Se escurrió en la cama y se lanzó hacia mi cintura. Me hundió la cara en la cadera, acariciando con la nariz mi vientre. La posición era increíblemente incómoda si intentaba mantenerme arrodillada. Así que me tumbé despacio, con él agarrado como un koala. Cuando noté que me pasaba el otro brazo por la espalda y me trepaba, deslizándome la nariz por el cuello, mi cuerpo dio una sacudida.

Joder. ¿Qué era esta sensación?

Empecé a sentir un calor y una presión desconocidas en mi pecho y entre mis piernas. Sus brazos fuertes me rodeaban y se quedó con el rostro apoyado en mi pecho, completamente dormido. El pulso me iba a mil por hora. Stephen me había estimulado y excitado lo suficiente para desearle, para ofrecerle mi primera vez, la cual no fue nada memorable. Pero jamás ni una sola de sus caricias despertó este fuego que me prendía la piel. Kendall murmuró algo más. Intenté escabullirme de su abrazo, pero me volvió a llevar hacia él y quedamos haciendo la cucharita.

El corazón me iba tan rápido que se podría haber usado para base de alguna canción. Kendall tenía apoyada la cara en mi cuello, un brazo bajo los pechos y el otro a la altura de mi cadera. Intenté moverme, pero era imposible. Así que lancé la manta sobre nuestros cuerpos como pude y traté de dormir.

Pero la sensación de su cuerpo, prieto y duro contra el mío blando, era algo nuevo, diferente e increíblemente agradable. Y yo también estaba reaccionando de forma distinta a lo que normalmente tenía asociado a estar junto a él.

Desvíe la cara hacia la suya, quedando casi nariz con nariz, apreté los labios y, suspirando fuerte, me rendí.

9

PROHIBIDO

Kendall

Con la cara pegada al frío y húmedo suelo, apreté los dientes y me levanté entre jadeos, intentando contener un quejido de dolor. Los pulmones me ardían, los cortes a lo largo de mi pequeño cuerpo escocían como si les estuvieran echando sal.

Él estaba ahí, la fusta con las correas de cuero y astillas de metal preparada en la mano. Resoplé y me cuadré frente a él, intentando que las rodillas no temblasen por el agotamiento y el dolor. Cualquiera hubiera tenido miedo a la edad que tenía. Los chavales estaban jugando en la calle, no sangrando. No era lo normal, lo sabía.

Pero el dolor y la rabia ya eran mi día a día. Me pasé la lengua por los dientes y escupí una flema llena de sangre. Varios chicos más estaban tirados inconscientes en la sala, pero el único que se levantó fui yo. Elevé los puños, llenos de aquel líquido rojo, e inspiré hondo.

Una sonrisa macabra se deslizó por aquel rostro que me enfrentaba.

Todavía estaba oscuro cuando desperté de golpe entre escalofríos. Los ojos no enfocaron a la primera, así que los cerré casi tan rápido como los había abierto. Estaba envuelto en calor, en algo blando y que olía a flores y jabón, un aroma familiar y agradable. Como el olor de la ropa recién tendida. Me apreté todavía más a esa almohada que olía al cielo y un gimoteo me llenó los oídos. Mis brazos estaban alrededor de algo que subía y bajaba. No quería abrir los ojos, pero empezaba a recordar dónde estaba y dónde me había quedado dormido. Temiendo lo peor, abrí poco a poco los ojos.

Mi nariz rozaba la mandíbula de Anya. Aflojé ligeramente la prisión de mis brazos sobre sus pechos y su cadera y la miré a los ojos, sintiendo cada vez más cómo estaban nuestros cuerpos. Completamente entrelazados, con mi polla, tan dura que dolía, pegada a su culo. El corazón se me paró al ver que su respiración estaba completamente disparada. Sus mejillas sonrojadas, su larga melena enredada con mi propio pelo. Se giró un poco en mis brazos para desviar la mirada hacia mí, medio somnolienta y medio excitada. Y el corazón

recobró su carrera a una velocidad infernal.

Joder.

No-no-no-no-no-no-no.

Vale, respira primero, Kendall, respira.

—Joder, lo siento. —Dejé caer los brazos y empecé a retirarme. Ella se aferró al brazo que tenía pasado por su pecho con fuerza.

—No, no te preocupes. —Su respiración le hizo hablar entre jadeos y eso no arregló lo dura que la tenía ni cómo me incomodaba esa situación con ella —. Kendall, creo que lo necesitas.

Mi corazón se volvió a saltar un latido y entonces estiró una mano hacia mi mejilla y me retiró una lágrima. No me había dado cuenta de que estaba llorando. Parpadeé con fuerza y dos lágrimas más cayeron. Percibí que en el cuello, donde había tenido la cara apoyada junto a la suya, había una leve mancha. ¿Habían sido mis lágrimas?

—¿Sueles tener pesadillas? —me dijo, y me quedé descolocado, mirándola a un escaso palmo.

—¿Qué? —conseguí articular.

Se giró entre mis brazos, agradecí que apartase el culo de mi erección, pero entonces se recolocó para mirarme de frente. Sabía que ahora me notaría en otros sitios. Joder. No podía consentir eso.

Me cogió la cara con ambas manos y con el pulgar me limpió las mejillas. Dejé las manos flojas sobre su espalda.

No podía seguir así, tenía que soltarla.

Tenía que irme.

No podía tocarla de esa forma.

—Kendall —susurró, y contuve la respiración. Veía todos los tonos de marrón de sus ojos color miel, todas las pecas sobre sus mejillas—. Tú siempre me estás cuidando, deja que hoy te cuide. Ven.

Me pasó las manos entre el pelo y se me escapó un gemido. Era mi punto débil, no podía soportar que me hicieran eso sin ablandarme como un gato. Atrajo mi rostro hacia su cuello y lo enterré allí. Antes de que pudiera reaccionar con conciencia, mis brazos se estaban cerrando sobre su cintura otra vez, atrayéndola hacia mí. Notaba el roce de sus pechos contra mi torso con el sube y baja de su respiración acelerada.

Recordaba el sueño, recordaba lo que me atormentaba. Era lo mismo de todas las noches. Solo que, por una vez, había alguien a mi lado para darse cuenta. Por una vez, había dejado que sucediera. Me derrumbé en aquel abrazo, respirando de forma más calmada, sintiendo cómo, aunque algunas partes de mi cuerpo reaccionaban pidiendo guerra, mi cabeza parecía más

tranquila que nunca.

No dejaba que nadie durmiera conmigo, ni tan siquiera mis amantes, porque sabía que tenía pesadillas, que muchas veces terminaba llorando o incluso gritando.

Anya siempre dormía en otra habitación cuando me quedaba y siempre estaba despierto para esperarla con el desayuno. Pero, por una vez, sentir que era yo el consentido, el mimado, me sentó mejor de lo que jamás hubiera admitido.

—Gracias —susurré. Ella dio un respingo, sabía que estaba demasiado cerca de su cuello.

—No te preocupes. —Suspiró y trató de moverse, sin dejar de acariciarme el pelo.

—No deberías moverte mucho —le dije, a sabiendas de lo que estaba notando.

Y entonces se activaron todas mis alarmas.

Con-lo-que-estaba-rozándose.

No-no-no-no-no.

—Vale, vamos a poner esto. —Cogí un almohadón y lo coloqué entre los dos.

—¿Qué coño? —espetó, jadeando.

—Esto no está bien, no puedo, no debes. —Me froté la cara con la mano —. Joder. Que no.

—Kendall —me llamó.

Mi mente ya se estaba yendo a su hermano queriendo matarme, arrastrándome por toda la ciudad con los tobillos atados al tubo de escape del coche para que me dejara la piel en el asfalto.

Me lo merecía.

Y más aún por lo que mi mente estaba admitiendo. No podía negar que esos minutos abrazado a ella habían sido la mejor sensación que había tenido en años.

Y quería más.

—¡Kendall! —me gritó.

Ya estaba prácticamente sentado, con otro almohadón en mis partes.

—¿Qué?

—Llevas… —miró el móvil— como dos horas así. —Me señaló la entrepierna. Genial, al día siguiente mis pelotas se iban a resentir a base de bien—. No pasa nada. No me importa.

—Pero… ¿cómo no te va a importar? Deja de decir tonterías. Nos llevamos diez malditos años, Anya… —Con la respiración acelerada, me froté la cara,

intentando quitarme la sensación maravillosa de sus dedos acariciándome.

—Porque eres tú —dijo con los ojos vidriosos. Ay, Dios, no. Algo se quedó atascado en mi garganta mientras mi pecho parecía hincharse hasta doler—. Confío en ti. Deja que te cuide.

Y estiró los brazos de nuevo.

Me quedé paralizado y, como si fuera un embrujo, me dejé caer hacia ella. Me cogió la cara con las manos y me permitió apoyarla en su pecho. Pasé un brazo por encima de su vientre, dejando la mano a un lado de ella.

—Vale —me rendí entre suspiros—. Pero la almohada se queda donde está. —Señalé la de mi entrepierna.

Ella se rio y comenzó a acariciarme el pelo. Después, descendió por el cuello hacia la espalda. Siseé y apreté el puño en la sábana a su lado.

Joder.

Seguía siendo una idea de mierda porque sus uñas sobre mi espalda despertaban sensaciones peligrosas en mi piel y llevaban mi cabeza a escenarios que jamás me había planteado que pudieran suceder entre ambos. Pero mi cuerpo se estaba relajando a pasos agigantados, su respiración se fue volviendo más y más pausada, y la mía la acompañó en el proceso.

—Anya… —susurré, con los labios peligrosamente cerca de su cuello, y ella se estremeció al notar mi aliento cálido sobre su piel expuesta.

—¿Sí?

—Gracias por dejar que me quede así. —La voz me salió gruesa y rasgada, pero también teñida de sueño.

—Tú nunca me dejas. —Anya rascó con las uñas mi espalda. Subió hacia el cuello y terminó en la base del cráneo, produciéndome la sensación más placentera que había sentido jamás, desde esos puntos hacia todas las partes de mi ser—. Yo tampoco te pienso dejar.

***

Un par de horas después, desperté en la misma posición en la que había recordado dormirme, solo que debajo no estaba Anya. Mi móvil empezó a sonar. Ella lo había dejado a mi lado en la almohada. Apagué la alarma y me puse boca arriba, recuperando la compostura después de levantarme extrañamente… relajado.

Ni después de una noche de concierto y un buen polvo me había sentido así de anestesiado, de tranquilo.

Los rayos de sol entraban tenues por las cortinas, a lo lejos los pájaros avisaban del amanecer. Mientras mi vista se ajustaba, recordé lo de la noche

anterior. El aroma de ella se había quedado pegado a mi piel. Se había metido de tal forma en mis fosas nasales que era como llevarla dentro.

Escuché ruidos cerca y me giré, sentándome en la cama tirada en el suelo. Anya estaba en la cocina, preparando algo de desayuno. Conforme estuve seguro de tener controlada mi erección y convenciéndome a mí mismo de no recordar los hechos más eróticos de la noche, me levanté.

—Anya —dije para llamar su atención. Ella se giró, sonriendo de forma tan radiante como siempre.

—Buenos días. —Me puso un plato delante, un café y un zumo, y ella se sirvió lo mismo—. Por primera vez, estamos en lados diferentes de la isleta —dijo riendo con cariño. Después se sentó y comenzó a comer.

Yo me quedé petrificado mirándola.

—No tenías por qué hacerlo —murmuré avergonzado—. Escucha, ayer yo… me pasé. No debí quedarme, mucho menos después de…

—Para el carro —lanzó ella, pero yo seguí:

—Anya, eres menor.

—Me quedan dos meses para los dieciocho.

—No es correcto, yo… —Bajé la mirada al plato, me sentía abatido. Pero solo en cierta parte, la otra quería seguir prendiendo esa llama que ahora era una brizna en unas ascuas agonizantes.

—Kendall. —El ruido de los cubiertos siendo estrellados contra el plato llamó mi atención—. Yo te pedí que te quedases, no pasó nada. Solo nos abrazamos.

—Pero notaste…

—Ya. —Intentó mantenerse serena, pero el rostro se le fue tiñendo más y más de rojo—. Perfectamente. —La tensión entre nosotros se hizo pesada—. Pero sentí que lo necesitabas. —Desvió la mirada hacia el plato—. Un abrazo, quiero decir. Tu cuerpo tiene reacciones naturales, supongo, como el mío. No era nada sexual lo que me pareció que necesitases, pero sí un abrazo. ¿No te has levantado mejor?

Me quedé paralizado mirándola. Me dejé caer en la butaca de la cocina y aparté la mirada. Sí, era innegable que había sido el sueño más reparador en años. Y nadie, ni siquiera yo, se había dado cuenta de cuánto me hacía falta un poco de cariño puro, sin más connotaciones. De cómo necesitaba dejar de moverme, sentirme arropado y vulnerable durante unas horas sin temor a ser juzgado.

Ella estiró la mano por encima del mármol de la cocina y me acarició con el pulgar, sonriéndome de forma tierna.

—No pasa nada, todo está bien. —Y, sin soltarme, siguió comiendo.

Pero no estaba bien. Mi cuerpo había saboreado lo que era tenerla cerca, lo que eran sus caricias. Todavía sentía sus uñas arañándome la piel y tuve que hacer un ejercicio de fuerza para que eso no activase mi polla de nuevo.

Habíamos roto una barrera aquella noche, ese hecho era indiscutible. Apreté la mano para abrazar la de Anya y empecé a comer también, siendo terriblemente consciente de que estaba pisando terreno peligroso al admitir aquello.

Mi piel recordaba el tacto de la suya y ahora quería más.

10

FALSAS Y MACARRAS

Anya

La ansiedad se fue apoderando de mi cuerpo conforme esperaba el tranvía. Kendall había insistido en recoger todo el salón mientras yo fregaba lo del desayuno. Le preparé algo de comer, que básicamente eran unos sándwiches de pollo, mayonesa y queso, igual que mi comida. Lo repartí todo para los dos, aunque le puse más a él, y nos despedimos en el patio.

Me agradeció una y mil veces que lo hubiese cuidado. Aun cuando se fue, hizo amago de volver sobre sus pasos hacia mí. Sabía que sería para insistir en llevarme a clase, pero negué con la cabeza sonriéndole, me puse los cascos y me fui hacia la parada del tranvía. Allí, al fin sola, la realidad de lo que me esperaba aquel día me resultó todavía peor.

Mi primer día de instituto sin amigos y teniendo que aguantar a Katherine como compañera de pupitre en todas las clases. Mientras esperaba y la desolación hacía mella en mi ansiedad social, el móvil vibró. Era la aplicación de ajedrez.

SORA
Vaya, vaya, dos días sin
mover. ¿Es posible que la gran Nia haya
sido derrotada? Otra vez, claro.

NIA
Sigue soñando.
He estado ocupada con una cosa
que se llama vida. Deberías probarlo.

«Gilipollas», murmuré para mí misma. Guardé el móvil y, sin darme cuenta, se me dibujó una sonrisa.

Entré en el tranvía, que ya iba con su buena dosis de estudiantes. Después de varias paradas, unos ojos conocidos entraron en el mismo vagón que yo. No podía confundir ese tono de azul ni aunque me esforzara en ignorarlo.

Dylan se colocó directamente a mi lado, como si fuese algo que hiciéramos todos los días. Pegado a él, cogido a su sudadera de béisbol como un niño pequeño, iba su amigo rubio con los ojos cerrados y bostezando.

—Buenos días —saludó con una ligera sonrisa.

—Buenos días. —Señalé al otro, que creía recordar que se llamaba Noah—. Se te ha pegado algo.

—Lleva fatal madrugar —respondió Dylan por él, que se abrazó a su cuello y se dejó caer en su hombro, gimoteando.

—No puedo, de verdad, déjame aquí para que vaya en un bucle sin fin por toda San Francisco —murmuró todavía con los ojos cerrados.

—Me dan ganas de hacerlo —espetó Dylan de nuevo—. Venga, tío, compórtate.

El aludido se soltó y se frotó los ojos con fuerza. Después de comprobar que sí estaba en el tranvía, soltó una maldición. Me miró y sonrió ampliamente. Debía admitir que era guapísimo, con unos ojos verdes impresionantes y el pelo rubio perfecto. Seguro que de bebé fue el típico niño de anuncio de pañales.

—¡Es la friki! —Su tono era jovial, como si tenerme al lado fuera la mayor novedad de la semana. Abrí los ojos ante la sorpresa de su alegría y no pude evitar sonreír.

Dylan, por el contrario, apretó los puños y frunció el ceño.

—Tiene nombre, no te pases —gruñó.

—Perdón, perdón —se disculpó él—. Dulce Anya.

—¿Se está riendo de mí o solo es gilipollas? —pregunté más divertida que ofendida.

—Solo es gilipollas, discúlpalo —rogó Dylan, notablemente avergonzado.

—No me ofende lo de friki, por cierto. Es lo que soy. —Fulminé al tal Noah con la mirada y le pregunté—: ¿Te ha gustado mi foto vestida de elfa hechicera o quieres un pase privado?

Noah silbó, divertido por nuestro pique, y sonrió de forma radiante a su amigo, el cual seguía matándole con la mirada.

—Te respondería con sinceridad, pero todavía aprecio mis pelotas. —Me guiñó un ojo y solté una carcajada sincera.

Me daba vergüenza que me vieran con la ropa del rol en vivo, pero estaba empezando a plantar cara a la vida de una forma diferente y siempre había llevado mis gustos con orgullo, aunque no tuviera mucha gente con quien compartirlos a mi alrededor. Total, ya me había quedado sin amigos en el instituto, solo tenía a los chicos del grupo y a mis amigos de los eventos, pero eran relaciones virtuales, ya que la mayoría vivían muy lejos. Si estos jugadores

de élite querían tomarme el pelo, pues adelante. Les quemaría su campo de béisbol si hacía falta para vengarme. Pero en su mirada me di cuenta de que no era humillarme lo que buscaban. Así que traté de seguirles el juego a ver a dónde llevaba esto.

Bajamos del tranvía y aceleré mis pasos para adelantarme a ellos. Aun así, escuché cómo Noah le decía «tiene personalidad, me gusta» y Dylan lo amenazaba con meterle el bate de béisbol por lo oscuro. Me mordí el labio para no soltar otra carcajada, pero pronto una mano tiró del asa de mi mochila.

—Ey, espera. —Me giré levemente para ver quién me había interceptado, era Noah—. Déjame empezar de nuevo. Hola, soy Noah, el mejor amigo de Dylan.

—Mi grano en el culo —matizó el aludido.

El chico había soltado mi mochila y me tendía la mano. Muchas miradas curiosas pasaban por nuestro lado, contemplando la escena. Se la estreché con reticencia.

—Anya. —Me acerqué un paso hacia él y se mantuvo inclinado, aceptando mi acercamiento—. ¿Qué estás tramando, Noah?

—Nada. —Abrió mucho los ojos ante la sorpresa—. Como bien ha dicho mi amigo, solo soy gilipollas.

Entrecerré los ojos, examinándolo de cerca. Sonreí levantando solo un lateral de los labios y le solté:

—Lo dudo mucho. —Me giré dándole la espalda.

—Va en serio —se disculpó de nuevo, alcanzándome con facilidad. Malditas piernas cortas. Dylan se colocó a mi otro lado—. ¿Tan sospechoso soy que no crees en mi palabra?

—¿Desde cuándo los populares hablan con la friki del instituto? —espeté, aferrando con fuerza el asa de la mochila—. Desde que quieren hacerle *bullying*, desde luego.

—Joder, pero eso es muy de película, ¿no? —comentó Noah, agobiado. Casi me divirtió ver cómo se esforzaba—. Dylan, dile algo a tu amiga.

—Quizá, si no hubieras empezado así de mal la mañana, se fiaría algo más de ti, pedazo de melón —juzgó el chico de ojos azules.

—Estoy intentando arreglarlo y no me cree. —Noah volvió a cogerme de la mochila, haciéndome dar pasos hacia atrás en lugar de adelantarme—. Anya, lo digo en serio, solo quiero hablar con la chica que le…

Una mochila salió volando por encima de mi cabeza y se estrelló en la cara de Noah. Me quedé completamente de piedra mientras veía cómo el enorme chico rubio salía despedido hacia atrás y caía de bruces al suelo. Lo miré con la boca abierta y después vi cómo Dylan daba un par de pasos hacia él y recogía

su mochila de encima de su cara.

—Vale, joder, te has pasado, creo que me has roto la nariz —gruñó con ambas manos en la cara, todavía en el suelo.

—Intenta pensar antes de hablar y quizá no tenga que arrancarte la lengua para que dejes de cagarla. —Se volvió hacia mí y, pasándome un brazo por los hombros, comenzó a caminar—. Lo siento, en serio, no es mala persona, es solo que no tiene filtro.

—Ya lo veo. —La gente nos miraba de refilón y comenzaron a murmurar —. ¿Pero qué quería decir?

Dylan apretó los labios y bajó la mirada, comenzó a ponerse rojo.

—Da igual. —Negó con la cabeza.

—Por cierto, creo que están empezando a murmurar —dije mirando hacia todos lados. Sus dedos sobre mi hombro, que habían permanecido relajados, se arquearon al escuchar eso.

—¡Que hablen! —gruñó.

Me acompañó en silencio hasta la taquilla y me quedé mirándolo, pensativa. Él mantenía la vista baja. Noah se acercó frotándose la nariz, que permanecía intacta. Los dos se miraron y después me miraron a mí. Me encogí sin poderlo remediar y me subí las gafas en un tic nervioso.

—¿Qué?

Noah le dio un codazo a Dylan.

—Ah, era por si al final venías al partido. —Sacó dos entradas del bolsillo de la sudadera, que obviamente tenía preparadas. Las cogí alzando las cejas.

—¿Me las regalas?

—*Sip* —respondió Noah por él con una sonrisa. Dylan lo miró frunciendo el ceño.

—Sí, bueno, tú me invitaste el otro día al concierto, entré sin pagar nada… He pensado que era lo justo —murmuró ligeramente avergonzado—. La otra entrada es para que invites a quien quieras.

—Ah… Gracias, no sé qué decir. —En aquel momento, Katherine pasó por nuestro lado con Stephen. Me encogí un poco más sobre mí misma.

Los chicos lo notaron y los miraron de refilón, lo que hizo que Noah me respondiera alzando la voz.

—No tienes que decir nada, solo queremos que vengas, nada más. —Sonrió tan dulcemente que podría haberme dejado ciega de la luz que desprendía—. De hecho, podrías sentarte con nosotros durante el almuerzo, si no tienes planes. He oído que dibujas de puta madre y quisiera regalarle una caricatura a mi madre para su cumpleaños. ¿Qué me dices?

—¿Qué? ¿En vuestra mesa?

—¡Claro, prometo portarme bien! —se rio él. Dylan lo miraba con una ceja arqueada.

—No sabes lo que es eso —murmuró.

—Claro que lo sé. Lo haré por Anya, si accede a que le pague por sus servicios de ilustración —espetó, ofendido.

Vaya, si cuando quería hablaba bien y todo, será canalla.

—Está bien, claro, un dinero extra no me irá mal —murmuré cohibida. Sentía la mirada de odio de Katherine y Stephen a dos taquillas de la mía.

—¡*Ciao*, dulce Anya! —se despidió Noah guiñando un ojo.

—Nos vemos luego —dijo Dylan sonriéndome.

Los dos chicos se fueron por el pasillo evitando miradas y murmullos. Pero yo sabía lo que vendría a continuación. Abrí la taquilla para coger mis cosas y tres segundos después una mano la cerró de un golpe. Aparté la mía justo a tiempo de que no me pillara los dedos. Di un respingo y enfrenté a Kat.

—¡Serás zorra! ¡Me has mentido! ¿Qué ha querido decir eso? —me gritó.

—Una oferta de trabajo —respondí, levantando el mentón.

—¡Una mierda! ¡Os he visto entrar juntos! Noah no paraba de jugar contigo y luego Dylan te ha cogido del hombro ¡como si fuerais amigos! ¡Nunca te han interesado! ¿Y ahora vas a almorzar con ellos? ¡Eso no es justo! ¡Eso me pertenece!

—¿Te pertenece? Guao… —Volví a abrir la taquilla y ella la cerró de nuevo. La alarma sonó en advertencia de que comenzaban las clases en breve—. Mira, Kat, tú me has mentido sobre algo bastante peor. Así que seamos sinceras: Dylan me rescató el viernes por la noche de una fiesta en la que no quería estar, pero a la que fui porque mi mejor amiga me arrastró allí para que la apoyase. Y eso hice, hasta que la pillé follándose al tío del que yo llevaba pillada desde el primer año de instituto. —Stephen tuvo la decencia de agachar la mirada. La gente que todavía seguía atenta al numerito comenzó a murmurar aún más—. No me interesa su deporte, ni quién es, la verdad. Pero tuvo el detalle de consolarme cuando me sentí sola y traicionada. Así que, de ahora en adelante, no tengo que darte explicaciones de nada. —Katherine estaba tan colorada por la rabia que parecía una tetera a punto de estallar—. Y tú, si tienes un mínimo de orgullo, podrías molestarte de que, a pesar de usarte como un consolador, siga obsesionada por otros tíos. Das pena, no sé qué vi en ti.

—¡Traidora! —me gritó Katherine y me soltó un guantazo. Fue tan repentino y violento que me tiró al suelo.

Varias chicas que estaban en las taquillas de enfrente se alarmaron. Kat se inclinó hacia mí y, cuando intenté incorporarme, me dio con el pie en el

hombro para lanzarme de nuevo al suelo. La miré, completamente descolocada por la reacción tan agresiva que estaba teniendo la persona hasta la que hacía no mucho consideraba la mejor amiga que alguien podía tener. Dio la vuelta y vi cómo levantaba el pie para patearme el vientre. Stephen gritó que me dejara, pero ella iba a lanzarme una patada llena de rabia. Y, entonces, alguien se colocó tras ella, la cogió del empeine y tiró hacia arriba, desestabilizándola. Le puso la zancadilla y se cayó de cruces hacia un lado, quedando tendida a mi lado con la cara aplastada contra las baldosas.

—Joder, menudo numerito de histérica. —Desvié la mirada hacia arriba para encontrarme con Risse. Llevaba un cigarro apagado entre sus labios pintados de morado oscuro. Se colocó a mi lado y me ofreció la mano, mientras que Stephen iba a ayudar a Kat a levantarse.

—Gracias —murmuré, totalmente descolocada.

—No se merecen. —Me guiñó un ojo y me hizo retroceder un paso, se inclinó hacia Kat y Stephen y abrió la taquilla—. Vamos, maja, vuelve a cerrar la taquilla si tienes agallas. Házmelo a mí, a ver qué pasa.

—Estás mal —espetó, abrumada.

—¿Yo? —Risse alzó la cabeza hacia el techo, fingiendo pensar—. Diría que la que estaba actuando como una maniaca obsesiva eras tú, pero sí, quizá me lo he estado imaginando.

—Esto no va a quedar así. —Me fulminó con la mirada—. Nos vemos en clase.

—Vaya. Tela. Amiga —murmuró Risse haciéndose a un lado para que cogiera mis cosas.

—Sí, lo sé, lo mejor es que me toca compartir pupitre con ella en todas las clases.

—¿A qué aula vas?

—5C —murmuré. Risse sonrió ampliamente después de quitarse el cigarro de la boca y colocárselo detrás de la oreja.

—Perfecto —sentenció con aire misterioso.

11

LOS TÍOS DEL BÉISBOL

Anya

Entramos en el aula y me sorprendió que me siguiera. Risse no llevaba mochila alguna, pero sí sacó un papel arrugado del bolsillo de su falda de cuadros. Vestía algo parecido a un uniforme de colegio privado. La camisa era negra con rayas rojas y blancas como la falda, y debajo llevaba medias de rejilla y botas militares. No sé qué pondría en el papel, pero, antes de que llegara a mi pupitre, Risse habló en voz más alta de lo requerido.

—Profesor, ¿podría sentarme de ahora en adelante con Anya? Es la única amiga que tengo y así puedo compartir libro con ella hasta que tenga los míos. —El tono era autoritario, como casi toda ella, pero había cierta intención de súplica.

Él pareció titubear, pero al final asintió.

—Señorita Katherine, siéntese con Andrea. Ustedes dos, al pupitre del fondo y sin jaleos —le advirtió.

—¡Gracias, profe! —agradeció Risse con una amplia sonrisa. Caminó detrás de mí mientras Kat recogía sus cosas y cambiaba de mesa hecha una furia.

—¿Me lo puedes explicar? —rogué cuando ya teníamos los libros esparcidos, le prestaba una libreta y el profesor comenzaba a hablar.

—Pues verás, me pusieron en otra aula, pero dio la coincidencia de que estaba la hermana pequeña de una tía con la que tuve jaleo en el insti de donde me expulsaron —explicó entre susurros para no llamar la atención, con la vista fija en la libreta—. Pidió por activa y por pasiva que me movieran de clase para no estar conmigo. Ayer me notificaron el cambio. Como pasé de un instituto a otro a mitad de curso, me están consiguiendo libros de segunda mano.

—¿Por qué de segunda mano? ¿Tus padres no pueden comprar los de la tienda? La librería de enfrente del centro los debe de poder conseguir. —Mientras lo decía, caí en la cuenta de que quizá su familia no podía permitírselo. Así que cuando habló me sentí idiota.

—Mi familia y nada es lo mismo —fue toda su respuesta.

Después de varios minutos de silencio, suspiré y le respondí:

—Lo siento, no debí decirlo así.

—*Nah*, no te preocupes, no me ofende. —Se encogió de hombros, esparcida como estaba en su silla.

Era el prototipo de adolescente macarra sacado de una serie de televisión. Toda ella parecía problemática, peligrosa y agresiva, pero por algún motivo me había protegido. Metí las manos en la sudadera y toqué las entradas, cogí una y la deslicé por la mesa. Risse se quedó mirando el papel y después, con sorpresa, me observó.

—¿Sirve esto como ofrenda por salvarme del salvaje ataque de antes? —comenté con una tímida sonrisa. Ella cogió la entrada y alzó las cejas.

—Es el día del concierto por la mañana.

—*Sip*.

—¿Quieres que vayamos juntas a todo?

—*Sip*.

—¿Y hacemos noche de chicas después para hablar de lo buenos que están los de béisbol?

—Podemos —afirmé.

—Bua, tía, sí, planazo. —Levantó la mano para que la chocase y se quedó con una sonrisa distraída mirando la entrada.

No me pareció alguien peligroso. La habían expulsado, seguramente, por algún motivo de agresión, por lo que había podido leer entre líneas y por su actitud. Pero la mirada que puso al mirar la entrada fue tierna y dulce. Quizá, solo estaba ligeramente perdida.

Me recordó tanto a Kendall que me dieron ganas de abrazarla hasta que se quejase.

Durante el resto de clases, Risse se encargó de espantar a Kat con miradas y gestos protectores hacia mí. Y en la hora del almuerzo me hizo un gesto para despedirme.

—Ey, espera. —La retuve un momento más—. ¿Quieres almorzar conmigo y los del béisbol? La verdad, me sentiría mejor si vienes.

—Joder —espetó, tenía el cigarro apagado en la boca y se le cayó al suelo —. ¿Sentarme con los populares? Jamás pensé que ocurriría eso.

—Ya, ya somos dos —admití—. ¿Qué me dices? ¿Me acompañas también a esto?

—Claro —asintió sonriendo ampliamente.

***

Conforme nos acercábamos a la mesa de los jugadores de béisbol, todas las miradas se dirigieron hacia nosotras. Noah enseguida se giró y se levantó de un brinco.

—¡Has venido! —Sonrió con el rostro iluminado como un sol. Era demasiado, en general—. Y acompañada —ronroneó.

—Hola, soy Risse —saludó ella con una sonrisa igual de confiada que la de Noah.

—Hola —respondieron él y Dylan presentándose, se había levantado también para saludarnos. Hicieron algo de sitio en el extremo de la mesa y nos ofrecieron sentarnos.

Saqué de la mochila mis sándwiches de pollo, un par de zumos, un agua y unas papas. Mi nada saludable almuerzo. Los chicos estaban comiendo unas ensaladas, pollo a la plancha y verduras y cosas así. Imaginaba que formaría parte de su dieta de deportistas.

Risse no sacó nada. No llevaba mochila, así que tampoco comida. Se quedó mirando de forma curiosa lo que la rodeaba, como si analizara algo. Entonces sacó el móvil y se puso a hacer fotos. Parecía un teléfono bastante caro y, además, llevaba algo acoplado a la cámara.

Deslicé la mitad de mi almuerzo discretamente hacia ella. Lo miró y se quedó contemplando confundida. Le sonreí con sinceridad y ella, sin decir nada, apretó los labios. Me dio la sensación de que se emocionaba, pero lo cogió todo sin rechistar. Cuando masticó el primer bocado, cerró los ojos con satisfacción y devoró todo lo demás. Me di cuenta de que estaba muy delgada, lo que reafirmó mis dudas sobre que no debía de tener una vida sencilla.

Y eso hizo que mis pensamientos volvieran a Kendall. Lo conocía desde hacía muchísimos años, pero no lograba recordar ninguna conversación sobre nada personal de él. Siempre me había mantenido al margen de sus problemas, aunque sabía que los había tenido. ¿Qué le ocurrió en el pasado para tener esas pesadillas? No entendí nada de lo que decía en ese duermevela inquieto. Los toques de unos dedos en mi mejilla me sacaron del ensimismamiento.

—Dulce Anya —comenzó Noah. Resoplé, intentando inútilmente no sonreírle. Dylan estaba sentado frente a mí—. ¿Cómo se hace esto del pedido de arte?

—Vale, a ver, primero tienes que decirme qué quieres exactamente y te saco presupuesto. Si te parece bien, necesitaré fotos para hacer las caricaturas —expliqué.

—Así que tendrás que tener mi teléfono. —Noah miró de refilón a Dylan —. Qué bien nos lo vamos a pa…

Se escuchó un golpe y la mesa vibró, Noah ahogó un grito y se hundió

hasta que la frente le tocó la superficie.

—Hijo de… —gruñó lleno de dolor.

Risse y yo lo miramos perplejas. Desviamos la vista hacia Dylan, que, muy tranquilo y serio, se aclaró la voz y añadió:

—A la primera de cambio, lo bloqueas —le fulminó con esos ojos como el hielo—. O lo denuncias a la Policía.

—Es broma, es broma —se quejó Noah—. Joder, este me mata.

—Y aun así sigues queriendo pincharme. Te va la guerra —murmuré. Él sonrió.

—No lo sabes tú bien. —Retiró las piernas y miró a Dylan, que estaba con el ceño fruncido—. En serio, tienes que hacerte mirar ese problema de ira.

—Y tú lo de ser tan gilipollas —le soltó.

—¿Cuándo mi mejor amigo se ha vuelto un puto viejo?

—¿Y cuándo tú no paras de pensar con lo que te cuelga?

—¿Lo que me cuelga? —Soltó una risa corta—. Dios, en serio, eres un puto mojigato. Se llama polla, dilo.

—Vete a la mierda.

—Dilo.

—Que me dejes.

—¡Dilo!

Risse y yo estallamos en carcajadas, cortando así la discusión de los dos chicos. Ambos dejaron el duelo para compartir una sonrisa con nosotras.

El resto del tiempo del almuerzo estuvimos charlando tranquilamente. Dylan se interesó por conocer a Risse, ya que tampoco la había visto nunca por el instituto.

Ella les contó lo mismo que sabía yo. Ninguno pareció juzgar su pasado y cambiamos de tema rápido. El resto de jugadores y sus parejas de vez en cuando desviaban una mirada hacia nosotros, pero eran mucho menos frecuentes que las del resto del comedor. En especial, de la mesa donde estaban mis antes considerados amigos.

Me sorprendí a mí misma cuando la sirena de advertencia sonó. Era la primera vez que no me aburría en una conversación y necesitaba evadirme haciendo cualquier otra cosa. No me había dado cuenta de cómo pasaba el tiempo y las sonrisas de Noah y Dylan me hacían temer que fuera demasiado bueno. Risse también parecía confiable, pero, después de lo que me había ocurrido, no sabía si podía fiarme, si debía estar alerta porque me la estuvieran jugando.

Empezamos a caminar hacia el pasillo y sentí que Kat nos pisaba los talones. Entonces, Noah se giró de golpe y me tendió la mano.

—Dame tu móvil —me ordenó. Refunfuñando, lo saqué y se lo tendí, desbloqueándolo antes. Apuntó algo y después, con una sonrisa, me lo volvió a dar—. Ya me tienes guardado y me he mandado un mensaje, así no te me escapas.

Me guiñó un ojo y caminó hacia donde Dylan lo estaba esperando, pues debían coger el pasillo hacia el ala opuesta del instituto. Nos despedimos con la mano y Risse soltó una carcajada cuando Katherine pasó por nuestro lado y me volvió a fulminar con la mirada.

Si las maldiciones fueran reales, debía de tener al menos unas treinta en lo que llevábamos de día.

12

CINE Y HEAVY METAL

Anya

Aquella noche, Noah me mandó como diez audios de al menos dos minutos cada uno sobre las ideas locas que tenía para regalarle a su madre. No conocía a esa señora, pero ya creía que era una santa por aguantar a este chaval como hijo. En algunos audios se escuchaba a Dylan de fondo.

Después de oírlos y hablar con él sobre darle la vuelta a algunas de sus ideas para ver cual quedaría mejor, recibí un mensaje de Dylan disculpándose por la intensidad de su amigo. Podría haberle dicho que sí que era intenso y que pedía cosas imposibles, pero, en el fondo, me estaba divirtiendo.

Una parte dolida de mí seguía pensando que quizá todo esto era para después hacerme *bullying*, para meterse conmigo y humillarme. Pero me consideraba optimista y creía en la gente, por lo que otra faceta de mí misma me decía que las sonrisas de ambos eran sinceras. Debía pensar que podía salir algo bueno de allí, aunque solo fueran unos pavos extra y una entrada gratis a un partido.

Con la que sí tenía esperanzas de una amistad estable era con Risse. Me había pasado canciones y también algunas fotos realmente increíbles. Me contó que su pasión era la fotografía. Tenía una cuenta en Instagram que superaba los cinco dígitos de seguidores. Aunque yo contaba con un amplio público por mis *cosplays*, mis dibujos y los proyectos de novelas, lo de ella era titánico. Aquello reiteró que no era una simple macarra que se metía en jaleos porque sí, sino que era una persona que no estaba teniendo una adolescencia sencilla. Los motivos se me escapaban y era pronto para preguntarle. Quizá, fuera uno de esos temas que jamás llegase a saber, pero no me importaba. No era algo en lo que debiera meterme. Me conformaba con que, de momento, estuviese junto a mí. Había aparecido justo cuando más necesitaba una amiga y alguien que me protegiera para no recibir una paliza.

Con la mente despejada y el ánimo renovado, entré en la aplicación del ajedrez y, al fin, visualicé mi nueva jugada. Hice mi movimiento y en menos de

un minuto Sora había hecho el suyo, desmontando por completo mi estrategia.

Me dio una pataleta de proporciones épicas, así que decidí ponerme a leer. Al tumbarme en la cama, un olor que no era el mío me envolvió. Después del día que había llevado, mis recuerdos repasaron lo que había ocurrido entre esas sábanas la noche anterior.

Con Kendall.

Intentaba restarle importancia al asunto físico y centrarme en lo que él había necesitado, que era cariño. Pero me resultaba imposible apartarlo ahora que estaba más tranquila y con su olor envolviéndome, la reacción tan descarada que había tenido su cuerpo al aferrarse al mío me conmocionaba. Y para qué nos íbamos a engañar, no podía negar la reacción que había tenido yo misma al sentirle. Al notar sus brazos rodeándome con esa necesidad, con esa posesión y su miembro, duro, clavado en mis riñones.

Me estampé el libro abierto en la cara.

Aquello zarandeaba todo lo que había sido nuestra relación hasta el momento. Algo se había transformado entre los dos aquella noche, pero había empezado a notar el cambio desde aquel momento en su coche, cuando me apartó el pelo y se quedó demasiado rato con el brazo cerca de mi rostro.

Kendall siempre había sido protector y fiero, estaba acostumbrada a tenerle cerca, a compartir momentos con él de todo tipo. Pero ahora, al recordar su cuerpo pegado al mío, con la nariz rozándome la mandíbula, con su respiración agitada al compás de la mía, se me aceleró el pulso y noté un cosquilleo en el bajo vientre que jamás había sentido de forma tan intensa.

Cerré los ojos, pero solo conseguí volver a ese momento, una y otra vez. Su olor pegado a las sábanas no ayudaba a pasar página, a centrarme en la lectura. Así que dejé el libro y me puse a mirar las redes sociales. En la página de Iron Wings habían subido una foto de una prueba de sonido, donde Kendall estaba sonriendo y hablando con Ozzy sobre algo.

¿Siempre había sido así de atractivo y yo nunca me había dado cuenta?

Bloqueé el móvil, molesta conmigo misma. Debían de ser las hormonas, quizá después de probar el sexo mi cuerpo me exigía más. Pero no esperaba que algo así me lo fuese a despertar justamente la figura de Kendall.

Aun así, mi inquietud no desaparecía, mi excitación solo incrementaba cuantas más vueltas le daba al tema, cuanto más recordaba fragmentos de ese momento. Me froté la cara con las palmas de las manos, rindiéndome ante los deseos de mi cuerpo. Me metí entre las mantas y, abrazándome a una almohada que olía especialmente a él, deslicé los dedos por mi ropa interior hasta encontrar ese haz de nervios palpitante que me reclamaba una y otra vez.

La sensación fue abrasadora, como calmar la sed de un nómada que se

había perdido en el desierto. Me había tocado alguna vez antes, pero jamás pensando en alguien tan cercano como él. Hundí la cara en la almohada y recordé el tacto de sus manos en mi pecho, abrazándome desde atrás. Cómo él, en sueños, en un movimiento puramente instintivo se había rozado contra mí, cómo sus labios habían recorrido mi cuello mientras susurraba. Me imaginé haciendo lo que durante un instante había deseado: besándole, instándole a seguir, a tocarme más, a frotarse más. Mis dedos se movían con frenesí junto a los de él en mi ensoñación y, antes de lo que esperaba, estallé. Mi visión se llenó de motas multicolor y mi cuerpo se prendió en llamas, las oleadas de placer me hicieron sacudir las caderas y las piernas y la mano libre apretaba la almohada con fuerza mientras gritaba de alivio y placer.

Me quedé resoplando contra la almohada y cerré los ojos. No sabía qué significado tenía aquello, pero cruzaba otra línea, marcaba otro antes y después. Y mientras intentaba poner en orden mis pensamientos, me dormí.

***

Durante aquella semana no hubo ensayo del grupo porque, aparentemente, Ozzy y Riley tenían un compromiso que atender. Kendall me dijo que Jason quería ir al cine, que si me apetecía ir con ellos. Muerta de vergüenza por lo que había hecho pensando en él, pero esforzándome por mantener la normalidad, les dije que sí. Un par de horas después del instituto, pasó a recogerme ya con Jason en el asiento de copiloto, lo cual agradecí.

Desvié la mirada varias veces hacia el antebrazo al descubierto de Kendall, que hablaba con Jason sobre el tráiler de la película y lo que prometía. Pero yo no dejaba de recordar aquella noche en mi piso y lo que había hecho después imaginando a dónde podría haber llegado esa mano.

Ay, Dios, no debía recordar eso teniéndole a él al lado. La colonia y el *aftershave* de los dos chicos envolvía el coche y resultaba tentador. Abrí la ventanilla porque notaba mis mejillas ardiendo y ya no lo soportaba más.

—¡Anya! —me llamó Jason, girándose—. Me ha dicho Kendall que has tenido movida con Kat por lo de Stephen, ¿cómo estás?

—Ahora mejor —contesté, sobresaltada por su pregunta—. A ver, al principio lo pasé muy mal…, pero creo que he hecho una nueva amiga.

—Ah, ¿sí? —preguntó Kendall esta vez, mirándome a través del espejo central. Una corriente me recorrió cuando se encontraron nuestras miradas.

—Sí. —Me aclaré la voz al notarla algo titubeante—. La han trasladado hace poco, y no os lo vais a creer, es la hermana pequeña de Maya.

Jason alzó las cejas.

—¿Maya, nuestra Maya? —preguntó sorprendido. Sonreí, asintiendo. Era amiga de los chicos desde que empezaron a tocar allí, así que tenía mucha confianza con ella. Y también con Leah, la dueña del local.

Kendall sonrió de forma tierna.

—Vaya, el mundo es un pañuelo —comentó.

Les conté cómo la había conocido, que habíamos cambiado números de teléfono y cómo me salvó de la agresión por parte de Katherine. Ambos se cabrearon muchísimo con ella y Stephen por el numerito del pasillo. Llegamos al aparcamiento del cine y salimos del coche mientras les contaba lo que me había pasado en el tranvía con los chicos del béisbol y la oferta de Noah para hacerle un dibujo a su madre. Además, les informé de la novedad de aquella semana.

—Desde entonces, Noah me llama siempre para que tanto Risse como yo nos sentemos con ellos en los almuerzos —comenté con una sonrisa. Jason alzó las cejas y sonrió también—. Así que el luto por perder amigos ha sido breve, la verdad. Esta semana la he pasado entera con ellos, los chicos del equipo ya nos saludan con una sonrisa, sin mirarnos raro, y se me pasa el rato superrápido. Dylan y él son muy graciosos.

—Ay, enana, eso está más que bien —comentó Jason pasándome el brazo por los hombros.

Me llamaba enana con cariño, porque él tenía la misma edad que yo. Aunque también me sacaba un par de cabezas, así que era legítimo que le pareciera enana en tamaño, desde luego. Para mí, Jason sí que había sido como un hermano o un primo cercano. Era parte de mi familia de músicos. Kendall había sido un hermano de repuesto autoimpuesto, pero siempre me había obligado a verle como un guardaespaldas más que como familia. Pero desde la otra noche me era imposible verle desde el mismo ángulo.

Jason era pelirrojo y tenía los ojos verdes, del tono de las hojas. Era un color precioso y casi de pura fantasía. Tenía pecas por toda la cara y el cuerpo. Mientras que yo solo tenía algunas por las mejillas y el tabique de la nariz, lo de él era una constelación completa en su cuerpo pálido. Seguía dándole un aire infantil, pero durante los últimos años había ido ganando músculo y pasó de llevar el pelo larguísimo a cortarlo casi al cero. Últimamente había encontrado el punto intermedio y lucía un corte más normal, que dejaba a la vista su color cobrizo, pero manteniendo el estilo corto. No conocía a nadie tan grande y robusto como Jason, y estar junto a él me hacía sentir totalmente a salvo, como si nadie pudiera hacerme daño.

Desvié la vista hacia Kendall, que había empezado a fruncir el ceño y ahora estaba con una mueca.

—Sí, Mr. Béisbol se está portando bien con nuestra enana, vamos a tener que pasar por el aro —comentó mientras miraba las pantallas de las carteleras.

Jason alzó de nuevo las cejas, todavía con un brazo pasado por mis hombros.

—¿Al final sí que estáis juntos? —inquirió.

Yo noté cómo me ponía totalmente roja.

—¿Qué? ¡No! ¡No flipéis!

—Todavía no, pero pasará —aseguró Kendall serio, encogiéndose de hombros. Jason me soltó para llevarse ambas manos a la cara en una expresión escandalizada.

—¿El primer novio de nuestra enana? Espera, ¿tenemos que enfadarnos? —le preguntó a Kendall. Él se encogió de hombros y se acercó a la ventanilla.

Yo apreté los labios y fruncí el ceño, molesta. Aunque no sabía si por la falta de reacción de mi amigo o por la exagerada del otro. Kendall compró las entradas para los tres y después se volvió para indicarnos la sala. Mientras íbamos a hacer la cola para las palomitas, Jason insistió en el tema.

—Lo pregunto en serio. Soy hijo único, pero ella es como mi hermana. Si hay que darle un toque de atención al tío, se le da —comentó ya algo más serio.

—Cuando lo hagan oficial si quieres le hacemos una intervención. —La sonrisa de Kendall se volvió despiadada—. Aunque quizá se acojona.

—Si lo hace, no se merece a nuestra enana —resolvió Jason.

—¿Hola? Sigo aquí, ¿sabéis? No va a hacer falta nada de eso porque yo no le gusto. Fin de la historia.

—¿Y si le gustaras? —cuestionó esta vez Kendall.

Intercambiamos una mirada llena de tensión, aunque quizá era más una incomodidad meramente propia, él estaba demasiado serio. Mientras, Jason disfrutaba del tema como un crío.

—No me pongo en ese escenario —respondí.

—Pero, si pudiera pasar, ¿le dirías que no?

—Puede.

—Venga ya —bufó Kendall—. El tío tiene atractivo, fama y es deportista. Y parece que se porta bien contigo.

—Esas mierdas superficiales me dan igual —gruñí, molesta—. Y no quiero seguir con el temita. Así que parad.

Mis amigos intercambiaron una mirada cómplice, yo bajé la mía al suelo. Sentía el pulso desbordado y el corazón me martilleaba con fuerza. De repente, plantearme aquella posibilidad me recordó al día que me dejó batear en el túnel. Cómo de profunda era su mirada, cómo me confesó que me

buscaba a mí en los partidos. Rememoré el roce de sus nudillos en mi mejilla cuando me limpió después de la fiesta. Y mil sensaciones me inundaron el cuerpo. Como pareja no parecía una mala idea, para nada. Así que ¿por qué me cabreaba tanto? Quizá porque eso jamás pasaría y se estaban riendo del tema. Quizá fuera el hecho de que Kendall parecía animarme a ello. ¿Qué esperaba? Él no me veía como a una chica más, así que era normal que me incitara a salir con un chico que me gustase y me tratase bien, ¿no?

Caminé en automático hasta la sala de cine y, cuando me di cuenta, me encontraba sentada entre los dos *heavies* enormes, con un paquete de palomitas y una Coca-Cola en mis manos. En cuanto se apagaron las luces y la música del primer tráiler sonó con potencia por la sala, noté que Kendall se inclinaba hacia mí. Su voz en mi oído fue un latigazo placentero por todo mi cuerpo.

—Creo que Dylan es mejor opción que Stephen, de lejos. —Se recolocó en el asiento y su nariz me rozó la mejilla—. Pero seguirán sin parecerme suficiente para ti.

—¿Y quién lo sería? —dije, girándome de repente. Mi nariz rozó la suya y no se apartó.

Me vi recreando la escena de mi habitación. Su aliento me acariciaba el rostro y veía todos los tonos de sus ojos, los cuales entornó al comprobar la cercanía. Acercó una mano y tiró del cuello de la sudadera que llevaba, acercándome un poco más, así que noté sus labios rozando los míos cuando dijo:

—Nadie.

Me soltó y se volvió a sentar recto en su asiento. Yo, temblando por completo y con una nueva revolución en mi pobre corazón y en la vibración de mi bajo vientre, intenté centrarme en la película.

No entendía qué estaba pasando. No comprendía esas reacciones de mi cuerpo. Ni con Kendall, ni con la posibilidad de gustarle a alguien como Dylan. Me sentía perdida en un mar de sensaciones que no dejaban de abrumarme.

Durante la película, me vi desviando la vista al brazo de Kendall, apoyado en el reposabrazos entre los dos. Aparté la mirada hacia Jason, que estaba superenfrascado en la gran pantalla. Sin querer contener la creciente necesidad de acariciar ese antebrazo lleno de tinta que tenía a mi lado, pasé los dedos por la piel expuesta. A pesar de la oscuridad de la sala, comprobé cómo se le erizaba el vello. Cuando llevaba varias pasadas, apreció cómo se agarraba con fuerza al reposabrazos de la butaca. Al poco, estiró la otra mano y me detuvo, su hombro estaba apoyado contra el mío cuando se inclinó y me enfrentó:

—Para. —Sus ojos estaban oscuros, y parecía tener la respiración algo

acelerada.

—¿Por? Diría que te gusta. —Me incliné hacia él lo suficiente para quedar igual de cerca que antes. Y volví a pasar los dedos por el antebrazo, sintiendo en la yema de los dedos la piel erizada.

Él recorrió con la mirada mi rostro, volvió a sonreír con malicia, apretando ligeramente la mandíbula.

—Por eso —fue su respuesta.

—¿No soportas que haga algo que te gusta? —respondí sin pensar.

Para mi sorpresa, desvió la mirada hacia mis labios y suspiró con pesar. Como si le estuviera sometiendo a una tortura.

—Soportarlo no es el problema. —Su mirada se volvió distante de repente.

Me cogió la mano con la que le había estado acariciando y entrelazó los dedos con los míos, apresándomela contra la butaca. Contuve la respiración mientras volvía a centrarme en la película. Estaba oficialmente al borde del infarto, pero lo que me hacía sentir aquel contacto me lanzó a un precipicio de placer y sensaciones enfrentadas de nuevo. Su agarre, rudo e intenso al principio, comenzó a destensarse y terminó acariciándome la mano con los dedos, casi más en un gesto nervioso que en uno consciente. Sin darme cuenta, me encontré sonriendo, complacida por sus caricias. Las primeras que me hacía.

Desvié la vista y comprobé que estaba mirando la pantalla mientras seguía con las caricias, tenía la cabeza apoyada en la otra mano. Cuando me vio mirarle, me sonrió de medio lado. Y yo respondí con una amplia sonrisa.

Nos pasamos así hasta que la película terminó. Antes de que se encendieran las luces, me liberó.

Salimos de la sala hablando entre nosotros, pero yo no dejaba de sentir las caricias de Kendall. Como si se hubieran grabado a fuego en mi piel.

No habría sabido decir si la película me había gustado o no, porque durante todo el rato había pensado en él y en la terrible cercanía que se estrechaba poco a poco.

A la vez que la duda sobre Dylan se había implantado en mi mente.

13

COSA DE PELÍCULAS

Kendall

A la vuelta del cine dejamos primero a Jason en su casa y después llevé a Anya. Había una tensión extraña entre ambos, algo que no había ocurrido hasta el momento.

Pero claro, el día que dormimos juntos todo se fue a la mierda. Sabía que había sido culpa mía, que no debí haber cedido a dormir en la misma cama. Porque no había podido controlar los instintos de mi cuerpo y, en fin…

Ahora no podía aceptar sus caricias sin sentir que me pegaba fuego por dentro. Era consciente de cada parte que nos conectaba, no podía evitar mirar sus labios y querer devorarla. Sin miramientos.

Pero Mr. Béisbol estaba en la ecuación y era lo mejor para Anya. Si fuera mi hermana pequeña, ese sería el chico que querría para ella. Obviamente, estaba muy lejos de que la considerase mi hermana. Y empezó a tocarme las pelotas cómo se le iluminaba el rostro cuando salía el tema de sus nuevos amigos.

Más me las tocaban las miradas que me lanzaba Jason cuando hablábamos de ello. Él no se alegraba de que ella estuviera a punto de salir con Dylan. Jason siempre había sabido lo importante que ella era para mí y, bueno, continuamente insistía en que deberíamos ser algo más.

Yo había sido bastante tajante con el tema, conciso y rotundo. Pero, después de la conversación de hoy en el cine, después de sus caricias distraídas…, empezaba a no tener argumentos ni fuerzas para detener las elucubraciones del enérgico pelirrojo. Pero sí tenía energía y ganas de partir algunas piernas de jugador de béisbol.

La despedida con Anya en el coche fue la más torpe que habíamos tenido hasta la fecha. Esperaba que no se notase demasiado la tensión de mis brazos intentando no lanzarme a por ella y retenerla. Respiré hondo cuando la vi entrar en el patio y me dejé caer en mi asiento, con un dolor terrible en mitad de mi pecho.

¿Y si… lo intentaba? ¿Tan malo sería? Solo quería morder un poco más de

este pastel de felicidad.

«No, Kendall, amigo, enfríate», me dije frotándome la cara. Bajé las manos al regazo y las miré.

En los tatuajes llevaba el recordatorio de mi pasado, de mi condena personal. Si metía a alguien en mi vida, tarde o temprano tendría que abrir esa puerta, tendría que dejarle entrar. Porque no quería mentirle a nadie, y menos a la persona que podría llegar a ocupar mi corazón. No era una mochila fácil de llevar y tenía bien claro que no deseaba que Anya supiera nada de lo referente a aquello.

Suspiré pesadamente mientras cerraba los ojos, enfriando al fin mis esperanzadores pensamientos. Me encargué de hacerlos pedazos y hundirlos en el fondo de mi ser. Rogaba que no volvieran a salir.

Arranqué el coche y me fui directo a casa. Cuando crucé el umbral del piso, la soledad me recibió. Fue duro pensar que esa oscuridad que lo envolvía todo era a lo que estaba destinado. Pero el golpe duró poco en mi organismo, pues esa fortaleza innata que parecía poseer lo masticó y dejó tras de sí una sensación de control. Quizá fuera lo que me merecía, quizá en otra vida hice cosas horribles.

Me reí de forma pesada.

También había hecho cosas horribles en esta.

Era parte de lo que tenía que recordarme a diario. Me esforzaba por ser una mejor versión de mí mismo por Anya y por Jason. Pero mis manos estaban teñidas en sangre y mi alma, ennegrecida hasta los cimientos.

Me duché y me tumbé en el sofá a mirar el móvil cuando una llamada de un número sin registrar se reflejó en él. Me puse en tensión al instante. Era demasiado tarde para que fuera algún comercial intentando venderme alguno de sus servicios, así que solo podía tratarse de una fuente en concreto. Me senté y acepté la llamada.

—Diga —contesté abruptamente.

—Chico, cuánto tiempo —contestó una voz de hombre al otro lado. Cerré los ojos con fuerza. Sabía que solo podía haber sido él.

—Ilya —respondí—. ¿A qué debo el placer?

—Nada, muchacho. ¿No puedo llamar a uno de nuestros pupilos para asegurarme de que está todo en orden?

En orden, controlado, asegurado. Sí, sabía de qué iba esta llamada. Había conseguido salir de sus garras, pero ellos seguían controlando mis movimientos para cuidarse las espaldas. Aunque yo jamás haría nada que los pudiera cabrear, no era idiota.

—Por supuesto —respondí con un deje amargo en la voz—. Aunque los

dos sabemos que no se trata de eso.

Una risa tenue respondió al otro lado.

—Como siempre, tan avispado. —Dejó que pasasen unos segundos de tensión—. Verás, el señor Korolov tiene una oferta para ti, en especial. Quiere que lo aceptes.

—Dejé bastante claro que no quería volver a hacer ningún trabajo para vosotros —rugí—. Me lo gané a pulso.

—Correcto, sí, todavía se me pone la piel de gallina al recordar ese día —confesó. Apreté el puño y la mandíbula—. Pero verás, tenemos muchas pero muchas fotos contigo y la pequeña Anya. Su padre sabe que la estás cuidando por petición de Aleks. —Chasqueó la lengua y mi cuerpo perdió todo el calor de golpe, sentí un sudor frío pelarme la piel—. Pero empieza a sospechar que quizá ese tiempo es excesivo, hay rumores de que podría estar sucediendo algo más. Como que pasas muchas noches en su piso, los dos completamente a solas.

—Basta —bramé, la respiración acelerada, el miedo apoderándose de mi mente. Pero lo mantuve a raya—. ¿Qué es lo que quieres de mí, Ilya?

—Un último favor. El señor Korolov quiere saber hasta dónde estás dispuesto a llegar para mantenerte al lado de su hija. Sabe de lo que eres capaz, por supuesto, pero después de varios años lejos de nuestra mano…, en fin, digamos que este sería el precio.

El precio por dejarme estar cerca de Anya. Aunque no fuéramos pareja, aunque ni siquiera le hubiera dado un beso fuera de tono en mi vida. Me pasé la mano por la cara y cerré los ojos. La dulce cara de Anya me golpeó la mente y volví a sentir el calor recorriendo mi cuerpo. Esto ya hacía tiempo que no tenía nada que ver con la promesa que le hice a Aleks. En determinado momento, juré por y para mí mismo que cuidaría con todas mis fueras a Jason y a Anya. Esta promesa no surgía de la tristeza de la despedida. El juramento de estar junto a ellos y ser mejor lo grabé por y para mí mismo en las entrañas de mi ser, a fuego en mi alma.

Suspiré pesadamente y solté una maldición.

—¿Qué tengo que hacer?

14

FIN DE SEMANA DE CHICAS

Anya

Los días pasaron y, al final, llegó el fin de semana del partido de béisbol y del concierto. Mi amistad con Risse cada día era más cercana y me hacía muy feliz tener tantas cosas en común con ella.

No era como con Katherine y Stephen, que no compartían mis pasiones pero las respetaban. Ella directamente tenía gustos en común conmigo y se emocionaba por muchas cosas, igual que yo. Así que pronto nos descubrimos planeando el fin de semana completo en mi piso.

Empezaría el viernes por la noche viniendo a casa después de las clases, pondríamos una peli mientras cenábamos y así iríamos juntas al partido de los chicos el sábado por la mañana en el coche de Risse. Regresaríamos a casa a comer algo y echarnos una siesta, porque por la noche teníamos el concierto de los Iron. Parecía emocionada con eso de arreglarnos juntas e ir a los sitios en *pack*. Al parecer, no lo había hecho nunca, y yo tampoco, así que terminé emocionándome y poniéndome igual de nerviosa que ella por todos los planes que nos esperaban. Por supuesto, habíamos planeado también el domingo de resaca, comiendo helado y viendo alguna película más mientras intentábamos no morir.

Esa semana le dije a Kendall que no iría al ensayo, ya que quería arreglar el piso e ir a hacer compras para ser una buena anfitriona. Se alegró de que tuviera esos planes con mi nueva amiga, pero, cuando por la noche, sobre la hora a la que me solía dejar en casa, me envió un mensaje de «te hemos echado de menos» no supe qué responderle.

No habíamos vuelto a hablar del día que dormimos juntos, no habíamos comentado la tensión extraña del cine. Así que no sabía si quería decir que solo él me había echado de menos o metía a todos los chicos en el ajo.

ANYA

¿Me has echado de menos
a mí o a mis mimos? Parece que

les estás pillando el gustillo 😉

Pasó demasiado tiempo escribiendo, borrando, escribiendo y borrando. Yo me mordisqueaba un dedo mientras veía cómo dudaba. Él solía responder rápido, sin dudas, así que había dado en el clavo.

KENDALL
Todos te han echado de menos.
Eres nuestra enana, se nota cuando no estás.
Por otro lado, no negaré que esas caricias pueden ser adictivas.

Ligeramente emocionada, respondí:

ANYA
Ah, ¿sí?

KENDALL
Y como toda buena droga es mejor dejarla a tiempo.

Bloqueé el móvil y lo lancé a un lado del sofá, gruñendo una maldición. Estaba claro que con él todo iba a ser un juego tonto y una pérdida de tiempo. No debía darle tantas vueltas.

Pasaron los días más rápido de lo que pensaba, sin más noticias de Kendall y con algún movimiento por parte de Sora en la partida de ajedrez más larga que había tenido en mi vida. El viernes llegó y lo aparté todo para disfrutar con mi nueva amiga. Lancé la cama en mitad del salón como había hecho con Kendall. Elegimos una película de romance y humor y la pasamos entera charlando, comiendo en pijama.

Nos dormimos tarde y nos levantamos entre quejidos. Fue divertido hacer turnos para la ducha, desayunar e ir juntas de camino al partido.

—Creo que es la primera vez que me emociono por ir a un partido de Dylan —aseguré—. Y encima está en el estadio de la ciudad, nada del recinto escolar.

—¡Qué pasada, tía! Nunca he ido a ninguno —gritó ella emocionada.

—Siento no poder explicarte mucho del deporte, no le prestaba nada de atención —me disculpé, ella le restó importancia con una sonrisa.

Cuando llegamos al aparcamiento, Risse fue al maletero y, rebuscando en unas bolsas, sacó una cámara de fotos profesional. Se aseguró de que todo estuviera en orden y me dijo sonriendo:

—Quiero hacerles unas fotos. Y quizá les regale algunas, nos han acogido

en su mesa de populares y nos han invitado a esto, algo habrá que hacer.

—Pues me parece un detalle increíble —aseguré.

Llegamos a la cola de la entrada y el de seguridad nos miró de arriba abajo y después llamó a otro. Temiendo que nos fueran a expulsar o algo similar, nos miramos entre nosotras, inquietas. Cuando llegó el otro de seguridad a nuestro lado, le comentó algo y le dio las entradas. El nuevo asintió y nos hizo un gesto con la cabeza.

—Por aquí, yo les guiaré.

—¿Está todo bien? —quise saber.

—Sí —dijo extrañado—. Tienen el palco vip. Estas entradas se suelen entregar a familiares de los jugadores.

—Tenemos amigos en uno de los equipos. Nos regalaron las entradas, pero no nos habíamos fijado en eso —comentó Risse, algo cohibida.

El hombre relajó la expresión de duda y, sonriendo, asintió.

—Verán el partido sin el ajetreo de las gradas y desde el mejor ángulo posible. —Señaló la cámara de Risse—. Saldrán unas fotos increíbles.

—Gracias —gritamos las dos cuando nos dejó a solas allí. Había gente, pero no tanta como ahora podíamos apreciar que había en el estadio—. Vaya tela, tía, qué pasada.

—Nunca me había fijado en lo increíble que es —comenté abrumada.

—Eso es porque nunca ibas por voluntad propia y, bueno, la compañía también hace lo suyo. —Guiñó un ojo y nos reímos.

La experiencia de este partido me estaba cambiando el punto de vista de todo lo que conocía sobre ese deporte y reafirmó que los chicos realmente valoraban nuestra compañía. Aun así, la inquietud se volvió pesada en mi estómago al recordar los ojos de Dylan tan cerca de mi rostro. «Solo te miraba a ti». Mi corazón dio un vuelco. ¿Me buscaría hoy? Imposible, esto era inmenso, no era como jugar en el instituto.

Los equipos salieron desfilando hacia el centro del campo. Se saludaron con deportividad y sonó el himno. Cuando terminó, el número 12, con sus protecciones de *catcher* y el casco en la mano, recorrió con la mirada las gradas y levantó el casco sonriendo. Risse, que estaba con la cámara haciendo fotos, se rio.

—Tía, es Noah —dijo sin separar la cara del objetivo de la cámara. Llevaba un acople enorme delante, que giraba de vez en cuando para alejar o acercar el objetivo—. Y Dylan. ¿Nos han visto?

Dylan, que en su camiseta llevaba el número 2, alzó la mano con el guante y yo me levanté para que nos vieran, saludando. Antes de darme cuenta, tenía una de las cámaras del campo enfocándome y tanto Risse como yo salimos de

pleno en las dos pantallas gigantes. Me morí de la vergüenza y me senté de golpe, lo que hizo que una risa entrañable recorriera las gradas y los rostros de los jugadores.

—Vale, quiero morirme. ¿Puedes enterrarme?

—De eso nada, tengo fotos del momento. ¡Estás preciosa! Mira.

—Que no, que yo me muero —respondí abrumada y con la cara roja como un tomate.

Los jugadores comenzaron a moverse. Empezaba el equipo de los chicos, que llevaban la camiseta de mangas negras y el pantalón blanco con líneas finas negras. Noah se puso en posición hablando con el árbitro y se terminó de colocar las protecciones. Dylan estaba ya en el montículo, era el *pitcher* de apertura. Recordaba vagamente que Kat me contó que él tenía unos lanzamientos rápidos y precisos. Había veces que jugaba él casi todo el partido, aunque en muchas ocasiones en las dos últimas rondas solían cambiarlo por otro.

Mientras yo me colocaba el pelo como si no me hubiera visto ya todo el maldito recinto, me percaté de que él desviaba la mirada de su amigo hacia donde estábamos nosotras. Ladeó la cabeza y sonrió, como si pudiera verme. No sabía si podía, pero le saqué la lengua a modo de burla. Y realmente debió de verme, porque sonrió más ampliamente.

Risse acercó el objetivo y lanzó varias fotos mientras los chicos calentaban unos minutos antes de comenzar el partido.

—Bua, están saliendo unas fotos brutales —dijo emocionada. Y, entonces, buscó una y me la enseñó.

Era Dylan sonriendo ampliamente hacia nosotras. Estaba guapísimo, con su pelo rapado por los laterales y los ojos azules más increíbles que había visto jamás. El corazón me dio un vuelco al recordar la seguridad de Kendall de que terminaríamos juntos. ¿Yo con ese chico? Sería demasiado bueno. Después me enseñó la foto en la que salían ellos saludando y nosotras en las pantallas gigantes. Ella aparecía con una sonrisa radiante, la cámara lista frente a su rostro y señalando a nuestros amigos. Y yo con los brazos levantados saludando.

Era cierto que no salía nada mal, viéndome con tranquilidad. Llevaba un suéter de Kendall, era de cuando iba al instituto, porque nunca más lo había vuelto a ver con algo de este estilo de ropa. A mí me quedaba enorme, así que lo usaba de vestido. Me llegaba por debajo de los glúteos y lo acompañaba siempre de unos *leggins* para evitar enseñar algo que no debía. El cuello era redondo y también quedaba grande, así que caía hacia un lado, dejando al descubierto uno de mis hombros. Me había recogido el pelo en una trenza

larga y unos mechones caían rebeldes por los lados de mi rostro junto con el flequillo. Para un día como hoy, había optado por ponerme las lentillas, y Risse me había ayudado a perfilar mis ojos con un negro ahumado sencillo. Así que vale, no iba en modo trasgo, pero seguía dándome vergüenza igualmente haber salido en las pantallas gigantes.

Los primeros lanzamientos de los chicos fueron increíbles, apenas dejaron que batearan los del equipo contrario, cuyos uniformes eran prácticamente iguales, solo que en colores rojos. Estuvimos animando, gritando y tratando de comprender algunas cosas del juego buscando en Google. Risse hizo todas las fotos posibles y en el intermedio me llegó un audio de Dylan.

—Cuando el partido termine, bajad por la izquierda de las escaleras, habrá una zona que ponga «pase privado». Normalmente es solo para los deportistas y la prensa, pero el de seguridad es amigo de Noah y dice que os dejará pasar. Podréis estar con nosotros un rato más dentro de las instalaciones.

—¿En serio? ¿Pero no molestaremos? —respondí con otro audio. Risse gritaba mordiéndose el puño y daba brincos frente a su asiento.

—Noah dice que, si puede ir al concierto esta noche, os consigue lo que sea. —Se escucharon ruidos y gruñidos—. Que no te doy mi móvil, pesado, ya hablaremos luego con…

—¡Dulce Anya! —gritó Noah, las dos nos reímos—. Me ha flipado verte en la pantalla grande, estás preciosa, aunque mi amigo no lo ha dicho lo primero. Tenía que haber sido lo primero, tío. No, no, no me lo quites, espera.

Unos gritos y golpes después, Dylan recuperó el control de ese nuevo audio.

—Estáis las dos guapísimas —aseguró—. Que disfrutéis del final del partido.

—Me declaro superfán de esos dos —se reía Risse mientras contestaba escribiendo en lugar de mandar otro mensaje de audio.

—Es que son como un dúo cómico. —Me mordí el labio y la miré dudosa —. Son buena gente, ¿no?

—¿Dudas de ellos?

—Es que… es raro, ¿no? —Miré el móvil ya bloqueado—. Que quieran que esté con ellos, que nos hayan aceptado tan rápido a las dos. Me hace sospechar y me siento mal, porque Dylan no ha dejado de cuidarme desde que me conoció.

—A ver, es normal que dudes después de la jugarreta de tus anteriores amigos —comentó Risse sonriendo con tristeza mientras repasaba algunas fotos—. Pero esta sonrisa no lo podría fingir ni aun siendo un actor ganador de un Óscar.

Me enseñó otra foto de él sonriendo hacia nosotras, con ese brillo en la mirada, esa determinación y cariño. Se me encogió el pecho y algo comenzó a florecer en mi interior.

Durante la segunda parte del partido, disfrutamos todavía más. Aunque hubo un momento en que lo pasé realmente mal, cuando un bateador del equipo contrario lanzó el bate más tarde de lo normal y dio un golpe brutal a Noah en el casco. El jugador, en lugar de quedarse, salió corriendo a la primera base. Quise pensar que no se había dado cuenta, pero Dylan salió corriendo a por su amigo, olvidando por completo la bola que había en juego.

El partido paró durante unos instantes, con un grito ahogado del público al ver que Noah no se levantaba del suelo. Dylan lo cogía por los hombros y parecía decirle algo sin quitarle ojo de encima. Risse apartó la cámara y yo me vi bajando los escalones hasta la verja del palco.

El corazón me presionaba el pecho con fuerza.

Cuando los médicos llegaron junto a él y lo examinaron, dieron la aprobación para moverlo. Dylan asintió y se levantó, con su amigo tras él. La gente gritó, aliviada. Noah levantó los brazos, diciéndole al público que estaba bien.

Pero Dylan tiró el guante al suelo con rabia y se fue directo hacia el bateador contrario, que no se había molestado en comprobar si el *catcher* estaba bien. Tuvieron que cogerlo entre tres jugadores más porque fue directo a partirle la cara.

Quitando aquel pequeño conflicto, que se arregló con gritos y amenazas por parte de Dylan, y también con tres puntos en la cabeza a Noah, que fue sustituido, el partido siguió y terminaron ganando. Por primera vez, grité ilusionada ante la victoria de los chicos.

Cuando hicieron el pase de despedida, Noah y Dylan volvieron a mirar hacia las gradas, a donde estábamos nosotras, que les gritamos y saltamos emocionadas. Nos dimos cuenta de que las cámaras de nuevo iban de ellos dos hacia nosotras. Pero esta vez estaba demasiado entusiasmada como para sentir vergüenza.

Mientras nos íbamos del palco hacia donde los chicos nos habían indicado, sentí que el pulso me iba a mil por hora, era una sensación emocionante.

Nos habían visto, nos habían saludado públicamente y nos seguían buscando cada vez que pasaba algo importante para ellos allí abajo. La sonrisa no se me borró mientras recorríamos los pasillos, pero se amplió todavía más cuando los ojos azules de Dylan me encontraron en mitad de la gente que intentaba acercarse a ellos en el pasillo privado.

15

TÚ ERES MI SALVACIÓN

Dylan

Al entrar en el pasillo, la mirada se me fue directamente hacia ella. Era como un foco de luz entre la multitud llena de sombras. Risse estaba a su lado y me alegró que estuvieran juntas. Desde que esa chica de pelo corto y aspecto rebelde había aparecido en la vida de Anya, justo en el momento en que ella más lo necesitaba, su actitud divertida y el carácter juguetón se habían acentuado.

Parecía comportarse con algo más de descaro, de pasión y de alegría ante la vida. Me sorprendía cuando entraba en los juegos de Noah y casi hacía que mi amigo no supiera qué decir. Era algo difícil de lograr, lo sabía de primera mano.

Me giré hacia él, que se quitaba el caso con una mueca de dolor. Pero, en cuanto me vio levantar una mano hacia su cara, negó con la cabeza y se giró hacia la gente sonriendo ampliamente. Los *flashes* comenzaron a saltar y sentí que se me cerraban los pulmones. Noah se interpuso, como siempre, y habló con ellos.

Tiró de Risse y Anya para sacarlas del amasijo de gente. El de seguridad les permitió el paso solo a ellas y vi que se inclinaba hacia nuestra amiga dibujante y le susurraba algo. Después me miró de refilón y en la mirada de Anya se reflejó una cruda comprensión. Me había quedado bloqueado en el sitio, las cámaras seguían lanzando destellos en nuestra dirección. Algún chico más del equipo se acercó para conversar con los fans y la prensa. Pero comenzó a invadirme un sudor frío, a temblarme las manos.

Anya me cogió del brazo y mi mundo se centró de golpe en sus ojos marrones.

—Dylan —dijo por encima del estruendo de voces. Era como si todo se hubiera apagado, amortiguado, excepto ella. Cogí aire de nuevo, sin darme cuenta de que lo había estado conteniendo—. Vamos.

Tirando de mi brazo, me sacó de los focos y de la atención de la gente.

Risse se quedó atrás, junto a Noah. Pero Anya continuó tirando de mí hasta que llegamos a un pasillo donde no había tanta luz y los jugadores ya estaban en el vestuario. Comencé a respirar con normalidad, ella me observaba con curiosidad y preocupación. Cogió con sus manos las mías, sucias todavía de haber estado en el campo.

—Ya está. —Apoyó una mano en mi pecho y respiró conmigo—. ¿Mejor?

Suspiré con pesar e incliné la cabeza hacia ella.

—Ahora sí —fue mi respuesta. Ella sonrió, sonrojándose ligeramente—. Gracias.

—A ti, por invitarnos —comentó con una amplia sonrisa—. Es la primera vez que veo un partido completo y, madre mía, sois increíbles. ¿Noah está bien?

—Sí, es un tío duro —respondí. La respiración todavía me iba acelerada, pero por un motivo distinto.

Ella estaba preciosa. Sus manos sosteniendo las mías cuando había entrado en crisis, aun sin saber lo que me estaba pasando, habían resultado ser más reconfortantes de lo que jamás pude imaginar. No quería soltarla, no quería que se separara de mí. Levanté una mano hacia su rostro y le acaricié la mejilla, ella abrió ligeramente los ojos.

—Pero el «gracias» no era solo porque hayas venido, Anya. —Mis caricias se arrastraron hacia su cuello y jugué con su pelo con toda la delicadeza que fui capaz de encontrar—. Es por lo que acabas de hacer.

—No sé qué te ha pasado, pero he sentido que necesitabas salir de ahí —confesó sin dejar de mirarme a los ojos, su respiración también se comenzó a acelerar—. Bueno, y Noah me ha pedido que te cuide un rato.

Sonreí ampliamente durante un instante y a ella le brillaron los ojos. Me incliné un poco y ella se quedó muy quieta, todavía con una mano sobre mi pecho. No tenía muy claro si le molestaría mi acercamiento repentino, pero era como si mi cuerpo tirase hacia ella, como si lo necesitara tanto como el respirar. Cuando mi nariz rozó la suya, una voz apareció:

—No te preocupes, estarán… ¡Ay, la hostia! —El grito de Noah nos sobresaltó a los dos.

Me incorporé para matar a mi mejor amigo con la mirada. Anya se separó unos centímetros de mí, desviando la mirada hacia el suelo. Risse sonrió con malicia y empujó a Noah fuera de nuestra vista. Nos volvimos a quedar solos. Ella se había alejado de nuestro ligero contacto, aunque no de donde se encontraba. Volvió a buscar mis ojos con su mirada vidriosa y se mordió el labio.

—¿Quieres dar una vuelta? —me encontré preguntando.

—¿No te estarán buscando para celebrar la victoria?

—Es posible. —Hice una pausa, esperando que ella saliera de mi proximidad, pero se quedó allí clavada—. Pero prefiero estar contigo.

Apretó los labios y después, ladeando la cabeza, volvió a morderse el inferior. Algo ardió en mi interior al ver ese gesto y suspiré. No sabía si era por la adrenalina al haber ganado, por la tensión de casi partirle la cara al bateador que le había abierto la cabeza a mi mejor amigo o porque esa chica conseguía desmoronar todo mi mundo con solo estar frente a mí. Pero durante ese par de semanas que habían estado almorzando con nosotros no había hecho más que encapricharme más y más de ella. Quería saber más, quería tener más, y parecía que ella seguía estando lejos, muy fuera del alcance de mi mano.

Mientras mi cabeza parecía irse a lo lejos que me encontraba de poder dar un paso más hacia ella, Anya apoyó ambas manos en mis hombros y se aupó para darme un beso en la mejilla y un abrazo.

—Si quieres hablar de lo que te pasó antes con las cámaras, te aseguro que soy una tumba —murmuró.

Pero ya no pude aguantar más. Con su cara todavía pegada a la mía, me giré lo justo para encontrar sus labios y la besé con delicadeza. Esperé una reacción por su parte. Abrí los ojos y ella me miraba confundida, pero sin moverse, sin reaccionar más que con una respiración disparada junto a la mía. Inclinó ligeramente el rostro y volvió a cerrar los ojos. Apreté los brazos a su alrededor y volví a besarla, esta vez atrapando más sus labios, saboreando y disfrutando de ese acercamiento.

Y, cuando me respondió al beso, sentí que flotaba, que la sensación de tenerla ahí entre mis brazos supera a cualquier emoción o sentimiento de la última hora.

16

BESOS Y DUDAS

Anya

No sabía qué pensar en aquel momento, cuando sus labios rozaron los míos ligeramente y después esa increíble mirada cobalto me contempló expectante. No podía moverme, tampoco es que quisiera. Me sentía cómoda a su lado, cuidada y consentida.

Pero había algo que fallaba. Ese estallido de placer intenso y poderoso que me recorría el cuerpo entero cuando Kendall se me acercaba y me rozaba, ese fuego que arrasaba mi interior cuando lo recordaba apretado contra mí… no se desató de la misma forma con el roce de los labios de Dylan.

El corazón se me encogió, la respiración se me descompasó. Ay, mi palpitante haz de nervios volvía a pedir guerra, pero esta vez no sabía por cuál de los dos era.

Dylan volvió a besarme y sentí que me mareaba, era delicado y minucioso. Como si fuese el manjar más exquisito del mundo y no quisiera perderse un ápice de mi sabor. Me colmó los labios hasta que estuvimos jadeando, y después me rozó ligeramente con la lengua, pidiendo permiso. Se lo concedí, joder si se lo consentí. Me apretó todavía más contra él cuando empecé a devolverle los lametones, cuando le clavé los dedos en la espalda ante los ramalazos de placer que reclamaba mi bajo vientre.

Él tenía las manos en mi cadera, apretándome con fuerza contra la suya. Se separó ligeramente para recuperar el aliento y dejó caer la frente contra la mía. Entonces me di cuenta de que las manos le temblaban ligeramente. Sonrió en mis labios.

—Joder, menos mal —susurró.

—¿El qué? —dije jadeando.

—Que te ha parecido bien. —Me apartó un mechón de pelo que se colaba entre los dos.

Mi corazón dio un traspiés y en ese momento un carraspeo nos sacó del trance. La cabeza de Noah se asomaba por el pasillo.

—De verdad que valoro mi integridad física, pero te reclaman, tío —dijo casi con miedo desde el umbral.

Dylan suspiró con pesar y se dejó caer en mi hombro un instante. Se levantó con la mirada decidida y le dijo que enseguida iba. Yo me moví primero, separándome de él y caminando hacia Noah.

—¿Estás bien? He sufrido muchísimo al ver cómo te desmayabas. Cuando ha ido Dylan a por ti y no te levantabas, he estado a punto de saltar yo también al campo —confesé, abrumada.

Noah alzó las cejas sorprendido, después sonrió con dulzura y sus ojos verdes brillaron.

—Siento haberte preocupado, pero estoy bien, soy de huesos fuertes. —Se rio, quitándole importancia. Pero tres puntos en la cabeza era algo que tener en cuenta.

—Vale, vamos —dijo Dylan saliendo al pasillo. Parecía haber necesitado un instante para enfriarse. Me cogió del codo con delicadeza y, sonriendo, me dijo —: Esto puede hacerse eterno, si queréis podéis hacer marcha. ¿Nos vemos esta noche en el concierto?

—Claro, me hace mucha ilusión que vengáis los dos.

Él volvió a sonreír más ampliamente y Noah se giró hacia él y susurró «pero es que esta chica es monísima» justo antes de que él le pusiera una mano en mitad de la cara para que se callase, sin dejar de mirarme.

—Ya te estoy echando de menos —me dijo al oído antes de darme un beso fugaz y salir por el pasillo con la mano todavía en la cara de su amigo.

Risse apareció en mi campo de visión. Al parecer, había estado ahí todo el tiempo. Y, en cuanto la puerta de los vestuarios se cerró, gritó:

—¡Vas a tener que contarme con mucho, he dicho mucho, detalle todo lo que acaba de pasar!

—Ay, tía, si no lo sé ni yo —murmuré abrumada.

Y es que era la pura realidad. Su contacto no me había desagradado lo más mínimo, había sido placentero y me había excitado hasta el punto de terminar jadeando. Pero el hecho de recordar a Kendall justo después del primer roce de sus labios no sabía si tenía algo que ver.

Un pensamiento no podía ser más poderoso que el tacto de alguien presente, ¿verdad?

Durante el camino de vuelta a mi casa, fui sometida a un brutal interrogatorio por parte de Risse. Preguntas y comentarios y gritos y emoción. El pulso todavía me latía con fuerza y su histeria ante la situación no ayudaba a que me calmase. Terminé contándole lo que me había pasado con Kendall las últimas veces y las dudas sobre la reacción de mi beso con Dylan. Otra ronda

de preguntas e interrogatorio despiadado de mi relación con Kendall. Después, pareció satisfecha para sacar un veredicto.

—Pues, amiga, yo diría que ese tal Kendall puede tener la culpa de que te palpite —comentó mientras bebía café y pasaba las fotos de la cámara a mi portátil.

Me había pedido permiso para almacenarlas en una memoria extraíble y enviarlas a su correo electrónico. Así, de paso, tendría un recuerdo de aquel día en mi ordenador. Bufé ante sus palabras, tirada en el sofá.

—Pero es que él no me ve ni como una mujer, soy la hermana pequeña de su mejor amigo. Soy como la mascota del grupo de músicos —dije, quitándole importancia.

—Tía, si se le pone dura contigo, no va por ahí el tema —volvió a decir sin pelos en la lengua.

—Quizá era por algo que estaba soñando, no por mí.

—Vale, ¿y lo del cine? —Abrí la boca para quejarme y me interrumpió—: ¿Y el mensaje? Tía, es evidente que tiene sentimientos encontrados, pero que te empotraba.

Miró su foto de perfil y después algunas más que tenía en mi galería y bufó, mordiéndose el labio.

—Y él también está *pa* empotrar. —Me devolvió el móvil y miró hacia el techo—. Aunque Dylan también, y mucho.

—No me estás ayudando, amiga —gruñí frotándome la cara.

—A ver, es más que obvio que esta noche tienes que mover ficha. Y, si quieres follar, yo me piro, ¿eh? Cero compromiso, no te vayas a quedar sin ese cuerpazo de béisbol por mi culpa —dijo con un dedo acusador—. O ese cuerpazo de *heavy* tatuado.

—¿Qué hago? Kendall estará allí también —gruñí, poniendo pucheros.

—Yo creo que iría a saco a por Dylan y vería la reacción de Kendall. —Se dio unos golpecitos con el dedo índice en la barbilla—. Total, si la cosa sale mal con el primero, siempre podéis quedar como amigos. Y ver la reacción de Kendall puede ser interesante.

—Sí, también puede pasar que uno se enfade y el otro no me dirija la palabra después de acostarse conmigo, como Stephen. —Me hundí en el sofá dramáticamente—. Quizá soy horrible desnuda o lo hago fatal…, no sé.

—Tía, a ver, ni de coña, mírame. —La miré de refilón y ella apartó el portátil para inclinarse hacia mí—. Ese tío no ha aguantado más y te ha besado en el pasillo del recinto de béisbol, te tiene ganazas, lo he visto.

—¿Nos viste? —grité.

—Joder, Noah y yo nos pusimos a cien —dijo riéndose.

—Vale, estáis fatal los dos —gruñí estampándome un almohadón en la cara.

—Lo que quiero decir es que no pienses que el problema está en ti. El problema fue ese energúmeno que te desfloró. Además, las primeras veces son patéticas para todos, agradece que esa faena ya esté hecha. Ahora solo tienes que disfrutar —señaló con una sonrisa pícara.

—¿Tú crees?

—Oh, mi dulce Anya —dijo copiando a Noah—. Esta noche me voy a encargar de que estés buenísima.

Y un escalofrío me recorrió la espalda.

17

EL PODER DEL HEAVY METAL

Anya

Esa noche Risse eligió para mí un vestido de corsé con falda con un poco de vuelo, tipo colegiala, pero de color negro. Para acompañar, una torera de encaje que adornaba ligeramente mis brazos y mi cuello, pues se anudaba a este, dejando a la vista un palmo entre una tela y otra. Con unas medias de rejilla, unas botas hasta las rodillas y los labios en color rojo, sonrió ampliamente, satisfecha.

—Me están dando ganas de morrearte.

Yo no pude evitar sonrojarme. Había sacado parte de esa ropa de mi colección de los eventos y de *cosplay*. Pero, como entraban dentro de mi estilo, nadie sospecharía que no eran ropa de fiesta.

Ella llevaba una falda de tubo de cuero y un top de tirantes finos, con una sudadera cortada para tener un cuello de hombro a hombro y que dejaba su vientre plano al aire. También con medias y unas buenas botas, se terminó de repasar el maquillaje, el pelo y nos fuimos al concierto.

Cuando llegamos al Meteora, tanto Dylan como Noah nos esperaban en la puerta. El primero no pudo controlar su expresión y nos recibió con la boca medio abierta. Sonreí y miré a mi amiga, que me guiñó un ojo de forma cómplice.

—Madre mía, estás… —murmuró.

—Espectacular, dulce Anya —resolvió Noah ante la falta de palabras del *pitcher*, el cual asintió—. Y tú también estás bien guerrera, Risse.

—Gracias, tiarrón. ¿Cómo va esa cabeza?

—Dentro no hay nada de valor que lamentar si se echa a perder, así que todo bien —dijo él restándole importancia—. Todavía queda media hora. ¿Queréis que esperemos o entramos ya?

—Mejor entramos, que estos tíos traen a mucha gente y yo quiero estar en primera fila para poder gritarle cosas obscenas a Jason —sentenció Risse, cogiendo a Noah de la muñeca, y se lo llevó tirando de él.

Yo me quedé en el sitio, con una sonrisa tímida, al ver que Dylan seguía sin moverse. Los dos chicos llevaban vaqueros, zapatillas oscuras y camisa. La de Noah era verde militar y la de Dylan, negra. Ambos la llevaban de forma desenfadada, por fuera de los pantalones y con los puños remangados, y las chaquetas en la mano, para cuando refrescara más tarde. Nosotras habíamos dejado las nuestras en el coche, sabíamos que dentro del garito no nos harían falta.

—Hola —dije, sintiéndome idiota.

—Hola. —Me sonrió—. Perdona que antes nos hayamos separado así, ganar tiene la parte tediosa de hablar con gente y después reunión con el equipo y charla motivacional… En fin, muchos rollos.

—Lógico, no te preocupes —asentí.

—Estamos… bien, ¿no? —preguntó, frotándose la nuca de forma nerviosa.

No comprendía qué quería decir aquello, pero asentí como una idiota. Porque si algo tenía claro después de lo que había pasado era que quería estar bien con Dylan. Quería seguir estando, en general. Él suspiró y me cogió de una mano, acercándose ligeramente para estrechar el espacio que nos separaba. Pero unos gritos nos hicieron girar la vista hacia un lateral, rompiendo el momento de intimidad.

—¡Siete años tocando con nosotros y te dejas las putas baquetas! —gritó Kendall, que estaba al teléfono—. Queda media hora, ya te estás saltando todos los jodidos semáforos. —Colgó la llamada y se guardó el móvil en el bolsillo, se colocó un cigarro en los labios y, al encenderlo, se giró hacia nosotros.

Sus ojos fueron automáticamente a la mano que Dylan sostenía con cariño, frunció el ceño y después soltó el humo con pereza. Mi corazón empezó una carrera desbocada conforme lo vi y me quedé sin oxígeno tan pronto como empezó a dar pasos hacia nosotros. Inspiró de nuevo el humo y lo exhaló cuando llegó a nuestro lado.

Los ojos le brillaron en un verde apagado cuando la luz de la farola lo iluminó al colocarse debajo. Su expresión era indescifrable, pero yo reconocí cierto brillo de rabia en su mirada.

—Ey —dijo.

—Ey —saludó Dylan, tenso, pero sin soltar mi mano.

—Hola, Kendall. —Desvió la mirada hacia mí y volvió a colocarse el cigarro en los labios—. ¿Jason la ha liado?

—Pues sí —respondió soltando el humo mientras hablaba—. Espero que llegue a tiempo o se tragará las baquetas, te lo juro.

—Me lo creo —respondí con una risa bajita.

—¿Qué tal ha ido el partido? —preguntó mirando a mi acompañante, aunque el matiz de voz indicaba desinterés.

—Hemos ganado —respondió tajante Dylan.

—Qué bien.

Guao, vale, esto estaba siendo increíblemente incómodo. Me aclaré la voz y Kendall volvió a desviar la mirada hacia mí. Me repasó sin miramientos, con un descaro y un escrutinio que no había hecho jamás. Y, cuando volvió a mirarme a los ojos, sonrió de medio lado. Tiró la colilla y, pisándola, asintió, quizá más para sí mismo.

—Estás de infarto hoy, enana. —Se giró para marcharse y sentí que el corazón había dejado de latir, se había puesto oficialmente en huelga, dispuesto a matarme—. Recuerda presentarle tus amigos más tarde a Jason, le encantará conocerlos.

El *pitcher* apretó ligeramente el agarre de mi mano y yo no dije nada mientras veía cómo Kendall se marchaba. Su mirada me había quemado todas y cada una de las partes expuestas, sus últimas palabras me vibraban en el tímpano. Me costaba respirar, quizá fuese culpa del corsé. Sabía que con lo de Jason se refería a la conversación que querían mantener con mi primer novio, que habían dejado claro que sería Dylan. Pero un beso no nos convertía en pareja. Así que pensaba presentarlos, claro, pero como amigos.

Por algún motivo, me costó moverme y fue Dylan quien, sin soltarme de la mano, instó a que entrásemos. Maya nos saludó y, nuevamente, no me dejó pagar. Pero esta vez sí cobró a Dylan, que agradeció no sentirse en deuda de nuevo. Maya me guiñó un ojo y nos metimos en la sala de concierto. En la barra, Risse y Noah estaban brindando con unos chupitos. Noah ponía una mueca cuando llegamos.

—Tía, el tequila es el mal —le dijo. Risse soltó una risa sincera.

—¿Queréis otro? ¡Una ronda para los cuatro juntos!

—Venga, dale —dijo enseguida Noah, contradiciéndose en menos de tres segundos.

Yo sonreí ampliamente, Dylan negó con la cabeza. Leah nos sirvió y Risse los repartió. Nos pusimos la sal en el dorso de la mano y, sosteniendo en una el limón y en la otra el vaso, mi amiga alzó el suyo para brindar.

—¡Por más findes de partido y concierto con vosotros!

—¡Eso, por muchos más así! —reafirmó Noah.

Los cuatro brindamos, chupamos la sal, bebimos y mordimos el limón.

—¡Satanás! —volvió a bramar Noah.

Estallamos en carcajadas. Después de hacer el pedido en la barra, fuimos a

coger sitio cerca del escenario. Había una pequeña mesa en un lateral a la derecha, así que elegimos ese espacio para poder dejar las bebidas y, como bien quería mi amiga, gritarle cosas a Jason.

Arriba en el escenario, se encontraban ya Ozzy y Riley. Al verme, alzaron las cejas, sorprendidos de mi descarado atuendo. Al reparar en Dylan y Noah, sonrieron con picardía. Me acerqué para hablar con ellos y presentarles a mis nuevos amigos.

Riley era corpulento y robusto, pero algo más bajo que Kendall y Jason. Tenía una frondosa barba castaña oscura y el pelo largo que solía recoger en una coleta. Sus ojos castaños derrochaban ternura y tenía bastante vello en los brazos y el pecho. Siempre había asociado a ese hombre a un oso, tan adorable y achuchable como temible.

Ozzy, por el contrario, mostraba un aspecto elegante y grácil, tenía ascendencia asiática. Sabía que su madre era americana, pero su padre procedía de Japón. Su nombre era Iwatetsu, pero jamás lo llamábamos así. Su pelo rubio era teñido y lo llevaba escalonado, lo que le daba un aire a pelo de cantante de *Jpop* que me encantaba. Sus ojos rasgados eran de un negro intenso precioso, y sus facciones, afiladas y suaves.

—No sabíamos que tenías un noviete —ronroneó Riley. Ozzy le dio un codazo.

—Deja a la enana, en algún momento se iba a hacer una mujer —le riñó. Los chicos y Risse se habían apartado después de las presentaciones, volviendo a nuestra posición en la mesa para darme espacio para hablar con mis amigos —. Parecen buenos chicos.

—Diría que lo son, sí. Pero no es mi novio —me quejé. En ese momento, alguien apareció al lado de Riley en el escenario.

—Sí que lo es, ya están haciendo manitas en público —dijo Kendall con una voz completamente neutra. Me miró de refilón y pasó de largo hasta el otro lado del escenario.

Ozzy y Riley se quedaron quietos observándolo. Se miraron entre ellos y después a mí, en un mensaje mudo que no comprendí. Pensé que soltarían alguna pulla más, pero Riley suspiró, arqueando las cejas, y Ozzy se fue hacia Kendall para decirle algo, el cual negó con la cabeza en respuesta.

—¿Pasa algo? —pregunté. El guitarrista apoyó la mejilla sobre el mástil y sonrió con cariño.

—Nada, pequeña. —Negó con la cabeza también, como sacudiendo un pensamiento—. Creo que solo nos sentimos algo mayores al verte de repente así de adulta. Estás guapísima, por cierto —añadió guiñando un ojo.

Riley era un par de años mayor que Kendall y mi hermano. Así que mi

diferencia de edad con ellos aumentaba, por lo que me ruboricé al recibir ese halago. Jason entró como un huracán y subió de un brinco al escenario. No era algo fácil de hacer, pero tenía altura y fuerza suficiente como para que pareciera un salto sencillo.

—¡He llegado! —proclamó con las baquetas en la mano.

—¿Vas con el uniforme? —espetó Kendall con una mueca de disconformidad. Jason se miró y dejó caer los brazos y los hombros.

—Han pasado cosas.

—No quiero oírlo.

—Son importantes.

—De verdad. Paso de tu movida. —Kendall se colgó el bajo y, con el ceño fruncido, empezó a ajustar los trastes.

—Pues creo que es una movida que te puede flipar. —Sonrió con superioridad.

Dejó al fondo del escenario la mochila y se quitó la chaqueta del uniforme y la corbata. Cuando se sacó la camisa, escuché a Risse soltar un grito. Me despedí de Riley con la mano y una sonrisa y caminé junto a mi amiga, que estaba al borde del infarto. Casi sentí cómo se le salía el corazón por la boca cuando Jason me vio, sonrió ampliamente y saltó del escenario para darme un genuino abrazo de gigante pelirrojo.

—¡La madre que me parió, estás espectacular hoy! —me dijo separándose y cogiéndome por los hombros. Me reí brevemente.

—Chicos, este es Jason, es como un hermano para mí. Jason, estos son Dylan, Noah y Risse.

—¡Soy superfán tuya! —gritó mi amiga, lanzándose prácticamente encima de él. Jason alzó las cejas y sonrió ampliamente, soltando una risita nerviosa.

—¿De verdad? —Ella movió la cabeza afirmativamente tan fuerte que casi escuché un crujido—. Pues te puedo pasar un disco firmado y alguna camiseta, siempre tenemos merchan para los amigos.

—Ay, Dios, ¿de verdad?

—¡Claro! Después del concierto, que Anya te lleve a bambalinas. —Jason nos guiñó un ojo, les chocó las manos a los chicos y después me miró a mí, se inclinó y me preguntó—: ¿Tengo que ponerme ya en plan hermano mayor?

Me reí y negué con la cabeza.

—No, todavía no.

—Vale, enana, vamos a darle caña.

Y, de otro brinco, se volvió a subir al escenario. Se acercó a Kendall, que puso los ojos en blanco ante algún comentario y negó con la cabeza. El bajista me miró de refilón, apretando los labios, y procedió a ignorarme.

Genial.

No era para nada incómodo.

Me bebí la primera copa más rápido de lo que había querido y, antes de que empezasen, ya había pedido la segunda. Las luces de la sala cambiaron. Kendall se quitó el bajo y se deshizo de la sudadera que había llevado hasta entonces. Vestía una camiseta sin mangas, solo que estaba rota con toda la intención de enseñar músculos por los laterales. Risse abrió la boca, me miró alucinando y comenzó a dar brincos a mi lado. El pelo del bajista le caía sobre los ojos y desvió la mirada hacia mí cuando se colocó el instrumento. Y mi corazón decidió saltarse un latido.

Las luces se apagaron al completo y seguí notando sus ojos fijos en mí. Dos focos cruzaron sobre Jason, que levantó sus brazos largos y fuertes y golpeó las baquetas con fuerza. Comenzó con un solo de batería de unos segundos, después paró de golpe y, cuando volvió a bajar las baquetas, todos empezaron a tocar.

Escuché a Noah gritar de emoción detrás de mí y me giré para sonreírles. Dylan miraba hacia el escenario con diversión. Cuando su mirada se cruzó con la mía, se inclinó ligeramente para susurrarme:

—A mí también me gustaría repetir esto más veces —confesó. Yo asentí.

Tenerle cerca era miel para los labios, reforzaba lo cómoda que me sentía y relajaba mi ansiedad social. Pero mirar a Kendall, ahora mismo, revolucionaba cada parte de mi cuerpo. Era un chute de adrenalina que no sabía cómo gestionar. Y que no estaba dispuesta, ni preparada, a querer hacerlo con Dylan cerca. Pero aquí estábamos.

Me sentía casi anestesiada por el desfile de músculos tatuados y de sus fuertes manos deslizándose por el mástil, por sus ojos mirándome entre el flequillo oscuro de vez en cuando. Prendió una llama en mi interior, muy hacia el sur de mi cuerpo y muy profunda en mi alma.

Más o menos a mitad de concierto hicieron una pausa y fuimos a por otra copa. Desde la barra me volteé para mirar al escenario y Kendall se giró, se retiró el pelo de la cara y me miró fijamente. Sonrió de aquella forma fiera, como si fuera un depredador y yo su presa, y solo la apartó para mirar hacia Risse, que le decía algo con Noah al lado. Dylan y yo cogimos bebidas para los cuatro y, cuando volvimos a la mesa junto a los demás, me cogió de la cintura y me atrajo hacia él. Aprecié cómo Kendall apretaba la mandíbula al darse cuenta de ese gesto y, desde entonces, hizo todo lo posible por no cruzar más su mirada con la mía.

Los chicos explicaron que iban a tocar canciones del nuevo disco que estaban preparando y la sala bramó de alegría. Bebieron agua, otros del cubata

o la cerveza que Leah les había acercado y, tras colocarse de nuevo los instrumentos, las luces volvieron a cambiar para empezar la siguiente tanda de canciones.

Después del concierto, Kendall se quitó el bajo y salió despedido del escenario cuando aún los aplausos y los gritos no habían dejado de llenar la sala. Jason me miró con cara de preocupación, pero se acercó a nosotros con el torso sudoroso y una renovada sonrisa.

—Tía, que me da, tía, que me da —decía Risse apretándome el brazo.

—¿Risse? —preguntó, todavía intentando recuperar la respiración, ella asintió con fuerza—. Ven conmigo. —Le guiñó un ojo, le tendió una mano que ella cogió con ganas y ambos salieron en dirección a bambalinas.

Noah aprovechó para ir al baño y Dylan me envolvió la cadera con los brazos, apoyando la cabeza en mi hombro. Sonreí sin poderlo evitar, me giré para mirarlo y respondió al gesto imitándome.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Ya lo creo —respondió—. Pero me gusta todavía más ver lo feliz que se te ve. La última vez que estuvimos aquí, eras todo tristeza.

—Es que Risse se ha convertido en una buena amiga. —Y, sin saber muy bien por qué, maticé—: Bueno, y vosotros dos.

Él se acercó a mi cuello y me besó con ternura. Sentí cómo me temblaban las manos. Dylan subió hasta mi mejilla y abrí los ojos, que había cerrado sin darme cuenta, para girarme y contemplar aquellos magníficos ojos azules.

Pero al otro lado del salón vi a Kendall. Una chica le pasaba algo en un apretón de manos. Fruncí el ceño.

Joder, no podía ser verdad.

Sabía que Kendall tenía un pasado turbio con las drogas, pero, según me habían dicho, lo había dejado hacía muchísimo tiempo. Yo prácticamente no me había llegado a enterar de nada, jamás lo había visto puesto en mi presencia. Pero pensar que podría estar recayendo me removió algo por dentro.

Noah volvió en ese momento del baño, rompiendo mi contacto visual con Kendall, que de repente no estaba. Me disculpé con ellos y me fui hecha una furia hasta las bambalinas.

Había dos salas y al menos tres cuartos de baño; más allá, un pasillo con los almacenes y, después, la salida de la parte trasera del local.

En la primera sala encontré a Jason con Risse, hablando animadamente. La saludé y seguí hacia la siguiente, abriendo la puerta sin preguntar. Vi a Kendall solo, frotándose la cara y tirando algo a la basura.

18

SORPRESAS

Kendall

—Dime que eso no es lo que pienso que es —gritó una voz de mujer conocida a mi espalda.

Me giré de un brinco, viendo a Anya enfrentarme con los puños cerrados. Dejé caer los hombros y bufé.

—¿Qué piensas que puede ser? —murmuré alzando una ceja. Ella se llevó un dedo a la nariz, yo bufé, ligeramente molesto—. No, no lo es. —Desvié la mirada entre el flequillo que se me había vuelto a caer hacia delante—. Pero gracias por el voto de confianza.

Anya caminó hacia la basura y cogió lo que había tirado mientras yo encendía un cigarro.

—Es su número. El de esa chica.

—Sí —dije con la voz ahogada por contener el humo, lo tiré hacia otro lado para no molestarla y ella dio un paso más, invadiendo mi espacio.

—¿Te lo has quedado?

Me sorprendió la ferocidad de su voz, ese tono imperioso que jamás le había visto usar, y mucho menos conmigo. ¿Estaba celosa?

—¿Te importa?

Ella apretó los labios, aprecié cómo le temblaban las manos, yo fruncí el ceño ante esa falta de respuesta verbal.

—No se puede fumar aquí.

—¿Has entrado aquí solo para joderme o quieres algo?

Desde la otra puerta, la que daba a la salida de la parte trasera, nos llegó una risa estridente. Los dos nos quedamos helados, la reconoceríamos en cualquier lugar, pero sabíamos que no debería estar allí. Sin saber muy bien por qué, la cogí de la muñeca. Estampé el cigarro en el suelo y me metí en la primera puerta que encontré.

Resultó ser un escobero, minúsculo, además.

Ella se quejó, pero cerré la puerta, que tenía un pequeño cristal tapado con

entradas mal pegadas.

—Shh —le dije.

—Kendall. Esto está muy apretado —murmuró ella.

Entonces me di cuenta de que me había quedado entre sus piernas, ligeramente abiertas y con mis brazos a los lados de su cara, apoyados en la puerta. Estaba de espaldas a mí, así que no veía bien su cara entre el ángulo y la oscuridad. Pero sí pude recorrer el contorno de su cuerpo, arqueado de forma deliciosa contra el mío. No podía retirarme porque había una estantería que me impedía dar un solo paso más hacia atrás.

Joder, no, justamente ahora no.

—Aguanta hasta que se vaya —susurré, acercando mi cara a su cuello. Ella dio un respingo.

—¿Es mi hermano? ¿Qué hace aquí? —susurró ella también, girándose levemente.

Negué con la cabeza.

No era raro que me encontraran con Anya, al menos desde que él se había largado de la ciudad y yo había asumido el papel de guardaespaldas. Lo raro era que no nos hubiera avisado a ninguno de los dos de que venía. Podría ser una sorpresa, sí. Pero había algo extraño.

Desde aquel ángulo tenía unas vistas demasiado provocativas de su escote y tuve que hacer un ejercicio de fuerza mayor para apartar los ojos y clavarlos en la oscuridad. Básicamente, como había hecho durante el concierto. En primera fila, con esa ropa tan provocativa y dando saltitos, había sido una tortura.

Peor aún resultó ver cómo ese gilipollas del béisbol se la comía con los ojos y la tocaba con confianza. Y cómo ella le sonreía. Apreté los puños sin darme cuenta. La puerta de la sala principal se abrió y entró Aleks con otro hombre y una mujer. Estaban comentando algo, se sentaron y se sirvieron una copa.

—Vale, vale, entonces cuéntanos. ¿Cuál es el plan? —preguntó el hombre que no sabía quién demonios era.

—Con la excusa de ver a mi hermana por su cumpleaños, buscaré en casa de mis padres las canciones de hace unos años. Creo que hasta tenemos un disco con unas pruebas de sonido superchungas que hicimos en el garaje de mi viejo —comentó Aleks.

El corazón se me paró. Anya se volvió ligeramente hacia mí.

—¿Pero esas canciones son de composición tuya? —volvió a decir el hombre.

—Algunas, pero pocas. Son más de mi amigo —admitió Aleks—. A Kendall le da igual, él no puede triunfar, tiene el currículum manchado con toda esa mierda de drogas en las que estuvo metido. —Eso me atravesó el

alma como una lanza.

—Kendall —susurró Anya.

Estaba temblando, de rabia, de impotencia e incredulidad. Aleks siguió.

—Así que, bueno, que me lucre yo con algo que él no podrá aprovechar no es tan malo. A fin de cuentas, se compuso en mi casa, gracias al instrumento que yo le regalé, qué menos.

—Claro, claro. —El otro hombre se rio.

—Nena, como no dejes de moverte así, esto va a pasar a mayores —dijo Aleks con una risa que no reconocí como suya. El hombre se rio también.

—Vamos a otro sitio —gimió ella.

—Quiero saludar a los chicos. Ven, te los presentaré.

Hubo movimiento al otro lado, pero yo no podía respirar, no podía pensar con claridad. Aquello había sido clavarme un puñal por la espalda y retorcerlo con saña mientras me hacía tragar mi propio corazón.

—Voy a matarlo —gruñí.

—Kendall —dijo ella. Yo no dejaba de temblar, de apretar los dientes y los puños—. Kendall —dijo más alto—. Céntrate en mí.

Anya me cogió de la nuca para que me mantuviera inclinado hacia ella, que estaba girada lo que podía para cruzar su mirada con la mía.

—¿Lo has oído? —gruñí—. ¿Cómo puedo…? ¿Qué he de…? Joder —La voz se me rompió sin poder evitarlo.

Ella no conocía mi pasado con su hermano, no sabía prácticamente nada. Lo que acababa de pasar me había destrozado más de lo que podía admitir. Anya pasó la mano por mi cabeza, acariciándome de esa forma que me volvía loco.

—Anya…

—Quédate conmigo —susurró.

La miré con atención, estábamos tan cerca que sentía su respiración en mi mejilla, nuestros cuerpos estaban tan apretados que era imposible no notar hasta la respiración del otro vibrar. Era demasiada tentación, era demasiado sencillo sucumbir. Ella se dejó caer ligeramente hacia mi cuerpo, encajando las pocas partes que antes no se habían estado tocando. Mi respiración estaba acelerada por la rabia y por la ira. Pero entonces me di cuenta de que ella también parecía estar acelerada. Sin dejar de acariciarme el pelo con una mano, deslizó la otra por el brazo que tenía apoyado en la puerta. Me cogió de la mano y la colocó sobre su vientre. Me hizo aplanar el puño cerrado con rabia para que se acoplase a su cuerpo. Me la subió poco a poco hasta que mi pulgar tocó la parte de abajo de su pecho y contuve la respiración.

Cerró la mano sobre mi pelo y eso me lanzó una corriente de anticipación

por todo el cuerpo, destensando ligeramente la rabia.

—¿Qué estás haciendo? —gruñí.

—Intento que no hagas una locura —dijo. Volvimos a escuchar voces y me tensé de nuevo.

—Déjame salir a…

Y, entonces, estrelló su boca contra la mía, haciendo que el corazón se me parase por completo.

Fue un beso ligero, rodeó sus labios con los míos y después los retiró para coger con los suyos el inferior mío. Y, joder, aquella delicadeza me arañó por completo las entrañas, sacando de mi interior una bestia que me había esforzado por mantener a raya con ella. Sin poder controlarme, le devolví el beso. No fue delicado ni suave, dejé que la bestia tomase el control y la devoré.

Volqué en él, sin darme cuenta, la rabia y la impotencia. Reclamé su boca como mía de tal forma que pensé por un momento que podría haberme excedido y haberle hecho daño. Pero, cuando me fui a separar, ella apretó más el puño que se agarraba a mi pelo y volvió a juntar nuestros labios. Me lamió el inferior y sentí que ardía por completo. Me rendí a esa necesidad de tenerla, a lo bien que sabía y a lo mucho que me calmaba su contacto. Se arqueaba contra mí, buscando más contacto con mi cuerpo, que ya estaba duro por su fricción.

Al otro lado de esa puerta, se encontraban su hermano y el resto del equipo. Si me pillaban ahora con la lengua hasta la campanilla de Anya, era hombre muerto. Pero, cuando me cogió la mano que me había colocado en su vientre y la hizo subir hasta que la cerró sobre su pecho, algo en mi interior terminó de explotar. Estaba tan necesitado de sentirla, de tener más y más de ella, que ya me dio igual todo.

Me separé para coger aire, y Anya dejó caer la cabeza sobre mi hombro, sin dejar de frotarse contra mí. Me agarré a su pecho como si fuera un salvavidas y quizá, en cierto modo, estaba siendo así. Si me hubiera dejado salir, habría terminado moliéndole la cara a hostias a su hermano, ganándome ir a la cárcel, o un destino peor por ser el hijo de quien era. Ella conocía mi temperamento y estaba redirigiendo mi rabia y la energía que corría por mi cuerpo hacia ella. La estaba transformando en pasión.

—¿Por qué me haces esto? —susurré en su oído.

Ella gimoteó. Se estremeció al escucharme sobre su oído y me gustó demasiado sentir cómo se retorcía de placer ante algo tan suave como mi voz sobre ella. No dejaba de mover mis caderas para aumentar la fricción. La falda se le había subido hasta la cintura, así que estaba rozando directamente su ropa interior. Le mordisqueé la oreja y después el cuello. Gimió en respuesta y una

sensación terriblemente placentera me recorrió el cuerpo entero.

—¿Estás pensando en tu jugador ahora? —volví a susurrar mientras le masajeaba el pecho, cuyo pezón empezaba a estar terso, y lo apreté un poco más, aunque la tela gruesa del corsé limitaba bastante. Ella se mordió el labio, ahogando un grito de placer—. ¿O quizá en lo que opinaría tu hermano si nos pillase ahora?

No pudo responderme, estaba ocupada intentando no gemir, pero me apretó la mano que no había movido de mi cabeza y giró su rostro de nuevo hacia el mío, completamente perlado de placer. Al volver a mirarla a los ojos, una ráfaga de lujuria me invadió y llegó a todo mi ser. Sabía que quería que la besara, así que me acerqué, pero mantuve la boca fuera de su alcance para provocarla un poco más. Quizá para torturarla, como me había torturado ella a mí con ese vestido durante toda la noche.

Las voces se hicieron más fuertes fuera. Y yo pensé que el corazón se me saldría por la boca. Notaba el de Anya bajo mi mano y la deslicé por sus clavículas. La llevé hasta su cuello y cerré mis dedos a su alrededor, sin apretar. Terminé de notar cómo el pulso le corría tan rápido por las venas como el mío. La sintonía de sus caderas contra las mías estaba tan sincronizada que parecía que lo hubiéramos ensayado. No pareció molestarle que fuera rudo, ni tampoco mi mano envolviendo su cuello. Toda ella gritaba de forma muda que quería más de mí.

Joder.

No podía ser, esto no podía ser. Porque yo también quería más, y sabía que no estaba bien hacer esto con ella.

Intenté respirar hondo y calmarme, tenía que pasar página. Anya no me quería a mí. Esta había sido su forma de contenerme, de ayudarme para que no estallara en un tornado de violencia. Pero la mirada que tenía cuando clavaba sus ojos en el chico que estaba fuera era suficiente para saber que su corazón estaba allí.

Él era la opción buena, no yo.

Las palabras de Aleks sobre mí habían golpeado mi corazón como una maza, devolviéndome a una realidad que me enfrío. A mi lado no tendría el mismo futuro que podría llegar a tener con Dylan. Anya se merecía lo mejor que pudiera ofrecerle la vida, y ese jugador había aparecido cuando lo necesitaba. No podía seguir por este camino si quería verla feliz.

Detuve la fricción de mis caderas. Las voces se despidieron y se empezaron a marchar poco a poco. Respiré hondo de nuevo. Ella gimoteó.

—Kendall… Por favor.

Un escalofrío me recorrió entero al escuchar su súplica, al contemplar esa

mirada y su respiración anhelante. Bajé la mano de su cuello hasta su cintura y besé con ternura ahí donde su pulso corría desbocado en su cuello. Se estremeció.

—Cuando salgamos, ve hacia el escenario, ¿vale? Yo iré hacia el otro lado —le pedí, con la voz rota.

—Pero…

—No voy a hacerle nada a Aleks. —Apreté mi mano sobre su cintura—. No hoy. Pero tarde o temprano, tendré una conversación con él.

Ella fue relajándose también, poco a poco. Dejó de mover su trasero contra mi erección, pero su respiración seguía acelerada.

—Cuando salgamos de aquí… —susurré en sus labios—, esto no habrá pasado. —Sus ojos brillaron y arqueó las cejas—. Tú volverás con tus amigos, volverás con el chico que te conviene. Y te lo pasarás bien lo que queda de noche, ¿vale?

—Kendall —rogó, pero me mantuve firme—. ¿Y tú?

—Gracias a ti he domado a los demonios por hoy —suspiré, mordiéndome el labio.

No quería salir de allí, no quería separarme de su cuerpo. No quería dársela a él. Pero era lo correcto, tenía que hacer lo mejor para ella. Bajé la mano del centro de la puerta para coger el pomo, pero Anya puso la suya encima.

—Espera. —Su voz se rompió durante un instante, la mirada baja. La levantó hacia mí y había fuego en ella—. Si vamos a fingir que no ha pasado nada cuando salgamos de aquí, quiero otro.

—¿Qué? —murmuré, incrédulo.

Anya soltó un gruñido y volvió a pasarme la mano entre el pelo, tirando de mi cabeza hacia ella. Nuestros labios se volvieron a encontrar con ferocidad, su lengua acariciaba a la perfección la mía y sentía como si una vibración nos recorriera al estar conectados de esa forma. Me llenaba el pecho con una energía increíble y descendía en latigazos de placer hasta mi erección. Me dio unos lametones que me dejaron sin aliento y después me mordió ligeramente el labio inferior.

Entonces abrió la puerta, separándose de mí tan abruptamente que fue como lanzarme a un páramo helado. Con la luz de la sala pude ver que estaba despeinada, ruborizada y con los labios rojos por los besos feroces que nos habíamos dado. El pecho le subía y le bajaba sin parar, al igual que el mío.

Yo me dejé caer ligeramente sobre la estantería que tenía detrás. Mi polla reclamaba que fuera hacia ella y la tirase sobre el sofá más cercano. Pero concentré todas las energías en hacerle caso a la neurona que me quedaba funcional.

Me esforcé en devolverle una expresión indiferente.

Mientras, mi corazón, mi pobre corazón, bramaba de dolor. El momento en que ella se giró y salió corriendo hacia fuera como le había pedido me terminó de romper.

Anya era lo único que había tenido bueno en todos esos años. Y sentía que esto había terminado de abrir una brecha entre los dos.

Porque yo no podía tenerla, ella no era para mí.

19

SIN MENTIR

Anya

Salí como una exhalación, dejando a Kendall en el escobero. Era consciente de que intentaba poner esa máscara de indiferencia, pero lo conocía lo suficiente como para saber que se estaba obligando a soltarme. Que no quería que la situación terminara ahí. Si le hubiese tentado un poco más, no sé cuál habría sido el desenlace.

Pero si terminaba ocurriendo, no quería que fuera así. Había conseguido calmarlo y que se centrara en otra cosa para evitar una refriega que podría haber salido fatal. No solo para la cara de mi hermano, sino para él.

Me faltaba mucha información sobre lo que había escuchado, sobre su pasado en común. Pero no era idiota, entendía cómo se debía de sentir por la traición que mi hermano había cometido hacia él. Kendall componía los temas de Iron Wings y sabía el talento que tenía. Mi cuerpo se chocó con otro y Risse me miró, igual de acelerada que yo.

—¡Tía! —grité.

—Hostias —espetó.

Me cogió de la mano y me arrastró hacia el baño del otro lado del que ella había salido. Tenía los labios hinchados, un chupetón nada discreto en mitad del cuello y el pelo revuelto. Ella me repasó de igual forma, ladeó la cabeza y suspiró.

—Tú primero —le pedí.

—Me he tirado a Jason —dijo. «Cero sorpresas», pensé—. ¿Y tú?

—Me he liado con… —Cogí aire y mi voz salió temblorosa—. Con Kendall.

—Ay, mi madre —resolvió ella—. Vale, vamos a arreglarnos.

Pensé en que al salir tendría que enfrentarme a Dylan y a sus caricias y no me sentí capaz. Empecé a respirar de forma acelerada, sintiendo una ansiedad que se me comía por momentos. Risse paró de peinarme y me cogió de la cara.

—Tía, respira.

—Es que no sé cómo ha terminado todo así, pero, joder, ¿qué hago?

Ella apretó los labios y suspiró.

—Aunque te joda, sé sincera. —Sus ojos me devolvieron la mirada con compasión—. Dylan es muy bueno, no se merece un doble rasero. Si fuese otro tío, te diría: «¡que le jodan! ¡Tírate a los dos!». Pero él… —Desvió la mirada y negó con la cabeza—. Con él no lo hagas.

—Vale —respondí con una exhalación titubeante—. Vale.

Me terminó de arreglar y, después, se removió el pelo con gracia, devolviéndolo a su rebeldía original. Se limpió la cara, se retocó el pintalabios con una rapidez pasmosa y, guiñándome un ojo, me sonrió.

—Vamos, nena, terminemos la noche.

Cuando salimos, los dos chicos nos recibieron con una sonrisa. Nos disculpamos diciendo que habíamos estado hablando con el grupo y ambos negaron con la cabeza. Noah propuso echar unos dardos y nos pedimos otra copa. Después de una hora de conversaciones divertidas y divagaciones varias, sentí que no podía seguir con el desfile de caricias y caras de aprecio por parte de Dylan. Necesitaba hablar con él y contarle… ¿Contarle exactamente qué?

No había nada entre Kendall y yo. Y no esperaba que lo hubiera. Él seguía marcando una línea que no podíamos cruzar.

Pero mi estúpido cuerpo parecía reacio a aceptar esa decisión. Le había reclamado otro beso no por desesperación, sino para dejarle claro que yo había tenido el control de esa situación. Casi me preocupaba más eso que todas las demás consecuencias del encontronazo. Me había hecho sentir poderosa en cierto sentido, logrando convertir la rabia en pasión. Aun poniendo límites, aun fingiendo que no había pasado nada. Era innegable que había cierta tensión no resuelta y una compatibilidad que me abrumaba.

Solo con pensarlo se me disparó el pulso y se me aceleró la respiración. La necesidad que se había instalado en la parte baja de mi vientre no desaparecía, solo iba y venía.

Dylan pareció notar mi inquietud y se inclinó hacia mí para preguntarme si estaba bien. Era el momento, debía hablar con él. Pero, al mirarle a los ojos, llenos de bondad, un miedo atroz me atravesó. Acababa de conseguir más amigos, él era increíble y, bueno, habíamos tenido nuestro primer momento juntos y yo iba a detener el proceso. ¿Para qué?

Noah empezó a marearse. Pensamos que era cosa del alcohol y él se rio, pero entonces su vista pareció nublarse. Y me alarmé.

—¡Noah! —Me lancé a por él, saliendo de los brazos de Dylan y cogiendo al *catcher*. Dylan, sobresaltado, se acercó como una bala a por su amigo, que se había medio desplomado sobre mí.

—Estoy bien, estoy bien —dijo sin perder la sonrisa. Pero un hilo de sangre le resbaló por el lateral del cuello.

—Noah —lo llamé, preocupada—. Risse, llama a una ambulancia.

—No, no quiero dramas —concluyó este, que se lanzó a coger el móvil de mi amiga, envolviéndolo con la mano.

—Vale, pues te llevo al hospital —gruñó Dylan.

—No, tío. —Desvió su mirada de él a mí y, al negar con la cabeza, dio un traspié hacia atrás—. No, da igual.

—Una mierda, se acabó. —Dylan pasó un brazo de Noah por sus hombros, tirando de él para moverlo—. Lo siento —me dijo mirándome, yo negué rápidamente con la cabeza, abrumada.

—¿Os acompañamos? —inquirió Risse.

—No, por Dios —gruñó Noah. Se cogió la cabeza y se llenó la mano de sangre—. Ya bastante que he jodido la noche, terminadla vosotras bien por mí.

—Por favor, avisadnos de cómo está —dije acompañándolos fuera, con Risse siguiendo nuestros pasos.

—Sí, tranquilas. —Dylan abrió la puerta y ayudó a Noah a meterse en el asiento del copiloto.

Cuando el coche desapareció calle abajo, dejándolo todo en silencio, escuchamos unas voces hacerse más claras.

—¿Era él la sorpresa que decías antes? —inquirió Kendall.

Nos giramos, pero no parecían estar a la vista, así que supuse que estarían al girar la esquina, a unos metros de la entrada del local, que se encontraba vacía. Intercambié una mirada con Risse.

—Sí, Aleks me llamó y me dijo que venía en plan sorpresa. Me hizo ir a recogerle al aeropuerto, por eso se me olvidaron las baquetas y he venido con el puto uniforme —espetó Jason—. Pensé que te alegrarías. ¿No lo habéis visto?

—No, no me ha dicho nada.

—¿Y a Anya? —preguntó, y me dejó descolocada. Miré a Risse, la cual abrió la boca sorprendida. El silencio de Kendall me dio a entender que él estaba procesando la pregunta también.

—Estaría con Mr. Béisbol. ¿No ha ido Aleks a buscar a su hermana? —respondió él con la voz cargada de rabia.

—Tío, sé que has estado con ella.

—No te pases —gruñó, y su tono fue gutural y amenazante.

—No me vengas con gilipolleces —respondió firme Jason, como jamás lo había oído. Creía recordar que era la primera vez que lo veía encararse así a Kendall—. Y no voy a decir nada de lo que he visto, pero tienes que dejar esta

mierda con ella.

—Ya lo sé.

—No, me parece que no lo sabes. —Jason soltó una maldición y pateó algo —. Se va a terminar yendo con ese tío porque tú no los tienes lo bastante bien puestos para admitir lo que sientes.

—Basta, te lo digo en serio —le dijo, pero en lugar de gritar fue tranquilo y calmado. Tanto como lo sería el gruñido de advertencia de un gran felino justo antes de saltar a matar—. No tienes ni puta idea.

—Sé lo suficiente de ti —dijo Jason bajando la voz—. Y de ella. No me hagas tener el discurso del hermano mayor de Anya contigo. —El silencio los envolvió y finalmente Jason pareció dar unos pasos para irse—. Sobre Aleks, no sé qué está pasando. Pero sé que está en la ciudad y que estará hasta el cumpleaños de Anya. No tengo más información.

Cogí a Risse de la mano para salir corriendo en dirección a su coche, que estaba unos metros alejado de la entrada del local. Cuando llegamos, lo abrió y nos deslizamos dentro.

—Vale, creo que estoy asustachonda ahora mismo —resolvió Risse. No pude evitar reírme ante esa referencia a Futurama—. Vaya carácter tiene Jason cuando quiere.

—Me ha sorprendido, la verdad, siempre parece tan dócil cuando se trata de Kendall…

—Eso es porque te estaba defendiendo —dijo Risse con cariño—. Tía, ya lo has oído, él…

—No, eso no me sirve. —Negué con la cabeza—. Está pasando algo con él y mi hermano que bloquea todo lo demás y no sé qué es. Pero, si Kendall no quiere pasar esa línea, no puedo forzarle.

—Lo entiendo —admitió Risse—. Yo tampoco querría sentir que he forzado una relación, las cosas deben fluir.

—Aunque sean en dirección contraria, ¿no?

—Fluyen siempre hacia donde debemos estar.

***

Una hora después ya estábamos en mi piso, desmaquillándonos y haciendo unos sándwiches para aplacar el hambre de la borrachera. Justo cuando nos metimos en la cama, me sonó el teléfono.

—Es Dylan —dije desbloqueándolo con nerviosismo. Me había mandado una foto de Noah poniendo morritos y haciendo el símbolo de un corazón con los dedos—. Dice que está bien, aunque les han metido una buena bronca

por irse de fiesta con una herida así.

—Va a ser verdad que no tiene mucho que perder ahí dentro —comentó Risse. Las dos nos reímos.

Les mandamos una foto de las dos en casa con el pijama y les dimos las buenas noches. Nos acurrucamos una mirando hacia la otra y, aun con las luces apagadas, supe que estaba despierta.

—Risse.

—¿Sí?

—Gracias por no juzgarme. Por todo esto de Kendall y Dylan… quiero decir —murmuré, avergonzada.

—Querida, he hecho cosas peores, así que habla la voz de la experiencia. —Me cogió la mano por debajo de las mantas y me sonrió—. Solo estás intentando encontrar qué camino te lleva con tu chico predestinado.

—Bua, eso suena empalagoso que flipas.

—Puede, pero terminará siendo así. Y, aunque no lo he vivido en carnes, sé que es increíble y que merece la pena luchar por eso.

20

PERDERTE

Kendall

Habían pasado unos días desde ese concierto en el que el sabor de Anya había sido mi salvación y mi perdición. El detonante para aceptar la amenaza velada de Ilya y trabajar una vez más para el señor Korolov.

Un mensaje y una hora después de tomar la decisión de aceptar, un coche negro aparcó en la puerta de mi casa. Un silencioso recordatorio de que sabían perfectamente dónde vivía. Tras ponerme un traje de chaqueta negro que hacía mucho tiempo que no usaba, salí de casa en mitad de la noche y me subí a la parte trasera del vehículo.

—Buenas noches —saludé. El conductor gruñó y emprendió la marcha sin decir nada más.

Un clásico con patas, vaya. Ilya me había dicho que me llevarían a un punto de reunión y que allí me contarían todo con más detalle. Así que este mafioso no era más que un chofer con malas pulgas. Mala suerte para él como se fuera a poner capullo conmigo.

Llevaba los anillos, las pulseras y las cadenas que me ponía en su día cuando trabajaba para el padre de Anya. Formaba parte del «uniforme», como decía Ilya. Me daban un aspecto elegante a la par que respetable. Los tatuajes quedaban tapados por el traje de chaqueta, aunque todavía se podían apreciar los del cuello y las manos. Los anillos eran gruesos, pensados para hacer más daño y desgarrar en caso de entrar en una pelea.

Me recosté en el asiento y contesté a un mensaje de Jason. Después, mis pensamientos se perdieron en la carretera mientras los cristales tintados del coche me protegían de miradas indiscretas.

El conductor no hizo amago de querer hablar conmigo, ni tan siquiera de mirarme. Yo tampoco tenía interés alguno en él, así que el viaje de casi una hora transcurrió en un silencio sepulcral. Nos metimos en una nave industrial, y, después de atravesar un par de manzanas completamente desiertas, aparcó el coche y me indicó que habíamos llegado.

Solo había una puerta entreabierta con dos gorilas frente a ella, visiblemente armados. Bajé del vehículo y encendí un cigarro, caminando hasta ellos con parsimonia.

—Soy Kendall —anuncié, soltando el humo que había inhalado. Los dos se miraron y uno de ellos asintió.

—Ilya le está esperando dentro.

Se hicieron a un lado y empujé la puerta para adentrarme en el interior de la nave industrial. Había cientos de palés con mercancía. Imaginaba qué era en su gran mayoría: drogas y armas, como siempre. No había cambiado nada en todos esos años. Caminando unos metros más, encontré un grupo de personas de pieles cetrinas hablando con los rostros serios. Todos, menos Ilya, que seguía manteniendo un rostro indiferente y relajado.

Se giró hacia mí y un destello de recuerdos dolorosos se clavó en mis entrañas. Me esforcé en tragarme aquello tan rápidamente como llegó. Los ojos azules de Ilya me reconocieron con un cariño que solo podría calificar como tóxico. Extendió una mano hacia mí con una ligera sonrisa.

—Chico, cuánto tiempo. —Le estreché la mano con reticencia, pues mi relación con él era de todo menos sana—. Parece que sigues en plena forma.

—Lo intento. —Inspiré el humo del cigarro y fulminé a los demás presentes con la mirada.

—Socios y grandes cargos de la empresa del señor Korolov, quizá haya alguna cara nueva para ti —comentó Ilya, pasándose una mano por el pelo rubio y corto, que ya tenía más reflejos de blanco de lo que recordaba.

Reconocía a algunos de esos hombres y, por sus expresiones de tensión, ellos a mí también. Que recordasen de lo que era capaz de hacer me ahorraba tener que demostrarlo de nuevo. Ya había tenido que luchar bastante por llegar a un punto álgido entre esa gente y no pretendía tener que volver a escalar para que me dejasen en paz.

Porque, para empezar, estaba allí por puro chantaje. Uno que amenazaba mi pequeña burbuja de paz con Anya. Y no es porque tuviera esperanza alguna de que pasara nada entre ambos; simplemente, necesitaba estar a su lado.

Lo necesitaba tanto como el respirar.

Y, por ese mismo motivo, había vuelto a caer en las garras de esos tíos sin escrúpulos. Para volver a ser el peor de todos ellos. Desvié la mirada hacia Ilya, tiré el cigarro al suelo y lo pisé.

—Bien. ¿Vas a decirme qué coño hacemos aquí? —espeté tajante. Él sonrió de forma afilada.

—Ven conmigo, vosotros esperad aquí.

—Descuida, no tengo ganas de volver a verlo —comentó uno, y eso me

hizo alzar una ceja.

Caminé tras los pasos del segundo al mando del señor Korolov, que me llevó hasta unas cámaras de frío donde en condiciones normales se guardaría carne y otros productos frescos. Allí, sobre dos mesas grandes, había en total seis hombres tendidos y sin nada sobre sus pálidos cuerpos más que unas telas que cubrían su mitad inferior.

Fruncí el ceño y miré de reojo a Ilya, que me señaló con la cabeza los cuerpos. Me acerqué para examinarlos y vi cortes largos que atravesaban los torsos y los vientres de esos pobres infelices. Habían limpiado la sangre de los cuerpos, lo que hacía que se viera el interior de algunos de ellos con sorprendente facilidad. Mientras examinaba las incisiones, Ilya soltó una risa perezosa.

—Sigue sorprendiéndome, chico. —Me dio una palmada en la espalda y después rodeó las mesas para ponerse justo al otro lado—. La mayoría de los hombres que hay ahí fuera no lo han soportado y han vomitado.

Me encogí de hombros, bufando con resignación. Podía sonar a halago, pero lo único que me recordaban esas palabras era lo jodido que estaba por dentro. Ver esos hombres muertos y mutilados y no sentir náuseas, ni lástima por ellos tan siquiera… Ese tipo de monstruo era en lo que había llegado a convertirme.

—Son heridas de katanas —confirmé. Los ojos de Ilya mostraron un destello de aprobación—. Por el tamaño de los cortes y lo limpios que son, está claro.

—No lo estaba para nosotros.

—Bueno, quizá es porque esos tíos no han recibido una de estas en su vida —señalé.

Yo sí, en el omóplato derecho, el día que conocí a Kova, la representante de la Yakuza en la ciudad. Si hubiera sido en el pecho, seguramente ya no estaría allí. Pero estaba seguro de que ella no quería matarme, aunque, a pesar de ser un corte superficial, me tuvo fuera de juego bastantes más semanas de las deseadas.

—¿Sabes lo que quiere decir esto? —inquirió él.

—Sí, dos posibilidades: o estos cabrones se metieron con quienes no debían o la Yakuza está jodiendo el tratado de paz. —Mis palabras se quedaron suspendidas en el aire.

Sin embargo, estaba seguro de que la segunda no podía ser. No tendría sentido.

—Entiendes qué es lo que necesitamos de ti, ¿verdad, chico? —Suspiré apesadumbrado y asentí.

—Necesitaré un arma —murmuré.

***

Durante el siguiente mes tuve que quedarme en pisos francos mientras averiguaba para Isay Korolov lo que estaba sucediendo. Y, aunque había dejado el asunto saldado y las aguas en paz de nuevo, no me hacía sentir menos sucio. Jason había advertido qué iba a hacer y se le notaba preocupado, pero le garanticé que no caería nunca más en la tentación de las drogas, y eso hice.

La violencia era un tema que tratar aparte. Me hacía sentir indigno de acercarme a Anya, de mancillar su pureza e inocencia con mi aura y cuerpo turbios y ensangrentados.

Había tenido que volver a recurrir a antiguos métodos, como las amenazas y, más tarde, la tortura, para sacarle información a algunos tipos que pillamos en lugares donde no deberían estar. Como, por ejemplo, unos tíos de la triada en un local de la Bratva. Aparentemente, solo estaban bebiendo y disfrutando de las *strippers*, pero unos cuantos gritos después soltaron la información que nos interesaba.

Y esa revelación era que llevaban viendo a unos miembros de la Yakuza entrar allí desde hacía unos meses. Imaginaban que el tratado de paz instaurado seguía y que nadie se daría cuenta de que ellos eran de la triada, con los que no teníamos tratado alguno. Según nos dijeron los chinos a los que interrogamos, vieron cómo esos yakuzas discutían con algunos rusos en el local. La cosa terminó en varios puñetazos y con los gorilas del local desalojando a ambas partes. Reconocieron a dos hombres de los seis de las fotos.

Aquello no me gustaba un pelo, pero todo apuntaba a una flagrante traición de nuestro pacto de paz, y sus cabecillas no sabían nada. Iban a tener que castigar muy seriamente a los que se habían tomado la justicia por su mano o la cosa se pondría muy fea en la ciudad. Y por nada del mundo consentiría eso. Desbloqueé el móvil y busqué un teléfono que jamás pensé que volvería a marcar después de tantos años.

—Vaya, vaya, vaya —dijo una voz femenina al otro lado. Seguía con ese acento marcado y un tono ligeramente grave—. ¿Has visto algo afilado y te has acordado de mí, Kurohyou?

Mi mote «pantera negra» en japonés, pronunciado de nuevo por aquella voz, me transportó a otra época. Levanté la mirada hacia el cielo estrellado y unas gotas de lluvia acompañaron a la tristeza de mi corazón al ser consciente de que quizá jamás había escapado de ese pasado ni de ese mundo que volvía a

pisar y respirar.

—Hola, Kova.

21

PERDERME

Kendall

Una semana después de la breve conversación con Kova por teléfono sobre que era necesario que nos viéramos de forma confidencial, me encontraba en nuestro restaurante de confianza. Uno neutral que solo conocíamos ella y yo, y por el cual accedíamos mediante otros comercios con pasadizos secretos. Nadie nos veía entrar directamente allí, y nos daban mesa en un reservado a donde ningún comensal más tenía acceso.

Sabíamos que sus dueños eran conscientes de la presencia de la mafia y de que estábamos intentando garantizar la paz en la ciudad, porque él era japonés y exyakuza y ella era hija de un magnate relacionado con la Bratva. Ambos habían renunciado a todo para estar juntos y se habían convertido en agentes de confianza para que Kova y yo pudiéramos reunirnos en secreto. Lo había sido durante años y lo volvía a ser, al menos una vez más.

Yuuji, el dueño, me acompañó desde la barbería clandestina hasta la mesa del reservado. Fue poniéndome al día de cómo les iban a ambos, que al parecer esperaban al tercer hijo. Les di mi enhorabuena más sincera. Eran una pareja increíblemente valiente y de corazón puro, que se la jugaban a diario para garantizar que esta ciudad fuese un poco más segura. Tenían todos mis respetos.

Cuando deslizamos la puerta del reservado, Kova ya estaba allí acariciando la barriga de Calina. La japonesa elevó sus ojos oscuros como la noche y sonrió con sus labios carmesíes, mostrándome los dientes. Llevaba el pelo tan liso y brillante como siempre, largo y en cortes rectos y angulosos, le caía corto desde la nuca e iban escalonando hasta que la parte delantera le tocaba los pechos. Recogía uno de los lados con un broche en la parte trasera de la cabeza, con unas preciosas flores de cerezo talladas en oro y adornadas con piedras preciosas. Desde ese ángulo no podía verlo, pero sabía que seguía llevándolo, era el regalo de bodas de su marido.

Su atuendo era como el mío: un traje de chaqueta, solo que el suyo se ceñía

a su cuerpo femenino como una segunda piel, tan elástico como prometía su apariencia. Estaba diseñado para permitirle luchar, fuera en la situación que fuese.

—Qué maleducado, haciendo esperar a una dama —dijo ella sin dejar de sonreír. Chasqueé la lengua, reprimiendo una sonrisa.

—Tú no eres ninguna dama, Kova.

—Eso me ofende.

—Nos conocemos lo suficiente como para saber que para ti es un halago.

La tensión cayó sobre la sala, hasta que al final ella soltó una carcajada y palmeó la mesa.

—Condenado Kurohyou. ¿Es posible que te haya echado de menos?

—No lo creo —respondí, ya sin contener la sonrisa que crecía poco a poco —. Pero yo también me alegro de ver que estás bien. Aunque tienes cicatrices nuevas.

Aprecié alguna en sus manos, pero, en especial, una que le cruzaba la mejilla del lado de la cara que mantenía más cubierto por su preciosa cabellera. Kova, lejos de avergonzarse, me la mostró sin dejar de sonreír.

—Las marcas de un guerrero. —Se encogió de hombros—. Es lo que tiene que me guste el trabajo de campo.

El matrimonio nos dejó a solas, ya con comida servida sobre la mesa. Tomamos asiento y me asombré al apreciar que recordaban lo que ambos pedíamos siempre. Cogí la botella de sake y le serví a ella primero, después, llené mi copa y solté un suspiro pesado.

—Sé que traes malas noticias, Kurohyou. —Su voz sonó triste. Al levantar la mirada, vi que ella tenía la suya perdida en su vaso—. Solo con tu llamada ya sabía que no traías contigo nada bueno.

—Nunca lo hice.

—Tuvimos nuestros momentos.

Bufé, divertido.

—Te habías retirado… ¿Qué ha ocurrido para haberte hecho volver? — inquirió ella.

Solté algunas fotos sobre la mesa, Kova frunció el ceño y las examinó. Retuvo la mirada en las incisiones de las armas y, antes de que tuviera que decirle nada, sus ojos ónice resplandecieron con el fulgor de la rabia.

—Cualquiera puede blandir una katana —sentenció, lanzando de nuevo las fotos sobre la mesa. Se recostó cruzando los brazos—. ¿Has venido a soltar acusaciones?

—No, he venido a preguntar. —Suspiré pesadamente después de vaciar mi copa—. Y a advertir a una vieja amiga.

Ella frunció todavía más, si cabía, el ceño.

—Pregunta, pues.

—¿Sabes si hay alguien que quiera romper el tratado de paz por algún motivo? Sé que tu señor, al que con tanto fervor proteges, no lo rompería así como así después de más de diez años de haberlo firmado. —La enfrenté con firmeza—. Tú y yo ya nos encargamos de mediar durante mucho tiempo para que eso fuera así. Entonces, ¿quién quiere jodernos, Kova?

El silencio que vino tras mi intervención fue el más intenso que había presenciado en muchos años. Ella no se movió un ápice, ni tan siquiera pareció respirar. Pero hubo algo, un pequeño destello en su mirada, que me hizo pensar que podía saber algo.

—Solo puedo garantizarte que nosotros no hemos sido.

—¿Quién?

—No puedo soltar acusaciones al aire, Kurohyou, ni tan siquiera en esta sala —respondió con ese tono férreo. Supe que no iba a sacarle más información, pero ella descruzó los brazos y, soltando un suspiro muy parecido al mío, cogió de nuevo su copa—. Aunque esta vieja amiga agradece que la pongas en sobre aviso.

—Sabes que esto puede llevarnos a una guerra, ¿verdad?

—Lo sé. ¿Qué planeas que hagamos? —Levanté una ceja, manteniendo el silencio. Ella se rio con pereza—. Vamos, pequeño, sé de sobra que ya has pensado en algo.

—Necesito encontrar a los que han hecho esto y darles su puta cabeza a Ilya para que pueda volver a casa.

—Así que solo estás de paso. Deja que adivine, te han chantajeado con algo que valoras por encima de ti mismo, ¿verdad? —Movió el líquido de su copa y se la llevó a los labios antes de preguntar—: ¿Qué se siente al fingir ser alguien normal cuando no lo eres?

Esa pregunta avivó una llama en mi interior que me abrasó los sentidos. Entrecerré los ojos y apreté los labios mientras pensaba qué responder. Porque realmente no podía contestar de forma sencilla a una pregunta con un significado tan complejo.

—Siento lo mismo que siempre: oscuridad, sangre pegada a mis manos aunque estén limpias. Siento que no debería estar en ningún sitio y que, a la vez, nadie puede moverme de donde me encuentro. —Ella sonrió cuando mi mirada se encontró con la suya—. Pero sabes que tengo dos focos de luz que iluminan mi vida, es por ellos por los que no quiero que haya una guerra en esta ciudad. Y es por ellos por los que sigo fingiendo ser mejor, aunque sepa que no lo soy.

—No eres mejor por ser más normal, Kurohyou. Ni tampoco pasas más desapercibido con ese portentoso físico que tienes. —Chasqueó la lengua varias veces mientras negaba con la cabeza—. Eres un guerrero que ha nacido en la época equivocada, como yo. Y por eso creo… que solo estás esperando.

Fruncí el ceño, confuso.

—¿A qué?

—A encontrar a personas que abracen tu oscuridad, que te besen incluso bañado de la sangre de tus víctimas. Es posible que ya las tengas a tu lado, pero que te niegues a aceptar que puedan quererte con todas tus cicatrices.

Pensé en Jason, en cómo me había sacado del coche sabiendo que estaba colocado. Cómo me acompañó ese día a la Guarida para enfrentarme a la Bratva, cómo me había esperado durante horas en la calle siendo tan solo un crío. Recordaba con total claridad cómo me abrazó ese día, cómo temblaba, pero sin querer dejarme, sin querer separarse de mí.

Anya me vino a la mente. No sabía todo lo que podía hacer, pero no me había soltado cuando las pesadillas se apoderaron de mí, no me dejó salir ese día del armario. Se centró en tranquilizarme, en que me quedase con ella. Ella tenía los mismos valores y la misma cabezonería que Jason.

Si ellos me aceptasen viendo toda mi oscuridad, sería la persona más feliz de la Tierra, no necesitaría nada más. Pero no estaban al tanto de todos los detalles de mi pasado. Ese que la mujer que tenía sentada delante sí conocía, porque gran parte lo había vivido conmigo. Ahora fui yo el que se recostó sobre su silla, cruzando los brazos. Kova sonrió, complacida por su victoria.

—Vuelvo a decirlo, Kendall. —Cuando usaba mi nombre, era que la conversación no tenía vuelta atrás ni rodeo que valiera—. ¿Qué quieres que hagamos?

***

Una semana después, entregaba a unos hombres a las mazmorras de la Bratva. No dije cómo los había logrado capturar, no preguntaron de dónde habían salido los culpables de esos asesinatos, ni nadie cuestionó que yo pudiera estar equivocado. Tres hombres dieron un testimonio sobre sus agresiones, nada vinculadas con la organización Yakuza. Dijeron que lo habían hecho por la trifulca del garito, fue algo pasional y totalmente personal. Y, después de su confesión frente a Ilya e Isay, fueron asesinados a sangre fría por el segundo al mando de la Bratva.

Quise cerrar los ojos un instante, pero no pude. Clavé la mirada en ellos mientras el sonido del arma descargaba el plomo que se estaba cobrando sus

almas, lamentando la pérdida de esas personas que no conocía, pero que sabía que eran inocentes.

Kova me dijo que había gente dispuesta a pagar con su vida el precio de mantener la paz. No la creí hasta que esos hombres se presentaron en el punto de reunión junto a ella y se metieron en mi coche por voluntad propia. Los había llevado hacia su muerte y ellos lo sabían, me acompañaron como si fuera una parca. Lo aceptaron para garantizar la paz hasta que Kova averiguase qué estaba pasando y quién nos quería joder. Me aseguró que mantendría a nuestra gente a salvo por los dos, que no me preocupase y que siguiera viviendo feliz en mi nueva vida. Confiaba en ella lo suficiente como para saber que se dejaría la piel en garantizar que San Francisco tuviera esa merecida estabilidad, pues aquí vivía también toda su familia.

***

El mismo coche que me había arrancado de mi hogar me devolvió al día siguiente, un mes y medio después. Más agotado y un poco menos humano que cuando me marché. Había tenido que pedir mis vacaciones por adelantado, bajo el pretexto de una emergencia familiar. En unas pocas horas me incorporaría de nuevo a mi vida cotidiana, a una normalidad que ahora veía forzada, y eso me hizo estremecer.

Me metí en la ducha y me froté el cuerpo con tanta fuerza que me dejé la piel irritada. Había estado contestando a los mensajes de Jason y de Anya como había podido, pero no había sido fácil. No sabía cómo ser yo mismo con ellos cuando había vuelto a convertirme en la persona que había intentado dejar atrás.

Me tumbé en la cama, consciente de que me quedaban cuatro horas antes de abrir los ojos de nuevo y seguir por donde lo había dejado. Pero no sabía cómo retomar mi comportamiento con ellos dos. Si descubrieran lo que había tenido que hacer para garantizarme este espacio seguro, ¿me seguirían queriendo a su lado?

La respuesta me golpeó en lo más profundo de mi alma como un puñal candente. No. No podrían quererme. Porque no encajaba en el mundo normal junto a ellos, aunque me esforzaba en disimular, en escapar de mi pasado.

22

EL TIEMPO SIN TI

Anya

Todos los días almorzábamos con los chicos. Risse no tardó en imprimir fotos del partido para dárselas como regalo. Noah gritaba de la ilusión al ver la calidad profesional y Dylan no dejaba de sonreír de esa forma tan dulce que solo le había visto a él.

—Si algún día me dejáis, puedo haceros a ras de campo. Os puedo conseguir unos ángulos muy guapos —comentó Risse con Noah dando saltos de un pie a otro a su lado.

Empezó a moverse por la mesa enseñando las fotos y se encontró con que muchos miembros del equipo querían las imágenes en las que salían ellos también. Al final de ese almuerzo, Risse terminó con una larga lista de gente que las quería en digital o en físico. Pero todos se ofrecieron a pagarle por esos retratos de acabado profesional.

Después de comer, aparté a Dylan y pedí hablar con él en privado. Necesitaba dejar las cosas claras para no sentirme mal conmigo misma, aun con el miedo recorriendo mi cuerpo por si salía mal.

—No sé cómo empezar esto —murmuré, arrugándome el bajo de la camiseta. Él se puso serio y esperó—. Me gustaría…, quisiera saber qué piensas… de nosotros.

—Ahm, vale. —Se rio de forma abrupta, como si hubiera estado aguantando el aire—. Qué susto. No sé, Anya. —Se sonrojó notablemente y se rascó la nuca—. Me gustas mucho, pero estamos empezando a conocernos.

Yo también solté el aire que contenían mis pulmones, aliviada en cierto modo de que no dijera que éramos nada oficial. Él estiró las manos y cogió las mías con cariño.

—Quiero conocerte mejor y que cuentes conmigo para las cosas que te hacen feliz, igual que me gustaría que siguieras estando presente en mi vida —confesó, y sentí que el corazón me daba un vuelco.

—¿Y si no sale bien? —murmuré, con la voz temblorosa.

—¿El qué?

—Lo nuestro, bueno, lo que quiera que empiece a ser esto —intenté matizar. Él me acarició con los pulgares—. No quiero perderte como amigo, no quiero que me pase como ocurrió con Stephen. Sé que no eres como él, no me malinterpretes. Pero a veces pienso que fue culpa mía y…

—No, no sigas por ahí. —Sus ojos se volvieron como el hielo cuando tiró ligeramente de mí hacia él—. Tú no eres la culpable de su lamentable comportamiento, ¿vale? Si no estamos cómodos, no termina de cuajar o… hay otras personas, lo hablamos. —Su determinación y paz fue tal que me las contagió conforme hablaba, tranquilizando los nervios—. No me perderás como amigo aunque…, bueno, aunque algo pueda salir mal.

—Vale —respondí de forma titubeante.

—Pero si en algún momento no estás cómoda con lo que sea que pase entre los dos, dímelo, por favor.

—Lo haré —aseguré.

Minutos más tarde, cuando Noah y Risse se reunieron con nosotros en el pasillo y los chicos se marcharon, sentí que realmente era demasiado perfecto. Era un ser de luz que había aterrizado en mi vida por algún curioso motivo. Pero no iba a echarlo atrás. Quería beber esa luz que desprendía, aprender cómo lo hacía para ser tan sereno y mantener la mente despejada.

***

Durante el mes y medio que transcurrió desde aquel fin de semana lleno de emociones, la vida pasó más rápido de lo que jamás me pareció que pudiera hacerlo. Mi partida de ajedrez avanzaba, las pullas con el tal Sora me daban la vida mientras desayunaba o después de cenar. Estaba empezando a resultar hasta divertido tener un rival a la altura, era una persona mordaz e inteligente y eso me encantaba. Kendall estuvo más bien ausente en mi vida, cosa que jamás había ocurrido desde que Aleks se fue. Se marchó por trabajo y los ensayos se pospusieron.

Jason me llamó varias veces porque se aburría y echaba de menos que nos viéramos en los ensayos. Así que fuimos a los recreativos o a tomar un café los días que se habría reunido el grupo. Solo por vernos y pasar tiempo juntos. Mi amigo parecía no ser consciente de la atención que llamaba con su nuevo físico. Durante el tiempo que estuvimos juntos paseando o tomando algo, captaba el interés de muchísimas mujeres, que me miraban después a mí con evidente envidia. Pero también de algún que otro chico. Sin embargo, Jason no parecía centrar su atención en nada más que en mí y nuestra conversación,

como si no estuvieran comiéndoselo con los ojos, como si no le importara nada más.

Al parecer, había congeniado mejor de lo que parecía con Risse, lo cual me alegraba. Y, si le preguntaba a Risse por él, sonreía de la forma más boba que había visto a nadie hacer en mi vida. Así que me alegraba mucho por los dos, por haberlos presentado y que estuvieran disfrutando.

—Bueno, entonces, ¿estás saliendo con Risse? —consulté divertida por cómo se quedaba mirando hacia la nada cuando le preguntaba por ella, así que quise ir un paso más.

Pero él me sorprendió mirándome con el ceño fruncido, se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

—No, qué va. Somos amigos que se acuestan, nada más. —Se encogió de hombros—. Fue algo acordado por ambos, solo quedamos para pasar un buen rato. Eso no quita que me parezca una persona increíble —sentenció él, terminando con una sonrisa triste.

Hubo algo en su forma de decirlo que llamó mi atención, pero no supe ubicar el qué. Aunque yo dudaba mucho de que para mi amiga la relación con él fuera tan sencilla, desde el principio le había emocionado mucho la idea de poder conocerle… ¿Era tan fácil ignorar unos sentimientos que para mí era evidente que existían? ¿Quizá estuviera viendo cosas donde no había o, por el contrario…, terminarían dándose cuenta de que se gustaban? Jason me cambió de tema de forma tan radical que no pude evitar quedarme descolocada.

—Anya, ¿has hablado con tus padres durante este año?

Mi amigo se había unido a nuestras vidas un mes después de que Aleks se marchase. Era un puñetero dolor de muelas de crío, me hizo la vida imposible, hasta que Kendall nos sentó a los dos un día y nos pegó la bronca de nuestra vida. Desde entonces, empezamos a intentar llevarnos bien. Y, aunque nos costó un año y una pelea con unos adolescentes en el centro comercial, donde me defendió a capa y espada, terminamos siendo inseparables. A día de hoy, era más familia mía que muchos de los que llevaban mi sangre y mi apellido. Negué con la cabeza y, suspirando, añadí:

—Mi madre me ha llamado dos veces. No pude responder por estar en clase; cuando le devolví las llamadas, no me contestó. Ni trató de llamarme en otro momento. —Torcí el gesto en una mueca—. Ella siempre está centrada en otras cosas. Mi padre me escribe de vez en cuando, mensajes escuetos sobre si me llega el dinero y está todo en orden. Si necesito algo o qué quiero para navidades. Todo muy frío y vacío, como si se lo escribiera un ayudante. Tampoco me sorprendería —comenté, y bebí de mi batido.

Jason me miraba con los labios fruncidos en una línea, su rostro de

disconformidad era evidente, pero no tenía nada positivo que añadir. Al ponerse tan serio, apreciéque, aunque sus pecas seguían dándole ese toque aniñado, su rostro se había curtido y su expresión era mucho más adulta. El tamaño que tenía ayudaba a que pareciera algo mayor, así que debía admitir que los cambios en los últimos años habían convertido a mi amigo pelirrojo en un hombre más que atractivo.

—¿Y Aleks?

—Hace un par de años nos despedimos rápido y mal, parecía agobiado por algo. Kendall no quiso llevarle al aeropuerto porque yo tenía que ir a otro lugar y se había comprometido conmigo. Le dije que no hacía falta, pero ya sabes cómo es él. —Jason asintió con una sonrisa—. Mi hermano pilló un taxi al final, no era ningún drama. Pero después de eso todo comenzó a enfriarse y apenas hemos hablado. Empezó a no contestarme a las fotos y vídeos de los ensayos. Ni a las de los eventos de rol en vivo. Dejó de ver mis progresos en las redes sociales y dar likes. Nada. Pero sí lo ve, me sale en el desglose. —Suspiré con tristeza—. No sé si ha pasado algo, supongo que este año por navidad nos pondrá al día, como siempre.

—¿Os juntaréis todos igual que siempre? ¿Incluido Kendall?

Asentí y él imitó el gesto, perdiéndose en su café. Después de aquello, volvimos a temas distraídos sobre las series que estábamos viendo y nos perdimos entre risas el resto de la tarde.

***

Cuando Kendall volvió de ese pequeño viaje de trabajo, estuvo ausente por otros motivos. Parecía agotado siempre y, aunque los acompañé a él y Jason a los siguientes ensayos, parecía derrotado la mayor parte del tiempo. No discutía ni aunque le pinchase, no se quedaba a solas conmigo y no me mandaba mensajes, salvo para responder los que yo le enviaba.

Sabía que teníamos que hablar sobre lo que pasó en ese escobero y quería preguntarle por mi hermano. Pero era un tema duro de enfrentar, en especial lo segundo. En esos primeros ensayos a la vuelta de su pequeño viaje, solía pedirle a Jason que me llevase a casa. No me importaba, ni a él tampoco, pero a ambos nos preocupaba su falta de energía. De alguna forma, parecía haber perdido ese brillo fiero en su mirada y, junto con él, su cercanía con nosotros. Incluso llegamos a pillar una conversación bastante intensa entre él y Ozzy, la cual cortaron en cuanto nos vieron entrar en la sala de ensayo.

A dos semanas de mi cumpleaños y de la inevitable cena en casa de mis padres como todos los años, supe que había que romper ese frío que nos

envolvía.

Planeé algo con Jason y lo pusimos a prueba durante el primer ensayo de diciembre.

El batería le dijo que se le había estropeado la moto y que el coche lo estaba usando su padre. Así que nos recogió, primero a él y después a mí. Cuando llegamos al aparcamiento de las salas de ensayo, le mandó un mensaje a Risse y ella le llamó. Excusándose para hablar a solas un rato, entramos los dos sin él. En cuanto pasamos por una sala vacía, sin cartel de reserva, lo empujé sin miramientos dentro y justo después, como un ninja enorme, entró Jason, cerró la puerta y encendió la luz. Kendall nos fulminó con la mirada.

—¿Qué cojones estáis haciendo?

Jason se colocó a mi lado como un guardián y, poniéndose inusualmente serio, se cruzó de brazos y soltó:

—Esto es una intervención.

—¿Qué? —sopló Kendall, entre sorprendido y divertido.

—No estás siendo tú mismo desde que te fuiste hace mes y medio. Has vuelto y estás como ausente y triste, estamos preocupados —respondí. Kendall pasó la mirada de uno a otro, completamente descolocado—. Queremos saber qué te ha pasado, Kendall.

Él se sentó sobre una mesa que había en la sala, suspiró pesadamente y la mirada que nos devolvió solo puedo describirla como salvaje. Fue tal su intensidad que no pude evitar contener la respiración.

—He tenido que hacer un trabajo extra, uno del que no estoy nada orgulloso y que… me ha removido cosas de mi pasado. —Suspiró pesadamente y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones. Jason descruzó los brazos a mi lado—. Me ha hecho recordar que no sabéis con qué tipo de persona tratáis a diario, que quizás mantener las distancias sea lo mejor.

—¿Para quién? —espetó Jason, y casi sentí la rabia rezumar en su voz.

—Para ambos —respondió rápidamente Kendall. Jason soltó una risa corta y abrupta, cargada de sarcasmo.

—Venga ya, no me jodas. Creo que ya tengo suficientes pelos en los huevos para decidir por mí mismo —le respondió, y Kendall frunció más el ceño—. ¿Tan frágil piensas que es nuestra relación?

—¿Tan poca importancia le das a lo que sabes?

—¡Eh! —grité para llamar la atención de ambos—. ¿De qué estáis hablando?

Kendall apartó la mirada, pero fue Jason quien me miró con firmeza.

—De su pasado con las drogas.

—Ah… —murmuré—. ¿Has tenido una recaída, es eso?

—¿Qué? No, joder. —Se frotó la cara y se levantó. Caminaba de un lado a otro, era como un gran felino preparándose para atacar—. No es eso, pero está relacionado con ese mundo. Está conectado con tu familia, Anya, he intentado mantenerte al margen. Pero llega un punto…, llegan situaciones como la de estas semanas que me recuerdan que no puedo salir de ahí del todo, ya no.

—¿Puedes decir algo que entendamos? —rogó Jason, bajando la intensidad de la rabia hacia una súplica. Kendall negó con la cabeza—. Tío, necesitamos saber más para entenderte.

—¿Para entender que estáis mejor sin mí? —gritó, parándose de golpe con los puños apretados—. ¡De acuerdo! Mejor hacer esto como si arrancásemos una tirita. ¿Queréis saber con quién estáis? Con un jodido matón, con alguien que valora la integridad de los demás como un saco de boxeo. Estáis con alguien que sabe manejar armas, que no tiene las manos limpias. ¿Es eso lo que queréis a vuestro lado? ¡Por supuesto que no! Hasta mis padres debieron de ver que había algo mal en mí, porque me abandonaron. Mi primera y única pareja tampoco dudó en largarse sin mí para forrarse con una carrera con la que ambos soñábamos. ¿Por qué ibais a reaccionar vosotros de otra forma? En cuanto veáis que mis manos están llenas de sangre, tomaréis el mismo camino…

Su respiración se había disparado ante ese discurso lleno de matices y, a la vez, de espacios vacíos. Cargado de un dolor que no se podía disimular, de un miedo palpable. ¿Acababa de confesar que mi hermano había sido su pareja? Joder, madre mía, eso encajó muchísimas piezas en mi cabeza, cosas que de repente tenían muchísimo más sentido. Pero era mejor preguntarle sobre eso en otro momento. Kendall nos miraba expectante. Jason contenía la respiración. Fui la primera en dar unos pasos hacia Kendall, que me miró como si le hubiera dado un bofetón y retrocedió ligeramente.

—¿Sabes lo que veo yo?

Él negó con la cabeza y desvió la mirada hacia el suelo.

—Mírame, Kendall —ordené, y levantó la mirada con el ceño fruncido—. Veo a alguien que nos ha estado cuidando como si fuéramos su familia. Que nos ha tratado como si fuésemos lo más valioso del mundo. Nos has dado ánimo, confianza y seguridad. ¿Es todo mentira?

—No —respondió rápidamente—. Todo lo que he hecho con vosotros ha sido porque lo sentía así. Sois lo único bueno que tengo, sois mi motivación para tratar de ser alguien mejor —añadió, alternando la mirada de uno a otro.

—Entonces ¿por qué piensas que nos vas a asustar? —insistí.

Clavó sus ojos en los míos, yo ya estaba a menos de un metro de él.

—Porque no soy solo la fachada de un malote, Anya. La realidad es que soy

una persona horrible.

—No es verdad —le cortó Jason—. Eres un tío increíble con una vida demasiado dura. Siempre lo has hecho lo mejor posible, siempre intentas ser mejor, lo he visto.

—Jason…

—Estoy con Anya. —Se colocó a mi lado y vi cómo Kendall apretaba los labios a la vez que le brillaban los ojos—. Quizá hayas tenido que hacer cosas jodidas, pero me da igual. Para mí eres un hermano y seguirás siéndolo, pase lo que pase. Compartiré esa mochila contigo siempre, tío, sin juzgarte, ni mucho menos irme.

—Kendall —le llamé yo, cogiéndole de las manos, que aprecié que le temblaban ligeramente—. A mí me gusta la persona que eres cuando estás conmigo. No sé muchos detalles ni de mi hermano, ni con mi familia…, pero sé que te quiero a mi lado, con todas tus cicatrices, con los lados afilados y peligrosos. Déjame conocer tu parte oscura poco a poco, estoy segura de que la abrazaré. —Le rodeé con mis brazos para hacer real lo que estaba diciéndole —. Vuelve con nosotros, Kendall, no intentes alejarte.

—Si supierais… —Su voz se rompió—. Si fueseis conscientes de la realidad…

—Tío, cállate ya —espetó Jason, y nos rodeó a los dos con los brazos.

Estuvimos unos segundos así, abrazados los tres, hasta que Jason carraspeó y se removió.

—Kendall.

—¿Hmm?

—Deja de pellizcarme el culo —gruñó, sin moverse. Yo levanté la vista hacia ambos, sus cabezas estaban sobre la mía.

—No sé de qué hablas.

—Anya tiene las manos detrás de ti, eres tú el que… —Soltó un quejido—. En serio, te voy a partir los dedos.

—¿Cómo puedes tener el culo tan duro, pedazo de mamón? —inquirió para mi sorpresa Kendall. Lo cual me hizo estallar en carcajadas. Los tres nos separamos de golpe.

—Se llama entrenar, y eso no te da permiso para sobar mi terso culo de boxeador. —Lo señaló, amenazante—. Si esta es la versión oscura del Kendall que hablabas, vale, lo confieso, no me gusta.

Y, para sorpresa de ambos, Kendall estalló en una carcajada. Yo miré a Jason sonriendo con ternura y él me guiñó un ojo. El batería fingió ofenderse y se marchó, dejándome sola con él.

—¿Qué puedo hacer para borrar el disgusto que te ha creado mi familia? —

Kendall bajó la mirada, sabía que había todavía demasiado de su historia por contar—. Dímelo.

Me acerqué un poco más a él y comenzó a respirar de forma acelerada. Intentaba no levantar la vista y apretó los labios en una fina línea. El dolor que había visto esas semanas en él, lo que me había contado de su relación, su evidente miedo al abandono. Mi padre y ese trabajo turbio. Joder. En ese mismo momento, solo tenía ganas de patearle los huevos a todos los que lo hubieran jodido, quería hacerles gritar y que sufrieran. No sé en qué transformaron mis pensamientos mi mirada, pero Kendall levantó la vista y, al encontrarse con mis ojos, en los cuales se plasmaba mi rabia acumulada, me contempló sin aire.

—Dímelo.

—No puedes darme lo que quiero —susurró.

—¿Por qué?

—Porque no puede ser.

—Dime qué es.

—Estás con Dylan.

—Eso no es así, solo somos amigos.

Su respiración se entrecortaba. La rabia seguía creciendo en mi interior, la necesidad de traer de vuelta al Kendall pasional, bruto y jovial era tal que dejé de pensar qué decía, dejé de pensar dónde estaba y ponía las manos. Las moví hacia su pelo, tiré de él hacia atrás con cuidado, pero aun así soltó un siseo. Sus ojos mostraron un destello del hombre que siempre estaba ahí para mí. Lo miré con fuego quemándome la piel.

—Dímelo —ordené.

—A ti —gruñó, rindiéndose.

Junté mi boca con la suya mientras él pasaba los brazos por mi espalda y me apretaba contra su cuerpo. Gemí, agradeciendo su reacción. Su beso era igual de despiadado y hambriento que el que me dio en el escobero.

Estaba soltando su rabia y su tristeza, y le dejaría que hiciera lo que quisiera mientras siguiera conmigo, a mi lado. El beso me pareció eterno y a la vez efímero, como si el tiempo no existiera entre nosotros en aquel instante. No sabía si los chicos estarían preocupados, pero a ninguno le pareció importar. Si nos separábamos, era tan solo segundos para recuperar el aliento, y sin despegar los labios muy lejos del otro. Se aferraba a mis caderas con avidez y yo de la misma forma a su pelo y sus hombros.

Necesitaba más, quería sentir más.

Apoyé una rodilla en la mesa y, descansando ligeramente en sus hombros, me subí y coloqué las dos rodillas a los lados de su cadera, dejándome caer

sobre su regazo. Me recibió duro y gimió al sentir cómo me frotaba contra él mientras volvía a inclinarme para besarle. El desenfreno de sus caderas contra las mías fue cada vez más pasional, los besos se convirtieron en mordiscos, en reclamos.

—Kendall…, quiero más —rogué.

Sentí cómo él temblaba. Con un suspiro, negó.

—No, no puedo, no debes…

Hundí la cara en su cuello y lo recorrí con besos mientras él metía las manos por el suéter enorme que una vez le perteneció, acariciando mi espalda desnuda. Con los besos fui tanteando hasta llegar a su oreja y, después de morder ligeramente, insistí.

—Por favor —susurré.

En un movimiento que no esperaba, me cogió de las caderas y giró sobre nosotros. Me dejó de espaldas sobre la mesa y se colocó entre mis muslos. Con las manos a los lados de mi cabeza, me contemplaba entre jadeos, intentando recobrar la compostura.

—No puedo —gimió—. Si pasamos esta línea, quizá no vuelva a ser igual, y no estoy dispuesto a perderte. No puedo. —Cerró los ojos y trató de respirar de forma más calmada.

—No me vas a perder.

—Pero el sexo lo puede cambiar todo, Anya. Ya me ha pasado —dijo resoplando. El corazón me dolía y el cuerpo entero gritaba que quería más y más de él—. Estás conociendo a alguien y quizá él sea el definitivo. Entonces, ¿dónde queda esto? ¿Dónde quedaré yo? Sé lo que es desear a alguien tanto que duele y que, después, cuando el fuego se apague, no quede más que polvo. —Suspiró y su mirada se cargó de nuevo de tristeza—. Y me importas demasiado como para dejar que nos pase. La pregunta es: ¿qué sientes tú, Anya?

Se alejó de golpe, con la respiración ya calmada. Me senté sobre la mesa y él inspiró con pesar una vez más. El silencio fue incómodo, lleno de tensión y de una presión casi dolorosa que nos envolvió como un manto helado.

—Piensa qué quieres hacer para tu cumpleaños —dijo en el tono de siempre—. Todavía no me has dicho qué quieres y va quedando poco.

Después abrió la puerta y desapareció en el pasillo, dejándome allí sin aliento y bloqueada.

Joder.

¿Qué acababa de pasar?

23

CAPRICHO DE CUMPLEAÑOS

Anya

Como era de esperar, el ensayo había empezado sin él. Se tuvo que acoplar a la canción por la que iban. Estuvieron repasando en especial los temas nuevos, preguntándole a Kendall sobre si hacer algún cambio en ciertas partes o mantener los tiempos como estaban.

Empezaron con sus tecnicismos de música, así que fingí ponerme los cascos y no escuchar. Pero estaba pendiente. El tono de Kendall recuperaba poco a poco su energía habitual. Las preguntas de los demás y cómo lo implicaban en el proyecto reforzaron su seguridad. Kendall era el compositor principal y depositaban mucha confianza en él a la hora de terminar de ajustar los cambios.

Para cuando terminó el ensayo, él estaba riendo por alguna tontería que soltó Riley. Jason sonrió ampliamente mientras recogían, yo le guiñé un ojo. Aunque yo sentía que, por cada cinco pasos que daba hacia él, retrocedía siete.

Cuando íbamos a ir hacia casa, Jason insistió en que me sentara delante con Kendall. Quería que lo dejásemos a mitad de camino. Al parecer, había quedado con alguien. Kendall se detuvo cerca de la zona comercial de la ciudad y aproveché para decir lo que había estado rondando por mi mente durante el resto del ensayo:

—Ya sé lo que quiero por mi cumpleaños —comenté. Los dos se quedaron callados, expectantes—. Quiero juntar a toda la gente que a día de hoy me hace feliz en un mismo sitio.

Se quedaron mirándome fijamente y yo agaché la mirada durante unos segundos. Por el rabillo del ojo vi cómo intercambiaban una mirada. Y entonces Jason soltó un grito de alegría y me cogió de los hombros desde el asiento de detrás. Pegó su cara a la mía mientras me zarandeaba gritando y se me contagió la risa. Cuando levanté la vista, vi que Kendall no podía evitar sonreír.

—¡Planazo, tía! —gritó una última vez el batería—. Vale, joder. Se me

ocurre una locuraza para celebrar por todo lo alto tu decimoctavo cumpleaños. ¿Qué tal alquilar una casa rural?

—Tío, es en pleno invierno —comentó Kendall con un tono divertido.

—¡Ya lo sé! ¡Podemos cogerla cerca de alguna pista de esquí! ¿Decidme que no estaría guapísimo? Un fin de semana todos juntos en la montaña, con nieve y chocolate y juegos y yoquesé. —Las últimas palabras ya fueron un montón de gritos y brincos dentro del coche.

—Te estás flipando —gruñó Kendall.

—Pues a mí me gusta —comenté con una sonrisa.

Los dos se quedaron helados mirándome y, acto seguido, Jason volvió a estallar en gritos y palabras tan juntas y seguidas que no entendí nada de lo que dijo. Rompí en una carcajada sincera y, mientras Kendall intentaba quitarse las manos de Jason de la cara, dijo:

—Vale, joder, empiezo a mirar una casa rural —confirmó.

—Oficialmente, voy a llorar —respondió Jason. Aunque yo ya estaba llorando, pero de la risa.

—Es su cumpleaños, tío, no el tuyo —murmuró el bajista mirando el móvil.

—Lo sé, creo que me hace más ilusión.

—Eres tontísimo —dije sin poder quitar la sonrisa. Él me guiñó un ojo.

—Dame nombres —me pidió Kendall con el móvil en la mano.

—Pues los Iron, claro. Leah, Maya, Risse. —Me aclaré la voz—. Dylan y Noah.

—Va a ser épico —aseguró Jason—. Ya está ahí, me voy, nos vemos.

Se inclinó sobre el asiento, me dio un beso en la mejilla, sobó toda la cara con la mano abierta a Kendall, despeinándolo en el proceso, y salió del coche como una exhalación. Pensé que había quedado con Risse, pero la chica que vimos era otra. Llevaba un vestido largo, por las rodillas, y una gabardina. Con unos botines, todo en tonos marrones y crema. Un pelo larguísimo de un tono rubio platino natural. No se le veía mucho la cara por el ángulo, pero, cuando levantó el rostro para saludar a Jason, me pareció preciosa. Tenía rasgos asiáticos y los ojos de color claro, aunque desde esta distancia no podía apreciar más detalles de ella. Ambos se fueron hablando animadamente.

Kendall se había quedado con la mirada hacia el mismo sitio que yo. Nos miramos y, con una tímida sonrisa, arrancó el coche y me llevó a casa.

Al parar frente al patio, me quité el cinturón y, volviéndome hacia él, intenté no trabarme ni sonrojarme como una idiota.

—Hay otra cosa que quiero por mi cumpleaños.

Sus ojos, que habían estado apagados durante las últimas semanas, volvían a

brillar como siempre.

—Dime.

—Quiero esa noche de películas malas de los ochenta, pizza, palomitas y tu tarta de cumpleaños —solté de golpe—. Por favor.

Se inclinó hacia mí, sus pupilas se dilataron en el proceso.

—Empiezo a asociar esas dos últimas palabras con algo que no debería —ronroneó, mirándome los labios. Y mi corazón pareció hincharse hasta molestar—. Está bien, lo tendrás. ¿Antes o después de la casa rural?

Me costó coger aire para responder sin soltar un gemidito. Sus ojos me repasaban de una forma que casi quemaba.

—Antes —murmuré—. Quizá cenar por ahí y después lo de las pelis…, no sé…

—¿Como una cita? —inquirió él, y automáticamente me sentí ridícula por haberlo pedido. Me sonrojé ligeramente y me encogí un poco.

—No… no sé.

—¿No quieres una cita conmigo? —Se rio bajito y lo fulminé con la mirada.

—¿Me lo estás pidiendo o me estás pinchando?

—Ambas —afirmó. Yo apreté los labios y esperé, él carraspeó y, ladeando la cabeza, suspiró y murmuró—: ¿Quieres que te lleve a cenar a algún sitio bonito? Para después venir a tu piso y hacer una maratón de pelis sepultados entre tarta y palomitas.

No era una declaración de cita oficial, pero me servía. Asentí como una desquiciada y él sonrió de forma afilada pero preciosa, abrí la puerta para irme y me detuve un instante.

—Si la cena con mis padres se te hace muy pesada, no te sientas obligado a venir —murmuré, poniéndome seria—. Mi hermano tampoco me ha dicho que está aquí. No sé nada de él desde hace meses. Ni un mensaje, ni fotos, nada.

Kendall se puso serio, pero no dijo nada más.

—Después de lo que pasó, entendería que no quisieras venir. Sé que es tradición, pero no quiero que pases por un mal trago de forma innecesaria —señalé—. Vamos a celebrarlo dos veces más juntos, así que… —empecé a decir de forma atropellada a causa de los nervios.

—Anya —me paró él, cogiéndome de la mano—. No quiero que te enfades con tu familia por lo que te he contado.

—No —espeté, casi cortándole. Cogí aire de forma titubeante y lo fulminé con la mirada—. Tú eres mi familia. —Los ojos se le pusieron vidriosos—. Riley, Ozzy, Jason… ellos son mi familia. —Me aclaré la voz—. Vosotros

habéis estado a mi lado estos siete años, vosotros me habéis animado a perseguir mis sueños, me habéis acompañado en mis primeros años de instituto, con mis primeras borracheras, me habéis llevado de compras. Joder, hasta miramos juntos cómo ponerme una puta compresa y tampones porque tengo una madre ausente desde que su querido hijito se marchó de casa. —Cogí aire con fuerza, mi respiración iba descompasada, presa de una ansiedad que hacía tiempo que no tenía. Kendall apretó su agarre, frunciendo los labios —. Mis padres han estado más que ausentes en mi crianza y el hermano que yo recordaba se fue en ese avión y nunca volvió.

—Anya… —Su voz pareció más grave y profunda.

Cuando lo miré, había brasas por todo mi cuerpo, incluido mi corazón. Le aseguré:

—Iré a esa cena, miraré a mi hermano a los ojos y trataré de averiguar qué pasa con tus canciones. —Me acerqué más a él, tan cerca que podría haberle besado. Él no se apartó, tenía la respiración acelerada y sus ojos, casi negros por sus pupilas dilatas—. Y te juro que, como de verdad piense hacerte daño, me las va a pagar.

Y, sin dar tregua a que pudiera decir nada o que pudiera inclinarse unos centímetros y besarme, salí del coche. No era porque no quisiera romper de nuevo esa tensión y caer presa de la necesidad que me atraía hacia él de forma inevitable. Fue un recordatorio de que estaba teniendo control de la situación. Una hora después, me mandó un mensaje.

KENDALL
Iré contigo a la cena
de cumpleaños con tu familia. Si
vas a ponerte así de empoderada,
necesito verlo.

24

DEPENDENCIA

Kendall

No sabría decir bien por cuál de todos los motivos seguía teniéndola como el mástil de un velero cuando aparqué el coche frente a mi casa. Si por el encontronazo con Anya y la pasión desatada después de mi confesión. Si por su sonrisa y su firmeza cuando hablamos después de sus deseos por su cumpleaños. O por su promesa de venganza.

Había algo de la familia Korolov que Anya no sabía y que yo había experimentado en mis propias carnes. Pero no estaba dispuesto a ser yo quien le mostrara la oscuridad de su apellido y lo que ello conllevaba. Ella vivía en la ignorancia desde que tenía uso de conciencia y deseaba que se mantuviera ahí.

Me sentía liberado después de haberle confesado a alguien mi relación con Aleks, solo Riley lo sabía. Me había costado un mundo entero hablarles sobre mi turbio pasado, pero ambos se habían mantenido firmes, sin inmutarse por lo que les contaba, como si les diera igual. Y realmente debía de ser así, porque ninguno de los dos era precisamente idiota, eran las personas más listas que había tenido el gusto de conocer y sabía que habían leído perfectamente entre líneas. Y solo Jason había estado conmigo en el proceso de desintoxicación cuando salí de ese bucle de mierda en el que me había sumido.

Pensando en mi pasado, salí del coche y en la tranquilidad de la noche. Escuché cómo alguien se tropezaba. Había un coche aparcado en la acera de enfrente, tenía el maletero abierto. Al dar unos pasos, vi que había una chica tirada en el suelo, gimoteando. Me acerqué corriendo hacia ella y mi corazón se saltó un latido cuando vi que era Risse.

Me arrodillé para cogerla por los hombros y la levanté ligeramente. Vi un ligero polvillo blanquecino en su nariz y el inconfundible olor a maría me inundó las fosas nasales, provocando una arcada. Le abrí los párpados, sus pupilas estaban completamente dilatadas. En una de sus manos, sostenía con fuerza las llaves del coche; en la otra, la cámara de fotos. Tenía pinta de haberse metido más de una mierda en el cuerpo.

Profiriendo todas las maldiciones que se me ocurrieron, bajé el maletero y cerré el coche con las llaves, que me guardé. Me colgué la cámara del cuello y, entonces, cogí a Risse en volandas y la metí en mi casa.

25

ANYANAR, LA ALTA ELFA

Anya

El teléfono de Risse no daba señal y tampoco le llegaban los mensajes desde la noche anterior. Imaginaba que quizá había salido de fiesta y estaba intentando descansar. Así que desistí.

Quería proponerle un plan de última hora. Durante la semana habían estado comentando por el grupo de rol en vivo sobre organizar una quedada y hacer un *one-shot*. Simplemente por vernos y hacer algo juntos antes de los eventos principales, que siempre eran en verano. Lo que no me esperaba era que dijeran de hacerlo cerca de mi ciudad. Habían elegido una ermita que había a las afueras, en una zona donde ahora habían instalado merenderos, junto al lago. En verano, solían poner en alquiler barquitas y era un punto precioso para tener una primera cita. Ahora, en invierno, todo permanecía cerrado, a excepción de la zona de merenderos y la ermita.

El clima ligeramente nublado podría ser ideal para sacar unas buenas fotos con un toque de misterio y misticismo. Pensé que quizá a Risse le gustaría participar en algo así y tener más material para su portafolio profesional.

Suspiré resignada al comprobar que los mensajes seguían sin llegarle. Sabía que, si intentaba llamarla, saltaría el buzón. Así que, lamentando hacer esto sin mi amiga, arreglé la bolsa con el atuendo de elfa y todos mis cosméticos, complementos y bajé a coger un taxi.

Justo cuando estaba planteándome entrar a la aplicación para pedir uno, ya que no pasaba ninguno libre por la calle, un coche se detuvo frente a mí. Una cabeza rubia con ojos verdes se asomó por la ventanilla del copiloto. Noah sonrió y me maravilló nuevamente con la perfección de esa cara de ángel.

—¡Dulce Anya! —gritó, llamando la atención de la gente que pasaba por la calle, por lo que me sonrojé—. ¿Qué haces aquí solita?

—Tengo un evento, estaba intentando coger un taxi.

—¿Un evento de qué? —preguntó Dylan inclinándose sobre el regazo de Noah, que puso cara de fastidio.

—De rol en vivo. —Los dos chicos intercambiaron una mirada y sonrieron de forma afilada—. ¿Qué? —espeté, más avergonzada todavía.

—¿Podemos ir? —preguntó Dylan.

—¡Porfa, porfa! —gritó emocionado Noah. Sus ojos resplandecían de tal forma que me recordó al Gato con Botas cuando mostraba esa cara suplicante de pupilas dilatadas. Puse los ojos en blanco y suspiré.

—¿Vosotros dos no ibais a ningún sitio?

—No exactamente, hemos terminado de entrenar, íbamos a los recreativos para echar el día —respondió rápidamente Noah.

—Si no te parece mal que pasemos el día juntos, claro; si quieres intimidad, puedo simplemente acercarte y ya está —se ofreció el *pitcher* al ver que dudaba —. No te sientas presionada.

Amenazó con la mirada a su amigo, que lo contempló de soslayo al tenerlo inclinado hacia él. Noah le sacó la lengua y Dylan bufó una maldición. Cambié mi peso de un pie a otro, agarrando con fuerza la mochila. Al final me rendí y afirmé con rotundidad:

—Vale, podéis venir al evento, pero os tendréis que vestir.

—¡Toma! ¡Qué pasada! —gritó Noah lleno de emoción.

Metí la bolsa en el maletero y me deslicé en los asientos traseros. Les indiqué la dirección y, tras poner el GPS, empezamos el trayecto para allí mientras los ponía al día sobre qué tendrían que hacer. A Dylan parecía que le iba a explotar la cabeza; sin embargo, Noah estaba girado hacia mí con esos ojazos iluminados de la emoción.

—Yo quiero ser un príncipe elfo. ¿Eso se puede?

—Pues tendremos que ver qué nos pueden dejar —respondí riendo ligeramente, porque visualizándolo era innegable que caracterizarse de príncipe era lo que mejor le podía ir a alguien con ese aspecto—. ¿Y tú, Dylan?

—Ah, no sé —comentó él, distraído—. En realidad, no me importa, con estar con vosotros me vale.

Noah me miró poniendo una expresión dulce y yo sonreí como respuesta. Ese chico era demasiado bueno para este mundo. Cuando llegamos al aparcamiento del merendero, los dos jugadores de béisbol ya estaban motivadísimos. Había muchos coches, así que intuía que llegaba de las últimas, lo cual tenía delito, dado que se hacía en mi propia ciudad.

Caminamos distraídos hasta que el grupo nos vio y la organizadora, Elena, vino corriendo a saludar. Le comenté que me había encontrado con unos amigos dispuestos a probar las delicias de la interpretación. Y, después de un vistazo nada disimulado hacia mis dos acompañantes, afirmó que podría conseguirles algo. Noah se fue dando saltitos detrás de ella, diciéndole que

quería ser un príncipe.

—Claro, mi rey, lo que tú quieras —contestó con un ronroneo.

Dylan me miró poniendo cara de exasperación y solté una carcajada.

—Ve con ellos, os darán todo lo que haga falta. Guardaremos en las taquillas individuales la ropa que lleváis puesta. Yo voy a cambiarme al vestuario de chicas.

—Vale. —Dylan me retuvo un momento cogiéndome del codo y se inclinó para darme un beso fugaz en los labios. Se retiró y pude deleitarme con esos increíbles ojos azules y su sonrisa perfecta—. Nos vemos, elfa hechicera.

Sin saber bien qué decir y con el corazón retumbando en el pecho, procedí a cambiarme. El atuendo era el mismo que el de mi imagen de perfil, así que los chicos solo reafirmaron lo increíble que estaba con esa ropa. Pero ellos, madre mía, parecían modelos profesionales. No tardaron en llamar la atención de los participantes del evento.

Tal como deseaba, el *catcher* se había transformado en un príncipe ideal, con un traje de chaqueta que le tiraba un poco de los musculosos hombros, con corona y una espada llena de joyas falsas. Se convirtió rápidamente en foco de suspiros de las chicas. Pero, cuando Dylan salió, pensaba que me caía de rodillas ante el increíble *pack* que formaban los dos. De alguna forma, habían conseguido encajar una recreación de armadura hecha con goma, una cota de malla también de imitación y un mandoble. Le habían pintado unas cicatrices en la cara, que, sumado a su pelo rapado por los laterales y largo por arriba, recogido en un moño, le daba cierto aspecto de guerrero vikingo.

—Vale, creo que tus amigos nos van a robar el protagonismo de las fotos en esta sesión —se rio uno de los chicos disfrazado de elfo pícaro, con cierto tono amargo.

—Diría que sí. —Me acerqué a ellos y enseguida se giraron hacia mí—. Chicos, estáis espectaculares.

—Oh, cállese, señora elfa, ya lo sé —se burló Noah poniendo poses elegantes completamente dramatizadas.

No pude evitar reírme y Dylan sonrió ampliamente, dándole con el codo a su amigo para que parase. Como debería haber esperado, una de las fotógrafas los apartó, diciéndoles que quería tomar unas fotos antes de quedarnos sin buena iluminación. Venían otros dos fotógrafos, con los que participamos activamente en el evento. Estuvimos unas dos horas separados.

En la parada para comer, ambos se integraron perfectamente entre mis amigos roleros. Al confesarles que eran jugadores profesionales de béisbol, todo el mundo quiso hacerse fotos con ellos e intercambiaron redes sociales. Y yo, debía admitirlo, estaba ligeramente orgullosa.

Durante la tarde, terminamos la partida con la interpretación de un rey tirano y su paladín, interpretados por mis dos amigos. Los tuvimos que matar en la batalla final, obviamente. Los fotógrafos se pusieron las botas con las escenas de esas últimas horas de la tarde y, ya cuando caía el sol, tuvimos que recoger y limpiar todo antes de marcharnos.

Después de cambiarnos y asegurarnos de que los fotógrafos les mandarían a Dylan y Noah las fotos también, me despedí de mis amigos roleros, quienes me hicieron prometer que llevaría a los eventos de verano al *pack* de buenorros conmigo. Los chicos se rieron emocionados. Pero, en cierto modo, agradecimos el silencio y la tranquilidad cuando nos sentamos en el coche del *pitcher*.

—Quiero pizza —sentenció Noah.

—Eres como un bebé, pidiendo todo el día —gruñó Dylan frotándose los ojos, completamente agotado.

—Soy un príncipe y has de consentirme, fiel paladín —protestó tirando de la manga de la chaqueta de su amigo.

—¿Qué dices, Anya, quieres pizza? Te invitamos nosotros, por dejarnos participar en esto —me preguntó el *pitcher*.

—¿Estás de coña? ¿Sabéis lo bien que quedarán vuestras fotos en los posts de los eventos? Les habéis dado postureo de chicos atractivos para varias campañas —comenté con alegría en la voz. Los dos rieron—. Pero sí, acepto esa pizza, estoy agotada y hambrienta.

Así que Dylan nos llevó a un restaurante que, por lo visto, solían frecuentar, porque los recibieron al grito de «¿lo de siempre, chicos?». Yo pedí lo mío y nos sentamos a charlar animadamente.

Esa noche, ya tranquila y saciada en mi cama, me sentí la chica más afortunada del mundo por tenerlos rondando en mi vida. Estaba tan agotada que no me enteré de los mensajes que me entraban en el móvil de parte de Sora y la aplicación de ajedrez.

26

NO SE LO CUENTES

Kendall

Una vez con Risse dentro de casa, la tumbé en el sofá y le lavé la cara con un paño mojado en agua helada, esperando a que volviera un poco en sí. Conforme el fresco empezó a hacer efecto, comenzó a soltar maldiciones y a sentir náuseas. Estaba preparado. Cuando se recostó en el sofá con los ojos abiertos por completo, le ofrecí una palangana y vomitó.

Estuvimos así durante varios minutos hasta que consiguió respirar con normalidad, completamente esparcida sobre mi sofá. Cuando me reconoció, empezó a llorar.

—Por favor —sollozó—. No se lo cuentes. Por favor.

No sabía si se refería a su hermana Maya, a Jason o a Anya, pero no iba a hacerlo con ninguno. Me hubiera gustado decirle que justamente ellos dos no iban a juzgarla, no iban a apartarla, pero no sabía qué relación tenía con su hermana. No estaba lúcida todavía como para decirle nada, así que simplemente asentí en silencio. Le acerqué unos sándwiches y unas galletas, además de una botella grande de bebida isotónica, mientras me llevaba la palangana al baño.

—No quiero comer —murmuró entre arcadas.

—Tienes que comer, se te pasará antes —aseguré.

Mientras lloraba y temblaba, se acercó a la comida y empezó a darle bocados pequeños. Limpié el estropicio de la palangana, volví a mojar la toalla y regresé con ella. Cuando me senté a su lado, comprobé que lo había devorado todo. No sabía lo que le estaba pasando a Risse, pero había algo en ella que me recordó a mí. Me apiadé de esa pobre chica que parecía tan perdida como un día lo estuve yo. Así que no pregunté, la arropé con una manta y me senté a su lado, pasándole un brazo por la espalda mientras ella hundía sus manos en el rostro y lloraba.

***

Cuando Aleksej me dijo que se iría, que le habían cogido en un grupo famoso y que su carrera despegaba, mi corazón y mi vida se fueron a pique. Yo me había terminado de meter en un mundo al que nadie sano tenía acceso, al que ninguna persona buena se acercaba, y aquello solo me empujó un poco más hacia el fondo.

El día que me dijo que se marchaba, bajé de su habitación después del que, se suponía, era nuestro polvo de despedida. Me hizo prometer entre jadeos que cuidaría de su hermana, que no dejaría que le pasase nada. Y joder si se lo prometí, se lo grité.

Pero una vez se durmió y la necesidad de consumir se apoderó de mí, junto con la tristeza, la rabia y la sensación de abandono, comencé a detestar esa idea.

La idea de ser el canguro de su hermana pequeña. De ser su protector mientras él estaba por ahí. Disfrutando de la carrera con la que ambos soñábamos, de las personas que se pudiera encontrar en el camino. Porque, obviamente, lo primero que hizo fue dejar claro que la relación debía terminar. No podíamos seguir así, lejos, sufriendo. Le creí cuando dijo que lo hacía por mí, para que pudiera ser feliz. Pero, cuando bajé las escaleras ese día, me di cuenta de que la dependencia que tenía con él solo era física, no había sentimientos a los que aferrarme. Y eso me hizo sentir vacío. Esos meses de preparación emocional hasta que se marchó fueron en los que peor estuve. No soportaba la idea de que otra persona importante más en mi vida se fuera de mi lado, dejándome atrás, como si no valiese nada.

El día del aeropuerto fue el que lo cambió todo definitivamente. Cuando Anya se aferró a mí como si fuera el único pilar firme en toda la Tierra, cuando Aleks desapareció de nuestra vista y ella se giró hacia mí y me abrazó con tanta fuerza que me hizo daño. Pero yo tampoco fui capaz de soltarla, porque también me sentía perdido. En aquella vorágine de caos, sufrimiento y destrucción, sus ojos parecían el faro hacia un lugar seguro. Una luz que seguir para estar a salvo.

Cuando nos giramos hacia sus padres, ella dudó. El señor Korolov la miró con desdén y se marchó en su propio coche. Sus padres se habían divorciado hacía años, así que ya vivían separados, aunque intentaban seguir haciendo planes de familia por sus hijos. Al ver la mano extendida de su madre hacia ella, desvió la mirada hacia mí. Vi unos ojos llenos de súplica, de promesas. Su expresión me atravesó el alma y se clavó en mi interior con una intensidad que no sabría describir. Y, entonces, su madre la arrancó de mi lado y se la llevó. Los sollozos de Anya todavía sonaban claros en mis oídos cuando lo recordaba.

Tenía que encontrar la forma de acercarme a ella para protegerla y cuidarla. Se lo había prometido a Aleks, se lo había jurado hasta que me quedé sin aliento. Aunque en el fondo de mi corazón había una voz molesta insistiendo en que no lo hacía por él. Que esa promesa solo era una excusa de algo que había sentido por mí mismo en aquel instante de conexión. Así que les pedí a sus padres usar el garaje para seguir ensayando, pero nos faltaba un batería al irse Aleks.

Después de varias semanas, me encontré con Jason en la entrada de la Guarida, donde trapicheábamos con drogas y todos los camellos salían para vender, con la mayor de las discreciones, claro.

En la Guarida se movía de todo, no solo drogas. Formaba parte de una subdivisión de la sede principal de la mafia rusa en aquella ciudad. Jason estaba buscando a un tío que le había timado con los *brownies* de maría. Me hizo gracia cómo hablaba, hasta que lo vi. No era más que un chaval de la edad de Anya. Les tiró a los matones de la puerta la bolsa de bizcochos a la cara y, cuando fueron a descargar las porras contra él, intervine. Lo salvé de una brutal paliza y estuvimos hablando.

Le ofrecí una vía de escape para que no terminase de meterse en esa mierda de mundo, él aceptó y aprendió a tocar la batería. De esa forma, yo podía estar cerca de Anya, la cual se nos pegó a todos como una lapa preciosa llena de vida. Conseguí con nuestras visitas semanales que dejase de estar tan triste y alicaída y volviera a sonreír. Me gustaría decir que fue cosa mía, pero la realidad era que Jason fue el culpable de muchas de sus risas, por cómo la sacaba de quicio haciéndola rabiar. Gracias a él Anya se sentía cómoda entre nosotros y poco a poco se fue abriendo más.

Semanas después, tuve un accidente de coche de camino a la casa de la señora Korolova para ensayar. Jason fue quien me encontró, sangrando y tirado sobre el volante. Me sacó a rastras y evitó que el fuego que se había empezado a prender en el motor arrasase conmigo también. Pues me había quedado semiinconsciente entre las drogas y la colisión.

Ese crío me salvó la vida y, entonces, hicimos un pacto.

—Te he salvado —me dijo, respirando con dificultad—. Tienes que enseñarme a tocar, tienes que acompañarme para que sea el mejor. Tienes que verme triunfar. Te necesito —gimió—. Así que para. Yo te ayudaré siempre, como tú me has ayudado a mí. ¡Pero tienes que parar con las drogas! —gritó entre lágrimas.

Cuando me desmayé, los ojos de Anya el día del aeropuerto me asaltaron en esa ensoñación. Y ese fue el día que decidí que debía ser mejor. Por Anya y por Jason.

***

Al día siguiente, cuando Risse despertó, yo ya estaba con el desayuno preparado. Le señalé el baño sin decir nada más y, cuando volvió, avergonzada, dejé de lado el teléfono y la miré.

—No sé qué pasa, ni en qué estás metida —dije. Ella abrió la boca y levanté la mano—. No me importa, de verdad. Pero tienes que parar.

—Qué fácil es decirlo —espetó a la defensiva.

Suspiré pesadamente.

—Sé perfectamente lo fácil que es decirlo y lo jodido que es hacerlo. —Esperé que dijera algo más, pero bajó los hombros y me miró de forma analítica—. Nadie te ha llamado esta noche.

—No hay nadie que se preocupe por mí —señaló—. Además, el teléfono está sin batería.

—¿Y Maya? —pregunté. Estaba seguro de que Anya le había escrito, pero no me había dado cuenta de que su teléfono estaba sin batería. Risse palideció.

—Ella no sabe nada —comenzó diciendo abrumada—. No le digas nada, por favor, ella no sabe que me he ido.

Fruncí el ceño.

—¿Que te has ido? ¿De dónde? ¿De casa de tus padres? —pregunté. Ella asintió. Yo me llevé una mano al rostro—. Me cago en mi vida, Risse. ¿Dónde estás durmiendo?

—En mi coche —confesó en un susurro.

—¿Desde cuándo? —quise saber. Ella se encogió de hombros.

—Unos meses, quizá un año. —Con la voz rota, agachó la mirada—. Me apaño como puedo. No me juzgues.

Solté un bufido.

—No soy el más adecuado para juzgar —contesté, apartando mi plato de comida y acercándole el suyo—. Pero tienes que encauzar tu vida ya, Risse, eres muy joven.

—No puedo hablar con mi familia, no quiero que Maya vea en lo que me he convertido —sollozó—. Se me ha ido de las manos, no sé cómo parar.

Me crucé de brazos, mirando hacia el techo. Suspiré profundamente y, soltando un gruñido, me levanté. Cogí una copia de las llaves del cajón y se las lancé. Se deslizaron sobre la mesa hasta dar con su plato.

Ella las miró con los ojos abiertos.

—¿Qué es esto?

—Te puedo ayudar, pero habrá normas. —Me apoyé sobre el mármol de la isleta con los ojos enormes y grises de Risse contemplándome atónita—. Nada

de traer a gente para follar, nada de meter drogas en esta casa y me harás caso en todas las pautas que te dé de ahora en adelante o te llevaré a un centro de rehabilitación, donde obviamente llamarán a tu familia. —Hice una pausa para comprobar que seguía atenta—. Hay un cuarto de invitados pasando el baño, mete tus cosas ahí hoy mismo. La casa no es muy grande, pero hay un estudio con un ordenador en la habitación contigua a la tuya. —Arrastré la cámara de fotos hacia ella y la cogió como si fuera el mayor tesoro del mundo—. Usa el ordenador para lo que necesites, siempre que sea para centrarte en tu sueño. —Señalé la cámara—. Y coge lo que quieras de la cocina, estás en los putos huesos.

Dicho aquello, miré el reloj. Llegaba tarde a trabajar. Solté una maldición, cogí mi mochila, la chaqueta y fui directo a la entrada.

Risse saltó de su asiento y me abrazó por la espalda.

—Gracias —sollozó—. Gracias, gracias, gracias.

—Una cosa más. —La aparté con delicadeza—. Confía en Jason. Él puede ser un gran apoyo para ti en estos momentos. Y Anya no te juzgará. Si decides decírselo a alguien, que sean ellos dos. —Suspiré con pesar abriendo la puerta —. Lo sé por experiencia.

27

TRIBUTO PARA LA ELFA

Dylan

El domingo de después del día de rol en vivo, me desperté por los porrazos que algún desalmado daba en mi puerta. Con el pijama y los escalofríos del piso en invierno, encendí la calefacción y abrí la puerta para encontrar a Noah también en pijama, rascándose los abdominales con la mano metida bajo la camiseta.

—Tengo hambre —murmuró deslizándose dentro del apartamento—. Y frío. —Se tiró en el sofá y se enrolló una manta a la velocidad del rayo.

Cerré la puerta y encendí la luz.

—¿Y a mí qué me cuentas?

—Aliméntame —gimió desde el sofá, tan solo dejando a la vista esos dos ojos brillantes como esmeraldas.

—¿Pero cómo puedes tener tanto morro?

—Vale —gruñó, arrebujándose más en la manta—. Pues pedimos tarta a domicilio y unos cruasanes.

Me tiré en el sofá a su lado y reclamé mi porción de manta, entre sus quejas.

—¿Estás embarazada o qué? Menudo antojo —me burlé. Él comenzó a poner muecas mientras deslizaba los dedos por la pantalla del teléfono—. Además, hoy no deberíamos saltarnos la dieta. Ayer ya nos pasamos lo suficiente para tener que hacer horas extra de gimnasio.

—¡Argh, olvídame! —gimoteó Noah todavía con esa voz somnolienta. Mientras miraba en la tienda de tartas qué glotonería pedir, le entró el mensaje de que había sido añadido a un nuevo grupo. Mi móvil sonó también y lo saqué del bolsillo del pijama—. No. Te. Creo.

—¿Es por el cumpleaños de Anya? —pregunté. Al comprobar en la pantalla del mío que ponía lo mismo, lo bloqueé y miré el móvil de mi amigo —. Os informamos de que habéis sido oficialmente convocados al decimoctavo cumpleaños de Anya Korolova. A petición de la cumpleañera, hemos buscado una casa rural en la sierra, donde podremos esquiar y disfrutar

de un fin de semana todos juntos.

A continuación, había un pequeño desglose de los gastos, la posible compra de comida y lo que costaría una mañana en la pista de esquí. No había nada sobre el alquiler de la casa, pero en seguida alguien preguntó justamente sobre eso. No teníamos los números guardados, pero en los *nicks* vimos que quien había preguntado era Riley, el guitarrista de los Iron Wings. Kendall contestó casi al instante: «Eso corre por mi cuenta».

Gilipollas presumido.

Fruncí el ceño molesto, pero Noah al instante estaba escribiendo que nos apuntábamos. Yo comprobé que ese fin de semana que proponían no tuviéramos partido ni evento deportivo. Como estábamos completamente libre, no alcé queja alguna. Me fascinaba la idea de ir juntos a una casa rural, era romántico y divertido. Pero que estuviera Kendall ya me agriaba la visión de tomar chocolate caliente frente a la hoguera junto a Anya.

Alguien mandó un audio y Noah lo puso mientras yo me perdía en mis pensamientos.

—¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAH! Joder. Sí. Kendall, te como la cara. Tenemos que comprarle cosas bien molonas a la enana —gritó. Por el *nick* y la hiperactividad supimos que era Jason.

—Me parto —se reía Noah. Todavía estábamos los dos tapados con la manta sobre la cabeza y los hombros y yo miraba la pantalla de su móvil con el rostro pegado a su hombro—. Me voy a guardar todos los números de esta gente.

—Yo no, paso —gruñí.

—¿Te estás poniendo celosito porque ese roquero se acaba de marcar un tanto con tu friki? —Gruñí profundamente y mordí el brazo de Noah por la rabia acumulada—. ¡Ah! ¡Pedazo de bestia, sal de mi cueva!

—No quiero, estás en mi casa y bajo mi manta. Seguro que me estás quitando hasta el wifi. —Escurriéndome de su hombro y cayendo sobre su muslo, me giré para quedar mirando hacia arriba—. ¿Estoy haciendo algo mal?

—¿Con Anya? —preguntó él, sorprendido, apartando el móvil.

—Sí —suspiré.

—Qué va, tío. Lo estás haciendo todo lo bien que puedes. Ese morreo que le diste después del partido nos puso cachondísimos a Risse y a mí —soltó mirándome con una sonrisa.

Me sonrojé sin poderlo evitar.

—Estás fatal —protesté, desviando la mirada.

—Pero ahora en serio, Dylan. —Volví a desviar mis ojos hacia los suyos. Cuando decía mi nombre es que se lo tomaba a pecho—. Hay cosas que, por

muy bien que hagas, por mucho que estés ahí para ella, por muy bueno que estés o bien que la hagas sentir… Hay cierta reacción del cuerpo que no sucede con todo el mundo y no lo podemos evitar. ¿A ti te pasó con ella?

—Pues… no lo sé.

—Quizá ella dude igual —comentó distraído. Se puso a pasarme los dedos por el pelo largo, no me había dado tiempo a peinarme—. La relación que tiene con los tíos del grupo es muy estrecha, te llevan años de ventaja. Pero no te rindas, Anya merece la pena.

—Sí…

—Y tú pareces feliz con ella —comentó.

Sí, lo era. Pero, si me ponía a pensar, no notaba diferencia a estar con Noah. Aquello me revolvió el pecho y me hizo dudar. ¿Y si lo que sentía por ella era curiosidad mezclada con atracción física y no estaba realmente enamorándome? Yo había pensado que era directamente eso, que estuviera empezando a tener sentimientos fuertes por Anya. Pero, después de un día como el anterior, donde estuve con ambos tan bien, no sabía qué decir.

Miraba los ojos marrones de Anya y me llenaba de dicha y deseo. Miraba los verdes de Noah y me sentía a salvo y protegido. Me comencé a agobiar estando ahí encerrado bajo aquella manta con él y sus distraídas caricias en el pelo, con los pensamientos confusos que, sin saber muy bien cómo, se habían apoderado de mi mente. «Esa reacción que no sucede con todo el mundo». ¿A qué se refería exactamente? Al incorporarme del todo, el frío me sacudió, pero me hizo sentir que recuperaba ligeramente mi estabilidad.

—¿Vas a pedir tarta o no? —gruñí.

—¿Muerte por chocolate? —preguntó con la voz apagada.

Yo asentí y nos quedamos en silencio. El sonido de pedido realizado sonó por el salón. Noah lanzó el móvil a la mesa de centro, donde estaban nuestros mandos de la Play 5 y, entonces, se quitó la manta y me la colocó sobre los hombros. Y, por encima de ella, me abrazó.

Sentí su cara pegada a la mía a través de la manta y me quedé paralizado. La última vez que me abrazó así, con una manta cubriéndome la cabeza y mis pensamientos en otra parte, había sido el peor día de mi vida.

El día que mi casa ardió en llamas, que mi hermano me cogió en brazos y me sacó de allí mientras mi madre intentaba despertar a mi padre, que estaba en la habitación donde se originó el fuego. Ese día que las cámaras de la prensa y la saturación de preguntas y gente atendiéndonos me provocó un trauma y una herida más que profunda en mi alma. Ese día, lo único que me consoló, lo único que me hizo sentir protegido, fue ese abrazo.

Con un nudo en la garganta, sentí cómo se separaba y enchufaba la consola.

Se sentó de nuevo a mi lado y, aclarándose la garganta, comentó:

—Están diciendo de hacerle regalos conjuntos a Anya. Han pasado una lista para que votemos y opinemos si sabemos de algo más —me informó—. Pero quizá deberías hacerle algo por tu cuenta, algo íntimo entre los dos, y se lo des tú solo.

—Sí, parece buena idea —afirmé.

Mientras miraba la lista de regalos y Noah ponía un juego de peleas, un correo entró en mi buzón. Eran parte de las fotos que nos habían hecho el día anterior. En una aparecíamos los tres. Me gustó tanto que automáticamente fue a mi fondo de pantalla. Pero hubo otra que retuvo mi mirada quizá demasiado tiempo. Salía Noah, sentado en un trono de piedra, y yo arrodillado cogiéndole la mano de forma reverenciosa, apoyándola en mi frente.

Me aclaré la voz y le enseñé la carpeta de fotos, intentando despejar la incomodidad que había empezado a apoderarse de mi pecho.

Noah estalló en gritos y su rostro se iluminó mirando las fotos en el móvil. Comentamos cosas de esos momentos en concreto y de lo bien que se lo pasó. Anya no sería la única con un regalo estas navidades.

28

CITA Y FOTOGRAFÍA

Anya

Era lunes por la mañana. Mientras me terminaba de arreglar para ir al instituto, el móvil sonó con el aviso de un mensaje. Cuando vi que era Dylan, fruncí el ceño y deslicé enseguida para leer su mensaje, pues no era habitual que me escribiera.

REY DEL POKERAP
Buenos días.
¿Tendrías libre esta tarde?
Me encantaría pasar un rato contigo a solas,
antes de las vacaciones de navidad
y de la casa rural.

El corazón se me detuvo y me quedé helada en el sitio. Quería estar más con él, sin duda alguna. Me lo pasaba genial, era dulce y atento. Era, a todos los efectos, el chico perfecto. Tenía un futuro brillante, era atractivo y compartía muchas de mis aficiones. Así que me apetecía tanto que me dio rabia sentir que estaba traicionando a Kendall.

No estaba saliendo con ninguno de los dos y, aunque la cosa con Kendall había escalado a un paso agigantado, seguía queriendo ver a Dylan. Así que le escribí que me encantaría que nos viéramos, él respondió de inmediato.

Propuso ir a tomar algo a alguna cafetería y me ilusionó que quisiera quedar tan pronto, cuando hacía tan solo un par de días que nos habíamos visto en el rol en vivo. Pero lo que realmente me puso nerviosa fue que insistió en «los dos solos». Sin Risse, ni Noah… y eso fue un estallido por todo mi pecho, porque quería decir muchísimas cosas o quizá ninguna. Lo único que tenía claro era que mi cabeza iba a mil por hora.

Risse dio señales de vida. Me escribió que se había quedado frita por no encontrarse muy bien y que se le apagó el móvil.

RISSE
Tía, me jode infinito no haber podido ir.
Espero que les hayan sacado buenas fotos
a los dos buenorros que tenemos por amigos.
Ya me las enseñarás.

ANYA
Confío en los fotógrafos de los roles.
Además, es difícil que salgan mal
en alguna foto.
Tienen esa asquerosa belleza innata.
Por cierto, creo que voy a colapsar.
Tía, me parece que Dylan me ha propuesto una cita.

Después de un audio de unos quince segundos gritando, me sugirió pasar a buscarme solo para poder hablar de esto de camino al instituto.

Cogí varias camisetas más arregladas para después de las clases y ella me ayudó a elegir una, además de decirme que me maquillaría un poco y me recogería el pelo de otra forma para la cita. Risse confirmó lo que yo había supuesto que era. Estaba ante mi primera cita con un chico, que había aparecido en mi vida de sopetón para ponerlo todo patas arriba. Y, aunque se me erizaba la piel cada vez que recordaba los besos de Kendall y sus caricias, no podía evitar que mi corazón echase a volar al pensar en un momento a solas con Dylan.

En principio, mi primera cita con un chico era la que me había propuesto Kendall, pero no habíamos acordado nada y la realidad era que sentía como si estuviera de broma. No me lo había preguntado tal cual y parecía ciertamente incómodo. Lo más probable era que él no lo viera como una cita con una mujer, sino una quedada con una amiga. Igual que Jason cuando quedaba conmigo a solas para pasear, comprar o tomar algo.

No era lo mismo que las claras intenciones de Dylan. Y eso me aceleraba el pulso por la emoción con una facilidad increíble.

Sin embargo, los planes se fueron completamente abajo cuando, durante el almuerzo, otro chico del equipo, un tal Owen, dijo que habían pensado en hacerle un encargo masivo a Risse. Querían organizar un partido de despedida de navidad y que les sacase fotos a todos ellos. Algunos pensaban en usarlas como futuros regalos de San Valentín y, si Risse aceptaba, irían las novias de todos ellos esa tarde.

Dylan estaba en una esquina con los ojos superabiertos. O no sabía nada o no se acordaba. Porque era evidente que su cara de desconcierto era real.

Noah estaba sonriendo tan ampliamente que algo me dijo que era cosa suya. Cuando mi amiga aceptó la oferta, pues era una suma más que cuantiosa de dinero la que se sacaría por un encargo así, se sentó en nuestro lado de la mesa y Noah la abrazó con un solo brazo.

—Me alegro de que te parezca bien —le murmuró.

Risse se sonrojó.

—Sí, cómo no, es una buena oportunidad de ganar mucho dinero. ¿Es cosa tuya? —preguntó.

—Lo es. —Noah le guiñó un ojo y le dio un beso fugaz en la mejilla. Ella lo miró con ternura y suspiró. Después me miró a mí con rostro suplicante.

—Lo siento —susurró. Yo negué con la cabeza.

—No te preocupes. —Me giré hacia Dylan y le murmuré—: Podemos vernos después del partido, si quieres. —Él me miró con un destello en esos increíbles ojos—. ¿Cenamos?

—S-sí. —Se aclaró la voz y afirmó con una sonrisa—: Me encantará.

Vi cómo el *catcher* le guiñaba un ojo a su amigo y la conversación fluyó hacia otros derroteros. Noah le enseñó fotos del evento de rol a Risse y le contó lo bien que le quedaba a Dylan ser su caballero andante. Entre risas, se nos pasó el tiempo del almuerzo. Y, después de las clases, nos vimos con ellos en el campo.

Jamás había visto a Risse rodearse de tanta gente. Las chicas en un principio la trataron con reticencia, pero pronto congenió con todo el mundo y les explicó cómo hacer las fotos de parejas. Quería que fueran las primeras, ya que el sol se estaba poniendo y hacía una luz con destellos en tonos cálidos, mezclados con las sombras. Y que después les haría fotos a los chicos bajo los focos del campo. Así, si sudaban, no saldrían mal en las fotos de pareja.

Las chicas quedaron más que encantadas con el trabajo profesional de mi amiga y se sentaron cerca de mí cuando terminaron su sesión. Aquel día, la fama de Risse como la nueva macarra del instituto se diluyó considerablemente. Las novias de los chicos me contaron que Kat se había encargado de difamar la imagen de Risse. Lo que no costó mucho, ya que era, físicamente, una rebelde de manual. Pero, al tratar con ella en primera instancia, todas borraron esa imagen impuesta por las habladurías y vieron que bajo aquella máscara había una bellísima persona.

Después del partido, Risse quedó completamente agotada y, mientras los chicos se cambiaban, nos enseñó algunas de sus fotos favoritas del partido. Las chicas estaban emocionadas, deseando tener una copia en sus móviles. Risse se apuntó en la libreta de los encargos las direcciones de *mail* de ellas también para enviárselas. Y poco a poco se fueron despidiendo de nosotros.

Owen fue el último en retenerla considerablemente. Vi que la piel color chocolate del atractivo jugador se ruborizaba al hablar con ella. Su sonrisa se ensanchó cuando Risse le dijo que podía apuntar su teléfono y escribirle si se le ocurría algún encargo más. Tenía los ojos verdes y el pelo azabache rapado por los laterales y largo por arriba, trenzado en un millar de trenzas que caían hacia delante, con algunos mechones sobre el rostro.

—Tía, voy a hacerme de oro con estos jugadores —se rio cuando al fin estuvimos solos, pero en su carita se apreciaba un cansancio a varios niveles.

Cuando Noah y Dylan se acercaron hacia nosotras, el primero le pasó un brazo por los hombros a mi amiga.

—Te mereces tú también una copiosa cena. —Ella lo miró arqueando las cejas—. Invito al bufé chino de la avenida principal, yo pongo la pasta y tú el coche.

Risse abrió la boca y los ojos le brillaron.

—¿Ese bufé enorme de cinta giratoria?

—¡El mismo!

—¡Joder! ¡Sí quiero!

Noah estalló en carcajadas. Después de despedirse de nosotros mientras los dos caminaban juntos hacia el aparcamiento del instituto, Dylan me miró e inclinó la cabeza hacia un lateral, los focos hicieron que el azul de sus ojos brillase de forma especial y el corazón me dio un vuelco.

—Bien, soy todo tuyo, Anya. ¿Dónde quieres ir?

29

ALMA GEMELA.

Dylan

No podía cagarla, lo tenía todo: tenía la situación, tenía el momento, tenía el regalo.

Respiré hondo después de preguntarle dónde quería ir. Bebí de los rasgos de su rostro, de sus pecas sobre sus mejillas. Hoy no llevaba gafas, me había dado cuenta de que cuando quería arreglarse más se las quitaba. Pero para mí estaba increíble siempre, con o sin ellas.

Anya pensó un momento y después murmuró:

—Bueno, no es muy romántico, pero conozco un *shawarma* delicioso en la calle de las residencias de estudiantes. —Entonces, pareció caer en algo y se sonrojó por completo—. Bueno, perdón, no sé si querías que fuese romántico, no sé porque lo he dicho.

—Me parece bien el *shawarma*, aunque no sea romántico. ¿Eso es que aceptas que esto sea una cita? —pregunté, dando un paso hacia ella.

Anya asintió sin mirarme, después levantó la vista poco a poco y volvió a asentir con firmeza. Dejé salir el aire de mis pulmones y le sonreí ampliamente.

—Genial, pues tú dirás —comenté señalando con la mano el aparcamiento. En este caso, ella guiaba y yo llevaba el coche.

Normalmente veníamos en tranvía a clase, pero ese día pensé que quizá me hiciese falta la independencia del coche, agradecí haber tenido esa previsión. Lancé la mochila al maletero, me guardé su regalo en el bolsillo de la chaqueta y me deslicé al asiento del piloto. Anya había preparado el Google Maps con la dirección exacta.

Al llegar, entre comentarios sobre las increíbles habilidades artísticas de Risse y lo satisfechos que estaban todos los miembros del equipo con ella, vimos que el local estaba medio en reformas. Nos dijeron que aceptaban pedidos para llevar, pero no se podía consumir nada en él. Miré a Anya, la cual estaba poniendo unos pucheros dignos de un drama de película infantil. Casi le veía el brillo en los ojos.

—¿Quieres ir a otro sitio? —Ella negó—. ¿Quieres que pidamos para llevar y nos lo comamos en el coche? —ofrecí.

Ella me miró dudando, se aferró al asa de la mochila en ese gesto nervioso que le había visto repetidas veces. Y, mordiéndose el labio, propuso:

—¿Y si te vienes a casa? —El corazón se me saltó un latido—. Podemos poner alguna peli mientras cenamos. ¿Quieres?

Asentí como un idiota.

Joder. ¿Cómo no iba a querer?

Mientras el pedido se hacía y esperábamos en la calle, me sentí ligeramente incómodo, sin saber qué hacer ni qué iba a pasar. ¿Quería que subiera porque esperaba que pasase algo entre los dos? ¿Solo había sido educada? Su casa quedaba a solo cinco minutos de allí, no tenía ni que mover el coche de donde lo tenía aparcado. Las palmas de las manos me empezaron a sudar. Intenté no mirarla demasiado fijamente, que no se me notase lo emocionado que estaba por poder compartir un momento así con ella.

Anya estiró su mano y agarró la mía. Comenzó a hablar de un juego que había salido hacía poco y con el que todos los gamers estábamos soñando. Antes de darme cuenta, estábamos enfrascados en una acalorada conversación sobre los gráficos, la historia y la jugabilidad. Mientras, sus dedos permanecían cerrados alrededor de los míos.

Recogimos el pedido y caminamos así, cogidos de la mano, hasta que llegamos a su patio. En el ascensor nos soltamos y noté cómo el pulso me iba desbocado. Estaba sucediendo, estábamos subiendo a su piso, íbamos a cenar juntos, y parecía que todo fluía tan natural y tan bien que empecé a sentir vértigo.

Cuando entramos, me entretuve mirando su piso, aunque ya lo conocía desde aquella vez que la había traído el día del concierto. La disposición y todo era igual que la de nuestros pisos de estudiante, solo que nuestras habitaciones tenían una sala más. Suponía que, por ser de beca deportiva, los pisos eran algo más grandes. Aun así, la estancia principal, el salón y la cocina eran exactamente iguales. Solo que todo estaba decorado acorde a ella. Había muchos colores pastel, pero ningún tono rosa ni nada chillón. Los muebles de al lado de la televisión estaban a rebosar de juegos de mesa de estrategia, de Blu-ray de películas y, sobre todo, de videojuegos de la Play 5. Me dijo que en el ordenador tenía más y quise pedirle matrimonio allí mismo.

Mientras decidíamos qué película poner, ella sacó un par de platos y vasos para los dos. Yo fui colocando todo el contenido de la bolsa en la mesa y abriendo los paquetes de comida. El delicioso olor lo inundó todo. Al instante siguiente, Anya se sentó a mi lado en el sofá, con su rodilla tocando la mía.

No me había sentido así con ninguna chica jamás. Ella era especial, era tan diferente que no podía evitar querer saber más, indagar más. En cómo veía las cosas, en sus gustos, en las historias que tenía por contar. Terminamos la cena y todavía no habíamos puesto ninguna película, porque la conversación estaba siendo tan interesante que no habíamos despegado los ojos el uno del otro.

—Vaya, al final no hemos puesto nada —dijo ella mientras recogíamos los envases—. Mañana ya no hay clase, si no te importa trasnochar y quieres, podemos ponerla ahora.

—No me puedo creer que no hayas visto la última película del *Doctor Strange*, en serio, debería ser motivo de castigo —le recriminé de broma. Ella se rio.

—Oh, lo siento mucho, señor del Pokerap, no sea muy severo conmigo —gimoteó de forma dramática.

—Acepto un bol colosal de palomitas en compensación a semejante afrenta —sentencié.

—Así se hará, mi lord —se burló ella haciéndome una reverencia. Me reí entre dientes.

Puso la bolsa de palomitas y me pidió que bajase dos cubos que había en el armario de arriba, ya que no llegaba bien. Me giré con ellos y me dio las gracias. Era todo tan normal, todo parecía tan correcto, tan bonito, que no pude evitar cogerla de la mano y acercarla hasta mí.

Me incliné ligeramente y le di un beso en la mejilla. Ella sonrió, lo noté en mis labios, que seguían cerca de su piel. Se giró levemente para mirarme y no sé quién se movió primero, pero nos besamos. Como la vez anterior, sentí que me elevaba, que no había nada más en el mundo que ella. Mi corazón se desbocó y se apartó para mirarme.

Y, en ese momento, supe que algo iba mal.

Anya se dio cuenta y la confusión se reflejó en su rostro. Titubeando, se acercó y me besó de nuevo. Me acarició los brazos, yo la cogí de las caderas y la apreté contra mí. El beso fue placentero, íntimo y profundo. Como si hubiera una conexión especial entre ambos, algo que nos unía de una forma irremediable. Pero, cuando volvimos a separarnos para coger aire, supe que faltaba algo.

Faltaba la chispa final, no llegaba el estallido de placer, de necesidad. El corazón me latía con fuerza, el pulso desbocado. Pero, cuando mi mirada buscó la de ella, supe sin palabras que no habría posibilidad de que fuese a más.

El microondas pitó y se separó de mi lado para coger el paquete de palomitas y poner otro. Había una tensión extraña en el ambiente, algo familiar

y, a la vez, que no lograba reconocer. ¿Debía ser más atrevido, tocarla en alguna zona más erógena?

Sin decir mucho más, preparamos la película y terminamos de poner las palomitas y más bebida sobre la mesa. Anya apagó la luz y se acurrucó a mi lado. De forma instintiva, le pasé un brazo por los hombros y la atraje hacia mí. Todo era tan correcto, estaba tan inusualmente normalizado, que sentí nuevamente que faltaba el detonante para algo más ¿Qué sería? ¿Qué estaba haciendo mal?

Entre mis elucubraciones, no me di cuenta de que había pasado demasiado rato en silencio, hasta que ella se giró hacia mí y me dio con la nariz en la mejilla, haciendo que me girase ligeramente.

—¿Pasa algo? Pareces ausente.

—Lo siento, solo pensaba.

—Creo que sé lo que piensas. —Se mordió el labio, nuestros cuerpos estaban completamente pegados y su rostro a centímetros del mío—. ¿Es algo que no hago? No tengo mucha experiencia, así que no sé si…

—No, no, para nada. —Me pasé la mano libre por la cara—. De hecho, estaba pensando si estaba haciendo algo mal yo. ¿Tú también notas que…?

—¿Falta algo? —terminó por mí, yo asentí. Anya se movió para subirse en mi regazo—. Quizá sea el ángulo.

—¿Ángulo?

Pregunté, pero ella estampó sus labios contra los míos y sentí cómo sus caderas encajaban con las mías. Experimenté un escalofrío de placer estallando desde el centro y pasando por toda la columna. Pasé las manos por sus piernas y las detuve en su culo, apretando ligeramente. Ella se movía, buscando la fricción, y mi cuerpo reaccionó.

—¿Mejor? —jadeó en mi boca, yo asentí repetidamente.

Me besó en el cuello y separé una mano de su trasero para atrapar uno de sus pechos, me gimió en el oído y sentí cómo mi cuerpo reaccionaba ante esta dosis extra de caricias. Nos volvimos a besar, lamiéndonos y explorando nuestras bocas con tiento, con mimo. Y, aunque mi cuerpo y el suyo se estaban activando ante la pasión, seguía faltándome algo.

Me aparté un momento para quitarme la camiseta y ella se mordió un labio al verme. Me pasó las manos por los músculos en un tiento minucioso, yo me estremecí ante su contacto. Se llevó las manos a la camiseta y se la quitó también, suspiré pesadamente al verla. Tenía unos pechos grandes y un escote perfecto, su cintura era estrecha y se abría en unas caderas amplias, que seguía moviendo encima de mí. Su piel blanca contrastaba con la mía, ligeramente bronceada por los entrenamientos al aire libre. Le pasé las manos por el

vientre y la cerré en uno de sus pechos. Hablándole en los labios, suspiré de forma trémula.

—Eres perfecta.

La cogí de la cintura y la giré en el sofá, tumbándome encima. Nos volvimos a besar con pasión y esta vez fui yo el que buscó la fricción de nuestras caderas.

Pero seguía faltando algo y pensé en si ella se sentía como yo. Quizá seguir no sería buena idea. No quería que se sintiera presionada a continuar si había dudas, podía esperar. Me incorporé, apoyándome sobre un codo, y la miré a los ojos.

—Anya, ¿estás bien? —Ella me miró desconcertada—. Es… ¿Estás segura de que quieres seguir? —La duda cruzó su rostro—. Es que siento… —No sabía cómo decir lo que me pasaba sin que se ofendiera. Ella era perfecta, me besaba con un cariño que no había sentido jamás, se movía tan bien que era inevitable que mi cuerpo no hubiera reaccionado, ahora mismo la tenía durísima—. Siento… que algo está fallando. No es porque estés haciendo nada mal, ni mucho menos; joder, mírame —insinué, señalando la erección—. Pero… no sé, quizá sean los nervios.

—¿Estás nervioso?

—Un poco —admití.

—¿Por hacer esto conmigo?, ¿de verdad?

No pude evitar sonrojarme. Dejé caer la cabeza sobre su pecho desnudo.

—Seguro que has estado con tías mucho más increíbles que yo —continuó.

—No he conocido a nadie más increíble que tú. —Aunque un pensamiento intrusivo se cruzó en mi cabeza y lo aparté de un manotazo mental al instante —. Me siento más conectado a ti de lo que he estado en mi vida con una mujer, eres como mi alma gemela, Anya.

—¿De verdad piensas eso? —Suspiró, arqueando las cejas en una reacción afligida.

—Sí —resoplé—. Por eso estoy confundido, pensé que, llegado este momento, sería todo más desenfrenado y no sé, no sé por qué…

—Yo me siento igual —confesó ella, y mi corazón se paró un instante—. Siento que eres como la mitad que siempre he buscado, tenemos tanto en común y me entiendes solo con mirarme. Eres tan comprensivo y cariñoso… —Puso sus manos en mis mejillas y me acarició—. Pero creo que tampoco siento esa explosión. Y a eso me refiero, no estaba segura de seguir y tú lo has notado y has parado a tiempo.

Oh, joder, por todos las estrellas en el cielo.

Me separé despacio de ella, recuperando la respiración. Los dos nos

sentamos en el sofá, medio desnudos y sin hacerle ni puñetero caso a la película.

—Vale, entonces quizá este momento hace más incómodo esto que quería regalarte. —Estiré la mano hacia mi sudadera y saqué el regalo—. Feliz cumpleaños, Anya.

Ella se rio de forma entrecortada, nerviosa por la situación tan extraña. Lo abrió y se sorprendió al ver el collar de un trébol. Detrás de cada hoja, estaba la inicial de cada uno de nosotros: D, N, R y A. Los ojos se le llenaron de lágrimas y, cuando me sonrió con alguna deslizándose, solo pude inclinarme hacia ella, abrazarla y besarle las mejillas. Por algún motivo, me siguió pareciendo correcto. Solo que no llegaba a pasar de ahí, no se activaba esa parte de desenfreno sexual, de esa pasión ardiente.

—Es precioso, no es nada incómodo, solo reafirma lo que he dicho. —Suspiró de forma entrecortada—. ¿Un alma gemela no puede ser un gran amigo?

—Puede serlo —afirmé—. Espero poder serlo.

—Por favor. —Asintió llorando y sonriendo a la vez, se abrazó más a mí.

Mientras le devolvía el abrazo, todavía medio desnudos, me sentí como en casa. Como si hubiera encontrado mi lugar seguro en el mundo. Podría parecer ridículo, pero me sentí así, indestructible entre sus brazos, arropado y comprendido. Me sentí tan suyo como ella mía. Pero de una forma preciosa y platónica. Jamás se me habría ocurrir semejante escenario, pero lo aceptaba con gusto. No me importaba en qué lugar de su corazón estuviera, siempre que pudiera seguir a su lado.

Un par de horas después, me despedí de ella con otro abrazo y un par de besos. No me sentí mal, ni triste, sino más completo que nunca. Era como llenar un vacío en mi interior. De camino al coche, una duda me abrasó el pecho, haciendo que me detuviera un instante.

¿Por qué en el momento en que había dicho que no había conocido a nadie más increíble que ella, Noah había saltado a mi mente?

El corazón me dio un vuelco al pensar en todo lo que significaba mi mejor amigo para mí, lo que habíamos vivido juntos desde pequeños, la dramática vivencia a la que tuvimos que enfrentarnos. Él fue mi refugio seguro, lo había sido y lo seguía siendo.

Pero, por algún motivo, allí parado en mitad de la calle helada, recordando el último abrazo que me dio Noah, una llama se prendió en mi cuerpo mientras lo mezclaba con los besos y la pasión que había tenido con Anya.

Me encontré sumergido en un pensamiento confuso, jadeando. El pulso me temblaba y las piernas me flaquearon un instante, sintiendo que todos los

cimientos de mi vida se tambaleaban ligeramente.

Porque, en un instante, la que pensaba que era la chica de la que estaba enamorado había pasado a ser mi mejor amiga. Y mi mejor amigo me estaba haciendo sentir cosas confusas en los momentos de intimidad sexual. Ahora sí que no entendía nada.

30

LOS KOROLOV

Kendall

El día del cumpleaños de Anya llegó y seguíamos sin tener noticias de Aleks. Ella y yo no habíamos vuelto a estar a solas desde el encontronazo de la sala de ensayo. Recordar sus labios sobre los míos y cómo se colocó sobre mi regazo hacía que me inquietara de puro deseo.

Cada vez era más evidente para los demás la necesidad que tenía de estar para ella de una forma diferente, y cada vez me esforzaba más por impedir que se dieran más situaciones así. Pero no podía evitar mirarla demasiado tiempo y sabía que, cuando no lo hacía yo, me buscaba ella. Los trayectos en coche solían ser ligeramente más incómodos la mayoría de las veces, pero me esforzaba por mantener una normalidad, o al menos lo intentaba.

Su madre la llamó para decirle a qué hora cenaríamos y que yo, como siempre, estaba más que invitado. Así que pasé a recogerla.

Iba con un vestido blanco, me descolocó muchísimo porque Anya jamás usaba ese color. Aunque sabía que a su padre le gustaba. Era ajustado en el pecho y la cintura y se abría en varias capas en su cadera, dándole una sensación de bailarina de *ballet*. La falda caía hasta mitad de sus muslos y unas medias gruesas para evitar el frío. Llevaba una especie de gorro tipo *ushanka* de pelo blanco y el bolso, las botas y los guantes de cuero negro, para contrastar.

Se metió en el coche y me saludó. Mientras se colocaba el cinturón, fui consciente de que había abierto la boca. Ella se empezó a reír.

—¿Te gusta?

—Es… —titubeé—. Sí, claro.

—Muy de muñequita rusa. —Se encogió de hombros, diciendo lo que yo no me había atrevido a pronunciar—. A mi padre le gustará.

Anya tenía el pelo castaño claro y los ojos marrones de su madre, que era americana. Aleks era un calco de su padre, el prototipo de hombre ruso, rubio de ojos claros. Y, aun así, yo siempre había visto que Aleks tenía el carácter disperso y bonachón de su madre mientras que Anya mostraba una mirada fría

y analítica, no se alarmaba con facilidad y solía mantener la cabeza fría en situaciones de estrés, cosa que se acercaba más al carácter de su padre.

—No sabía que hoy íbamos a hacerle la pelota al señor Korolov, me habría vestido para la ocasión —comenté burlón. Ella se rio bajito.

—Estás guapísimo, como siempre —comentó—. Aunque solo te pones camisas para mi cumpleaños, te quedan… —Cogió aire mientras me miraba los hombros y los pectorales. Alcé las cejas, sorprendiéndome de cómo me gustaba ese escrutinio—. Asquerosamente bien, *sip*. No hay forma de decir cómo te sientan, así tan… ceñida. Dios. —Aquello último fue una queja que lanzó hacia el cristal.

Sonriendo ampliamente por mi victoria de haberla sonrojado solo por estar presente, arranqué. Podría haberle confesado que casi nunca me ponía traje de chaqueta porque era lo que me habían hecho llevar durante años en los trabajos para la Bratva, y que si los llevaba en su cumpleaños era porque estaba su padre. Pero, nuevamente, era información sobre un pasado que trataba de alejar de su vida todo lo posible.

De forma distraída, en lugar de colocar la mano en el cambio de marchas, la coloqué sobre su regazo, cerca de su rodilla. Mi mano era grande y envolvió su rodilla al completo. Anya dio un respingo, pero no se movió. No hizo nada más que respirar cada vez más acelerada, mirando por la ventanilla, hasta que apreté ligeramente mi agarre.

—Kendall —se quejó.

—Oh, perdón, no me he dado cuenta —dije en tono neutro, quitando la mano y volviendo a ponerla en el cambio de marchas, aunque no lo estaba usando.

Ella gimió una maldición. Apretó las piernas, juntando todo lo que pudo las rodillas. Sonreí con malicia sin darme cuenta. Sabía que debía tener las manos quietas, que debía alejarme todo lo posible. Pero, después de los besos, de haber probado su sabor, era difícil apartarse sin más. Y en ese mismo momento me estaba resultando imposible no tocarla. Anya bufó.

—No es justo, estás jugando conmigo —espetó.

—¿Yo? Qué va.

—Una mierda —gruñó, cruzando los brazos por encima del pecho. Se me escapó una carcajada breve.

—Uh, qué mal hablada, será mejor que vayas conteniendo esa lengua para no escandalizar a los señores Korolov.

—Se me ocurren un par de sitios donde poner la lengua esta noche para escandalizar a mis padres —respondió.

Me pilló tan de imprevisto que pisé más de la cuenta el pedal de freno ante

un semáforo en rojo, sacudiendo el coche ligeramente. Ella abrió los ojos sorprendida, yo intenté respirar hondo y mirarla de refilón.

—¿En serio? —bramé, totalmente descolocado.

—Tú has empezado poniendo las manos donde no tocaba —me reprendió.

—¿Te ha molestado?

—No —dijo completamente enfurruñada—. Me ha gustado. Supongo que ese es el problema.

Ay, por el amor de Dios.

Me lo había ganado.

—No lo he hecho por pincharte —confesé, metiendo la marcha, ya que el semáforo volvió a estar en verde—. Es que me relaja… tocarte.

Ella suspiró, desviando la mirada de nuevo de la ventana hacia mí. Cuando vio que dejaba la mano en el cambio de marchas, pero no lo usaba, me la cogió y la volvió a colocar sobre su rodilla. Noté cómo tensaba los músculos de la pierna al sentirme. Yo sonreí ligeramente, ella me miró de refilón y se mordió el labio.

—No estés tan contento, me debes una.

—Sí, señora —murmuré, apretando ligeramente mi agarre.

Ella volvió a dar un respingo, completamente tensa. Pero, al cabo de un par de semáforos, de pasar de mi mano al cambio de marchas y de nuevo a su rodilla, se relajó. El gesto pasó demasiado rápido a ser algo normal entre nosotros. Cuando aparqué, nos quedamos un momento dentro del vehículo.

—Mira, no reconozco ese coche —señaló Anya—. ¿Será alguno de alquiler de mi hermano?

—Posiblemente. Jason dijo que llevaba aquí desde el mes pasado, así que, para tener facilidad al moverse, lo lógico es un coche de alquiler. O alguno de sobra de tu padre —respondí yo, distraído.

Por una vez me costaba pensar en lo que iba a pasar esa noche con su familia, en cómo enfrentaría a su hermano o a su padre, el cual esperaba que no hiciera mención alguna del último trabajo que me había obligado a realizar bajo chantaje, uno que la implicaba directamente a ella. No podía dejar de pensar en el tacto de mi mano sobre su pierna, en lo rápido que normalizamos esas caricias subidas de tono. En lo correcto que me parecía, en lo bien que me hacía sentir. Y en lo poco que se merecía ella que yo siguiera tirando del hilo en lugar de cortarlo de raíz.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupada.

—Sí, sí —respondí parpadeando más de lo debido—. ¿Y tú? La última vez que hablamos de tu familia parecías furiosa.

—Y lo estoy —rugió, y su mirada se prendió de llamas.

Me encantaba esa versión fiera y decidida suya, esa parte salvaje que estaba empezando a dejarse ver en ciertos momentos.

—Pero también me relaja bastante que me toques —confesó, ligeramente avergonzada.

Aquello fue una tentación que se dirigió directamente a mi entrepierna como un latigazo. Tendría que esforzarme por ignorar lo que esas palabras y lo que había dicho antes sobre por dónde pasar la lengua me estaban provocando. Como si me leyera el pensamiento, se inclinó hacia mí. Al hacerlo, mi mano que estaba sobre su rodilla se movió junto a ella y casi se perdió entre los pliegues de la falda.

Al notarlo, se me cortó la respiración. Estiró las manos hacia las mangas de la camisa, que, como siempre, llevaba remangadas. Con una se puso a juguetear con la tela doblada, la otra fue directa a las esclavas de plata que llevaba en la muñeca.

—No hemos hablado de lo que pasó aquel día antes del ensayo —murmuró, yo sentí que el corazón me daba un vuelco—. Si te molesta que…

—¿Molestarme? No, joder, Anya. —Me froté la cara con la mano libre, porque antes me cortaba la que tenía sobre ella que apartarla—. Es solo que… no debería cruzar esa línea, es el límite para no… —intenté explicarme, pero entonces me di cuenta de que se había movido más, lo suficiente para que mi mano desapareciera directamente bajo su falda. Y eso fue como echarle fuego a una pila de madera llena de gasolina. Los dedos rozaban las partes más blandas de su muslo y, aunque intenté no moverme, no pude evitar apretar ligeramente—. Joder.

—Quizá no sea el mejor día para hablar de esto —recapacitó ella casi entre jadeos.

Yo bufé, con la respiración acelerada y la mirada perdida entre los pliegues de su falda. Mientras, ella seguía acariciándome el brazo.

—Seguramente…

—Pero, dado cómo se han portado de mal mis parientes, lo mismo se merecen una escena llena de escándalo esta noche —ronroneó.

Entonces elevé la mirada y comprobé cómo terminaba de inclinarse hacia mí. Su pecho rozó el brazo y la mano terminó de deslizarse entre sus muslos. Ella jadeó y me acarició la mandíbula con la nariz.

Me cago en mi vida.

—Anya, nos pueden ver.

—Ajá —susurró.

—¿Quieres que me maten?

—No me va bien.

—Pues para —gruñí, aunque era lo último que quería que hiciera—. Tenemos que entrar en algún momento y no creo que sea buena idea seguir por aquí.

—Vale —suspiró, rindiéndose. Se apartó de mí y volvió a ser injusto lo mucho que lamentaba desprenderme de su contacto. Abrió la puerta y la cogí del antebrazo para retenerla un instante.

—No es que quisiera que parases. Eso lo sabes, ¿no?

Ella dudó y, entonces, sonrió imitando mi gesto con malicia. Lo que me hizo ladear la cabeza y fulminarla con la mirada.

—Empiezo a darme cuenta de que tengo poderes, ¿sabes? Le estoy cogiendo el gustillo a eso de incitar y tentar...

Un ramalazo de algo que solo pude discernir como los celos más absurdos y primitivos que había sentido en mi vida creció dentro de mí con rapidez. Tiré más de su brazo para acercarla a mí, hablándole a centímetros de su rostro:

—¿Con alguien más?

—Quizá —canturreó ella con indiferencia.

El calor pasó a ser una sensación fría y las ganas de meterla en la parte trasera del coche y enseñarle cómo acababan ese tipo de provocaciones se disparó. Aunque fuera delante de la casa de sus padres.

—¿Con Dylan? —Sabía que mi tono se había vuelto duro y rasgado.

—¿Te importa? —Ella seguía firme, sin inmutarse ante mi creciente rabia —. ¿De verdad quieres saberlo?

No. Sí. Sí quería, para partirle las piernas y las manos.

Intenté respirar de forma más pausada, pero la ira bullía por mi cuerpo con fuerza. Me examinó con detenimiento y, sonriendo de medio lado, asintió.

—Si sientes curiosidad, podemos hablarlo después. —Y salió del coche.

La madre que la parió.

Salí tras ella, todavía intentando controlar la reacción natural de mi cuerpo ante tanto deseo. No quería entrar con la tienda de campaña a casa de sus padres, pero no pude controlar el correr tras sus pasos. El frío de la calle ayudó a contener el fuego que galopaba por mis venas. Cogí la chaqueta de los asientos traseros y, cerrando el coche, crucé la calle.

—Anya —la llamé, alcanzándola—. Deja de jugar conmigo, te lo advierto.

—¿O qué?

Solté un quejido mirando hacia el cielo y la volví a observar. Ella alzó las cejas, expectante. La cogí de las muñecas y la atraje hacia mí, pegando su cuerpo al mío. Eso la sorprendió, pues estábamos a un par de metros de la puerta principal.

—Estoy intentando portarme bien, Anya, de verdad —le susurré al oído—.

Pero ya tienes la mayoría de edad y, si sigues pinchándome así, llegará un momento en que no podré parar.

—¿Y quién ha pedido que pares? —Su respuesta me cortó la respiración—. Creo recordar que yo no.

Se alejó lo suficiente para mirarme con una sonrisa pícara.

—Me alegra haber conseguido que vuelvas a tener esa ferocidad. Dirígela hacia mí si quieres, pero no la pierdas. Nos hará falta.

Y, tras decirme aquello, se soltó y abrió la puerta de los Korolov, dejándome petrificado en mitad del jardín.

31

¿FELIZ CUMPLEAÑOS?

Anya

Había salido de casa con toda la artillería, cero filtro y con ganas de guerra, para qué nos vamos a engañar.

Pero es que Risse era una mala influencia y, además de elegir modelito, se había encargado de llenarme la mente de mogollón de pensamientos calenturientos sobre mi, ya no vetada, línea de ser menor de edad. Cosa que podíamos entender que frenase a Kendall, ya que me sacaba diez años. Pero yo sabía que había mucho más, cosas que no había podido contarle a mi amiga por formar parte del pasado de Kendall. Lo que sí había podido contarle era que nos habíamos vuelto a liar y que su miedo era que no saliera bien y lo apartase del todo. Y que me había dejado descolocada con su pregunta sobre qué sentía yo.

Pues, joder, muy buena pregunta. Porque desde que había aparecido Dylan en mi vida, no tenía ni la más remota idea.

Me encantaría decir que lo que sentía por Kendall no era meramente físico, que había algo más, pero no estaba segura. Mi relación con él siempre había sido estrecha y sabía que lo quería. Pero desconocía si rebasaba la línea de la adoración de la amistad o era mucho más. De lo que empezaba a darme cuenta era de que, aunque Dylan revolucionaba mis sentidos y hacía que me sonrojara, no me provocaba las mismas reacciones que Kendall. Con la cita de la otra noche quedó más que comprobado que no era así. Con Kendall todo era fuego, pasión y caricias salvajes, quería que me recorriera entera, que no tuviera miramientos. Lo quería todo. Y eso hacía que mi balanza se inclinase en su favor. Pero el miedo de que me fuera a pasar algo parecido a lo que pasó con Dylan se instauró en mis pensamientos.

A sabiendas de que nos metíamos en la boca del lobo sin que mi hermano supiera que le habíamos escuchado, quería intentar recabar información. Descubrir si mi padre estaba o no metido en el ajo sería algo clave, por supuesto, pero cómo hacerlo sin que fuese sospechoso ya era otro tema.

El año de después de que Aleks se fuese, descubrí por unas cartas que le llegaban a mi madre dónde tenía mi padre la sede de su trabajo. De él nunca me habían contado nada más, salvo que era un hombre de negocios. Se me ocurrió ir a buscarle para hablar con él e intentar darle una sorpresa a mi hermano por su cumpleaños. La sorpresa me la llevé yo cuando me di cuenta de en qué tipo de negocio trabajaba y que la Guarida no era un edificio de oficinas y burocracia. Obviamente, no llegué a entrar, pero solo con el trasiego de la gente de allí tuve suficiente información. Mi aventura a aquel lugar era algo que no le había contado a nadie, una información que había atesorado en mi interior para usarla en un momento clave. Y esa revelación despertó la certeza de que el sueño que tenía en ocasiones sobre aquella vez en mi casa en la que creí presenciar un asesinato junto a mi hermano no fuera una simple ensoñación, sino algo real.

Kendall tampoco sabía que yo tenía bien presente que mi señor padre era un líder de la Bratva. Y que intuía que parte de ese pasado turbio del bajista tenía bastante que ver con él. Su confesión en la sala de ensayo fue la confirmación de lo que había sospechado todo ese tiempo. Y no arregló la rabia que sentía hacia mi familia de sangre, ni mucho menos. Solo me hizo volverme todavía más protectora con Kendall. Mientras que él pensaba que su pasado me asustaría, a mí me supo a algo familiar y tuve la certeza de que quizá no fuera un pensamiento racional ni lógico para la sociedad en la que vivíamos, pero no podía ignorar que me sentía así.

Me sorprendió encontrarlo tan ausente en el viaje en coche. Cuando puso la mano en mi muslo, supe que estaba tenso y quizá hasta nervioso. No me extrañaba. El día que escuchamos los planes de mi hermano se había ganado una patada en la cara. Así que tenerlo sentado enfrente iba a ser, cuando menos, incómodo. Y ese trabajo extra de mi padre, que tenía pinta de haber sido bastante turbio, no iba a hacer más cómoda esa cena con mi familia.

Habíamos desarrollado un poderoso tira y afloja. Cuando le pinchaba y demostraba tener cierto empoderamiento en cuanto a algo de índole sexual, él se activaba de una forma brutal. Era como tenerlo al borde del coma y, de repente, resucitarlo. Así que empecé a tirar de ahí y dejé la tensión en el aire adrede, para fomentar esa rabia. Que al entrar allí sintieran que no lo podían dominar, controlar ni mucho menos pisar.

Y algo debí hacer bien, porque, cuando entró detrás de mí, la conversación y los saludos que comenzaban a desplegarse se cortaron de golpe. Kendall dio unos pasos quizá más rudos de lo normal y se colocó a mi lado. Casi sentía su aura amenazante y espesa a su alrededor, como una advertencia de peligro con patas.

—Vaya, Kendall, muchacho, te veo muy bien —dijo mi padre rompiendo el silencio. El año anterior no había venido a mi cumpleaños por estar fuera del país—. Estás hecho todo un hombre.

Sonrió ampliamente, como si estuviera orgulloso de su obra. Kendall llevaba varias cadenas de plata colgando del pecho que tintinearon cuando se inclinó ligeramente hacia él en señal de respeto. No había llegado a ponerse la chaqueta por intentar cogerme al salir del coche, así que llevaba los antebrazos tatuados a la vista, junto con alguna joya más que solo se ponía para ocasiones especiales, como las pulseras y los anillos. Ciertamente, junto con los pantalones y la camisa, le daban un aire completamente a lo mafioso. La ropa de estilo *heavy* le quedaba como anillo al dedo, pero la de hoy era como si fuera parte de su piel, como si no hubiese nada más perfecto para envolverle.

Me sorprendió ver a Aleks con un aspecto tan deteriorado. Con unas grandes ojeras, sus ojos claros resaltaban todavía más de lo que recordaba. El pelo lo llevaba largo y echado hacia atrás, y había perdido masa muscular, o al menos esa sensación me daba. Yo lo recordaba fornido, pero no tanto como lo era Jason. El pelirrojo de ascendencia irlandesa era un tío enorme y no resultaba la mejor opción para comparar con nadie. Mi hermano, con su metro ochenta, ya no me parecía tanto. Kendall le sacaba una cabeza y media y era mucho más corpulento.

Aleks llevaba una camisa azul cielo, el tono en que un día fueron sus ojos, que ahora parecían más oscuros. La chaqueta y el pantalón de traje, blancos, como le gustaba a mi padre. Al parecer, no era la única que había pensado en complacer al patriarca con el vestuario.

Para mi sorpresa, mi padre me miró y afiló todavía más su sonrisa. Estiró los brazos para coger mis manos, todavía enguantadas.

—Anya, pequeña, ya eres mayor de edad. Se nota que tú también has crecido y estás hecha toda una mujer —dijo asintiendo con la cabeza. Aunque algo en esa frase no me sonó del todo bien, me esforcé en sonreír.

—Gracias, papá, me he puesto el abrigo que me regalaste.

—Y el *ushanka*, sí, me acuerdo. —Asintió, para mi sorpresa—. Te queda perfecto. —Se giró hacia Kendall, que me miraba de soslayo—. Espero que estés cuidando bien a mi pequeña.

—Por supuesto, señor, todo lo que me permite —comentó él, como si estuviera a su servicio.

—No todo —susurré, girándome para dejar la chaqueta.

Después me giré con los brazos abiertos y una increíble y falsa sonrisa hacia mi hermano.

—¡Aleks! ¡Cómo te he echado de menos!

Abracé a mi hermano, que respondió al arrumaco con devoción, como si realmente me hubiera extrañado. Al separarme, me miró con cariño, sosteniéndome las manos.

—Mi hermanita, ya toda una mujer. —Suspiró—. Todavía me acuerdo cuando te arreglaba las coletas en el garaje donde ensayábamos mientras tú cogías mis baquetas y te ponías a darles porrazos a los bombos.

—Eso fue hace mil años —refunfuñé ligeramente avergonzada.

—No fue hace tanto. —Desvió la mirada hacia Kendall, en un mensaje clarísimo que solo los tres entendimos—. Pero lo empieza a parecer.

Lo solté y me terminé de quitar los guantes y el sombrero, tratando de ignorar el intercambio de miradas entre los dos. Lo dejé todo bien recogido en la percha. Aproveché para arrebatarle la chaqueta al bajista y colgarla junto a la mía.

Escuché cómo mi hermano lo saludaba con un apretón de manos que ambos trataron de que fuera más amistoso de lo que la naturalidad pedía. Pero, si mi padre se dio cuenta, no hizo amago de comentarlo. Se fue hacia la enorme mesa, pensada para muchos más comensales de los que éramos, y se sentó presidiendo. Mi madre salió entonces de la cocina.

—¡Anya, cariño, qué gusto tenerte en casa! ¡Hoy no hay nadie del servicio ayudando, lo he hecho todo yo, como cuando eras pequeña! —proclamó orgullosa.

Así era mi madre, disociaba completamente en lo que a mí se refería. Con Aleks no había sido tan exageradamente así, aunque, desde que yo tenía uso de razón, solía ser distante e indiferente con nosotros. No era que no nos quisiera, simplemente, me daba la sensación de que no sabía cómo hacerlo de forma constante. Y solo lo demostraba en días marcados, como en cumpleaños o navidad. El resto del tiempo, delegaba en los sirvientes para que nos cuidasen y ella volvía a ser una madre fantasma enfrascada en su trabajo y sus cuestiones personales.

—Vaya, no hacía falta, mamá —dije recibiendo un abrazo, ligeramente incómoda.

—Claro que sí, cumples dieciocho, eso solo pasa una vez en la vida. ¡Kendall, tesoro! —saludó mi madre con cariño justo después de reprenderme —. Pero menudo tiarrón estás hecho ya.

Él se rio bajito.

—Gracias, señora Korolova. —Se acercó y olisqueó en dirección a la cocina —. Esto me trae buenos recuerdos.

—¿A que sí? —Mi madre se rio—. Voy a ir sacando todo, sentaos.

—Deje que la ayude —se ofreció él.

—Oh, gracias, tesoro. —Sonrió en dirección a Kendall y frunció el ceño cuando devolvió su atención hacia mí—. Tú ve a sentarte con tu hermano y tu padre, tendréis mucho de lo que poneros al día.

«Yo diría que sí, pero no como ellos creen», pensé. Me hubiera encantado tirar el bol de ensalada de patata a la cabeza y decirle que no lo tratara como si fuera un sirviente. Pero me esforcé por mantener el temperamento a raya, hice una mueca similar a una sonrisa y la dejé allí adulando a Kendall.

Me gustaría decir que estaba agradable porque era así, pero no, aquí estaba pasando algo raro. Además de que me molestaba que siguieran tratando a Kendall como un empleado y no como un invitado. Me senté a la derecha de mi padre, con mi hermano frente a mí, a su izquierda.

Estaban hablando sobre un partido, no había entendido qué era hasta que mi hermano sonrió de forma burlona hacia mí.

—Al parecer Anya los conoce.

—¿Qué? —pregunté, sorprendida.

Mi padre se giró como un resorte hacia mí. Era un hombre enorme, de cabeza cuadrada y cuello grueso y poderoso, igual que sus manos. Sus ojos azules como el hielo me miraron con cierto interés.

—¿Conoces a jugadores profesionales de béisbol?

—Ah, sí, he hecho dos amigos que están en mi curso en el instituto —confirmé—. ¿Cómo lo sabéis?

Mi hermano, con un gesto divertido, buscó algo en el móvil. Puso un vídeo en el que se nos veía a mí y a Risse en la pantalla grande en el partido en que fuimos a verlos. Después salían Dylan y Noah saludando hacia nosotras. La cámara captaba mi vergüenza y cómo el público reía con ternura. El titular del vídeo rezaba: «los posibles intereses amorosos de los más jóvenes del equipo».

Ay, por Dios.

Mi madre y Kendall se acercaron con varias bandejas de comida y mi padre estalló en carcajadas. Yo estaba roja como un tomate.

—¿Qué es tan divertido? —quiso saber ella.

—Los nuevos amigos de Anya, al parecer. La prensa ha captado un momento más que adorable.

Vi cómo Kendall se tensaba al dejar la fuente en el centro de la mesa. Mi hermano volvió a poner el vídeo y se lo enseñó a los dos. Mi madre se llevó las manos al pecho, sonriendo. Kendall apretó los puños.

—¿No lo sabías, Kendall? Lo de su novio famoso, quiero decir —preguntó con sorna mi hermano.

—Tu hermana tiene derecho a la intimidad —respondió el bajista, dándose media vuelta y volviendo a la cocina.

—¿Cuál de los dos es? —volvió a preguntar mi madre.

—¡Ninguno! —gruñí.

—Venga ya —espetó Aleks.

—¿Entonces no es nuestro yerno? —inquirió mi padre antes de beber vino de su copa.

—No.

—Oh, bien, entonces, hay oportunidad.

¿Qué?

El corazón se me paró un instante y mi madre miró de forma intensa a mi padre, que le hizo un gesto desdeñoso con la mano. Mi hermano sacó otro tema de conversación, pero yo me había quedado petrificada.

Tenía un mal presentimiento.

Kendall terminó de traer todo lo que faltaba y mi madre colocó una salsera. Ambos se sentaron donde siempre. Kendall al lado de mi hermano, mi madre a mi lado. Empezamos a servirnos y mi padre lanzó la pregunta de todos los años.

—¿Has decidido qué carrera tomarás al final?

—Sí, Bellas Artes, como siempre —respondí sin cambiar de opinión. Él bufó, decepcionado.

—Anya, tienes capacidad para hacer algo más grande que líneas en un papel —me recordó.

—Pero es mi sueño y he de luchar por él.

—¿Y si no sale bien? No todo el mundo tiene la suerte de tu hermano —inquirió, orgulloso por una parte y exasperado por la otra.

—Pues no sé, tendré que buscarme un buen marido que me mantenga —refunfuñé, centrándome en la comida.

Él simplemente asintió con rudeza. Obviamente no lo decía en serio, no pensaba que aquello fuera una opción. Pero que nadie, excepto Kendall, me mirase con el ceño fruncido, entendiendo mi enfado, me inquietó todavía más.

La cena transcurrió de forma más o menos tranquila. Mis padres fulminaron a preguntas a Kendall sobre su nuevo trabajo y el grupo de música. Mi padre insistió en que tenía las puertas abiertas, que podía retomar su antiguo puesto o uno incluso mejor, ahora que ya lo consideraba un hombre hecho y derecho. Él declinó la oferta con una increíble cortesía, se notaba que estaba acostumbrado a tratar con mi padre. Casi más que yo, desde luego. Tampoco me pasó desapercibido cómo le llamaba «hijo» con tantos matices de orgullo en su voz que en, una de las ocasiones, desvié la mirada hacia mi hermano, para encontrarlo con la mirada perdida en su plato.

Al terminar la cena, no había pasado ni media hora de sobremesa, cuando

empezaron a verse faros de coches aparcando en la calle. Mi madre estaba sacando cubiteras y todo el repertorio de vodka de la despensa. Kendall me miró de refilón extrañado y, entonces, sonó el timbre.

Para mi renovada sorpresa, mi padre se levantó y abrió la puerta. Mientras, mi madre seguía sacando más y más bebidas a la mesa.

Gente que no conocía empezó a entrar, parecían amigos de mi padre. Todos increíblemente trajeados de punta en blanco, con vestimenta que parecía más que cara. Mi hermano se quedó clavado en su asiento mirando de refilón a Kendall, el cual se esforzó por no moverse, pero no pudo evitar apretar los puños y la mandíbula.

—Anya, cariño, ven —me pidió mi padre, aunque la autoridad de su voz me indicó que era una orden.

Cuando me giré, mis sospechas se dispararon todavía más. Había al menos seis hombres adultos, de su edad, con varios chicos más jóvenes que oscilarían entre mi edad y la de mi hermano. Cerré la boca en una línea fina y me coloqué al lado de mi padre, esperando que sucediera algo.

Mi madre acudió a nuestro lado, saludando con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

—Señora Korolova —dijo el más próximo a ella.

—Anya, estos son mis hombres más cercanos, en los que tengo mi mayor confianza depositada —los presentó mi padre, y me descolocó completamente. Era la primera vez que me hablaba sobre algo de su trabajo y, más aún, que me presentaba a alguien de dicho entorno—. Ellos son sus primogénitos.

Ay, Dios, no, no podía ser verdad.

Los hombres empezaron a presentar a sus hijos, y mi madre los hizo pasar dentro, cogiendo sus chaquetas y colocándolas en sus respectivas perchas.

No retuve absolutamente ningún nombre. Todo lo que había planeado para averiguar más sobre mi hermano, sobre lo que esperaba hacer con las canciones de Kendall, se quedó reducido, junto con mi corazón, a un segundo plano. Pues primero estaba intentar volver a respirar.

Mientras se presentaban, me cogían de la mano, con respeto y delicadeza. Y después de entregarle las chaquetas a mi madre pasaban al salón. Allí, mi hermano y Kendall se habían levantado para recibirlos. Cuando el último de ellos entró al salón y pude desviar la mirada completamente hacia allí, vi cómo el bajista me miraba con el rostro desencajado.

Mi padre me retuvo allí, en la entrada, un momento más, mientras mi madre atendía a los invitados como la buena anfitriona que era.

—Ahora que eres mayor, no tengo intención de apartarte más del negocio

familiar, Anya —murmuró—. Algo me dice que ya sabes a lo que nos dedicamos, pero has guardado el secreto, ¿verdad? —Asentí—. ¿Te avergüenza?

Me habría encantado decirle que sí, pero debía mantener las apariencias para intentar averiguar más cosas, aunque no fuese hoy. Debía ganarme a la figura ausente de mi padre. Negué con la cabeza, dedicando una mirada furiosa.

—No, pero no pienso casarme con ninguno de ellos —espeté.

Mi padre hizo algo similar a una sonrisa, aunque solo enseñó los dientes.

—Chica lista —me soltó, y se interpuso entre el salón y yo, bloqueándome la vista con su ancha espalda—. Hoy solo están aquí para conocerte. Sus hijos heredarán los puestos de sus padres llegado el momento, y yo te dejo esa puerta abierta a ti también. Tu hermano, bueno, nunca ha tenido las agallas suficientes. —Mi padre se inclinó hacia mí ligeramente—. Pero en tu interior sí que veo la llama de los Korolov. Me alegra que hayas elegido un atuendo que nos represente tanto para hoy, pequeña, les estás dejando claro de quién eres hija sin decir nada.

«Porque, en el fondo, no necesitas que diga nada. Solo te hace falta lucir a tu pequeña muñequita rusa», pensé. Cogí aire para intentar contener mi ira, pero, al agachar ligeramente el rostro sin dejar de mirarle, mi padre vio el reto en mi mirada. Lejos de que le ofendieran mi osadía y mi disconformidad muda, sonrió de forma genuina, asintiendo. Se apartó a un lado y, en un gesto elegante, me señaló la sala para que entrase delante de él.

Mi hermano se retiró a su habitación, dejando los asientos para los subordinados de mi padre y sus herederos. Mi madre también había cedido su asiento para dedicarse a servir, como si fuera su maldito trabajo. En términos legales seguían juntos, pero todo el mundo sabía que estaban separados y que mi padre tenía múltiples amantes. Lo sabía yo, y apenas tenía relación con él. Y esa madre ausente en los años que estuve viviendo allí me contó más bien poco sobre ellos como matrimonio. Las mujeres a cargo del hogar eran las que me cuidaban, y los Iron los que pasaban tiempo conmigo. Así que las figuras de referencia para mí no eran ninguna de las dos presentes allí. Aunque debía admitir una cosa: la ira de los Korolov sí que empezaba a hacerse más y más fuerte en mi interior.

Cuando me senté al lado de mi padre en la mesa y pasé la vista por los presentes, solo los adultos me la devolvieron con cierto interés. Y solo Kendall me miró desde el otro lado de la sala, de pie, con la confusión grabada en el rostro.

Empezaron a hablar con referencias ambiguas, sin matizar exactamente

sobre los negocios de los que hablaban. Pero fui lo suficientemente inteligente como para responder con habilidad y picardía a las preguntas que se me hacían o a comentarios dejados caer sobre la mesa. Mi padre terminó riendo de forma sincera, incluso alzó la barbilla con orgullo cuando contesté con rotundidad a algunos de los posibles pretendientes.

Odiaba esta encerrona, y nada más y nada menos que el día de mi cumpleaños. Al cumplir la mayoría de edad, ya me podía exhibir como un trofeo digno, uno por el cual pujar hasta sangrar. Y eso deseaba de esa gente, que se rajasen entre ellos y me dejasen en paz.

Cuando el alcohol fluía entre ellos ya con abundancia, mi madre se recluyó en la cocina y Kendall agachó la mirada y subió al piso superior. Al rato de haberle visto por el rabillo del ojo irse, me disculpé con ellos. Cerré las puertas del salón y me encaminé hacia mi habitación. Desde que la puerta se había abierto a esos desconocidos, había actuado como en los roles en vivo: me metí en un papel y lo interpreté lo mejor que pude. Y, sinceramente, creía que me merecía un puto Óscar, porque intentar no flojear ante esos mafiosos y mostrarme más fría que el hielo, a la par de ingeniosa, no había sido nada fácil. Necesitaba un respiro y saber que Kendall estaba bien.

Cuando terminé de subir las escaleras, vi a mi hermano en su habitación hablando por teléfono. Intercambiamos una mirada tensa. Activó la minicadena para poner música y cerró la puerta. Estaba claro que iba a hablar de temas serios y no quería que le escuchase.

Había un cuarto de baño al fondo del pasillo, junto al cuarto de mis padres. En dirección contraria, en el lado opuesto, mi habitación, que tenía su propio cuarto de baño.

Entré en ese espacio que un día fue mi lugar seguro y que ahora me resultaba incierto y extraño. Cerré la puerta tras mis pasos, sin darme cuenta de que había alguien en la habitación, esperándome.

32

RECLAMARME

Anya

El corazón se me puso de corbata cuando vi a Kendall allí en mitad de la habitación con las manos metidas en los bolsillos, mirando hacia una pared llena de recortes y dibujos.

—Joder, tío, qué susto —espeté.

Él desvió la mirada hacia mí. Su rostro estaba sereno, en una expresión indescifrable.

—Ah, veo que ya vuelves a ser tú —murmuró—. Tengo que admitir que he alucinado con esa actuación, ha sido la hostia de convincente.

—Eso espero, porque no estoy interesada —dije.

Kendall suspiró con pesar, caminó hacia mí con fluidez, como un gran felino. Hasta que me arrinconó contra la pared, al lado de la puerta.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer? —me dijo en un gruñido profundo y grave—. Me gustaría bajar ahí y moler a hostias a todos y cada uno de los tíos que te han mirado de más esta noche. Me gustaría dejarles bien claro qué les pasará si te vuelven a comer con los ojos, haría que uno de ellos se los tragara.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Lo miré, completamente descolocada. Su mirada irradiaba una rabia profunda y animal, algo me decía que no estaba de coña, que no era figurado ningún matiz de esa agresividad. Se inclinó más hacia mí.

—Pero no tengo derecho a ponerme así, ¿no? Al final esto¬… —me señaló y después dejó la mano sobre su pecho— solo es un juego. Imagino qué es lo que estás tratando de hacer y no puedo romper así lo que estás intentando crear ahí abajo. Pero, joder. —Apretó el puño que tenía apoyado en la pared al lado de mi cabeza—. De verdad que me ha costado mucho contenerme. Me ha costado mucho no ir a tu lado y reclamarte allí mismo. Dejarles claro que no consentiré que te pongan un puto dedo encima.

—¿Reclamarme? No soy un trofeo —espeté, ofendida, pero a la vez con cierto temblor en las piernas.

—Lo sé. —Su voz sonó más ahumada todavía—. Por eso me duele sentirme así de atacado, como si fueras algo mío que debo defender. Sé que tú sola puedes, lo estás demostrando, y me gusta demasiado esa versión tuya, me temo. Pero algo en mi interior me grita que les parta los huesos para que se piensen dos veces volver a tratarte como un trofeo que exhibir. Aunque, por supuesto, ellos no deberían importarme. Quizá Mr. Béisbol tenga algo que decir antes que tu padre ofrezca tu mano a alguno de esos gilipollas.

—¿Puedes llamarle por su nombre? —murmuré molesta. Kendall entornó la mirada, apretando los labios.

—Te importa de verdad —comentó, dándose cuenta de algo. Abrió ligeramente los ojos, pero no se movió—. Ha pasado, ¿no? Al fin ha dado el paso. —Le mantuve la mirada, sin decir nada más, esperando a ver qué conclusión sacaba y comprobar su reacción. Kendall inspiró con fuerza, repasando mi rostro con su mirada—. ¿Lo habéis hecho oficial? ¿Sois pareja?

—¿Y qué si fuera así? —respondí a la defensiva. Él reaccionó como si le hubiera golpeado en las pelotas—. Al fin de cuentas, esto… —imité su gesto de señalarnos— es un juego para ti, que no me ves ni como una mujer.

—Anya, eso no es…

—Dylan por lo menos me hace sentir especial, me mira como si fuera todo en el mundo, no como una molestia…

—¡Basta! —gritó, y apretó los puños donde todavía los mantenía, al lado de mi cabeza. Sus ojos eran puro fuego—. No pienso eso de ti. —Suspiró con pesar y después apretó los dientes—. Intento marcar una distancia contigo, tocarte sin que sepas la verdad sobre mí… Me haría sentir un fraude y quiero lo mejor para ti.

—Ya me dijiste que Dylan era mejor opción que Stephen.

—También te dije que nadie sería lo suficientemente bueno para estar contigo. —Se inclinó más hacia mí—. Acabo de confesarte que torturaría gustoso a toda esa panda de mafiosos por ti. No estoy de coña.

La respiración de los dos se aceleró ligeramente.

—¿Y si quisiera seguir con esto? Ver hasta dónde llega, probar las partes más oscuras de esta versión de ti y de mí misma —susurré, estirando una mano y cogiendo con dos dedos el cuello de su camisa.

El primer botón se desabrochó ante el roce de mis dedos con suma facilidad. Sus pupilas se dilataron, se acercó más y me susurró al oído:

—Es el momento de que me apartes de un manotazo, Anya —gruñó—. Abre esa puerta y déjame fuera de esta habitación. Porque lo único en lo que pienso ahora mismo es en hacer una locura.

—¿Qué tipo de locura?

—Por la que me matarían los abajo presentes si nos pillasen. —Sus labios rozaron mi oreja cuando siguió—: La que haría que tu hermano, en la habitación de al lado, enloqueciera.

El pulso latía desbocado por mi cuerpo, la respiración acelerada. Estiré la mano hacia el pomo de la puerta. Kendall miró el gesto y su rostro se llenó de cierta tristeza, pero también de comprensión, como si fuese lo lógico. Me giré, quedando de espaldas a él, alcancé el pestillo algo más arriba y lo pasé, cerrando la puerta desde dentro.

La música de mi hermano seguía amortiguando cualquier otro sonido en esa planta. Kendall se inclinó más hacia mí, me apartó el pelo con una mano y me hundió el rostro en el cuello.

—Acepto la posible condena de muerte —susurró.

Giré el rostro ligeramente hacia Kendall al mismo tiempo que él extendía una mano y me sostenía la mandíbula y el cuello, mientras que con la otra me abrazaba las caderas, apretándolas contra él con fuerza.

Este beso supo diferente, estaba marcado por un deje de tristeza y de rabia, quizá por los celos que parecía haber tenido. Sabía a posesión y, quizá, a miedo por si rompía nuestra relación actual. Pero no me importó y, por lo que parecía, a él tampoco le importaba ya. Deseaba empezar y terminar esto, era el mayor acto de rebeldía que había cometido jamás. Y era una forma de dejarme claro a mí misma que mi cuerpo me pertenecía a mí y se lo entregaba a quien a mí me daba la gana.

Y quería que fuera de él.

Kendall me besó con pasión, deslizando la mano de mi cuello hacia mis pechos, haciéndome gemir en sus labios. Cuando me quise dar cuenta, ya estábamos frotándonos el uno contra el otro. Se separó de mis labios soltando maldiciones mientras me colmaba el cuello con besos sin desatender mis pechos, cuyos pezones estaban durísimos, como lo notaba a él en mis riñones. Me levanté la falda ligeramente para sentirlo más cerca, para que la fricción fuese mayor.

Con una mano lo agarré del pelo con fuerza y me siseó en el cuello, justo bajo la oreja. La otra mano la llevé hacia su cadera, instándole a seguir embistiendo. Kendall deslizó la mano de mi cadera hacia mis muslos y comenzó a acariciarme mientras subía. Me empezaron a temblar las piernas y el haz de nervios entre ellas con fuerza.

Me volvió a besar y el encontronazo de nuestras lenguas fue un reclamo más pasional, más intenso que cualquiera que hubiéramos tenido hasta el momento. Cuando llegó al centro de mi cuerpo, volvió a bajar.

—Ni se te ocurra —gemí en sus labios. Noté cómo sonreía en respuesta.

—¿Quieres? —preguntó.

Asentí y me volvió a besar, más despacio, probando mi boca de una forma que demostraba querer tomarse tiempo para saborearme. Pasó los dedos por mi centro, pero por encima de las medias, y me estremecí. Soltó una maldición y, en un gesto más rápido de lo que esperaba, metió los dedos por la cinturilla de las medias y hundió la mano entre mis piernas. Abrí la boca dejando soltar una exhalación cuando los sentí escurrirse entre mi ropa interior y acariciar por primera vez mi clítoris.

Joder. Era mil veces mejor que en mi ensoñación.

Di una sacudida cuando, al pasar varias veces con detenimiento por cada parte de mi centro, decidió meter un dedo en mi interior y con el pulgar acariciar mi haz de nervios. Solté un gemido y le clavé las uñas en el antebrazo. Mientras, mi otra mano seguía fija en su cabeza. Él me hundió el rostro de nuevo en el cuello.

—Joder, Anya. —Soltó una retahíla de palabras malsonantes conforme metía y sacaba los dedos. Yo me retorcía contra él entre jadeos—. Estás tan húmeda. Esto es…, es demasiado.

Unos nudillos golpearon la puerta y los dos dimos un brinco. Pero Kendall no se movió un centímetro, no sacó los dedos.

Oh, Dios.

—¡Anya! ¿Estás ahí? —preguntó mi madre.

—S-sí —grité, intentando que se me oyera por encima de la música. Kendall sonrió con los labios pegados a mi cuello y comenzó a mover los dedos. Una explosión de adrenalina y placer me sacudió el cuerpo—. Ay, madre mía.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —insistió.

—N-no, tranquila. —Me mordí el labio para evitar soltar un gemido al lado de la puerta, donde estábamos. Kendall me mordisqueó la oreja, respirando allí, sin parar de meter y sacar los dedos de mi interior—. S-solo necesito un momento. Algo no me h-ha s-sentado bien.

—Oh, vale, cariño. No te preocupes, tómate tu tiempo. Yo te disculpo con los invitados —dijo mi madre.

Y después escuché sus tacones alejarse. Gracias al idiota de mi hermano por tener la música tan alta no había oído los jadeos ni mi respiración entrecortada. Pero aquella posibilidad de que casi nos hubieran pillado, aquella alerta de peligro, me activó más de lo que me hubiera gustado admitir. Me derretí entre sus brazos gimiendo y jadeando. Y Kendall parecía haber reaccionado igual que yo, porque su respiración me llenaba el oído mientras no dejaba de mover las caderas.

—Más —le dije, girándome hacia él—. Quiero más.

—Joder, Anya… —gruñó—. No llevo…, no me he traído…

—Tomo pastillas desde hace tres años —le expliqué.

Mis reglas eran abundantes y dolorosas, las pastillas habían sido un remedio más por salud que otra cuestión. Y con Stephen había usado igualmente preservativo. Pero, si Kendall se separaba de mí en ese momento, iba a ponerme a gritar. Él se quedó helado detrás de mí un instante, me giré un poco más para mirarle y sus ojos mostraron cierto brillo con la luz que entraba por la ventana del fondo, la única encendida. Respiró de forma abrupta, como si hubiese aguantado la respiración.

—Vale, a la mierda con todo —gruñó.

Me inclinó ligeramente mientras me bajaba las medias hasta las rodillas. Escuché la hebilla del cinturón desabrocharse y, a los segundos, algo largo y duro me recorría mis partes íntimas. Eché la cabeza para atrás, conteniendo una exhalación titubeante. La gruesa cabeza de su pene me acarició la entrada y, entonces, poco a poco comenzó a meterla, hasta que empujó y la introdujo hasta la empuñadura, haciendo que soltase un grito de placer.

A estas alturas ya me daba igual si me oían. Kendall profirió una maldición y empezó a moverse. Sentí algo extraño, magnífico y diferente a mis dos primeras veces con Stephen. No solo su tamaño era más, sino que notaba algo raro, pero que no dejaba de sentirlo a gloria.

—Kendall, ¿qué? —conseguí decir entre jadeos.

Él se inclinó hacia mí entre gemidos, sonriendo.

—¿Te gusta? Tengo sorpresa.

—¿Qué quieres decir? —La metió hasta el fondo de nuevo y eso me hizo arrastrar la última palabra en un gemido.

—Tengo *piercings* —confesó, y un escalofrío de placer me recorrió entera—. Pero no quiero hablar de eso ahora. Mientras te parezca bien seguir, claro.

—Como pares te los arranco —gruñí. Él se rio con cariño.

Y siguió embistiendo. Era una danza desenfrenada entre nuestras caderas. Yo tenía las manos apoyadas en la pared de la entrada de mi habitación y las piernas me temblaban ante las oleadas de placer que me envolvían. No solo era por la tensión de que nos pudieran pillar, sino por la precisión de sus movimientos, por la agilidad con la que arqueaba su cadera para encajar a la perfección en mi interior, como si estuviera hecho para fundirse como uno solo conmigo. Y por cómo al empujar hasta el fondo tocaba directamente en ese punto concreto que hacía que todo mi cuerpo se contrajera de placer. El choque de sus caderas se incrementó y deslizó una mano para acariciarme el clítoris mientras yo no dejaba de gritar y gemir.

—Kendall, ya voy… —avisé.

Las oleadas del orgasmo comenzaron a sacudirme todavía más, un calor que arrasaba con todo mi ser y una sensación de conexión increíble se apoderó de cada parte de mi cuerpo.

—Lo sé, lo noto —gimió con la cabeza al lado de la mía, sin parar de encajonar mi cuerpo ni de tocarme—. Estás muy prieta, yo también voy…

—No salgas —gemí. Gruñó una maldición, apoyando la frente en mi hombro—. Conmigo —conseguí articular entre los jadeos finales—. Conmigo.

Lo último que dije ya fue un alarido de placer que conectó con el orgasmo que arrasó todo mi cuerpo y mi mente. Kendall siguió unos segundos más y llevó una mano a mi cuello para girarme el rostro y besarme mientras gemía en mi boca y sus movimientos se hacían más lentos y profundos. A los pocos instantes se detuvo y se apartó de mí, jadeando, intentando recuperar el aliento.

Yo lo miré igual. Me recliné un poco contra él sin dejar de respirar de forma acelerada y sin romper el contacto visual, le acaricié el pelo y sonreí, presa del placer. Una emoción cálida y espesa se vertió por mi pecho, provocándome una sensación de plenitud. Como si no pudiera sentir más, como si en ese momento lo tuviera todo, ahí, entre sus brazos y sus ojos fijos en mí.

—Ahora, quiero ver esos *piercings* —conseguí articular.

A Kendall le brillaron los ojos y se rio bajito. Dándome un último beso rápido en los labios, salió de mí con cuidado y me giré. El tamaño era tal y como había notado, digno de ver, pero lo que me llamó la atención fueron, obviamente, las tres barras de metal que lo atravesaban desde la base del glande hacia el centro, coronadas a los lados por bolitas plateadas.

—Joder —murmuré—. Eso tuvo que doler.

Él se encogió de hombros. Después se la guardó, todavía más dura de lo que esperaba verla.

—El dolor merece la pena si luego sirve para provocar gritos como los de antes. —Se inclinó ligeramente hacia mí, sonriendo con la vista nublada por el placer—. Porque te ha gustado, ¿no?

—¿Tú qué crees? —dije, ligeramente avergonzada, subiéndome las medias.

—Quiero oírlo de tus labios —gruñó él, cruzándose de brazos—. Oírlo con palabras, quiero decir.

—Eres idiota —le contesté, él se rio bajito—. Pero sí, joder. —Desvié la mirada y después la clavé en él otra vez—. Ha sido increíble. Mejor de lo que había llegado a imaginar.

Abrió los ojos y la boca ante la sorpresa y dejó caer los hombros.

—¿Te lo habías imaginado alguna vez?

—Alguna, quizá —confesé aclarándome la voz.

—¿E hiciste algo para solucionarlo? —Se volvió a inclinar hacia mí, retador y tentador a partes iguales. Tragué saliva y asentí. Él siseó—. Chica mala, ahora necesito detalles.

—No, ahora lo que necesitamos es disimular. —Le puse las palmas de las manos en la cara, como Jason hacía para putearle, intentando no reírme—. Tengo que asearme un poco y no podemos bajar a la vez.

—¿No?

—¿Quieres ser asesinado oficialmente? —Quité el pestillo—. Bueno, si has tenido suerte de que no me oyesen gritar, claro.

Kendall sonrió tan ampliamente y de forma tan sincera que el corazón se me paró. Algo creció todavía más en mi pecho al quedarme mirándolo, no sabía si era cosa del increíble orgasmo o porque, definitivamente, estaba empezando a sentir algo por él. O, más bien, a ser consciente. Abrió la puerta y se inclinó de nuevo hacia mí, mordiéndome ligeramente el labio inferior en un beso rápido pero intenso.

—Después de esto, me da todo igual, aunque me gustaría vivir, para poder repetir, claro. —Dio un paso fuera y me descubrí preguntando como una idiota:

—¿Entonces, a ti también te ha gustado?

Se giró ligeramente y por encima del hombro respondió:

—Ni en mis mejores sueños hubiera imaginado algo más increíble.

Y, dicho aquello, se perdió en el pasillo con las mejillas ligeramente perladas de placer. Con la sonrisa más genuina que le había visto poner jamás y ese aura amenazante que solía desprender, menguada. Como si se le hubiera dado luz a la oscuridad que lo envolvía. Como si, realmente, estuviera feliz por haber tenido ese momento de intimidad conmigo.

33

CRUZANDO LA LÍNEA

Anya

Mientras me aseaba en el cuarto de baño, aprecié que Aleksej detenía la música. Fuera lo que fuese que había estado hablando o haciendo en su habitación, él también lo había dado por finalizado.

Cuando terminé y bajé las escaleras, lo que me encontré me descolocó del todo. Mi hermano estaba al final de la escalera, contemplando iracundo la escena que se daba en el salón. Desvié la mirada hacia allí y abrí la boca ante la sorpresa.

Uno de los hijos de los socios de mi padre tenía a Kendall cogido por el cuello de la camisa. Le sacaba una cabeza y parecía robusto. La mirada de Kendall era oscura y estaba en tensión. Por cómo se le marcaban las venas de los antebrazos, se contenía. Si yo le había conseguido quitar la oscuridad de su aura, ahora mismo volvía a tener ese estoicismo que rayaba lo preocupante. Esa frialdad asesina que pocas veces había dejado salir frente a mí. Lejos de disgustarme, me calentó zonas del cuerpo que hacía no mucho habían estado ocupadas por sus manos y otras partes de él.

—Señor Korolov, si su empleado no me quita las manos de encima, no respondo por los daños que le pueda causar —advirtió él, directamente a mi padre, no al que le estaba amenazando, pero sin dejar de mirar a su oponente. El chico sonrió con soberbia.

—Ya has oído, Donov, dile a tu chico que lo suelte o Kendall hará lo que tenga que hacer —dijo mi padre con risa en su voz—. Si no quieres llamar a una ambulancia, le haría caso.

—Son cosas de jóvenes, tienen que medirse, ¿verdad, hijo?

—Si está tratando de medirse con alguien, Kendall no es un buen objetivo —alardeó para mi sorpresa mi padre. Aleks soltó una maldición por lo bajini —. No quisiera que mi traje quedase salpicado de sangre.

—¿No tienes agallas para contestar? —inquirió el grandullón.

—Te he contestado —respondió Kendall—. Y te he advertido que no

hablases así de ella. No lo repetiré. —Inspiró de forma pesada y, sin dejar de mirar a su oponente, siguió—: Lo siguiente será que tengan que llamar a la ambulancia.

—Porque te haría picadillo —fanfarroneó, varias risas se unieron a la suya —. Bien, te enseñaré cuál es tu lugar. Mafioso de postureo.

Ahogué un grito cuando vi que el tío enorme levantaba el puño y lo lanzaba hacia Kendall. Pero en un movimiento que jamás habría advertido que podría hacer, él apartó de un manotazo la mano del contrincante. Con ese mismo puño cargó hacia atrás y con una potencia increíble le encajó un puñetazo en la cara que le lanzó la cabeza hacia atrás con un crujido. Y, antes incluso de que pudiera caer, el tío sacó una navaja del bolsillo y arremetió contra el bajista, que no se movió. Solté una maldición cuando vi sangre en un lateral de su vientre. Al parecer, su contrincante había apuntado mal o su temple le había hecho dudar en el último momento, impidiendo apuñalar a Kendall de pleno. Este cogió la nuca de ese tío y le estrelló el rostro contra la mesa con brutalidad. Los vasos titilaron ante la colisión, incluso alguna botella cercana cayó sobre la mesa.

Me llevé las manos a la boca, conmocionada. Jamás había presenciado una agresividad tan contundente en él, tan letal. Le había visto meterse en peleas en el Meteora, pero nunca había sido así.

El tío enorme cayó al suelo en un peso muerto. Kendall se sacó un cigarro y se lo colocó en la boca, para después mirar con desprecio hacia los presentes en la mesa. El grandullón seguramente estaría bien, tan solo inconsciente y con la nariz rota, por la sangre que salía por ella.

—Lo siento, señor Korolov, quizá me he excedido con su invitado — murmuró encendiendo el cigarro y tirando el humo hacia un lado, lejos de mi padre.

—Te lo advertí, Donov. El chico es de lo mejor que ha pasado por mis manos. —El orgullo de mi padre era tan palpable que no me extrañó que mi hermano compusiera una mueca de dolor.

Yo apreté los puños de rabia, asumiendo poco a poco lo que eso empezaba a significar. Lo que, a grandes rasgos, podía intuir. Algún día iba a exigir detalles, o bien a Kendall o bien a mi propio padre. Pero necesitaba ser consciente de eso que desconocía.

El hombre soltó un gruñido e hizo una llamada, pero no era una ambulancia. Alguno de sus hombres lo cargaría hasta su casa y lo tratarían allí, seguramente. Mi hermano negó con la cabeza y alzó la voz:

—Me marcho ya, papá, vamos hablando —dijo desde la entrada.

Mi padre no se inmutó. Levantó una mano mientras se llevaba el vaso de

whisky a los labios.

—Muy bien, muchacho, que tengas buena gira.

Mi hermano se giró hacia mí, suspiró y se marchó.

No hizo amago de despedirse, no dijo nada más. Quizá no por desprecio hacia mí, sino ante la incapacidad de gestionar la indiferencia de mi padre hacia él y el notable favoritismo hacia Kendall. Eso no hizo que me doliera menos el hecho de que no se despidiera, a sabiendas de que, posiblemente, no pudiéramos vernos hasta el próximo año. La puerta se cerró y suspiré de forma trémula.

Mis ojos fueron directamente hasta la herida de Kendall, que sangraba ligeramente. Si le dolía, no hizo un solo gesto, ni siquiera desvió la vista hacia allí, fingiendo que no existía. Quizá fuese otra muestra más de fuerza que, de alguna forma, necesitaba exhibir ante esos mafiosos.

Bajé las escaleras y desde el margen de la puerta me aclaré la voz, llamando la atención de los presentes.

—Padre, me siento algo indispuesta —murmuré—. Espero que no te importe que me marche.

—No, pequeña. —Para mi renovada sorpresa, se levantó y me dio tres besos. Uno en cada mejilla y el tercero en la frente, cosa que, hasta el momento, no recordaba que hubiera hecho jamás—. ¿Te llevará Kendall? —Asentí—. Me alegra que tengas un hombre así de tu lado, me tranquiliza saber que cuidan bien de mi pequeña.

Se giró hacia él y le tendió una mano.

—Hijo.

—Señor Korolov —asintió él, tenso, estrechándosela.

Mi madre se acercó a despedirse con un abrazo breve y un par de besos, dimos por finalizada la noche. Después de aquello, nos pusimos las chaquetas y nos marchamos. En cuanto nos sentamos en el coche, me giré hacia Kendall.

—¿Te duele? ¿Estás bien?

—Estoy bien, solo me ha rozado —bufó, haciendo una mueca al fin—. Creo que el tío no ha tenido agallas y ha fallado adrede. En el fondo, no quería rajarme.

—¿Qué te ha dicho para que terminaseis así?

Él dudó unos instantes y, después, negó con la cabeza.

—Da igual. —Arrancó el coche y encendió las luces—. Esta gente funciona así, quieren ir a por el que ven más duro. Si lo tumban, piensan que tendrán el dominio y el respeto de los demás.

—Entonces, has demostrado que tú eres el más duro —resolví.

—No lo he hecho por eso, yo ya no pertenezco a ese mundo, por mucho

que tu padre insista —gruñó—. Lo he hecho porque no consiento que nadie te falte al respeto.

—Entonces ha sido eso, ha sido algo que tenía que ver conmigo. —Él no dijo nada más, la mirada fija en la carretera. Pero a mí se me retorció el corazón—. No quiero que te pongas en situaciones así de peligrosas por mi culpa.

—No es tu culpa que esa gente solo piense con la polla y crea que todo les pertenece —espetó—. Y tampoco lo es que para ellos todo se resuelva con la violencia y que, tristemente, se me dé tan bien. —Suspiró y me miró de refilón —. Siento si te he hecho pasar mal rato con esto.

—No, qué va —respondí, ligeramente inquieta—. Me preocupa esa herida, me quedaría más tranquila si me dejases echarle un vistazo.

Cuando llegamos a mi patio, Kendall apagó el motor y, haciendo un gesto de molestia, asintió.

—Está bien, dejaré que le eches un ojo —murmuró.

***

Unos minutos después estaba sentándose en la butaca de la isleta, tras dejar su chaqueta en la entrada. Yo fui a la habitación y me quité la ropa para ponerme unos botines de ir por casa, unos *leggins* y una sudadera.

—Quítate la camisa, he puesto la calefacción —dije.

Él se cuadró y se puso rígido sobre la butaca, empezó a titubear. Lo dejé allí y, cuando salí con el botiquín, todavía seguía con la camisa puesta.

—Kendall —recriminé.

—¿Qué?

—La camisa. —Dejé el botiquín sobre la isleta de la cocina. Él apartó la cara, con el rostro medio oculto por el flequillo—. No me vengas ahora con vergüenzas, que me la acabas de meter hasta el fondo no hace ni dos horas.

Se llevó la mano a la cara y se la frotó, parecía ligeramente avergonzado. Vale, no había sido nada delicada, pero es que realmente me estaba preocupando esa cantidad de sangre.

—Perdón —susurré acercándome—. ¿Qué pasa?

—No sé, es que… ha sido una noche de lo más trambólica. No esperaba que tu cumpleaños terminase contigo curándome una herida de navaja. —Suspiró, mirándose las manos tatuadas—. Todavía estoy procesando el comportamiento de tu familia, cómo te han mirado todos esos tíos como si fueras mercancía y, joder, no sé, en especial estoy tratando de procesar lo que ha ocurrido en tu habitación.

—¿Te arrepientes? —pregunté, centrándome en lo que más me preocupaba.

Él levantó la vista de golpe, negando con la cabeza.

—No, no, para nada. —Se le cortó la respiración y ladeó la cabeza—. Pero es que siento que no estoy jugando limpio contigo, Anya. Me he dejado llevar por las ganas que te tengo… Pero sigues sin saber nada de mi pasado. Sigues sin conocer todas mis partes oscuras. Te mereces a alguien con tu misma luz. No alguien que te haga recular cuando sepas la verdad… Antes defendiste tanto a Dylan que…

Bufó, mirando hacia arriba, dolido y angustiado.

—Bueno, tenías razón en que pasó algo que me ayudó a saber en qué lugar está él. Dylan es un alma gemela, casi como Jason, es un gran amigo que significa un mundo para mí. Pero nada más. —Kendall me miraba con los ojos muy abiertos, sin pestañear, y aprecié cómo recuperaba la respiración de forma abrupta cuando metí al jugador de béisbol en el mismo saco que al batería—. Y en cuanto a ti y a mí…, ya ha pasado, y sigo aquí. —Le puse las manos sobre las rodillas, él dio un respingo y me miró entre el flequillo—. Tenías miedo de que ocurriera, de que algo se rompiese. Te he visto plantar cara a esos mafiosos sin despeinarte. Que mi padre te idolatre así me da pistas suficientes para saber qué trabajos hacías para él. —Llevé las manos hacia el botón de su camisa y se le cortó la respiración—. Ya te dije que me gustaba lo que veía, y lo que veo es el conjunto de todas las cosas que te han pasado. El hombre que eres ahora es por todo lo que has vivido, Kendall. Y, aun empezando a ver esos rasgos oscuros en ti…, no dejas de fascinarme.

Él me observó, debatiéndose sobre qué contestar. Al no decir nada, lo miré de soslayo, le señalé la camisa y fui hacia el botiquín. Resignado, se la quitó y, al girarme hacia él, casi se me caen todas las cosas que llevaba en las manos. No solo por la cantidad de sangre que teñía ya hasta sus pantalones, sino por su escultural cuerpo. No le veía sin camiseta desde hacía años y no estaba ni la mitad de fuerte que ahora. Así, medio recostado en la butaca de la cocina, dejaba expuestos esos abdominales tan definidos y sus pectorales, ligeramente tatuados con los símbolos que subían por los brazos. No se quitó del todo la camisa, solo la dejó abierta para que pudiera ver bien la herida. Aunque fue en lo que menos me fijé, tristemente.

Con el corazón martilleándome con fuerza, le limpié la sangre y fui dejando gasas manchadas sobre la isleta. Al examinar el corte, comprobé que realmente no era profundo y fue un alivio considerable. Tenía puntos adhesivos de los que venden en las farmacias, con eso sería suficiente. Después de limpiarle y desinfectar la herida, comencé a ponerlos y, cuando ya solo me faltaba poner

una gasa encima y pegarla, volví a la carga.

—Tu silencio me dice que para ti sí ha cambiado algo, ¿no? —pregunté. Él se mordió el labio, mirándome desde su altura.

—Ya te dije que la pregunta clave era qué sentías tú. —Esta vez fui yo la que guardó silencio, él desvió la mirada—. Y, aunque me has dicho en qué lugar has puesto a Dylan, no has respondido en lo que a mí respecta.

—¿Y, entonces, qué quieres hacer con esto? —pregunté señalándonos del uno al otro.

—Muchas cosas —rugió, mirándome con intensidad. Yo acaricié la cinta adhesiva, terminando mi trabajo—. No quería cruzar esa línea contigo, porque todavía no sabes lo que sientes. Pero ya no he podido aguantar más… Había asumido que una vez te probase no iba a poder parar y, sinceramente, ahora no creo que pueda dar pasos hacia atrás, solo voy a querer más de ti, Anya. Y que tú no quieras lo mismo me atormenta.

Casi parecía derrotado, como un guerrero abatido en una batalla en la que llevaba largo tiempo luchando.

Me coloqué entre sus piernas y pasé mi mano desde la herida hacia sus abdominales, por la ligera línea de vello que bajaba desde su ombligo hasta perderse en su ropa interior, que se veía un dedo por encima de sus pantalones y del cinturón. Ascendí, deleitándome con el relieve de sus abdominales, y él empezó a respirar de forma más acelerada. Cuando llegué a sus pectorales, usé toda la palma para acariciar su piel.

—Lo que sé seguro es… —dije deteniendo las manos sobre su pecho, que subía y bajaba mientras me miraba fijamente— que nadie me hace sentir… así.

—¿Cómo? —quiso saber él.

—Como si fuera la otra mitad de un imán —confesé. La tensión de sus hombros bajó considerablemente—. Sé que te necesito cerca, que necesito tu compañía por encima de muchas cosas. —Me acerqué más hacia él y me incliné sobre su cuerpo para terminar dejando la cara bajo su barbilla—. ¿No podemos seguir un poco más por aquí? ¿No puedes dejarme saborear esto un poco más?

—Puedes tener lo que quieras de mí, Anya —susurró—. No te pienso negar nada.

—Bien. —Me aparté y le sonreí con picardía. Pasé mis labios por su pecho, donde se encontraba su corazón, por la línea de sus abdominales, poco a poco, hasta que llegué a su ombligo y se le cortó la respiración. Lo miré desde allí con decisión—. Porque me gustaría terminar la noche de mi cumpleaños mejor de lo que ha empezado.

Y empecé a quitarle el cinturón.

34

ÚLTIMA LÍNEA

Kendall

Allí tirado sobre la isleta de la cocina de Anya, con las botas apoyadas en el reposapiés de la butaca y con ella entre mis piernas, vi cómo desabrochaba el cinturón y después la bragueta. Subió la cabeza de nuevo y me besó con delicadeza, con un roce de sus labios que me robó el aliento.

¿Cómo no iba a cambiar lo que sentía por ella? Era imposible, era innegable desde hacía tiempo, pero es que desde que nos besamos en aquel puto escobero todos los muros que había ido levantando hacia ella habían sido dinamitados con cada caricia, con cada beso. Y esa noche, en su habitación en casa de sus padres, yo me había lanzado de cabeza a un precipicio, esperando matarme al final de la caída.

Pero todavía no había llegado al suelo, el momento de estrellarme y sentir el dolor se estaba posponiendo. De momento, me encontraba en un estado ingrávido. Me sentía en un impasse donde ya nada me retenía, donde no había barreras puestas para ella. Le estaba dando libertad, la misma que sentía yo en esa caída libre. Y no sabía cómo terminaría aquello, pero no podía parar, no encontraba las fuerzas para resistir. El peor escenario ya lo sabía, lo esperaba, incluso. Ese era en el que ella se diera cuenta de que yo no era digno y que solo le valía para descubrir y explorar el sexo.

Mientras me besaba, sacó mi erección y comenzó a masajearme. Me separé ligeramente para coger aire mientras gemía. Madre mía, eso ya me estaba matando.

Conforme veía cómo bajaba poco a poco de nuevo hacia mi miembro, pensé en cuál sería el mejor escenario. Y decidí grabar esa escena a fuego en mi mente, la de ella bajando hacia mi erección con esa mirada cargada de lujuria. El mejor resultado sería que ella me quisiera y que pudiéramos tener momentos así siempre que nos apeteciera. Me besó al lado de los *piercings*, en el glande, y sentí cómo me palpitaba, anhelando que sus labios me envolvieran.

No le hice mucho caso a mi corazón cuando me recordó que podía estar

sucediendo esta fantasía erótica sin que ella me quisiera. Que tan solo le gustase como follamigo, ya que tenía una altísima confianza por la amistad de tantos años. Intenté centrarme en cómo bombeaba su mano mientras tentaba mi cordura pasando los labios por mi miembro.

Joder, me iba a estallar la polla, junto con mi corazón y mi cabeza.

—No lo he hecho nunca, así que… guíame para hacerlo como más te guste —susurró.

Ay, hostias.

Solo pude asentir como un imbécil mientras intentaba respirar y no separar los ojos de ella. Abrió la boca, sacó la lengua y me saboreó como si fuese un puto helado. Tuve que cogerme al borde de la isleta y apretar los puños. La descarga de placer era tremenda, lo mejor que había experimentado en la vida. No es que nunca me hubieran hecho una mamada. Había tenido las suficientes experiencias como para decir con seguridad que había probado prácticamente de todo, con ambos sexos. Bien era cierto que no tenía relaciones sexuales con nadie desde hacía un par de años. No por falta de pretendientes, sino porque me empezaron a parecer encuentros tan vacíos que, poco a poco, los fui descartando. La reacción tan exagerada de mi cuerpo se debía a que era con Anya con quien lo estaba haciendo. Era por hacer al fin algo así con ella.

Porque yo sí tenía claro lo que sentía, lo había sabido siempre, aunque no hubiera querido exteriorizarlo jamás.

Joder. Lo había tenido claro y me lo había negado a mí mismo una y mil veces. En el fondo, Jason tenía razón el día que me lo echó en cara después del concierto. Tenía toda la maldita razón.

La inexperiencia de Anya hizo que se recreara en saborearme, en tantear con sus manos, con su lengua y con sus labios. No me rasgó con sus dientes ni una sola vez, como me había ocurrido en alguna ocasión con otras personas. Era tal su devoción y delicadeza que no tardé en sentir que mi final llegaría pronto. La avisé, la cogí de la cabeza para que se separara, pero me apartó la mano de un manotazo y siguió.

No pude controlar el gesto de mis caderas moviéndose hacia ella, ni volver a colocar la mano en su nuca ligeramente solo para sentir todavía más cómo subía y bajaba mientras mi mundo explotaba en millones de colores y descargaba con un gemido rasgado.

Se irguió limpiándose la boca, mirándome desafiante; una mirada cargada de placer y de orgullo por haberme llevado al límite de aquella forma. Porque parecía que me hubiera atropellado un puto camión.

Sin poder aguantar un segundo más sin su tacto, me lancé a besarla, tirando la butaca donde había estado. La abracé y la levanté sin separar los labios de

los suyos. Ella enroscó las piernas en mi cintura y se agarró a mis hombros, clavándome las uñas en la espalda ligeramente.

La llevé hasta la habitación y la tumbé sobre su cama. Comencé a besar su cuello mientras me quitaba los vaqueros a base de patadas. Ella comenzó a reír de forma nerviosa.

—¿Qué haces?

Maldije, estampando los pantalones hacia el otro lado de la habitación. La miré al tiempo que la cogía de las caderas y le quité los leggings de otro tirón.

Antes de que dijera nada más, la volví a besar, reclamando cada parte de su boca con mi lengua. Tenía ese regusto salado todavía, pero no me importaba. Solo pensaba en que había que igualar el marcador. Le quité la sudadera y descubrí muy gratamente que no llevaba sujetador. Sus pechos generosos me recibieron y suspiré deleitándome con su visión por primera vez. Ella se ruborizó, yo le sonreí en respuesta. Llevé mi boca directamente hacia uno de ellos; mientras que con una mano lo masajeaba, mi lengua se encargó del otro. Lamía y succionaba su pezón, ella gemía y se retorcía de placer. Me podría hacer adicto a esos gemidos, a esas pequeñas pausas donde luego soltaba una ligera exclamación cuando cambiaba de caricias a gestos más duros. Le gustaba que fuera ligeramente brusco, y eso me ponía demasiado cachondo como para mantener la cordura.

Imitando su paciencia y los besos que me había dedicado arrastrando los labios por mi vientre, recorrí el camino hacia su ombligo. Gimió avergonzada cuando me coloqué entre sus piernas y la miré desde allí. Las alcé sobre mis hombros.

—Anya —murmuré.

—¿Q-qué?

—Feliz cumpleaños —dije besándole en la parte interna del muslo.

Y, después, me perdí en su centro. Ella me cogía del pelo, agarrándose a mí. Y yo me recreé en lamerla, en venerarla como si fuese una reina. Como si allí estuviera la salvación para todos mis males. Me la comí como si se tratara de la última cena de mi vida y fuese directo al matadero. Y cuando estalló no en su primero, sino en su segundo orgasmo, la contemplé con los ojos nublados por la pasión y la devoción.

Me tumbé a su lado, nos tapé con una manta y ella se acurrucó en mi pecho, intentando respirar con normalidad.

Dos palabras se me atascaron en la garganta.

Dos palabras me amenazaron con asfixiarme si no las decía, si no las dejaba escapar.

Dos palabras fueron mi condena cuando fui consciente de que, aunque no

había querido verlo, siempre habían estado ahí, grabadas en mi corazón junto a su nombre.

Dos palabras iban a tener la culpa de mi condena. Porque todavía no era el momento de decirlas, no hasta que ella lo supiera todo de mí.

35

LA VERDAD

Kendall

Al día siguiente, con el sonido de la alarma del móvil, supe que la había liado. No tenía el uniforme y me tocaba trabajar. Podía pasar por casa rápido, coger algo y cambiarme en el vestuario al llegar, pero tenía que salir ya.

El problema era ¿cómo podía salir escopeteado de allí si me sentía en el puto paraíso? Pensé mil excusas para no salir de la cama, como fingir mi muerte o, como mínimo, estar enfermo. Me maldije por ser tan responsable y no poder fallar así como así.

Me intenté incorporar y ella se aferró a mí como un koala adorable. Me reí bajito. Cogiendo sus brazos y quitándolos de mi cuerpo, me incliné hacia ella, que gruñía en sueños.

—He de irme, Anya.

—*Ñoooo* —se quejó, todavía dormida.

—Yo tampoco quiero, pero tengo que irme. —La besé en los labios con un pico rápido. Y ella puso morros, lo que me arrancó otra risa—. En serio, todavía he de ir a casa a por el uniforme, tengo que irme ya. Pero te escribo luego.

—Más te vale —murmuró, abrazando la almohada en lugar de mi torso—. Kendall.

—¿Sí? —dije poniéndome los pantalones y la camisa.

—Gracias por ese final de cumpleaños —me dijo arrastrando las palabras.

—No me des las gracias por eso —respondí entre risas. Volví a la cama y le besé la frente, los ojos y la nariz, en una miríada de besos fugaces. Ella me sonrió con los ojos cerrados.

—Que tengas buen día —susurró.

Y después volvió a dormirse. Mi corazón se quedó allí, junto a ella. Porque supe que sería plenamente feliz si pudiera tener eso todos los malditos días de mi vida.

Conforme me metí en el coche, contesté algunos mensajes y envié uno que

me costó más de lo que mi orgullo me permitía admitir.

KENDALL
Tenías razón.

JASON
Buenos días a ti también, capullo.
Me has despertado.
Pero, vale, ¿en qué exactamente?

KENDALL
Con Anya.

JASON
Hostia, puta.
Joder. Vale. Joder. Vale.
¿Cuándo te veo?

KENDALL
Tío, pues yo qué sé.
¿En el ensayo de mañana?
Hoy tengo cosas que cerrar de la casa rural.

JASON
No. Una mierda.
Yo te veo hoy.
Es más, te veo en tu parada
para comer.

KENDALL
¿No tienes entrenamiento
por la competición de boxeo?
Ni se te ocurra pelarte las clases
por el cotilleo. Que te parto las piernas.

JASON
Que te jodan.

Lancé el móvil al asiento del copiloto y pasé del resto de mensajes que me estaba enviando. Posiblemente *gifs* mandándome a la mierda o cosas así.

Cuando entré en casa, vi que Risse se había quedado dormida en el sofá. La tapé con una manta, apagué la televisión y recogí mi ropa para irme directo al trabajo.

Tenía entendido que todavía no le había contado nada ni a Jason ni a Anya sobre que estaba viviendo conmigo. Parecía que no había podido

desengancharse de todas las drogas que se había llegado a meter en el cuerpo, pero, al menos, sí las más gordas. Ya llevaba varias semanas conmigo y las primeras fueron terribles. Aun así, parecía estar mejor. Y estaba empezando a comer más, no más sano, pero sí más. Y esas ojeras de descansar poco y mal habían desaparecido de su rostro.

Me había contado que pensaba hablar con Jason en la casa rural, que le confesaría todo y que al menos, si rompían, tendría a sus amigos cerca para recuperarse. Era una buena forma de verlo. Lo que no sabía era si también se lo contaría a Anya allí o después. En cualquiera de esos escenarios, yo me mantendría al margen. Solo le había dado la seguridad de un techo y la experiencia de alguien que había pasado por la misma vivencia. Pero nada más. Solo Risse podía decidir cuándo hacer públicos sus problemas y ponerlos sobre la mesa frente a la gente que más quería.

Como había podido esperar de Jason, horas después se plantó en mi trabajo y fue directo a la zona abierta con mesas para comer donde sabía que a mí me gustaba estar. Agradecía el sol, aunque hiciera frío, y el aire libre para fumar con tranquilidad sin molestar a nadie ni tener que salir cada dos por tres fuera. Aparcó la moto y caminó iracundo hacia mí mientras se arrancaba el casco de la cabeza, despeinando su pelo naranja que volvía a llevar algo más largo, pero solo por la parte superior de la cabeza, dejando los laterales casi rapados.

—¡Ey! ¡Cuéntame! —dijo sin haber llegado todavía hasta la mesa.

Levanté los brazos, poniendo una mueca de incredulidad.

—Hola a ti también, capullo.

—Déjate de formalismos conmigo, desembucha. ¿Qué le has hecho a mi enana?

—¿Ahora es tuya?

—Sé que acabo de heredar el título de hermano mayor de repuesto de Anya, así que sí —espetó, cruzándose de brazos. La chupa de cuero de motero le hacía parecer todavía más grande de lo que se había hecho el condenado irlandés.

—Nos hemos acostado, varias veces, ayer —dije de forma abrupta. Me miró con el ceño fruncido, esperando—. Y ha ido… más que bien. Ha sido jodidamente increíble. —Me pasé las manos por la cara—. Ha habido una sincronización… especial. No sé, al menos por mi parte…

—Joder.

—¿Qué?

—Que sí tenía razón.

—Es lo primero que te he dicho esta mañana, gilipollas.

—Ya, pero estoy alucinando hasta yo. —Finalmente apoyó los antebrazos

sobre la mesa, inclinándose hacia mí—. ¿Ella te ha dicho lo que siente?

Negué con la cabeza, apoyándola sobre el puño cerrado de una mano. Con la otra, tamborileé con los dedos encima de la mesa, en un tic nervioso.

—No, y sé que esto es mi condena. —Apreté los labios en una línea—. Me ha dicho que tiene claro que Dylan es un alma gemela. —Sonreí con tristeza y lo enfrenté—. Como tú. —Los ojos de Jason brillaron y apretó los labios—. Está segura de que lo suyo con él solo es una gran amistad. Pero no ha hecho amago de decir que yo sea diferente, que no sea más que sexo entre amigos.

—Tío, ¿y por qué no le dices lo que sientes?

—No quiero condicionarla —murmuré—. Con el sexo de por medio hay ciertos sentimientos que pueden confundirse. El éxtasis de un orgasmo o la complicidad…, no sé. Quiero que tenga claros sus sentimientos antes de confesar nada.

—¿Y tener una cita con ella? —comentó, y aluciné de que me propusiera lo mismo que habíamos hablado Anya y yo en el coche—. Tienes que dejar que ella te vea en otro ambiente, tío, uno intermedio entre la relación de amistad de siempre y la cama. Quizá eso la ayude a comprender qué siente por ti.

Me pasé la mano por la cara, suspirando, y asentí muy lentamente.

—Sí, quizá tengas razón y sea lo mejor. Le escribiré.

—¿Me das la razón dos veces el mismo día? Joder, estoy en racha —comentó con una radiante sonrisa, que, como muchas otras veces, se me contagió.

—Eres imbécil.

—Vuestro imbécil —matizó guiñándome un ojo—. Iré preparando mi discurso protector para cuando llegue el momento.

Riendo pesadamente, negué con la cabeza.

***

Después de la charla con Jason, quien terminó por robarme parte del almuerzo, envié varios mensajes a Anya. Quizá estuviera durmiendo todavía, ya que no tenían más clases. Por otro lado, me hirvió la sangre recordar que posiblemente se hubiera liado con Dylan. Los celos se apoderaron de mi cuerpo y traté de respirar con normalidad para relajarme y eludir esas ganas de estampar el puño contra algo.

Por la tarde cerré pagos y reservas para el fin de semana siguiente, que sería el de la casa rural. Todos le habían dado el dinero a Jason para que comprase los regalos acordados para Anya. Riley y Ozzy habían quedado con Leah y Maya para ir a comprar a un proveedor la comida y bebida, así nos saldría

mucho más económico. La conservarían en las cámaras del local y la recogeríamos el día de salida. Como éramos un total de diez, se comentó ir en dos coches para no hacer gasto excesivo de gasolina. Así que yo me encargaría de recoger a los chavales del béisbol, a Risse y a Anya. Y Ozzy llevaría a los demás. Jason, solo por tocar los cojones, dijo que iría en su moto.

Cuando terminé la jornada de trabajo, sabía que todavía me quedaba un buen rato de gestiones, pero sentía el cuerpo inquieto. Como si necesitase ir a algún lugar con urgencia. Notaba cómo una energía tiraba de mí para ir al lugar correcto. Y supe que ese lugar no era mi casa. Cuando llegué y la soledad me recibió, supe que debía dar media vuelta y volver al punto de partida de aquella mañana.

Al piso de Anya, a su cama, a su abrazo desnudo.

36

TIEMPO CONTIGO

Anya

Cuando el despertador sonó al olvidarme de quitar la alarma para ir a clase, pensé que no podría arrastrarme fuera de esa cama.

El olor de Kendall todavía estaba allí, recordaba como parte de un sueño que me decía que se debía marchar. Me jodía no haber podido despedirme mejor, pero estaba agotada. Los orgasmos me habían sumido en el sueño más reparador que había tenido jamás.

Conforme mi cabeza se fue espabilando, la realidad de lo que había pasado la noche anterior se hacía más y más tangible. Me senté de golpe, respirando con agitación, y me encontré todavía desnuda. Sí, había sido total y absolutamente real. Me había acostado con él. Y había sido perfecto. Había una conexión entre los dos innegable, al menos para mí. El corazón se desbocó en mi pecho y comencé a buscar el móvil. Cuando lo encontré, abrí el chat de Risse y le escribí.

ANYA
Tía, ha pasado.

RISSE
No jodas.
En veinte minutos te recojo.

Casi la escuchaba gritar mientras recogía sus cosas. Yo tuve que esforzarme para no hacerlo. Vi que tenía movimiento por parte de Sora en la aplicación y, después de la ducha rápida, mientras escogía la ropa para ese día, me entró un mensaje.

Me vestí a toda prisa y esperé a tener a mi amiga al lado para contarle mis inquietudes, con esperanza de que su visión desde otro ángulo me guiara en este mundo desconocido para mí. Mientras la esperaba, moví ficha en la aplicación de ajedrez.

SORA
Buen movimiento.
¿Estoy empezando a ver ahora a
la auténtica reina del ajedrez que los
foros me prometieron?

NIA
Lo bueno siempre se hace
de rogar, querido amigo.
Ve preparando la caja de pañuelos.
Te harán falta cuando te humille.

Risse llegó y me avisó con un único pitido del claxon. Bajé corriendo como alma que lleva el diablo. Me moría del ansia de contarle todo. No quería que le relatase nada hasta que no pudiera prestarme el cien por cien de su atención, así que fui mordiéndome el dedo y tratando de enlazar los hechos. Porque estaba claro que la parte de mi familia haciendo cosas de mafiosos iba a saltármela.

Una vez en la cafetería a la que Jason me solía llevar, me fijé en que Kendall también me había escrito.

KENDALL
Siento no haberme podido
quedar contigo en la cama.
Jamás me había costado tanto levantarme 😘
Espero que estés bien.
Quizá fui algo brusco.
¿Nos vemos en el ensayo de mañana?

ANYA
¡Claro, nos vemos mañana!
¿Me recoges como siempre?

KENDALL
La duda ofende.
Todavía huelo a ti, no sé si me ducharé,
así es como llevarte un poco más conmigo.

ANYA
No seas cochino.
Y estoy bien, de verdad.
Como si estuviera en una nube 😉

Después de eso, vi que intentaba contestar y después paraba. Quizá no pudiera seguir por entrar al trabajo. Pero me alegré de que no se hubiera olvidado de mí y que, a pesar de ir con prisas y del trabajo, me escribiera.

Ya sentadas en la cafetería, con varios dónuts y *cookies* frente a nosotras con dos buenos capuchinos humeantes entre manos, Risse se inclinó hacia mí con los ojos brillantes.

—Cuéntame —rogó—. Y con detalles. No escatimes en detalles.

Así que procedí a contarle todo desde que Kendall me recogió. Cómo me había buscado en el coche, mi reto hacia él, la situación incómoda con mi familia. Que mi padre había invitado a unos amigos cuyos hijos me miraron como una obra de arte en exposición disponible y cuyo precio era negociable, omitiendo el factor mafia. Que Kendall se puso celoso por Dylan y el encuentro en mi habitación. Ella quería detalles y se los di todos, incluido el momento en que mi madre casi nos pilla.

—Madre mía, me estoy poniendo cachonda solo de imaginar la situación —se rio. Después me instó a seguir.

Así que, omitiendo el navajazo, le dije que Kendall se había peleado con uno de los invitados porque me había faltado al respeto. Risse se recostó abanicándose, notablemente encantada. Le conté que había invitado a Kendall a subir a mi piso y todo lo que había pasado, tanto en la cocina como en mi habitación. Y lo precioso que me había parecido ese montón de besos por toda la cara cuando se marchó y que, obviamente, me había escrito. Ella no paraba de suspirar, aleteando las pestañas en una expresión de satisfacción.

—Tía, es que es perfecto todo —afirmó levantando las manos y moviendo la cabeza—. Mis dieces, hermana, bien follado.

Me reí mientras bebía del café y sentí cómo se me colaba por la nariz. Tuve que sonarme mientras ella se reía y se burlaba.

—Bueno, el problema viene ahora —comenté—. Él no quería acostarse conmigo sin que yo tuviera claros mis sentimientos, y aun así ha pasado y…, bueno, es que realmente no sé lo que siento. Además, tenemos pendiente esa cita…, la cual no sé ni siquiera si se toma en serio y…

—Vale, frena, amiga. —Risse estiró las manos y cogió una de las mías—. Tú misma estás empezando a descubrir lo que sientes y lo que necesitas. Kendall te quiere. —Al decir aquello, mi corazón se detuvo—. Y te respeta lo suficiente como para darte el espacio que necesitas para que lo averigües.

—¿Me… quiere? —Parpadeé más de lo pensado—. Como amiga, obviamente.

—Ay, cariño… —Me dio palmaditas en las manos y, después, destrozó una cookie para llevársela a la boca—. Ahora mismo tienes muy reciente lo de

Dylan. También ten en cuenta una cosa. —Me señaló con un dedo—. Con un orgasmo es fácil decir que quieres a alguien, tu cuerpo está a tope de dopamina y mierdas químicas que nos hacen creer que estamos en el puto cielo. Pero es en los pequeños momentos cuando esas mariposas nos invaden el estómago, cuando nuestros pies parecen levantarse del suelo con un solo beso. Cuando sientes esa corriente de energía estallar por el organismo. ¿Me pillas? Es ahí donde te debes quedar, amiga.

—Joder, cómo te quiero —espeté, asombrada.

—No me sirve, estás recién follada.

***

Planeamos hacer algo juntas, ya que nos habíamos visto de imprevisto. Risse propuso ir de compras para la casa rural, quería comprar algo más abrigado, al parecer no tenía nada apropiado para ir a la nieve. Aproveché para preguntarle sobre Jason. Me puso la misma cara de idiota que él, solo que después sonrió ampliamente y suspiró.

—Es un tío increíble, la verdad, mucho mejor de lo que había podido imaginar. —Torció el gesto—. Y mira que siempre he estado obsesionada con él, desde que lo vi subirse al escenario. ¿Sabes que ya escuchaba las canciones de los Iron cuando todavía estaba Aleks?

—¿En serio?

—¡Sí! —Risse se rio con ternura—. Es curioso que ambas conociéramos a gente en común, incluso a nuestros respectivos hermanos, pero no hayamos coincidido hasta ahora.

—Bueno, dicen que hay personas que aparecen en tu vida justo en el momento en que más lo necesitas, por el motivo que sea. —Cogí su mano sobre la mesa—. Sé que tú me has salvado de muchas formas, Risse. Me recogiste de una caída que ni siquiera llegué a ver.

—Qué va, Dylan estuvo ahí realmente cuando más lo necesitaste.

—Sí, pero es diferente. —Me mordí el labio—. Igual que Noah ha jugado un gran papel en todo. Sin él, quizá no habría tenido el mismo acercamiento con Dylan. No sé, tengo claro que vosotros tres sois para mí algo que jamás pensé que encontraría a estas alturas. Y lo agradezco mucho.

Los ojos grises de Risse se llenaron de lágrimas, abrazó mi mano con las suyas.

—Tú estás siendo mi salvavidas, Anya. No te haces a la idea de lo que me has dado. —Se le cortó la voz y se abanicaba la cara para no llorar—. Quizá en otro momento.

Riéndome, me levanté para darle un abrazo. Después nos pusimos en marcha y pasamos gran parte del día juntas, hasta que, llegado el momento de despedirnos por la tarde, me llegó otro mensaje de Kendall. Estábamos en el coche cuando lo abrí.

—Tía, tía, tía —empecé a decir mientras colapsaba leyendo.

KENDALL
He estado pensando en lo de la cita.
Quizá fui muy ambiguo y pareció que
solo me metía contigo, pero nada más lejos
de la realidad.
Te necesito a mi lado de más formas que
mi amiga de siempre.
Lo de estos días no ha sido un simple escarceo para mí.
¿Me concedes una cita contigo
para redescubrirnos?
Muero por pasar mis dedos
por tu piel otra vez.

Risse paró el coche a un lado de la calzada y empezó a gritar dando saltos en el asiento. Yo no sabía si reír, gritar, llorar o brincar también. Así que al final fue un cúmulo histérico de todo.

—Tía, me cago en mi vida, este hombre es un diamante en bruto. Dile que sí, que sí, que sí. ¡Yo te elijo modelito!

—Estoy muy nerviosa, me tiemblan las manos.

—No te temblaba nada cuando te amorrabas a su…

—¡Vale, pero ahora sí! —dije cortándola.

—¡Que le contestes que sí, perra suertuda!

—¡Vale!

ANYA
Esa última frase sabe a promesas deliciosas.
Espero que la cumplas.
Estoy deseando redescubrirte, Kendall.
¿Cuándo nos vemos?

KENDALL
Siempre cumplo lo que prometo,
pero te garantizo que solo pienso
en tu sonrisa esta mañana.
¿Después del ensayo de mañana

te parecería bien?

ANYA

Siempre y cuando te acuerdes
de mi tarta de cumpleaños 😎
Cuando quieras.

37

COMPLEJIDAD DEL CORAZÓN

Anya

Al día siguiente, Kendall me recibió con esa media sonrisa suya, pero con un brillo diferente en su mirada. Uno cargado de un significado nuevo entre ambos. Me removí en mi asiento, inquieta y nerviosa, pero feliz.

Vio el collar y una sombra cruzó su semblante. No dijo nada al arrancar, pero no pudo contener la pregunta.

—¿Un regalo?

—Sí —admití tocándolo con cariño—. De Dylan. —Kendall apretó los labios en una línea—. Lleva las iniciales de los cuatro: Noah, Dylan, Risse y la mía.

Sus hombros se destensaron ligeramente, aunque, más que aliviado, parecía derrotado.

—Es bonito —admitió.

Se notaba que estaba haciendo un gran esfuerzo por no ser un capullo con mi amigo. Sentía que tenía que contarle exactamente lo que había pasado entre ambos. Dylan y yo habíamos dejado en un cajón esa relación que prácticamente no llegó ni a despegar. Era algo platónico por parte de los dos. Nos queríamos, esa era la conclusión, pero no de forma romántica y erótica. Había una línea natural entre los dos y daba gracias a esa conexión que le había disparado las alertas y había decidido preguntar si quería seguir. Porque ahora era consciente de que, si hubiéramos seguido a ver si la cosa fluía con el sexo, habríamos llegado al punto de no sentirnos cómodos el uno con el otro. Y yo me sentiría sucia, en cierto modo. Lo agradecí todavía más cuando me senté en el coche con Kendall y mi cuerpo empezó a reaccionar de forma tan alarmante a su presencia. Todo él me estremecía de una manera increíble: su voz, sus gestos, su olor. ¿Cuándo había cambiado tanto su presencia para mí? ¿O simplemente ahora era consciente?

Recordé lo que me había dicho Risse, lo de los besos en los pequeños momentos. Quizá, si le pedía uno a Kendall, sin que la cosa terminase entre las

sábanas, averiguaría los misterios que abordaban a mi pobre corazón. Porque también estaba la posibilidad de que no sintiera nada más que un ardiente deseo por él. Y, de ser así, quizá tendría que prescindir de más momentos de intimidad si eso le podía hacer daño.

Risse había dicho que me quería, él había confesado que verme con otro hombre le condenaría. Pero yo siempre lo había adjudicado a la amistad, a que le afectaría quedarse solo si yo empezaba a pasar más tiempo con mi pareja. No había interiorizado que quizá era porque podía estar enamorado de mí.

Aquel simple pensamiento, junto con la imagen de él conduciendo, concentrado y ligeramente enfurruñado, hizo que mi corazón comenzase una danza desenfrenada. Sentía que crecía dentro de mí hasta quedarse sin sitio para bombear. Recordé esos besos fugaces que me había dado al irse de mi cama y algo estalló por todo mi cuerpo, una sensación cálida y agradable desplegó sus alas y me envolvió. Era como estar frente a una hoguera, era cálido y acogedor. Lo sentía espeso en mi vientre y, cuando él se giró y sus ojos pardos se encontraron con los míos y sonrió, algo efervescente se apoderó de mi estómago.

—Estás empanada, Anya. ¿Te hace falta un café? Puedo parar en algún sitio… —comentó burlón. Yo le saqué la lengua.

—Estoy bien, idiota —renegué, él rio bajito.

—Vale. —Metió la marcha y después colocó la mano en mi rodilla. Un cosquilleo recorrió mi cuerpo allí donde su mano me acariciaba de forma distraída—. Aunque me sigue pareciendo que tu cabeza está en otra parte. ¿Es por la partida esa de ajedrez? Parecías muy enfadada por ese nuevo rival.

—Argh —musité asqueada—. Ese maldito Sora del inframundo. ¿Sabes que todavía no he podido ganarle? Es la partida más larga de mi vida.

—Increíble —se rio con cariño. El silencio volvió a ser pesado e incómodo —. ¿Seguro que está todo bien?

Me quedé mirándole un instante y después a su mano sobre mi rodilla. La cogí con la mía y acaricié sus nudillos con el pulgar de forma distraída. Suspirando, desvié la vista por la ventanilla.

—Sí, está todo bien —confirmé.

Casi sentí la duda roer sus pensamientos, pero no dijo nada más. Llegamos en silencio al local y, al aparcar, vimos a Jason sobre su moto, con el casco entre las manos y la mirada enfocada hacia la entrada. Kendall bajó la ventanilla y llamamos la atención del pelirrojo.

—¿Pasa algo? —quise saber.

Nuestro amigo se giró hacia ambos con una sonrisa pícara en el rostro. Cada vez parecía más fornido, más grande, y aún más con la chaqueta de

motero. Se levantó y, con el casco en una mano, se dejó caer sobre la puerta del copiloto, bajando el rostro para que le escucháramos.

—Una pelea de enamorados, de proporciones épicas —anunció.

Desviamos la vista hacia los gritos, no entendíamos lo que decían por la distancia. Pero, al enfocar la vista, vi que era Leah quien gritaba. Poniéndose la camiseta y el pelo en condiciones, Maya salía del local de ensayo junto a Riley. Ozzy enfrentaba a Leah, le dijo algo y la cogió de la mano, tirando de ella con tanta fuerza que trastabilló y cayó sobre él, quien la besó con pasión. Jason silbó.

Entonces Riley se acercó a ellos y Leah se separó para señalarle y decirle algo. Negando con la cabeza, él le contestó algo que hizo que la dueña de nuestro local habitual se pusiera a llorar. Y, entonces, él también la besó. Jason volvió a silbar. Kendall se inclinó todavía más sobre mí para ver mejor.

—Joder, me están poniendo cachondo —escuché que decía el irlandés.

—Y a mí también —me escuché decir en un jadeo. Kendall a mi lado soltó un gruñido, no supe si de aprobación o de celos—. ¿Están los tres juntos?

—No, enana. —Maya se acercó a ellos y, cogiendo con una mano a Ozzy y con la otra a Riley, se acercó a Leah y la besó con dulzura en los labios. La dueña del Meteora dudó y unos instantes después sujetó con ambas manos el rostro de Maya con cariño, sin dejar de besarse—. Están los unos con los otros. Una relación poliamorosa tormentosa, que parece haberse arreglado. Me alegro por ellos, se merecían un amor tan grande como lo son ellos cuatro.

***

Después del ensayo más raro de mi vida, junto a Leah y Maya, que parecían estar haciendo las paces por algo que ni tan siquiera podía empezar a comprender, todos hicimos marcha. Ellos fueron a terminar las compras para el fin de semana en la casa rural, Jason se fue a entrenar y Kendall me llevó a casa.

Me había dejado oficialmente petrificada la relación de los chicos. Tal y como siempre había imaginado en mis calenturientos pensamientos, estaban saliendo. Pero no solo ellos dos, sino también ellas dos. Y parecía no ser solo físico. Había mucho del mundo del sexo que no conocía, pero también del corazón. Las relaciones, que hasta entonces para mí eran un sencillo «chica conoce chico y se enamoran», se habían ampliado en un abanico de posibilidades, de colores y de sentimientos que había que catalogar. O no.

Quizá no hiciera falta poner una etiqueta, pero comprendía que no era tan sencillo como tener un mejor amigo o una pareja. Con Dylan había aprendido

eso la noche anterior, él se había convertido en un mundo para mí. Jason era más importante en mis prioridades y en mi corazón que mi propia familia de sangre, esa persona a la que sabía que podía confiarle mi vida. Pero jamás sería como Kendall. Miré al bajista y supe lo que necesitaba para estar segura al cien por cien de lo que ya me temía.

Kendall se había cambiado después del ensayo y ahora llevaba una mezcla de sus vaqueros *heavies*, con rotos en las rodillas y cadenas a un lateral, y botas de cuero con punta metalizada junto con una camisa y americana. Todo en su indiscutible color negro habitual. Se había vuelto a poner las cadenas en el cuello, los anillos y las pulseras, indicándome con eso que se había arreglado para mí, que iba a darme a probar un poco de ese lado oscuro.

Yo le pedí que me llevase a casa un momento para cambiarme e ir con ropa elegante. Risse me ayudó a elegirla el día anterior, así que ya tenía hasta las joyas listas. Era un vestido palabra de honor ceñido que después caía en cascadas hacia atrás, dejando una pequeña cola, hasta rozar mis tobillos, pero la parte delantera se quedaba por arriba de las rodillas. Unos zapatos de tacón ancho, para no matarme, y para cubrir el cuello una gargantilla. Todo en azul marino brillante, que, según cómo le diera la luz, revelaba su color real o, por el contrario, se mantenía en un tono tan oscuro que se confundía con el negro.

Cuando bajé de casa, Kendall abrió los ojos muy lentamente, dejando la boca abierta en el proceso. Llegué a su lado con una sonrisa, que me devolvió ladeando la cabeza.

—Estás preciosa —murmuró, yo me ruboricé sin poderlo evitar.

Volvimos al coche y puso rumbo al restaurante. Durante el camino aprecié que se esforzaba por no mirarme mucho, aunque le traicionaba que, cada vez que desviaba la mirada hacia mis piernas, apretaba el cambio de marchas y el volante con las manos. Eso hizo que unas llamas se prendieran en mi pecho, cargándome de una energía inquieta por todo mi organismo.

Al llegar, bajó del vehículo sin decir nada y me abrió la puerta, cosa que nunca había hecho. Su mano tatuada y con anillos se quedó suspendida en el aire, esperando la respuesta de la mía. Al hacerlo y salir del coche, no me soltó, me acercó ligeramente hacia él y contuve la respiración.

—Hoy no te negaré nada, Anya —susurró—. Ni respuestas, ni exigencias, ni caprichos. Pide y lo haré, pregunta y responderé…

—¿Lo que sea?

—Lo que sea, aunque me cueste, estoy dispuesto a dejarte entrar en las salas más oscuras de mi corazón —confesó.

—¿Por qué?

Me examinó el rostro y apretó la mandíbula antes de contestar:

—Porque necesito que averigües qué sientes por mí, porque me he lanzado a un vacío del que no esperaba sobrevivir… Aunque quizá sí que haya esperanza.

38

MAFIOSO

Anya

—He de advertirte una cosa antes de entrar —me dijo él en la acera—. Este es un local regentado por capos y mafiosos de la Bratva. Saben más que de sobra quién soy, pero no conocen al mismo Kendall que tú…

—Entiendo. —Ladeé la cabeza sin dejar de mirarle—. No me importa, quiero verlo.

Sus pupilas se dilataron notablemente, asintió con firmeza.

—También has de tener presente que sabrán quién eres, Anya. —El corazón se me detuvo ligeramente en el pecho—. Aunque no hayas hecho apariciones públicas en este mundillo, tu padre se ha encargado de poner un punto de alerta en cuanto a ti, a pesar de saber que yo estaba a tu lado constantemente. —Kendall gruñó y se encogió de hombros—. Solo quiero que estés preparada.

Apreté los labios y asentí.

—Lo estoy. Además, estás a mi lado.

—Siempre.

***

Con el corazón revoloteando como mil mariposas en mi pecho, entramos en el restaurante más caro en el que había estado jamás. Le había dado las llaves del coche a un chico que había en la puerta y que automáticamente salió disparado para hacer su labor. El metre sonrió a Kendall ampliamente, pero, cuando me vio a mí cogida de su mano, sus ojos se abrieron como platos. Y se apuró a venir a nuestro lado.

—Señorita Korolova, qué placer conocerla en persona al fin, permítame. —Le entregué mi abrigo, notablemente abrumada. Kendall me sonrió con ternura—. Le he preparado la mesa que ha pedido, señor Hunt, síganme.

—Después de ti —dijo mi acompañante, y seguí al metre.

Tal y como había dicho Kendall, muchas miradas y susurros de sorpresa y respeto nos escoltaron hasta nuestra mesa, que estaba pasando la primera sala de la entrada principal. Atravesamos unas puertas y un pasillo y dimos a otro mucho más ostentoso y con menos luz. En el centro de la estancia había un tanque gigantesco lleno de peces, la luz hacía que aquel inmenso acuario realzara la belleza de los corales y los colores de los animales que nadaban con parsimonia. En cada mesa y esquina brillaban cientos de velas, donde parejas o grupos pequeños mantenían charlas distendidas o empalagosas. El corazón comenzó una carrera exagerada ante esto, jamás me había imaginado a Kendall en un ambiente así, y el hecho de que lo conocieran tan bien hacía que tuviera muchísimas preguntas.

El metre nos llevó a nuestra mesa, una de las pocas que permanecía prácticamente pegada al acuario. Hizo amago de retirarme la silla, pero Kendall, con un gesto, lo despachó y fue él quien cogió el respaldo. Me quedé petrificada unos segundos, pero entonces le dejé ser caballeroso conmigo. Una vez sentada, él tomó asiento frente a mí.

—Guau —dije.

Kendall sonrió ligeramente y su expresión pareció brillar. Se inclinó sobre la mesa para apoyar la mejilla en un puño, sin dejar de mirarme.

—¿Te gusta?

—Es… Madre mía, estoy sin palabras. —Sonreí ampliamente y asentí—. Tengo muchas preguntas.

—Me lo imaginaba. —Volvió a reír, con un deje triste. El metre volvió y nos extendió una carta de comida y una de vinos a cada uno y se marchó para darnos algo de intimidad. Kendall no tocó ninguna—. Lo que quieras, Anya, recuerda.

—Vale. —Me mordí el labio y él siguió el gesto con la mirada—. Lo primero es decirte que me gusta esta versión caballerosa de ti. Aunque no pienses que se me han escapado esas miradas furtivas y amenazantes.

—¿Y eso te disgusta?

—Nah —musité y traté de evitar una sonrisa, que salió de forma tímida al final—. Siempre has sido protector conmigo.

—¿Y si no fuese protección, sino posesión?

—Bueno, entonces dependería.

—¿De qué?

—De si lo haces por cuidarme como parte de esa promesa que hiciste o porque me quieres solo para ti, como algo más —maticé. Sus ojos destellaron ligeramente cuando se inclinó y la luz del acuario se reflejó en ellos.

—¿Y qué crees que puede ser?

—¿Qué tal si me lo dices directamente? —insistí.

Él tardó unos segundos en responder, pero, cuando lo hizo, me dejó sin respiración.

—Quiero dejarles claro a esos imbéciles que no te podrán tocar, que cada centímetro de esa deliciosa piel que está a la vista y también la que no… es para mí. —Su voz sonó más grave y ahumada—. Con esas miradas furtivas, como dices, les advierto que, como intenten propasarse con mi acompañante, les costará caro. Ya saben lo que puedo hacer.

—¿A cuántas has traído con esas mismas declaraciones mudas? —pregunté, intentando que el corazón no se me saliera por la boca.

—Tú eres la primera —aseguró—. La primera al menos con la que tengo una cita así…

—Me cuesta creerlo —dije realmente sorprendida. Él se encogió de hombros.

—Jamás te he mentido. Y mis relaciones siempre se han basado más en el desahogo físico. Para mí esto es otro nivel de intimidad.

—¿Y con mi hermano? —susurré.

Kendall frunció el ceño.

—Pensaba que lo quería, hasta que me di cuenta de que tampoco fue más que un salvavidas en un momento clave de mi vida —respondió, desviando la vista hacia el tanque—. Así que pasó de amigo a amante, sin sentimientos románticos de por medio. Sin este tipo de situaciones tan…, bueno, de pareja.

Sonreí ligeramente, sonrojándome. ¿Era una confesión velada de que eso era lo que quería? ¿Me estaba diciendo que sí sentía algo por mí? Suspiró pesadamente y entonces el metre nos tomó nota de la bebida. Kendall me sugirió una copa de un vino afrutado y él se pidió una de vino tinto para acompañarme. Nos dejó decidir qué pediríamos de cena y, mientras miraba la carta y él perdía la mirada en algún detalle de mí, volví a murmurar:

—Bueno, en ese caso, creo que tampoco me importa que sea así —lo enfrenté—. Que tengas esa parte posesiva, quiero decir.

—Si solo fuera una parte… —Se rio bajito—. Supongo que esto tampoco será una cita normal en la que nos preguntamos por el color preferido ni cuántas parejas hemos tenido. Nos conocemos demasiado en ese aspecto.

—Ya, imagino que tengo más preguntas por…, por este nuevo lado de ti. Por ejemplo, sé que tu mejor amigo es Jason, pero él sabe lo mismo que yo de tu pasado. ¿Hay alguien que lo sepa absolutamente todo de ti?

Kendall desvió la vista hacia la mesa, sonrió de medio lado en el gesto más nostálgico que le había visto expresar, asintió lentamente y levantó la mirada de nuevo hacia mí.

—Sí, una antigua rival, no quiero decir su nombre aquí. —Apretó los labios y suspiró—. Pero ella es la persona que mejor me conoce en todos los aspectos.

Algo que solo describiría como ácido se instaló en mis venas, agriando la sensación romántica de la velada. No me di cuenta de que fruncía el ceño hasta que Kendall, divertido, ladeó la cabeza.

—¿Celosa?

—¿Qué? —grité sin darme cuenta—. No.

—Anya, te conozco desde hace media vida, estás cabreada.

—Que no, te digo. —Escuché mi propio tono de voz y, con un gruñido, cerré la carta y aparté la vista hacia la pecera—. Supongo que un poco, ¿vale?

—¿Un poco? —Se rio, yo le fulminé con la mirada.

—No esperaba que fuera una mujer.

Él se encogió de hombros.

—Mi historia con *ella* es larga y violenta, pero terminó siendo una gran amiga y puede que una de las personas en las que más confío en el mundo. —Sonrió con dulzura cuando me miró fijamente—. Pero nada más. Nadie ha significado tanto, hasta…

—¿Hasta? —insistí, notando cómo esa rabia se diluía. Se mantuvo en silencio el tiempo suficiente como para que supiera que no iba a contestar.

—¿Tú nunca sospechaste nada sobre la mafia? Solías verme con tu padre y muchas de esas veces no venía Aleks con nosotros —dijo cambiando descaradamente de tema.

—Me resultaba extraño, sí. Y, en cierta manera, creo que siempre lo he sospechado. De hecho, ¿sabes? Tenía un sueño de vez en cuando que ahora ha cobrado un nuevo sentido.

—¿Por qué?

—Pues en él escuchaba ruidos en mi casa, bajaba hasta el sótano y mi hermano estaba espiando una conversación. Escuchaba la voz de mi padre, la de Ilya y la tuya. —Recordaba a Ilya, siempre había pensado que era un empleado de confianza de mi padre y, bueno, en cierto modo era así, solo que el trabajo era bastante diferente al de oficina—. En ese sueño, se escuchaba cómo golpeabas a alguien y cómo después mi padre te hacía dispararle.

Kendall palideció y se incorporó, tenso, mientras yo lo iba contando sin cambiar mi expresión neutra.

—Joder, realmente lo escuchasteis —susurró. Asentí.

—Aleks vomitó en su cuarto. Cuando lo limpiamos todo y volví a mi habitación, alguien había dejado mi peluche en la puerta. Nunca me había dado cuenta de que olía a algo tan familiar como…

—A mí —sentenció él tragando saliva—. Yo subí tu peluche a escondidas para que tu padre no supiera que habías estado husmeando. —Desvié la mirada hacia la carta y Kendall se aclaró la voz antes de seguir—: ¿No te escandaliza saber que fue real? Saber que yo estaba haciendo ese tipo de cosas mientras tú seguías siendo tan inocente…

—Supongo que debería —respondí, pensativa. Desvié la mirada de nuevo hacia los peces—. Quizá haya algo mal en mí, pero no me horroriza, solo siento cómo algo se enfría en mi interior, cómo se endurece mi corazón ante algo así. ¿Serán los genes Korolov?

—Anya…

—Sea como sea, sé que te viste obligado, no sé hasta qué punto, pero el Kendall que ha estado conmigo durante siete años no hace daño a nadie por gusto. Siempre que te has metido en una pelea ha sido para protegernos a alguno de nosotros. —Lo enfrenté de nuevo y sonreí levantando solo un poco la comisura de los labios—. Para mí eres un guerrero, alguien que no se deja abatir ante nada y hace lo que tiene que hacer.

Abrió la boca para decir algo, pero la cercanía del metre nos interrumpió de nuevo. Nos tomó nota de la cena y volvió a dejarnos solos, llevándose las cartas consigo. Ya teníamos el vino servido y le di un trago con el que me fasciné por la explosión de sabor.

—Ese día atrapamos a tres tíos que iban a entrar en vuestra casa con la intención de raptarte —susurró él, y levanté la vista de golpe, totalmente abrumada—. Pensaban usarte como moneda de cambio para chantajear a tu padre. Me enteré a tiempo y los interceptamos en el jardín, de ahí que todo transcurriera en el sótano de vuestra casa y no en la Guarida. Por entonces sentía una devoción fraternal por ti, pero aun así el juicio se me nubló cuando me dieron vía libre para hacerles pagar lo que habían estado a punto de hacer. —Suspiró de forma titubeante—. Puede que tu padre sea una de las personas más jodidas que he conocido. Pero os adora más de lo que parece, en especial a ti.

—Pues no lo demuestra.

Kendall soltó el aire de forma abrupta, con una sonrisa cortante.

—Lo sé, gestiona sus sentimientos como el culo. Lo malo es que he aprendido muchas cosas de él. Creo que a mí también me cuesta por ese mismo motivo.

—Me da absolutamente igual la inutilidad emocional de mi padre —dije con sinceridad—. Pero quiero que tú sí me lo demuestres, de todas las formas posibles. Quiero entenderte con más profundidad.

—Ahora mismo lo único que pienso es en tirarte sobre esta mesa y cenarte

a ti —espetó, y sentí que el corazón daba un triple salto mortal en mi pecho, mi respiración se aceleró casi a la vez que la suya. Aprecié cómo apretaba el puño—. Pero voy a tener que guardar las formas, hay demasiado público.

—¿Pánico escénico a estas alturas? —ronroneé, y Kendall me sorprendió con una carcajada.

Empezaron a servirnos la cena y, esta vez, fue él quien preguntó.

—¿Qué ha pasado realmente con Dylan?

—¿De verdad quieres detalles?

Un duelo de miradas se extendió entre ambos y, finalmente, él asintió.

—Nos liamos varias veces, en la última… la cosa fue de escándalo. —Kendall tragó y apoyó las manos sobre el plato, dejando caer ligeramente los cubiertos, atento a lo que le contaba—. Pero fallaba algo. Al final, nos dimos cuenta de que no había nada físico entre los dos. Creo que es algo así como un amor platónico, siento que es una amistad que sobrepasa todas las barreras que tengo con los demás. Es algo mucho más cercano. —Me llevé una mano al pecho, como si lo pudiera sentir. Kendall entornó la mirada.

—Dijiste que era como Jason.

—Sí, es que para mí él también es algo mucho más complicado que un simple amigo. Es como mi familia, pero, teniendo en cuenta que las relaciones con mis familiares son realmente defectuosas, su vínculo conmigo lo hace tan especial e intenso… que no sé. Y luego estás tú.

—¿Qué pasa conmigo? —inquirió, tensándose notablemente.

—Si tuviera que describir lo que veo al cerrar los ojos y pensar en vosotros tres, diría que sois los custodios de mi corazón, como si lo rodearais. Quiero muchísimo a Risse, pero es que… es diferente. —Arqueé las cejas, abrumada —. Siento no estar explicándome mejor.

—No…, no te preocupes. —Kendall bajó la mirada, pensativo.

—Pero, de los tres, tú eres el único al que veo aun cuando todo se vuelve oscuro. El único con el que siento esa sensación de imantarse a alguien. Nadie ha conseguido prender mi cuerpo con un simple recuerdo, excepto tú. —Kendall levantó la mirada con sus pupilas ya dilatadas—. Es complejo y, no sé, me cuesta encajar todo, pero realmente creo que nadie puede moverte del centro de mi alma.

Sonrió mientras dejaba escapar de forma abrupta el aire que había contenido, pero en su rostro se reflejó una expresión tan relajada y tierna que dinamitó en todos los sentidos posibles mi corazón. Quedándose con mi aliento, mi pulso y mi cordura.

***

Durante la cena seguimos hablando y, aunque la conversación no distó mucho de las que solíamos tener, había algo diferente. Era como si él se hubiera esforzado en no verme, en no mirarme demasiado, y ahora que se había quitado las limitaciones su mirada me quemaba. Era intensa y cargada de intenciones. La forma de hablarme también fue cambiando, lo noté con ese mensaje para invitarme a salir y lo estaba demostrando durante todo el día. Había dejado de considerarme «la enana» para tratarme como a una mujer, y estaba desbordándome con tanta devoción. Pero, si el Kendall amigo, bruto y protector me encantaba, esta versión más oscura y caballerosa de él me empezaba a volver loca.

Me levanté para ir al baño, sin prestar atención a las miradas que levantaba por la sala, solo podía pensar en el cambio que nuestra relación estaba dando, en lo feliz que me sentía de que fuera así.

Y, al salir del baño, me choqué con alguien.

—Señorita Korolova —dijo un hombre, sosteniéndome para que no cayera. Levanté la vista y me sorprendió encontrar al invitado que agredió a Kendall el día de mi cumpleaños.

Él sonrió ampliamente de forma sibilina y yo sentí náuseas.

39

ABRAZANDO LA OSCURIDAD

Anya

Necesitaba soltarme de la presa de sus brazos ya, pero era un tío enorme, diría que del tamaño de Jason, y me estaba sosteniendo con más fuerza de la necesaria.

—Qué gusto verla por aquí. ¿Me permitiría invitarla a una copa?

—La verdad es que no —respondí, frunciendo el ceño y revolviéndome. Un hombre salió del baño de caballeros y esa pequeña distracción me permitió zafarme de su contacto—. Si me disculpas, mi pareja me está esperando fuera.

Hice énfasis en pareja, pero, aun así, me sentí acorralada. Él empezó a escanearme demasiado detenidamente, relamiéndose.

—Vamos, solo hablar un poco sobre nuestros posibles futuros juntos en la Guarida —insistió. Yo comencé a caminar sin mirar hacia dónde iba.

La sala de los baños tenía varias puertas más en aquella estancia circular que parecía conectar otras tantas zonas del colosal restaurante. Me metí por la puerta por la que pensaba que se accedía al salón de la pecera, pero aparecí en un pasillo que daba a un ventanal. Había un camarero recogiendo las copas que había en la mesa de ese reservado, con un carrito en el pasillo donde iba depositando el menaje sucio y llevaba los utensilios de limpieza.

Fingí que no me daba cuenta de que venía detrás, con la esperanza de que, al ver al camarero allí, se marchase. Pero, lejos de eso, me siguió hasta el reservado y cerró la puerta tras él, dejando al camarero con el trabajo a medias. Con el corazón en un puño, lo miré entre sorprendida y aterrada. ¿Cuáles eran mis opciones? Podía intentar defenderme, Jason me había dado alguna que otra clase por si alguna vez me metía en líos, pero la realidad era que no era buena peleando. Lo mío era la estrategia, usar el cerebro para defenderme, no la fuerza bruta. Así que, analizando la situación para ver cómo podía equilibrar la balanza a mi favor, vi que tenía pocas opciones, pero mi cabeza ya estaba trazando un plan. Entonces la puerta se abrió y vi a Kendall en el umbral.

Su mirada desprendía una furia asesina que jamás había visto, con los ojos

prácticamente negros. Escuché cómo le decía al camarero «que nadie entre o te haré tragar tus pelotas» y cerró la puerta tras él. El tío que me había acorralado se giró a tiempo para ver cómo atravesaba el poco espacio que nos separaba y llegaba hasta él. Ahogué un grito al comprobar la fuerza que tenía. El tío le sacaba una cabeza y media y era mucho más corpulento; aun así, lo cogió por el cuello y lo levantó más de un palmo del suelo. Lo estampó contra la cristalera de seguridad del balcón donde me encontraba. El cuerpo del otro tío quedó vendido ante el agarre de Kendall, que tenía el control de soltarlo y que la gravedad hiciera picadillo su cuerpo con la tremenda caída a los jardines de abajo. Aunque habíamos entrado a ras de suelo, el restaurante daba a una zona con desnivel que hacía que ese terreno estuviera a unos tres o cuatro pisos de altura.

—¡Suéltame! —gruñó el otro. Kendall ladeó la cabeza.

—¿Eso es lo que quieres? Por mí genial, nada me gustaría más que ver cómo te partes la crisma. —Su voz era mucho más grave y estaba teñida de peligro. Lejos de intimidarme o asustarme, sacudió cada parte sensible de mi cuerpo—. Ahora mismo eres propiedad del señor Korolov y no pienso hacer nada que pueda enfadarle, así que tú tampoco deberías hacerlo, tiarrón. Ella… —me señaló con la cabeza— no quería que la tocases, que la siguieras y, mucho menos, que la arrinconaras aquí. Así que su padre estaría encantado de darte una paliza y que los perros se comieran tu cuerpo poco a poco mientras se deleita con tus gritos. Entiende que, si no te mato yo ahora mismo, es por darle a él la satisfacción. —El mafioso palideció considerablemente y escuché un leve gemidito—. Así que voy a soltarte, vas a largarte de aquí y vas a rezarles a todos los dioses que conozcas para que no coja y llame al señor Korolov ahora mismo. Y, si tienes la suerte de que decida callarme, no te volverás a acercar a ella, ni siquiera a lanzar una mirada en su dirección. —Lo bajó de la barandilla de cristal y acercó su cara a la suya para susurrarle—: ¿Me he explicado con claridad?

—S-sí… —consiguió articular.

Kendall lo empujó, como si no pesara nada, hacia un lado, con desdén. Lo fulminó con la mirada hasta que se fue, cerrando de nuevo la puerta tras de sí, y yo solté el aire que no sabía que había contenido en mis pulmones.

—Joder —solté, completamente impresionada.

—Lo siento. ¿Estás bien?

—Sí. —Pestañeé más de lo debido—. Estaba viendo cómo salir de esta cuando has aparecido… y… Ay, madre.

—Anya, estás temblando. —Me cogió de las manos con tanto cariño que mi corazón dio un traspiés consigo mismo—. Vale, se acabó, voy a ir a partirle

todos los huesos del puto cuerpo.

—No, no es miedo. —Kendall me miró arqueando una ceja, me mordí el labio y acerqué mis manos hacia su camisa—. Me ha emocionado ver cómo me defendías así.

—¿Emocionado?

—Ajá. —Me acerqué un paso.

—¿Escuchar cómo lo amenazo con tirarlo por el balcón o soltarlo a los perros… es como para emocionarte?

—Diría que lo que ha conseguido es excitarme.

Kendall alzó las cejas, sorprendido, y entonces extendió una sonrisa pícara, rodeando con los brazos mi cintura y pegándome del todo a él. No sé quién de los dos se movió primero, pero, cuando sus labios encontraron los míos, una energía increíble se formó en mi pecho, explotó y recorrió mis extremidades con un cosquilleo glorioso y extasiante. Todo desapareció a nuestro alrededor, todo se volvió más sensible. Kendall me besaba con fiereza, como si se hubiera estado reprimiendo en las veces anteriores y ahora lo hiciese sin censuras, sin miedos ni temores. Esa sensación se vertió en mi interior, caló hasta los cimientos de mi pobre corazón. Giró mi cuerpo mientras metía las manos bajo mi falda, levantándola en el proceso para agarrar mi trasero, gesto que se llevó un gemido contenido por sus labios. Me apoyó en la pared del balcón y se separó. Su mirada estaba tan cargada de deseo que no hicieron falta palabras para que supiera lo que quería.

Para mi sorpresa, se arrodilló y me miró desde el suelo.

—Anya, ¿te has corrido alguna vez mirando las luces de San Francisco de noche?

—¿Qué? No…, qué va, yo no…

Y, entonces, me terminó de subir la falda, me besó en la cinturilla del tanga rojo y me sonrió, bajando poco a poco la tela que separaba mi piel de sus labios. Se me cortó la respiración cuando noté cómo la ropa interior me caía hasta los tobillos. Kendall me cogió una pierna y, apoyando mi rodilla en su hombro, susurró:

—Disfruta de las vistas.

Y perdí su cabeza de vista entre mis muslos. Ya había hecho esto antes, pero, después de ese momento cargado de adrenalina, en una zona pública y de pie en aquel reservado, con el aire golpeando mi cuerpo desnudo y las vistas azotando mis sentidos, mientras él me lamía…, fue la sensación más increíble que había experimentado jamás. El éxtasis y el orgasmo que me sacudieron me dejaron sin fuerzas en las piernas y me dio igual si el camarero de fuera escuchó mis gritos. Con Kendall allí, dándome todo el placer que podía

experimentar mi cuerpo, no lograba reprimirme.

Al alcanzar el clímax, él me contempló, todavía arrodillado, como si fuera lo único que había en el mundo… Y yo, definitivamente, supe lo que sentía por él.

Cuando al fin nos decidimos a marchar, solo el metre y un par de camareros quedaban ya para acompañarnos hasta la salida. El coche de Kendall nos esperaba en la puerta principal y el metre me tendió el abrigo con una agradable sonrisa.

***

Kendall detuvo el coche frente a mi patio y empezamos a planear cómo nos recogería el viernes por la mañana para ir a la casa rural. Le respondía a todo con monosílabos y estaba pendiente de los planes. Pero no podía dejar de mirarle a los labios, de repetir una y otra vez lo que mi corazón gritaba de forma desesperada.

—Sobre las ocho aquí —resumió él—. ¿Vale?

—Sí. Kendall.

—¿Qué?

—Necesito… ¿Puedo? —comencé a titubear, él se inclinó ligeramente, expectante. Solté un gruñido—. ¿Me dejas besarte? Solo besarte.

Sus ojos brillaron ligeramente, los entornó y me cogió las manos con cariño, inclinándose más hacia mí.

—¿Dejarte? —Sonrió ligeramente—. No tengo que dejarte nada, Anya, no tienes que pedirme permiso. Ya te lo dije, no te voy a negar nada. Lo que quieras de mí, te lo daré. —Se inclinó y esperó hasta que acerqué mis labios a los suyos en un tiento, en un roce. Él jadeó y me dijo en un susurro—: Soy completamente tuyo.

Y a la mierda con mi corazón.

Algo se terminó de romper en mi interior al escucharle decir eso en un suspiro, en una súplica. Le besé despacio, con cariño. En un beso más tímido de los que nos habíamos dado hasta el momento, presa de sentimientos más fuertes y pasionales. Kendall me lo devolvió y no fue una pelea como en las ocasiones anteriores, fue un reconocimiento, exhaustivo, pasional, pero lleno de sentimientos no dichos.

Soltó el agarre de una de sus manos para llevarla a mi rostro, pasó los dedos por mi pelo y con el pulgar acarició mi mejilla. Fue como hacerme cosquillas en el corazón. Todo era diferente, me sorprendí por la diferencia entre lo que estaba sintiendo ahora mismo y lo que había sentido con Dylan.

No había color.

Si esto fuera una paleta de pintura, con el jugador de béisbol solo había dos colores. Con Kendall estaba viendo el puto pantone al completo. Con todos los matices, con sus brillos y sombras.

Era jodidamente precioso.

Se separó de mí y temblé de excitación al comprobar lo que un solo beso, sin la rabia, la ira o la tristeza de por medias, conseguía igualmente en mi organismo. Me miró con las pupilas dilatadas y volvió a deslizar el pulgar por mi rostro.

No recuerdo bien cómo nos despedimos, cómo conseguí salir de ese coche, las piernas las sentía como pura gelatina. Cogiéndome el pecho con fuerza, aún sin poder respirar con normalidad, entré al salón de mi piso.

Con las luces apagadas, vi que me saltaba la aplicación del ajedrez, Sora había hecho una nueva jugada. Era un movimiento torpe, que podía condenarlo. Avancé distraída hacia la ventana a oscuras. Kendall todavía estaba en su coche, ahí abajo. Hice el movimiento y vi cómo algo brillaba en su coche. Era su móvil. Fruncí ligeramente el ceño y se me ocurrió hablarle a Sora.

NIA
Un mal movimiento.
¿Te estás aburriendo ya y no
prestas atención?

SORA
Hoy estaba ausente.
Siguiendo tu consejo, por cierto.
Haciendo eso que se llama vivir.

Con la sangre corriendo tan rápido que me pitaban los oídos, desvié de nuevo la vista hacia el coche de Kendall, justo después de recibir el mensaje de Sora.

Kendall apagó el móvil y arrancó. El usuario de Sora salió como desconectado.

Me dejé caer en el sofá, ciertamente conmocionada y sorprendida. ¿Había sido coincidencia o Kendall y Sora eran la misma persona?

40

COMPLEJIDAD DEL CORAZÓN

Dylan

A la mañana siguiente de mi cita con Anya, llamé a la puerta de mi mejor amigo. Tenía la esperanza de que hablar de mi confuso descubrimiento de sentimientos platónicos fuera a aligerar esa carga que sentía en el pecho desde que bajé de su piso.

Para mi sorpresa, fue Risse la que abrió la puerta. Ligeramente más despeinada de lo normal y recolocándose la camiseta, con las botas y la chaqueta en la mano. Carraspeó al enfrentar sus ojos a los míos.

—Hola, Dy —contestó casi en un jadeo.

Yo me trabé, sin saber muy bien por qué.

—Risse —conseguí articular.

Noah apareció tras ella y la chica se deslizó entre los dos para ir directa al ascensor, se colocó la chaqueta y las botas y, cuando llegó, se metió dentro como una exhalación. Mi amigo estaba mirando hacia allí, como yo. Cuando clavé los ojos en él, tenía una sonrisa adormilada, el pelo revuelto y varios chupetones en el cuello. Sin saber bien por qué, la rabia me golpeó el estómago y lo achaqué a celos. A celos de que su escapada con Risse hubiera terminado infinitamente mejor que la mía con Anya, quise decirme.

—¿Sabes qué? Da igual, ya hablaremos. —Me giré sobre los talones y abrí la puerta de mi dormitorio.

—No, tío, no me dejes así —gruñó él con voz adormilada.

Escuché un portazo y cómo mi puerta no se cerraba con el impulso que yo le había dado. Un Noah medio desnudo, ya que no se había puesto la camiseta y solo llevaba los pantalones de pijama, se coló en mi piso. Y sentí que algo ardiente crecía en mi interior mientras me enfadaba, más y más.

—En serio, mejor en otro momento —gruñí.

—¿Estás enfadado?

—Quizá.

—¿Qué he hecho? No he podido hacer nada, estaba ocupado.

—Ya lo veo.

—Oh, joder, estás aquí, claro —espetó, dándose un golpe en la frente que sonó a bofetón. Me dejé caer en el sofá, mirándole con una mueca de perplejidad—. ¿No ha ido bien con Anya?

—No. La verdad es que no fue como yo esperaba. —Suspiré—. Pero tampoco estamos mal, ha sido… raro.

—¿Raro? —quiso saber él, sentándose a mi lado.

—Es… —Volví a suspirar, sintiendo que me quedaba sin energía—. Es perfecta en tantos sentidos que me sigue descolocando lo que ha pasado.

Traté de explicarme lo que mejor pude, lo que había sentido, lo que había pasado. Todo lo que hablamos después de que le diera el regalo. Noah escuchó con esa atención tan centrada que solo ponía cuando realmente le contaba algo importante para mí. Con esa seriedad que no tenía de normal, pero que sentía que se guardaba para cuando estábamos a solas. Asintió con firmeza y, sonriendo torpemente, suspiró.

—Entiendo. —Apoyó una mano en mi espalda y sentí cómo su energía positiva desmedida se filtraba poco a poco por mi piel—. En cierto modo, es preciosa esa relación que parecéis tener ahora. ¿Le gustó el regalo?

—Se puso a llorar de felicidad, así que diría que sí —dije en tono nostálgico. Noah se levantó de un brinco.

—Oh, joder, hablando de regalos. —Y salió como un vendaval a su habitación.

Me levanté y saqué el suyo de un cajón, porque sabía que, como todos los años, me regalaría algo por navidades. Pero este año nos íbamos a la casa rural y yo también pensaba darle el suyo antes de irnos. Noah volvió cerrando su piso y el mío de un portazo, se tiró en el sofá, chocando nuestros hombros. Él sacó un paquete pequeño y alargado, yo saqué uno cuya forma rectangular y fina era tan evidente que ofendía. Noah abrió los ojos ante la sorpresa.

—Venga ya —me burlé—. Como si no supieras que te iba a regalar algo este año también.

—¡Ay, qué emoción! —gritó arrebatándome el paquete de las manos.

—Déjate de gilipolleces, sabes lo que es.

—Pero siempre me emociona abrir un regalo. —Arrancó el papel sin miramientos y brincó en el sofá cuando vio que era el último juego de *Dragon Ball*—. ¡Tío! ¡Qué pasada! Cancela lo de la casa rural, hay que pasarse este juego.

Me reí mientras yo quitaba poco a poco el papel y él abría el juego y miraba el disco. Cuando vi una caja como de una joya, sentí que la energía de Noah rebajaba su intensidad, pero se mantenía tan fija que me tensé. Dejó el juego

sobre la mesa sin despegar esos increíbles ojos esmeralda de mí y lo miré durante un instante.

—¿Qué es? —susurré, estaba empezando a temblar.

Noah estaba muy serio.

Nunca estaba tan serio.

Se giró para mirarme de cerca y sus rodillas tocaron las mías, sus ojos clavados en los míos. Como anclándome a este mundo, sabiendo lo que venía.

—Ábrelo —me ordenó con una voz profunda que jamás le había escuchado.

Con las manos temblando, quité la tapa de la caja y mi corazón se detuvo. Quizá para siempre.

Allí, sobre una tela preciosa y brillante, había una esclava que reconocí. No era mía, pero la había visto cientos de veces, la veía todavía en mis recuerdos, en los pocos que el tiempo no se había encargado de difuminar. Temblando, cogí la pulsera de plata con eslabones más gruesos de los que un día tuvo. Eran nuevos y parecían estar hechos para mí. La giré y vi mi nombre con mi fecha de nacimiento y al lado el de mi hermano Asher y su fecha de cumpleaños.

Sin poder despegar los ojos del grabado, se me comenzaron a llenar los ojos de lágrimas. Supe que estaba en *shock* porque no podía respirar con normalidad, no estaba ni tan siquiera parpadeando. Lo noté porque veía las lágrimas formarse y caer sin control. Hacía muchos años que no lloraba, desde el día que pasó todo, más exactamente.

Noah soltó una maldición y noté que subía una pierna encima del sofá, colocando mi cuerpo entre ellas, y me abrazó con fuerza. Con una fuerza increíble. Volvía a sentir cómo tiraba de mí hacia el mundo, cómo me devolvía a la realidad.

Y, entonces, cogí aire y comencé a llorar. Más bien, a berrear. Como un niño pequeño completamente desconsolado. Noah apretó los labios y sentí cómo él también se emocionaba, pero lo aguantaba por mí, como hacía cuando se mantenía firme cuando mi mundo se difuminaba y trataba de arrastrarme hacia un pasado que no quería recordar. Porque me destruiría de nuevo. Mi amigo no se separó de mí. Enterró mi rostro en su cuello mientras yo lloraba y babeaba su pecho desnudo, acunando la pulsera que me había regalado.

La pulsera que un día fue de mi madre, hasta que lo perdimos todo. Mi hermano me sacó de la casa en llamas, salvándome la vida cuando él todavía era un crío. Pero Noah, que vivía enfrente, me refugió en el tormento de ver mi vida desaparecer.

El llanto parecía no querer abandonarme y llegó un momento en que necesitaba sentirme más pegado a mi ancla, a Noah. Lo abracé y sentí cómo temblaba.

—No llores más —rogó con la voz rota—. Por favor. —Me cogió de la cabeza, pero yo me obligué a no separarla de su hombro. Tiró ligeramente de mí—. Por favor, Dylan. —La separó lo justo para mirarme, pero yo no podía abrir los ojos, no podía parar de llorar—. Por favor.

Y, entonces, hizo algo que no esperaba. Me besó debajo de los ojos, atrapando mis lágrimas. El gesto, tan tierno y repentino, fue como clavarme un tranquilizante. El sollozo desgarrador se redujo ligeramente.

—Por favor —rogó de nuevo junto a otro beso en la mejilla—. Dylan —susurró sobre mi piel, y temblé entero, conteniendo de nuevo otro llanto—. No llores más.

Sus labios encontraron los míos.

Mi corazón se paró, las lágrimas se detuvieron.

Él se separó ligeramente, yo lo abracé con más fuerza y le devolví el beso. Fue como activar un motor en movimiento. Noah gimió cuando lo atrapé con mis brazos. Él apretó las piernas en mi cintura mientras nos devorábamos los labios sin pensar. Yo necesitaba ser consolado como jamás lo había precisado. Él siempre había sido mi salvavidas desde ese día, mi fuerte, mi lugar seguro. Noah era el tío más increíble que había conocido en toda mi vida. Siempre optimista, fiel y leal, él cubría mis espaldas y yo la suya. No tenía que hablar para que supiera que me pasaba algo y no tuve que hablar para que él supiera que necesitaba cariño de forma exagerada en aquel momento.

Pero jamás pensé que me daría este tipo de cariño. Ni que ese detonante que no había sentido con Anya lo fuese a despertar él. Sentí cómo me ponía duro con tan solo esos besos que parecían ser tan necesitados por su parte como por la mía.

Noah intentó acercarse más, pero perdimos el equilibrio y caí encima de él en el sofá. Para que nuestras cabezas no chocasen, puse los brazos a los lados de su cuerpo. Y nos miramos, confundidos y acelerados.

Sus ojos estallaron en brillos y sombras. Yo lo miraba intentando recomponerme, intentando comprender algo de lo que me había pasado en las últimas veinticuatro horas.

Pero nada tenía sentido.

Todo daba vueltas, todo parecía estar desmenuzándose para encontrar un sitio nuevo. Noah me apartó y se levantó del sofá en un brinco.

—Noah —le llamé con la voz desgarrada.

Él se frotaba la cara, se giró ligeramente y vi que yo no era el único al que se

le había puesto dura. Noah miró hacia abajo y suspiró, la voz le tembló.

—No puedo, esto no debería ser. —Apretó los párpados y se mordió el labio—. Solo quería consolarte, que dejases de llorar. No es lo que parece.

—Vale —grazné.

—Todo está bien —afirmó, casi más para sí mismo que para mí. Su respiración iba muy rápido, quizá demasiado—. Nosotros estamos bien, estamos como siempre —afirmó con la voz rota. Y vi un destello de miedo en sus ojos verdes—. Me tengo que ir.

Y se marchó dando otro portazo. Me tiré en el sofá, mirando la pulsera, me la llevé a los labios.

Sintiendo que nada estaba bien, que nada estaba como siempre y que nada sería igual.

Porque Noah sabía perfectamente lo que significaba esa pulsera para mí, debía de haberla tenido años guardada.

Y había decidido regalármela justamente ahora.

Por mucho que dijéramos que era un idiota y que se comportaba como tal, no lo era. Solía medir y pensar mucho lo que hacía y decía, era consciente de las reacciones que tendría en las personas que lo rodeaban. Asumía el rol de payaso e idiota si eso servía para algo, si ayudaba a alguien. Como romper la tensión de Anya cuando la conocimos.

De ahí que supiera que esto significaba algo. Lo que no podía llegar a entender era el qué.

41

CASA RURAL

Kendall

Podría decir que lamentaba terriblemente no haber cumplido lo que dije que deseaba hacerle a Anya: tirarla sobre la mesa del restaurante y provocar que gritase allí mismo. Pero la realidad era que el día me había parecido tan perfecto que, al despertar a la mañana siguiente, me costó asimilar que no había sido un sueño.

Estaba preciosa y radiante a tantos niveles que me abrumaba el cambio que seguía dando frente a mis ojos. De repente, ese día me pareció estar ante una auténtica reina. Y, aunque me jodiera, era cierto que tenía muchos matices de su padre, esa frialdad y esa actitud férrea, solo que ella lo abrazaba todo con una bondad innata. Era perfecta. Sentía que era demasiado para mí y, a la vez, que estábamos hechos el uno para el otro. Que era esa pieza gemela que estaba pensada para encajar tan bien conmigo que parecía ser una sola cosa.

Pero esa mañana, en la soledad de mi piso y mi cama, recordé que la vida no me había dado nunca nada bueno. No entendía por qué iba a ofrecerme un golpe de suerte justamente ahora. El móvil me sonó con unos memes de Jason y se me escapó una risa perezosa. Quizá siempre había tenido algo bueno y estaba tan centrado esforzándome en ser mejor persona que no me había parado a disfrutarlo.

¿Habría encontrado hacía años a esas personas que había insinuado Kova, y yo era tan idiota que no había sido capaz de admitirlo? Por mucha oscuridad que tuviera todavía en mi alma, ese día me levanté y, al mirarme en el espejo, me dije a mí mismo que al fin podía decir que era feliz.

***

El día de antes de ir a la casa rural, Risse me avisó de que pasaría la noche con Anya y así estarían juntas para cuando las fuera a recoger.

Mientras tomaba el café entre bostezos, vi una luz en el estudio. Me acerqué

para comprobar que Risse debía haberse dejado el ordenador encendido y, efectivamente, así era. Moví el ratón para desbloquear la pantalla y vi una nota bajo este.

—Tengo un regalo para ti, ve al escritorio —leí con voz de sueño.

La pantalla se iluminó y una foto de un concierto nuestro la llenó. Nunca había decorado mi ordenador, así que el cambio me sorprendió. Esa foto debió de hacerla Risse el día que vinieron a vernos. En ella se veía a Anya en primera fila, mirándome y sonriendo ampliamente, mientras yo gritaba algo de la canción que estábamos tocando, mirándola a ella también. ¿Cuándo había hecho esa foto?

Entré en la pantalla de inicio y vi dos carpetas nuevas, una que ponía «trabajo fotografía Risse» y otra abajo llamada «regalo para Kendall». Me detuve un momento antes de dar doble clic. El corazón se saltó un latido cuando descubrí las miniaturas de decenas de fotos de Anya. El día del concierto, en el instituto, ella dibujando en un parque, de ella preparando unas tortitas con Risse en su piso, de ella *cosplayada*. Y unas fotos del concierto como la que tenía ahora de fondo de pantalla. Eran preciosas.

Había un archivo de Word, lo abrí y leí: «pórtate bien en la casa rural y te lo llenaré de fotos increíbles. Gracias por darme otra oportunidad».

Me llevé la mano al rostro, conmocionado. Nunca había tenido tantas fotos de Anya. Pero en especial las que tenía del concierto eran las más increíbles que había visto en mi vida. Y eso que se notaba que estaban hechas a traición para que ninguno nos diéramos cuenta. La mirada que yo le lanzaba me la esperaba, pero la que se veía reflejada de Anya, la sonrisa que tenía… era algo que no recordaba de la misma forma.

Siendo sincero, me costó despegar la vista del ordenador. Me mandé un par de fotos del concierto para ponerlas en mi teléfono, pues me parecía lo más bonito que había tenido hasta la fecha, tanto de los Iron Wings como de Anya. Haciendo un ejercicio de fuerza de voluntad, apagué el ordenador y terminé de recoger las cosas que nos podrían hacer falta para el fin de semana.

***

Cogí las cadenas para las ruedas del coche y, tras dejarlo todo apagado, recogido y limpio, me fui a por los demás. Riley puso por el grupo que estaban de camino a recoger las bebidas y la comida al Meteora y que se dirigían directamente desde allí a la ubicación que les había mandado de la casa rural. Jason dijo que se acababa de despertar, pero que salía también hacia allí.

Avisé a Anya de que iba a por ellos y, cuando llegué, ya estaban todos

juntos, charlando animadamente en la calle.

No sabía cómo lo hacía Dylan para parecer siempre tan impoluto a pesar de tener ese aire de vikingo. No era tan amplio de corpulencia como Jason, pero notaba que invertía mucho tiempo en cuidarse por el deporte que practicaban. Solo que esos ojos azules y el pelo al estilo guerrero con los laterales casi rapados al cero y la parte de arriba larga y recogida en un moño, más una ligera barba de un día, le daban ese aire atractivo y magnético. Era casi imposible no verse atraído por esos ojos glaciales.

Noah, por el contrario, tenía la cara de un modelo, incluso yo tuve que admitir que la palabra que usaría para definirlo era «hermoso», y me di repelús a mí mismo.

Salí a saludarlos con una mueca de indiferencia hacia ellos dos, una ligera sonrisa cómplice hacia Risse y una más que amplia para Anya. Ella pareció ruborizarse y sentí que ganaba un premio.

Risse metió a empujones a Noah en el coche y dejó sitio para que Dylan se acomodara al otro lado, quedando ella entre ambos con una sonrisa radiante. Se la notaba emocionada, quizá no hubiera tenido una escapada así jamás. Anya se sentó en el asiento del copiloto y me miró un instante antes de añadir:

—Gracias por organizar algo así, de verdad.

Mientras, los tres de detrás gritaban algo sobre meterse mano porque no encontraban los cinturones de seguridad y Risse se reía porque le hacían cosquillas.

—No hay de qué —le respondí suspirando pesadamente. Después me giré hacia ellos con el ceño fruncido—. ¿Os aclaráis con el puto cinturón o tengo que ir yo a abrocharos como si tuvierais tres años?

—Creo que Noah sí tiene tres años, me ha tocado el culo cuatro veces ya —se reía Risse.

El aludido la miró ceñudo, todavía rebuscando, mientras yo lo fulminaba con la mirada.

—Es que no lo encuentro, joder —se quejó.

—Lo tienes al otro lado, pedazo de idiota —espetó Dylan.

Noah se quedó completamente quieto, enseñó los dientes más en una mueca que en una sonrisa. Probó suerte con el otro lado y, efectivamente, lo encontró a la primera. Lo pasó por encima de él e hizo clic en el lado donde estaba Risse, con un silencio sepulcral y mi mirada clavada en él. Todo lo que tenía de atractivo lo tenía de idiota, definitivamente.

—Gracias por vuestra paciencia —dijo aclarándose la voz.

Dylan se frotó los ojos con una mano apoyada en la ventanilla. Risse soltó una carcajada, igual que Anya, y yo devolví mi atención al GPS para poner la

dirección de la casa rural. Qué cruz la mía por tener que cargar con este circo andante. Pero Anya parecía más feliz que nunca, así que aguantaría lo que hiciera falta.

Nuestro destino estaba a dos horas hacia el interior, así que nos pusimos en marcha con música de fondo y los tres de atrás hablando a gritos. Risse y Noah hacían una pareja divertida, no sabía si tenían algo o simplemente se sincronizaban bien, pero me gustaba verla a ella también tan feliz.

En el tiempo que llevaba en casa habíamos compartido poco tiempo juntos, pero le había ido dando pautas para que fuese dejando las drogas. Los primeros días, con el síndrome de abstinencia teniendo temblores y mareos, había estado todo lo pendiente que pude de ella. Cuando fue logrando controlar sus impulsos, me lo agradeció haciendo las hamburguesas más recargadas que había comido en mi vida. Realmente me sentí como un hermano cuidando de su hermana pequeña. No era como mi relación con Anya cuando Aleks se marchó, con Risse sentía verdadera hermandad.

Y ahora, viendo cómo hacía una coreografía patética con Noah mientras Dylan no sabía si reírse, matarlos o morirse de la vergüenza ajena y Anya lloraba de la risa intentando imitarlos, me sentía casi agradecido.

Agradecido de que se hubieran encontrado en ese momento de la vida de cada una, de que esos dos chicos, en concreto Noah, las hubieran arrastrado hacia ese grupo extraño de cuatro en el que habían encajado a la perfección.

Quizá fuera cierto que, cuando más tocamos fondo y alguien nos ofrece su mano, descubrimos la auténtica amistad. Daba igual el tiempo que se conocieran, su vínculo sería más fuerte que cualquiera que hubieran compartido hasta la fecha. Eso me hizo recordar a Jason, a la amistad que me unía a él. Y, entonces, como si lo invocara, una moto comenzó a oírse.

Risse soltó un grito de emoción y se inclinó sobre Noah para abrir la ventanilla y gritarle a Jason un «guapo» que nos dejó sordos a todos. Iba con las manos apoyadas en los muslos, dejando que la moto fuera sola, en un acto tan temerario como chulesco. Le hizo a Risse el símbolo de un corazón con las manos y después aceleró solo para hacerme un corte de mangas.

—Gilipollas —susurré.

Se colocó delante de mi coche y, cogiendo el manillar, levantó el culo y lo movió como haciéndome burla. Después arrancó y se perdió en la carretera.

—En serio, le voy a partir las piernas —gruñí intentando reprimir una risa traicionera que amenazaba con salir.

42

NIEVE Y AMIGOS

Anya

El viaje en coche, a pesar de durar dos horas, se me pasó como si fueran quince minutos, gracias a que los dos payasos que iban detrás no pararon de hacerme reír.

La aparición estelar de Jason tonteando con la moto solo hizo que todo estallase más. Casi veía cómo a Kendall estaba a punto de darle una embolia y adiviné que, si no nos llevase a todos en el coche, quizá se hubiera picado con Jason en una carrera innecesaria hasta la casa rural. Pero era demasiado responsable, así que apretó una mano sobre el volante y la otra en el cambio de marchas. Hubo un momento en que me acarició la rodilla y me sonrió de medio lado, pero después la retiró. Como si no me quisiera incomodar por estar mis amigos detrás, pero siguiendo ese juego de cariño y gestos en el coche de siempre, normalizando la situación.

Yo no podía sonreír ni reírme más, me dolía la cara y el estómago por el exceso de felicidad. Cuando llegamos, Jason estaba mirando el móvil, notablemente aburrido. Kendall se bajó del coche y lo primero que hizo fue ir a reñirle como un hermano mayor.

—¿No puedes tener un mínimo de consciencia? Estas carreteras de montaña están medio heladas, pedazo animal, podrías haberte matado.

—A veces eres un auténtico coñazo, tío —espetó. Aunque su rostro ligeramente más serio de lo habitual admitía que le daba la razón al bajista.

Risse pasó como una exhalación entre ellos y se subió encima de Jason como un mono a una rama. El pelirrojo estalló en una carcajada mientras la hacía girar.

—Hola, nena. —Jason le hizo una seña a Kendall, el cual puso los ojos en blanco y le lanzó las llaves de la casa, el irlandés las cogió al vuelo y, con Risse abrazada a él, caminó como si nada hacia la entrada—. Yo voy cogiendo habitación, *pringao* el último.

—¡Espérate a que lleguen los demás! —gritó Kendall, pero Jason ya estaba

subiendo las escaleras hacia el piso superior con mi amiga gritando algo entre risas—. Será bruto.

Me giré hacia Noah y Dylan y vi que decían algo entre susurros mientras sacaban las cosas del maletero. Parecían algo más serios que antes en el coche, pero, conforme escucharon mis pasos, aligeraron el rostro y me sonrieron. Dylan sacó mi mochila y me la ofreció. Kendall se reunió con nosotros en la parte trasera del coche.

—En fin, puesto que ese animal ha ido a conquistar terreno, elegid ya vuestra habitación. Hay tanto arriba como en el subsuelo. No creo que los demás tarden mucho en llegar —comentó.

Los tres nos miramos y, entonces, Noah salió corriendo. Dylan suspiró, resignado, y negó con la cabeza mientras seguía a su mejor amigo, pero a un paso tranquilo. Yo esperé a Kendall, que sacó sus cosas y cerró el coche.

El paisaje era increíble, estábamos en mitad de la montaña y los árboles se alzaban robustos y enormes, todos teñidos de blanco. No muy lejos, se apreciaba una serie de montañas completamente nevadas, sobre un cielo más bien oscurecido, como si fuese a nevar en cualquier momento.

—Según la predicción del tiempo no nevará —dijo Kendall leyendo mi pensamiento—. Espero que se cumpla. La pista está a unos diez minutos desde aquí, al otro lado de la casa. Podemos ir paseando por un sendero habilitado. —Fijó los ojos en mí después de haber estado señalando hacia los lugares que me decía—. ¿Te gusta?

Me giré con una sonrisa tan grande que no me cabía en el rostro.

—Es perfecto —dije afirmando con fuerza con la cabeza y, sin poder ni querer evitarlo, me acerqué y le di un abrazo—. Va a ser el mejor fin de semana de mi vida.

—Bueno, espero que sea el mejor de muchos más —respondió él, algo abrumado. Me acarició la espalda y señaló la casa con la cabeza—. Venga, vamos dentro, espero que te hayan dejado la habitación bonita para ti o los echaré a patadas.

—¿Habitación bonita?

Él asintió, me cogió de la mano y tiró de mí. Cuando entramos en la casa se escuchaba música a bastante volumen que salía de una habitación cerrada, así que no había que ser un genio para saber que ahí dentro estaba Jason con Risse. Noah y Dylan discutían sobre algo como dos chiquillos, habían cogido sus habitaciones, una frente a la otra. Quedaba una vacía al lado de la de Noah y frente a la de Jason. Y la quinta en el centro parecía libre también. Kendall me llevó hasta allí, relajando su rostro al ver que no tendría que lanzar a nadie al pasillo.

La habitación tenía una cristalera enorme, que abarcaba toda la pared del fondo y el techo, donde imaginaba que por la noche se vería el cielo estrellado. De día, ofrecía la panorámica de una gran extensión de árboles y al fondo el hotel principal y las pistas de esquí. Era una imagen más que preciosa. Me giré con los ojos desorbitados y la boca abierta de par en par, sentía que la garganta me ardía y se me cayó la mochila al suelo. Kendall se movió, ligeramente incómodo.

—Elegí esta casa y no el hotel por esta habitación. Quería que fuera la tuya —confirmó—. He visto fotos en internet y, según parece, es increíble por la noche.

Me lancé a darle el abrazo más fuerte que le había dado jamás. Él dejó la bolsa en el suelo para responder en condiciones al mío.

—Gracias, gracias —murmuré con la cara hundida en su pecho. Él me besó en el pelo.

—Deja de darme las gracias. —Se rio bajito—. Y sal a pasártelo bien con tus amigos. Ya exigiré una compensación por la noche. —Y sonrió de forma afilada.

Cuando se apartó de la puerta, Noah y Dylan seguían en mitad del pasillo hablando con el ceño fruncido. Volvieron a sonreír al verme y supe que estaba pasando algo. Pero no podía imaginar qué era y su cambio de reacción indicaba que tampoco querían hablar del tema. Aunque quizá le preguntara a Dylan más tarde si tenía la oportunidad.

Kendall pasó entre nosotros y lanzó su bolsa a la habitación vacía en esa planta. Algo me dijo que no era necesario que se quedase con esa habitación, que pensaba secuestrarle para que durmiera conmigo. Pero, claro, no habíamos hablado nada más, nadie había confesado sus sentimientos y todo había quedado en el aire. Así que imaginé que era su forma de darme espacio para que las cosas fluyeran.

Decidimos bajar y examinar el resto de la casa mientras esperábamos a los demás. En el piso superior, en el lado opuesto a mi habitación, había dos cuartos de baño. En la entreplanta se situaba un salón-cocina enorme, con bastante distancia entre ambos, pero con el espacio abierto para que pareciera más amplio. Junto a la cocina encontramos una gran despensa y una habitación para hacer la colada, con lavadora y secadora. Justo enfrente del comedor principal, otro cuarto de baño. Al otro lado de la entrada, a mano derecha, había una sala enorme de juegos, con billar, dardos, una estantería con juegos de mesa, también una pequeña barra de barman para servir unas copas y una mesa grande con tapete para juegos de cartas clásicos, tipo póker. Al fondo del todo, justo al final de la barra, me pareció ver un pequeño piano de pared.

Junto a las escaleras que ascendían al primer piso estaban también las que bajaban al subsuelo, donde vimos dos habitaciones dobles más y otro cuarto de baño inmenso.

En cierto momento vi que Kendall sacaba algo de los bolsillos y lo metía en una bombonera gigantesca del centro de la mesa del salón. Estaba dispuesta a ir a preguntar cuando escuchamos un claxon sonar.

***

Cuando salimos, ya estaban bajando del coche. Riley fue directo a abrir el cofre que llevaba en el portaequipaje, donde habían guardado las maletas con la ropa. Leah, Maya y Ozzy se dirigieron al maletero y comenzaron a sacar bolsas enormes de compra y cajas de bebida.

—Recordad que los casquillos de cristal hay de ponerlos ahí, ¿vale? Que los tenemos que devolver —gritó Leah en cuanto nos vio a todos ir hacia ellos.

—Hola, chicos, qué alegría vernos en un ambiente más tranquilo, ¿eh? —ronroneó Maya al encontrar a Dylan y Noah mientras les daba algunas bolsas para que ayudaran.

—Sí, la verdad es que sí —respondió el *pitcher* sonriendo dulcemente.

—Yo me muero por ir a hacer *snowboard*, o guerra de bolas de nieve, o un puto muñeco de nieve, lo que sea con nieve —rugió Noah cargando varias bolsas que le ofreció Leah.

—Eres peor que un chiquillo —se burló Dylan dándole con la rodilla, Noah se rio entre dientes—. ¿Seguro que quieres jugar conmigo a una guerra de bolas de nieve?

—Ah, no, tú a eso no juegas, que duelen como pedradas —le recriminó—. Tu brazo es como si te disparase una pistola. Estás eliminado.

—Oh, venga ya, no las lanzaré fuerte.

—Ya, a los demás no, a mí me dejarás moretones. Que no, tío, que tú no juegas —le gruñó, ofendido. Dylan intentaba no reírse.

Con esa discusión se metieron en la casa. Kendall negaba con la cabeza, pero vi que sonreía ligeramente. Nos dieron una caja de bebidas y un par de bolsas más y entraron con nosotros.

Riley cargó con las maletas de los cuatro en un solo viaje. Mientras todos dejábamos las bolsas en la enorme isleta de la cocina y Leah nos decía lo que había más o menos en cada una, Kendall avisó a los chicos de que se habían quedado libres las habitaciones de abajo. Ozzy y Riley intercambiaron una mirada de complicidad.

—Casi que mejor —murmuró el cantante, cogiendo las maletas y bajando

con el guitarrista.

Cuando subieron con las manos libres, Kendall levantó la voz.

—Vale, solo voy a poner una norma. No se folla en zonas comunes. —Noah, Dylan y yo levantamos las cejas. Maya soltó un gruñido—. Sí, por eso mismo. —Señaló a la hermana de Risse con una mueca y después a la bombonera—. Ahí he dejado condones para un regimiento, usadlos. ¿Ha quedado claro? Que no haya sustos, ni sorpresas, ni mierdas, no los voy a contar, así que ahí están para quien quiera. Ah, y fuera hay una sauna con *jacuzzi*. —Maya sonrió ampliamente—. Tampoco se puede follar ahí.

—Joder, Kendall, vete a la mierda —le gritó enfurruñada.

Noah se rio tan fuerte que se nos contagió a los demás.

—Es como el hermano mayor de todos, ¿no? —preguntó mientras guardábamos la compra con Leah y Maya.

—Si por «hermano mayor» quieres decir «pesado controlador», sí, vale —gruñó Maya ante las censuras.

—Lo ha sido para algunos de ellos —afirmó Leah con cariño—. Riley y yo somos los mayores de esta extraña familia. Les sacamos a Kendall, Ozzy y Maya dos años.

—A mí me encantaría escuchar cómo os conocisteis, la verdad —comentó Dylan mirando a esta última, que, como siempre, le puso ojitos.

—Quizá entre copas una de estas dos noches que estaremos aquí encerrados —comentó Leah colocando botes en la despensa.

—Leah, decir que estaremos aquí encerrados queda un pelín feo —la reprendió con dulzura Maya. La aludida la miró fijamente, aligerando el ceño fruncido. Después suspiró.

—Sí, es verdad, no he querido insinuar eso —respondió mirándome a mí. Agité las manos y levanté las cejas, haciéndole saber que no me había sentado mal.

—Pues yo estoy deseando que estemos aquí todos encerrados —ronroneó Noah—. Va a ser más que entretenido.

Dylan puso los ojos en blanco y se giró para ayudar a Leah a subir unas cosas a un estante alto. En pocos minutos teníamos toda la compra guardada. Al girarme, vi que Riley abría la bombonera y estallaba en carcajadas. Ozzy se frotó la cara y miró a Kendall, el cual se encogió de hombros.

No me había dado cuenta de que la música había parado. Al poco, bajaron Risse y Jason con una sonrisa de oreja a oreja. Se saludaron y presentaron entre todos los que no se conocían ya. Y entonces me miraron fijamente.

—Bueno, Anya, eres la cumpleañera. ¿Qué quieres hacer? —preguntó Kendall.

Los miré a todos y, mordiéndome el labio, decidí que quería ir a esquiar lo primero. Todavía era muy pronto y podíamos aprovechar hasta la hora de comer.

—¡Esquiar y después guerra de bolas de nieve para bajar la comida!

—¡Esa es mi dulce Anya! —gritó Noah abrazándome y levantándome en el aire.

—Bua, os voy a hundir en la nieve —sentenció Jason con una sonrisa afilada.

—¡Sigue flipando! —recriminó Noah, saliendo hacia la puerta del jardín, por la que teníamos que cruzar para ir hacia las pistas de esquí.

—¡Tío, no sabes contra quién te vas a enfrentar!

—No te pongas chulo, que tengo un *pitcher* y pienso usarlo —le amenazó.

—¿Ahora sí está permitido que juegue? —dijo Dylan, siguiendo los pasos de los dos chicos.

—Vamos, hombre, tenemos que hacer un frente unido contra los músicos —le recriminó.

Jason soltó una carcajada. Y, al mirarme, no pude evitar contagiarme. Me pasó un brazo por los hombros y me dio un beso fugaz en la cabeza.

Kendall cerró la puerta principal mientras todos íbamos saliendo hacia el jardín. Risse cogió su cámara profesional y enseguida me alcanzó.

43

TODO ESTÁ BIEN

Dylan

Nada estaba bien desde la última vez que nos habíamos visto. Noah se había esforzado mucho por disimular su incomodidad cuando nos encontramos para ir juntos a casa de Anya. Había hecho piña con Risse de una forma que me alegraba y, por otra parte, me cabreaba.

Cuando estuvimos descargando nuestras mochilas, insistí en si realmente estaba bien y se puso inusualmente serio. Le pregunté si no le molestaba que Risse se hubiera ido corriendo a los brazos de Jason conforme había bajado del coche y me miró como si tuviera tres cabezas.

—No. ¿Por qué debería molestarme? —fue su respuesta.

Y la verdad es que no supe qué responder.

Pensaba que tenían un lío, que estaban juntos o algo similar, pero quizá solo eran follamigos y Noah no sentía celos por algo así. Cosa que realmente admiré porque, al subir las escaleras y escuchar la música a todo trapo, resultó evidente lo que estaba ocurriendo entre ellos dos. Al elegir habitación, una frente a la otra, volví a buscarle.

—Tío, tendremos que hablarlo en algún momento —suspiré.

Él se tensó al escuchar mi voz y se giró hacia mí muy despacio, como si fuera una presa y yo, un depredador.

—No hay nada que hablar, estamos bien. —Sus ojos fulguraron al desviarse hacia mis labios un instante, hacia mis brazos, cruzados sobre el pecho. Los apartó como si le quemase—. Todo está como siempre, fin.

—Pero no es verdad, y lo sabes. —Negó con la cabeza y fue a salir de la habitación, sin levantar la vista del suelo, pero se lo impedí, poniendo una mano sobre su pecho—. Noah, por favor.

—¡No! —gritó—. No. ¿Vale? —Se apartó de mí como si lo hubiera golpeado. Escuché pasos a mi espalda, me giré ligeramente para ver cómo pasaban Kendall y Anya para ir a la habitación del fondo—. Solo quiero que todo esté como siempre y disfrutar del fin de semana. Por favor —rogó.

Cerré los ojos, frustrado y ligeramente dolido. Asentí y lo miré. No sé qué vio en mi expresión, pero apretó los labios en una línea y tragó saliva.

—Vale. —Levanté de nuevo las manos y hundí los hombros. Al hacerlo, dejé a la vista la pulsera que me había regalado y desvió su mirada hacia allí—. Como tú quieras. Fingiré que no has guardado la pulsera durante años hasta dármela en un día en concreto, antes de venir aquí, justo cuando supiste que lo mío con Anya no era lo que parecía.

Me encogí de hombros, me guardé las manos en los bolsillos y salí al pasillo.

—Dylan… —gimió él, y salió a buscarme.

Pero entonces Kendall y Anya aparecieron tras nosotros y ambos sonreímos para ella.

Desde ese momento, fingí la normalidad que él quería. A veces parecía que todo estaba bien y entonces sentía unos ojos clavados en mí, pero, al mirarle, se esforzaba por disimular. El momento en que Kendall dijo que había una pila de condones disponibles en la mesa principal del salón como si tal cosa, me hizo pensar en qué tipo de casa me había metido. Anya se puso roja como un tomate, pero, cuando vi a Noah, supe que por su cabeza estaba pasando demasiada información.

Lo conocía lo suficiente como para saber que todos los escenarios posibles desfilaban por esa mente hiperactiva a toda velocidad.

Tener esa información estaba bien, y prevenir en una casa donde parecía haber un libertinaje sexual así de evidente me pareció lo más responsable que podía haberse hecho. En más de una ocasión fijé los ojos en Kendall. No como durante las noches de concierto cuando había ido con Anya. Sino de verdad.

Era unos años mayor que nosotros, pero había algo en su forma de ser y de moverse que indicaba que su madurez lo era todavía más. Tenía un aura oscura, no solo por su aspecto de chico malo, sino algo turbio de verdad. No sabía explicar qué era, pero parecía alguien que intentaba luchar constantemente contra algo. Y esa batalla interna se despejaba de su rostro cuando miraba a Anya. El corazón se me retorció de una forma incómoda. No es que me molestase, es que envidiaba ese sentimiento.

Me descubrí deseando mirar a alguien así y que fuese correspondido como me di cuenta de que ocurría con ellos dos. La sonrisa de Anya cuando lo miraba estaba llena de matices preciosos y sinceros. Suspiré, agotado. Entonces, empezaron a discutir Jason y Noah sobre la batalla de las bolas de nieve y mi amigo me vendió como si fuera un arma de destrucción masiva.

—En serio, ¿sabes a cuántos kilómetros por hora dispara mi *pitcher*? —Me

pasó un brazo por los hombros y me golpeó el pecho con fuerza. Me tensé al sentirle tan cerca, pero obligué a mi cuerpo a moverse y a ignorarlo.

Los increíbles ojos verde hoja de Jason me evaluaron. El tío era realmente grande. A pesar de ser de nuestra edad, superaba en altura y corpulencia a todos los presentes.

—Mucho hablar y poco demostrar —rugió.

Noah me miró y yo desvié los ojos hacia él, que seguía pegado a mí. Gruñí.

—¿En serio?

—Nos ha retado.

—¿Por qué no paras de alardear? ¡Y ni siquiera sobre cosas tuyas! —espeté.

—Va, hombre, lúcete y resolvamos la batalla antes de que haya heridos —rogó poniendo pucheros con esa cara adorable que sabía que ganaba todas las discusiones.

Soltando una exasperación, me detuve, provocando que el grupo segregado que venía detrás se fuese parando.

—¡Vale! ¿Qué quieres que haga? —me rendí.

Él lo sabía y sonrió triunfante. Jason metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y sonrió todavía más, claramente divertido por mi reacción. Había una papelera en mitad del camino para que la gente no tirase envases al monte. Noah metió sin pudor la mano dentro y sacó una lata de refresco vacía, pero sin arrugar. La colocó sobre el cubo, cogió una piedra del tamaño aproximado de la pelota de béisbol y me la ofreció. El grupo se detuvo un par de metros por detrás de nosotros.

Suspiré de forma dramática y lo fulminé con la mirada. Me quité la chaqueta para tener más movilidad y se la di a Noah. Estiré durante unos segundos para calentar la musculatura de los brazos y me puse en posición. Me concentré, como solía hacer, dejando todo lo de mi alrededor fuera y quedando solo el objetivo y yo. Apreté los dedos sobre la piedra y me moví igual que si estuviéramos en un partido y tuviera que eliminar a ese jugador para ganar.

La piedra salió volando de mis dedos a tanta velocidad que nadie la vio, y tampoco se apreció cómo caía la lata. Simplemente se escuchó el sonido del aire cortado por el lanzamiento y un ruido sordo.

Desvié los ojos hacia los de Noah, que me guiñó uno, y después hacia Jason, que estaba con la mandíbula desencajada. El pelirrojo se fue corriendo hacia la lata, la buscó hasta encontrarla y, entonces, una estridente risa lo llenó todo.

—¡Eres una bestia parda, tío! —Levantó el envase en alto.

Se escucharon unos gritos sordos y aplausos. Le arrebaté la chaqueta a mi

amigo y, al girarme, me recibieron muchos rostros sorprendidos. Menos Kendall, que sencillamente me miraba con una ligera sonrisa en los labios. Asintió con la cabeza de forma tan sutil que nadie más pareció darse cuenta. Risse gritó de la ilusión al ver que había podido captarlo todo en una serie de fotografías rápidas. Anya caminó hacia nosotros con la sorpresa marcada en su rostro y Jason dejó la lata, atravesada de parte a parte, sobre sus manitas.

—Eres increíble —me dijo con los ojos brillantes.

Y eso me valió todo el numerito de Noah. Sonreí ampliamente y me relajé.

—Gracias —dije solo para ella.

Pensé que soltaría la lata, pero se la quedó y fue el resto del camino hablando con Jason sobre lo increíble que era vernos en los partidos. Él terminó tan interesado que quiso venir al siguiente y ella le rogó a Noah una entrada para Jason. Mi amigo, con orgullo, afirmó que así se haría.

Después de aquello, la mañana fue un despropósito de risas, caídas, fotos, postureo y momentos de gente luciéndose. Como Riley y Noah con la tabla de snow o Leah con los esquís, que incluso hizo una pirueta y nos dejó a todos alucinados.

El hotel tenía un comedor enorme con bufé libre, y debo confesar que comimos como animales. Noah y Jason habían hecho buenas migas y, junto con Risse, eran un trío digno de ver. Un torbellino de energía y risas inagotable. Anya iba entre ellos y los demás sin perder la sonrisa del rostro.

Después de comer, llegó el momento de la famosa batalla de bolas de nieve, de la cual fui injustamente descalificado antes de empezar por ser peligroso. Ozzy me adoptó mientras los demás se rebozaban entre nieve y risas. Risse nos hizo cuidar la cámara de fotos y me enseñó a usarla por si me atrevía a lanzar alguna instantánea. Pero no se me daba especialmente bien y Ozzy terminó haciendo algunas fotos y vídeos con su teléfono móvil.

El momento más divertido fue, sin duda, cuando Noah quiso lanzar una bola a Anya y Jason se tiró en plan guardaespaldas, fingiendo caer y morir a cámara lenta. Pensé que Risse y Maya se mearían de la risa allí mismo. Después, en castigo por el intento de asesinato a la cumpleañera, todos fueron a por Noah y prácticamente lo sepultaron en nieve.

Cuando ya estuvimos lo suficientemente agotados como para decidir volver, darnos una buena ducha y encender la chimenea de leña del salón principal, Jason se giró hacia Anya, que iba en retaguardia hablando con Maya.

—Enana, ¿estás cansada? —le preguntó con cariño.

—Sí, pero feliz.

Él se rio con ternura y se arrodilló frente a ella.

—Va, sube —le dijo, y yo alcé las cejas, sorprendido hacia esa muestra de

hermandad entre ellos.

—No tengo ocho años, puedo ir solita —le reprendió.

—Te he llevado mil veces, venga, sube —insistió. Anya se rindió, parecía realmente agotada. Jason pasó primero los brazos por debajo de las rodillas de ella, luego se levantó de un brinco y Anya gritó con emoción.

—¡Joder! ¡Esto está más alto de lo que recordaba!

Jason no paraba de reírse mientras con sus largas piernas nos adelantaba a todos. Kendall los miraba con una sonrisa sincera, de las pocas que le había visto poner, mientras hablaba con Leah de algo. Pero su atención no estaba en ella, sino en Jason y Anya. Durante un instante, pensé que serían celos, pero no, había auténtica felicidad en esos ojos verdes con motas marrones.

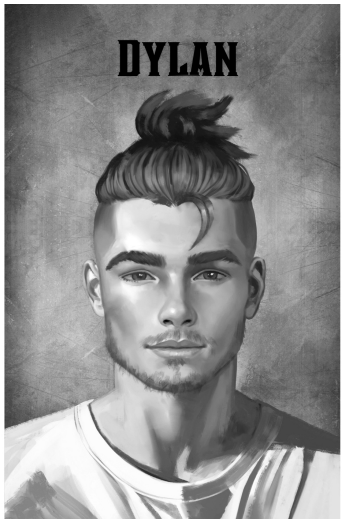
***

Hicimos turnos para usar las duchas de arriba. Cuando yo salí de la mía, Noah estaba en la puerta. Nos chocamos y él abrió los ojos, sobresaltado. Yo iba sin camisa, con una toalla anudada en la cintura y con otra secándome el pelo, que al no llevarlo recogido me caía hasta los hombros. Él llevaba una pila de ropa limpia además de sus toallas personales.

—¡Tío! Un poco de pudor, que hay mujeres a bordo —me riñó, empezando a ruborizarse.

—¿A bordo? ¿Estamos en un barco? —me burlé—. No lo he pensado, estoy acostumbrado a las duchas de los vestuarios. Disculpa si he ofendido tu inesperada y repentina vergüenza. —Cuando vi que no podía levantar la vista del suelo, gruñí—: Como si no nos hubiéramos visto desnudos mil veces, joder.

Pasando por su lado, negué con la cabeza. Intenté ignorar cómo me había puesto de nervioso, no podía controlar el pulso. En el marco de la puerta de mi habitación, me giré de soslayo. Noah se había quedado clavado en la puerta del baño, con la mirada perdida, apretando su ropa y toalla contra el pecho con más fuerza de la necesaria. Sacudió la cabeza, como intentando quitarse una imagen o un pensamiento de ella, y se encerró en el lavabo.


DYLAN

44

VIKINGO

Anya

No había sido mi intención espiar, pero justo iba a salir de la ducha cuando oí que la puerta de al lado se abría y que Dylan y Noah hablaban. Escuché todo lo que dijeron y entonces empecé a sospechar. Algo había pasado entre los dos, algo que los tenía tensos e incómodos.

Necesitaba preguntarle a Dylan, y quizá el mejor y único momento para hacerlo era este, mientras Noah y Kendall se duchaban. Nada más escuché la puerta del baño de al lado cerrarse, salí del mío y di con los nudillos en la habitación de Kendall. No habíamos afianzado que fuéramos nada, así que era lógico que escogiera una habitación para él, aunque mi intención era secuestrarlo y retenerlo en la mía las noches que estuviéramos allí. Estaba sacando ropa de la maleta cuando la abrí ligeramente.

—Ya tienes el baño libre —dije.

—Gracias, enseguida voy —comentó él, que seguía distraído con algo en el móvil.

Me fui para dejar las cosas en mi habitación y, segundos después, entró en el baño. Corrí hacia la habitación de Dylan, ya con las manos libres, y di unos toques con los nudillos. Él abrió con el ceño fruncido y tan solo los pantalones puestos.

Me sonrojé de forma evidente, él aligeró el rostro y, dejando la puerta abierta, me invitó a pasar. Se fue directo a la cama para ponerse una camiseta.

—¿Querías algo, Anya?

—Dylan, sé que no es cosa mía, pero me preocupa —empecé a decir, y él se tensó—. ¿Pasa algo entre Noah y tú? ¿Estáis bien?

—Claro, estamos bien —dijo él, sonriendo de forma forzada. Estiré las manos para coger las suyas y entonces comprobé que estaba temblando. Cerró los ojos dolido, siendo consciente de que me había dado cuenta—. No quiero estropearte el cumpleaños.

—No me cuentes nada que no quieras, pero dime si puedo hacer algo. —

Negó con la cabeza y se dejó caer en la cama para sentarse, yo no le solté las manos, así que di un paso para acercarme—. Sabes que estoy aquí, ¿verdad? Para lo que necesites.

Dylan suspiró, me miró con esos ojos azules que brillaban como lagos cristalinos llenos de magia, asintió y apoyó la cabeza en mi hombro. Yo le pasé las manos por el pelo, que le caía largo sobre los hombros.

—¿Las cosas pueden cambiar tanto entre dos amigos como para que se jodan para siempre? —susurró con la voz rasgada—. Dime que se puede arreglar algo que ni siquiera entiendes.

El corazón se me retorció en el pecho, adivinando lo que estaba insinuando. Quizá no quisiera pronunciarlo para no hacerlo real, pero me sentía identificada con sus palabras.

—Creo que, si la relación es fuerte, no es que se rompa, simplemente evoluciona. —Él no despegó la cara de mi cuerpo, dejando que lo mimase un poco más—. Estoy segura de que lo arreglareis, de que encontrareis la forma de encajar lo que está pasando.

—¿Es lo que te ha pasado con Kendall? —Levantó ligeramente la cabeza para mirarme. Yo me ruboricé.

—Creo que sí…, aunque todavía no hemos hablado sobre sentimientos. —Suspiré entrecortadamente—. Pero creo que nos ha pasado lo mismo. —Asintió con una expresión pensativa.

Escuché las puertas de los baños abrirse y unos pasos. La puerta de Noah se cerró al cabo de unos instantes, yo seguía allí abrazando a Dylan, acariciando su melena húmeda todavía.

—Te vas a resfriar si no te secas el pelo —le dije.

—No tengo secador —susurró.

—Traeré el mío —resolví—. Espera.

Empezó a decir que no hacía falta, pero yo ya estaba entrando a por mi neceser de viaje. Cuando salí de mi habitación y crucé a la de Dylan, vi que Kendall salía del baño y me miraba fijamente. Primero con confusión, después con cierta tristeza. Agachó la mirada y se metió en su cuarto. Ay, mierda, seguro que había malinterpretado la situación. Podría aclararlo más tarde, pero Dylan necesitaba el cariño de una amiga en ese instante.

Dejé la puerta abierta para que no se malinterpretaran más las cosas y enchufé el secador. Le cepillé el pelo mientras le contaba alguna tontería para que se fuese animando. Al terminar de secarle la larga melena castaña, me ofrecí a recogerla en una trenza. Dylan aceptó, no parecía muy convencido, pero me dio la sensación de que necesitaba estirar ese momento conmigo. Así que fingí que me salía mal la trenza un par de veces. La tensión en sus

hombros fue desapareciendo. Se giró para mirarme después de verse en un espejo cercano y alzó las cejas, impresionado.

—¡Ahora pareces un vikingo del todo! —Me reí con cierto orgullo.

—Oye, pues la verdad es que me gusta mucho. —Sonrió ampliamente—. Gracias.

—Venga, vamos con los demás.

Noah salió de su habitación a la vez que Dylan, colocándose una sudadera. Yo estaba ya esperando frente a mi cuarto.

—Hostia —susurró, mirando con los ojos desorbitados a Dylan. Este lo observó serio y después alzó una ceja—. Ragnar, señor de los vikingos, a sus pies —dijo a modo de broma, y me hizo reír. Dylan esbozó una sonrisa sincera, con cierto alivio.

—Eres tontísimo —murmuró, caminando en dirección a las escaleras.

—Anya, tienes que enseñarme a hacer eso en su pelo —me pidió. Dylan volvió a tensarse—. Si lo hacemos antes de los partidos acojonará a los contrincantes.

—¿Primero me usas de amenaza como si fuese un arma de disparo y ahora como objeto intimidatorio? Eres cruel.

—Se llama estrategia, querido amigo —respondió Noah guiñándole un ojo. Dylan soltó una maldición.

Una vez estuvimos todos en la entreplanta, comprobé que Kendall ya estaba allí, hablando con Leah y Ozzy. Me percaté de que había intentado no mantener demasiado la mirada en mí, hasta que Risse hizo un comentario sobre el pelo de Dylan y Noah gritó a los cuatro vientos que yo era una maestra del disfraz y había terminado de transformarlo en un guerrero vikingo.

—Este guerrero te matará como no pares de fardar de gente que no eres tú mismo, en serio —le reprendió. Parecía ligeramente avergonzado.

—Yo no tengo esa pinta de señor del norte dispuesto a coger una galera y conquistar tierras lejanas —respondió Noah. Risse les hizo un par de fotos y sonrió.

—Tú tienes carita de ángel —afirmó ella.

—Venga ya —espetó Noah, ligeramente incómodo.

—No, en serio. Si tuviera que ponerle cara a un ser de luz, sería la tuya. —Lo dijo tan seria que se hizo un breve silencio entre todos. Yo solo pude asentir con rotundidad.

—Tengo que darle la razón a mi hermana —rompió el silencio Maya—. ¿Te pones cremas o algún tratamiento para tener esa carita de porcelana?

Noah pareció que iba a sonrojarse, pero entonces algo cruzó por su rostro y respondió encogiéndose de hombros:

—Me seco la cara con la misma toalla que las pelotas y el culo, no sé qué quieres que te diga.

Varias personas estallaron en una carcajada que descargó del todo la incomodidad, ni Kendall pudo evitar reírse sin miramientos. Maya estaba poniendo una cara de confusión mientras intentaba no reír, sin éxito. Dylan le dio unas palmaditas en la espalda.

—Ya aprenderás que a veces es mejor no preguntarle —fue toda su respuesta.

45

SE AVECINA TORMENTA

Anya

Jason apareció entonces con varias bolsas de regalos, Kendall sacó una tarta de la nevera y Leah puso las velas a la velocidad de la luz. Completamente avergonzada pero feliz, los miré a todos sonriendo ampliamente mientras Risse nos hacía fotos e incluso algún selfi para poder salir ella también. Ozzy estaba grabando un vídeo, sentado en una de las butacas de la cocina con Riley abrazado a su espalda.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron todos.

—Felicidades, enana —me dijo Jason después de abrazarme y dejar frente a mí las bolsas con los regalos.

—Os habéis pasado. Gracias, de corazón.

Empecé a desempaquetar los regalos. Había desde cosas para *cosplay* hasta ropa que quería de algún grupo en concreto, pero, en especial, libros y videojuegos. Dylan y Noah comentaron que podríamos jugar juntos a algunos y, después de risas y comentarios, subí a la habitación para dejarlos todos. No me di cuenta de que alguien me seguía hasta que escuché los nudillos en la puerta.

—Toc toc —anunció torpemente Jason, le sonreí ampliamente—. ¿Puedo pasar un momento?

—Claro. —Lo observé un instante, todo lo grande que era parecía titubear, incómodo—. ¿Se me ha olvidado algo?

—No…, es solo… —Se frotó la nuca y me ofreció otro obsequio—. Este año quería hacerte un regalo que fuera solo mío. Espero que te guste.

Cogí el paquete, notablemente descolocada. Era una caja pequeña. Cuando la abrí, me sorprendió encontrar un anillo con la forma de un infinito. Era una joya más o menos clásica, pero dentro llevaba una fecha. Alcé las cejas y lo miré con los ojos vidriosos. Jason estaba inusualmente serio.

—Es el día que me di cuenta de lo importante que eras para mí, Anya —susurró, y mi pecho se contrajo terriblemente. Él se aclaró la voz—. El día del

centro comercial… Sé que siempre he sido un bruto, que quizá no he sido el mejor amigo que nadie pudiera tener. Pero no he… —Se atragantó con lo que iba a decir, cerró los ojos y suspiró—. No he apreciado a nadie de la forma en la que te tengo a ti. Kendall está por debajo, solo te digo eso. —Me sacó la lengua en un intento de burla, yo estaba temblando. Él no se movió—. Solo quería que supieras que no es una exageración cuando te digo que, pase lo que pase, siempre me tendrás a tu lado. Quiero ser ese infinito en tu vida, Anya, porque ese día tú te convertiste en el mío.

Ay, mi corazón.

Rompí a llorar sin poder contenerme, abrazando esa joya como si me fuera la vida en ello. Acorté la distancia que nos separaba y lo abracé con toda la fuerza que fui capaz de encontrar. Había algo en sus palabras que sonaba a despedida, pero también a promesa de futuro. No quise darles más significado, pero en el fondo de mi corazón lo sentí. Lo que no me había dicho, lo que me estaba prometiendo.

—Yo también quiero que sepas que estaré para ti siempre, Jason —dije secándome las lágrimas—. Eres mi familia, en muchísimos sentidos. Y el mejor amigo que nadie pueda tener, te lo aseguro.

Él sonrió ampliamente y sus ojos brillaron.

—Entonces es una promesa para siempre, ¿eh? No vale cansarse de mí.

—Ni tú de mí, idiota —bufé.

—No podría odiarte ni olvidarte aunque me obligaran. —Sus ojos se pasearon por mi rostro y sentí de nuevo una sensación diferente en él, como si realmente se estuviera despidiendo de mí en un sentido que no estaba advirtiendo.

—Jason, ¿por qué siento que esto suena a despedida? —murmuré sin pensarlo demasiado, todavía abrazada a él.

Su mirada se volvió triste, al igual que la sonrisa que desplegó en su rostro salpicado de pecas.

—Porque es lo que estoy haciendo, en cierto modo. Estoy enterrando algo que ya no estará presente nunca más, pero, a la vez, prometiendo que tu nombre está grabado a fuego en mi corazón, Anya. Espero que lo entiendas.

Se me cortó la respiración al entender lo que decía y, a la vez, mi mente cerró la posibilidad de admitir lo que quería decir. Apreté los puños en su camiseta y él pareció temblar ligeramente.

—Hace poco le dije a Kendall que, si cerraba los ojos, os veía a vosotros dos y a Dylan custodiando el mío. Que os siento a ti y a Dylan como dos almas gemelas, como alguien más cercano que mi propia familia. Aunque tus palabras suenen a despedida, no te vas a ir, ¿verdad? No me vas a dejar.

—Jamás —aseguró él, arrodillándose y cogiendo con cariño mis manos—. Siempre serás una prioridad. Solo que ya va siendo hora de que dejes de repartir tus atenciones y te centres solo en él. ¿No crees?

—¿Qué quieres decir? —Me sonrojé. Jason puso los ojos en blanco y me miró como si de repente tuviera tres años.

—Anya, tienes que decirle lo que sientes a Kendall. Tenéis que terminar de romper esa barrera, lo único que quiero es que seáis felices de una vez, sin filtros, sin medir los gestos, sin sutilezas. ¿Qué hace en una puta habitación aparte?

—Supongo que habrá querido ser educado por estar mis amigos y…

—No, está dándote espacio porque todavía no sabe lo que sientes. Te recuerdo que Dylan está al lado de tu cuarto. Aunque le hayas dicho que lo que sientes por él es como lo que sientes por mí…, a Kendall le sigue quedando la duda de qué es exactamente lo que quieres de él, lo que sientes. Tienes que ser transparente y sincera.

Respiré de forma titubeante y asentí.

—Se lo diré esta noche.

—Bien. —Jason sonrió ampliamente y se separó de mí, dando un paso hacia atrás—. Quiero putos fuegos artificiales, ¿entiendes? Y, si hay boda, yo llevaré los anillos.

Se me escapó una risa nerviosa.

—¿Eso no es para los niños?

—Me la suda. Si alguien más lleva vuestros anillos, quemaré la iglesia. He dicho.

Y así, adorando a mi mejor amigo y entre risas, salimos de la habitación.

***

Bajé para reunirme con los demás mientras Jason se quedaba un momento en su habitación sacando unas cosas de su maleta. Estábamos casi todos repartidos entre la cocina y el salón cuando a los minutos se escucharon un portazo y unos gritos. Y después un nombre alto y claro.

—¡Kendall! —gritó Jason. El aludido se levantó de un brinco y, como una exhalación, cruzó hacia la escalera. El batería bajó corriendo y se encontraron en el rellano. Su rostro, marcado por la desesperación más cruda—. Mi padre, mi padre.

—Calma, respira —le obligó Kendall, poniendo una mano sobre su hombro—. ¿Qué ha pasado?

—Está en el hospital —rugió el irlandés, temblando—. Ha sufrido un

ataque al corazón hace media hora. Tengo…, tengo que ir.

—Vale, sube por tus cosas, nos vamos —resolvió.

—No, tío, no puedes. —Jason me miró y sus ojos brillaron mientras contenía las lágrimas—. No puedes irte por mi culpa.

—No es culpa de nadie —sentenció Kendall—. No te voy a dejar coger la moto en una carretera medio helada, a oscuras y con este ataque de nervios. Te llevo yo, no hay discusión. —Su tono era tan firme e inamovible que Jason asintió y se movió.

Risse subió escaleras arriba con él corriendo tan rápido como pudo. Yo me acerqué a Kendall. Cuando se giró para buscarme, ya estaba a su lado cogiendo una de sus manos.

—Lo siento —susurró.

—No lo sientas, me alegro de que vayas con él. A mí también me gustaría estar a su lado —confesé.

—Jason no te dejaría, lo sabes —dijo Kendall sonriendo con tristeza—. Es posible que lo hayan cogido a tiempo. Igualmente, te avisaré con lo que vaya pasando. —Me acarició con el pulgar la mano que cogía la suya.

Cuando Jason bajó seguido de los pasos de Risse, que se sentó en la escalera llorando, yo me acerque a él. No dejaba de mirarme con el terror marcando su semblante. Lo abracé y él me apretó con fuerza.

—Todo irá bien —le susurré—. Estoy contigo.

—Lo sé —gimió, apretando más. De golpe, me soltó y se marchó, corriendo hacia la puerta.

Kendall se inclinó y me besó ligeramente en la mejilla. Después, y sin decir palabra, fue hacia el coche. Todos vimos cómo arrancaba y se perdían en la oscuridad. Cuando los faros estuvieron tan lejos en el camino que ya no se apreciaba la luz que desprendían, unos ligeros copos de nieve comenzaron a caer sobre nosotros.

46

TRÉBOL DE CUATRO HOJAS

Anya

Los ánimos decayeron considerablemente, pero nos mantuvimos ociosos. La tormenta empeoró y controlé el teléfono hasta que unas dos horas y media después, Kendall me escribió para decirnos que habían llegado bien y que estaban en la sala de espera.

—Están en la UCI, parece que estaban tratando de estabilizarlo —les leí a los demás.

—Kendall se queda con él, ¿verdad? —preguntó Riley, aunque prácticamente era una confirmación de lo que todos esperábamos.

—Sí, dice que pasará la noche con él allí en el hospital, hasta que tengan alguna noticia más.

Sabía que la amistad entre ellos dos era completamente diferente a la que Kendall tenía con Ozzy y Riley, era algo que notaba en cómo interactuaban entre ellos. No sabía cómo se habían conocido. Solo que un día se presentó con Jason allí, sin saber tocar la batería, pero con ganas de aprender. Y Kendall le enseñó todo lo que sabía. De ahí en adelante, el joven pelirrojo perfeccionó su técnica por sí mismo, siempre con alguna pauta más del bajista. Pero solían tener comentarios y miradas cifradas, o eso me había parecido siempre. Gestos que solo comprendían ellos dos. Por eso, de todos los que había en esa casa, Jason solo lo buscó a él.

Y, de alguna forma, supe que eso era lo que atormentaba a mi mejor amiga. Cenamos no en silencio, pero sí en un respetuoso ambiente sereno. Con conversaciones distendidas entre los grupos y con Maya bastante pendiente de su hermana. Risse no había recuperado el ánimo y sus energías desatadas habían menguado considerablemente desde que había vuelto de hablar con Jason antes de que se marchara. Le había preguntado si estaba bien, pero solo negó con la cabeza. Así que respeté que no quisiera hablar de momento.

Una vez recogimos la cena, Ozzy propuso tomar unas copas en la sala de juegos. A eso de la una de la madrugada tuvimos noticias. Habían estabilizado

al padre de Jason, aunque parecía que todavía esperaban alguna que otra prueba más y que debían mantenerlo en observación durante esa noche y, quizá, durante varios días más. Desde ese momento, Risse pareció respirar de otra forma.

Nos dividimos por la sala, jugando cada uno con lo que más a gusto se sentía. Ozzy y Leah se enfrentaron en una partida de billar a Dylan y Maya. Riley y Noah empezaron una partida de dardos. Y Risse y yo estábamos sentadas entre ellos, simplemente estando, apreciando la compañía y tratando de calmar los nervios de la situación tan tensa que se había quedado.

—Diría que ya llevamos varias copas en el cuerpo —dijo Dylan, rompiendo el silencio—. Y creo recordar que se nos había prometido una historia.

Miraba a Leah y alzó las cejas. Ella gruñó una maldición y dirigió la vista a Ozzy, que le sonrió con picardía. La tormenta parecía haberse encrudecido durante la cena y ahora el viento silbaba con fuerza al otro lado de las ventanas.

—Una historia por otra, juguemos a eso —propuso ella.

Dylan ensombreció el rostro, pero finalmente asintió.

—Lo veo justo. —Desvió sus ojos hacia mí—. Y, para que sea más justo todavía, que empiece la cumpleañera.

—¿Yo? —dije, sorprendida.

—Sí, por ti nos hemos conocido todos, así que elige una historia —afirmó el *pitcher*.

—Está bien. —Alcé los ojos hacia el techo, dándome golpecitos con el móvil en los labios de forma pensativa. Entonces vi el anillo con forma de infinito y supe qué quería contar—. Jason y yo al principio nos odiábamos. Kendall nos sentó un día y nos pegó una bronca increíble, como haría un hermano mayor.

—Recuerdo ese día. —Riley se rio—. Casi os ponéis a llorar. Estabais rojos como un tomate.

—Sí. —Ozzy también rio, recordando el momento después de un ensayo —. Creo que no le he visto nunca hacer eso con nadie. Menuda paciencia tuvo.

—Bueno, pues unos meses después, yo tenía que ir al centro comercial a comprar algo para clase. Kendall no podía acompañarme, así que le pidió a Jason que fuera conmigo. Había estado sufriendo *bullying* por parte de unos compañeros de instituto y Kendall estaba empeñado en que era mejor no dejarme sola —empecé a contar, y todos dejaron lo que estaban haciendo para mirarme—. Como era de esperar, Jason y yo discutimos, ni siquiera recuerdo por qué fue. Le dije que se largara y eso hizo. Pasé unas dos horas pegando vueltas por ahí yo sola, compré lo que me hacía falta y, cuando volvía a casa, ya

estaba oscuro. A la salida del centro comercial estaba este grupo de abusones y vieron la oportunidad perfecta.

Hice una pausa, no porque quisiera hacer la historia más dramática, sino porque se me cortó la voz. Bebí para disimular y entonces Risse insistió.

—¿Y qué ocurrió?

—Empezaron a gritarme. Después me rodearon, me tiraron la compra al suelo, destrozándolo todo, y con un mechero la empezaron a quemar. Me tiré hacia ellos para defenderme, pero solo conseguí que empezaran a pegarme. Eran seis contra mí.

—Qué hijos de puta —escuché que decía Riley. Estaba inclinado, apretando los puños contra el cuero del sofá que separaba la zona donde estábamos sentadas. Noah fruncía el ceño, igualmente cabreado por la historia—. Nunca nos lo contasteis.

Me encogí de hombros.

—La cuestión, es que, cuando la cosa empezó a ponerse fea, apareció Jason. Por entonces era igual de alto que yo y un fideo. Aun así, empezó a golpearlos con una rabia increíble. —Un escalofrío me recorrió los brazos al recordar el momento, la ferocidad en su rostro—. «Os partiré las piernas —decía a gritos—, os haré comer vuestros dientes. Nadie toca a mi enana».

Se hizo un silencio increíble y entonces Risse se sorbió los mocos.

—Obviamente, perdí todas mis cosas y ambos recibimos una paliza tremenda. Pero Jason fue tan violento y contundente que, de alguna forma, venció. —Sonreí con tristeza y apoyé el mentón en el reposacabezas del sofá. Estaba sentada sobre las rodillas, mirando hacia Dylan y los demás en la mesa de billar—. Recuerdo que me llevó a casa a caballito, me curó y se fue al centro comercial otra vez a comprarme todo lo que había ardido por culpa de esos abusones. Cuando Kendall llegó un rato más tarde a mi casa y nos vio, llenos de tiritas y de moretones, Jason empezó a llorar y, temblando, le dijo: «No dejaré que pase más, lo prometo, no volverá a pasar». Ha sido la única vez que lo he visto llorar.

—¿Qué dijo Kendall? —inquirió esta vez Leah.

—Nada. Solo le abrazó y lo acompañó a su casa.

—Es el puto mejor hermano mayor del mundo —afirmó ella, quitándose una lágrima perdida en su rostro.

—¿Por eso ahora está tan ciclado? —quiso saber Maya—. Cada vez está más robusto el tío.

—Supongo. —Me reí con delicadeza—. Hace unos años nos apuntamos a boxeo. Él va unos tres días por semana, creo. Yo solo de vez en cuando para que me enseñe cosas él mismo cuando no hay nadie en el gimnasio, más a

modo de defensa personal que otra cosa. Pero creo que lo quieren fichar para ser profesional. Ha competido alguna que otra vez y es muy bueno.

—No me extraña —confirmó Noah—. Pues yo os puedo contar como conocí al señor vikingo.

—Noah… —advirtió él.

—Teníamos cuatro años…

—Noah… —Segundo aviso.

—Era un llorica de campeonato. Vivíamos uno frente al otro y estábamos en la calle, junto al camión de los helados. Esa era la escena principal del crimen. La movida era que su hermano le había tirado el helado al suelo y Dylan lloraba a mares. Joder, no veáis qué drama…

Escuché a Maya bufar, intentando aguantar la risa. Los ojos azules de Dylan refulgieron. Risse se secó una lágrima perdida y empezó a sonreír. Ozzy lo miró de refilón, igual que Leah. Riley se mordía el puño, mirando de uno a otro.

—Yo tengo cinco hermanos más, así que este tipo de batallas campales son mi día a día —comentó él como si nada.

—Espera, ¿sois seis hermanos? —grité asombrada. Él asintió.

—Sí, hay dos más pequeños que yo. —Noah sonrió.

—Para la historia ahí —amenazó Dylan.

—Después de que su hermano le tirase el helado, como buen ángel que soy, quise compensar semejante atrocidad y le di mi helado. Obviamente, ya chupado. —La tiza de la mesa de billar pasó tan cerca de la cara de Noah que le despeinó el flequillo y golpeó la pared detrás de él, soltando ese polvillo azulado—. ¡Tío, que me matas!

—¡Te estoy advirtiendo que pares! —gritó avergonzado.

—¡La cosa era que se puso a llorar más! —siguió Noah, haciendo que Risse estallara en carcajadas.

—Eres hombre muerto —gruñó Dylan, caminando hacia él. Sostenía el palo de billar en alto, como una lanza con la cual ir a matar.

—¡Decía que le iba a pegar virus mortales, porque tenía mocos en la cara!

—¡Dabas asco!

—¡Tenía cuatro putos años!

Empezaron a perseguirse entre los sofás, Dylan intentando golpearle y Noah esquivando las lanzadas con agilidad.

—¿Pero se comió el helado? —quiso saber Leah entre risas.

—Se lo metí en la boca mientras berreaba —confirmó Noah—. Y entonces lloró todavía más, hasta que le dio igual y se lo terminó.

Detuvo el palo que iba a darle con fuerza en la espalda. Nos sorprendió esa

agilidad y esa fuerza de agarre. Dylan estaba totalmente iracundo. Pero la mirada que le lanzó Noah dijo muchas más cosas que las que contaba esa tierna historia de niños.

—Desde entonces, supe que tenía que cuidar de él.

Hubo un intercambio de miradas tan íntimo e intenso que me vi obligada a despegar los ojos de ellos dos, sintiendo que me ruborizaba por algún motivo. A Risse le pasó algo parecido.

—Sois asquerosamente adorables —respondió Maya riendo.

Yo, sin querer, había enrarecido el ambiente con mi historia y Noah lo había aligerado. Mientras los que estaban de pie se movían por la sala y bebíamos algo más, Dylan le dijo algo entre susurros, ya más relajado. Noah le sonrió y le dio un apretón en el hombro, respondiéndole, lo que hizo que el *pitcher* negase con la cabeza y volviera a su puesto junto a la mesa de billar.

La siguiente en contar una historia fue mi mejor amiga: relató cómo nos conocimos en el cuarto de baño y el fantástico fin de semana de chicas que nos hizo unirnos definitivamente. Cuando dijo que era el mejor recuerdo de su época de instituto hasta la fecha, casi sentí que la emoción podía conmigo. Hasta que se lanzó hacia mí y me abrazó como un koala, todo brazos y piernas, lo que me arrancó una carcajada.

—¿Qué hay de vosotros cuatro? —insistió Risse, mirando hacia su hermana.

—Esa es la historia que nos interesa —matizó Dylan.

Hubo un silencio cargado de intenciones y, entonces, Riley habló:

—Solo puedo resumir nuestra historia diciendo que yo siempre había estado enamorado de Ozzy, y él siempre lo había estado de Leah. Ella contrató a Maya porque le robó el corazón y Maya me tiró la caña hasta que consiguió que fuéramos follamigos y, por supuesto, que la quisiera. —Ese minirrelato consiguió que los demás presentes abriéramos la boca, perplejos.

—Es una forma feísima de describir nuestra relación —espetó Leah, frunciendo el ceño—. Aunque, desde luego, es ahorrarles años de movidas.

—No todo ha sido malo en nuestras idas y venidas, entre drama y drama había mucho sexo —confirmó Maya. Riley la señaló, guiñándole un ojo—. Y ahora hay todavía más.

Y entonces se chocaron la mano riendo. Leah movió la cabeza de lado a lado, sonriendo ligeramente.

—La cuestión… —continuó Ozzy, que parecía ser la calma en mitad de la tempestad de los otros tres— es que nos costó mucho entender lo que estaba fluyendo de unos a otros. Fue extraño reconocer que mi mejor amigo podría ser algo más. Pero, si me paro a pensarlo ahora, no se me ocurre nadie mejor

con quien compartir mi vida, ni el amor que nos dan Leah y Maya.

Risse y yo suspiramos ante esa declaración tan bonita. Pero me pareció que Noah y Dylan se habían quedado rígidos.

—Todavía hay muchas cosas que estamos normalizando, pero la base de todo es la comunicación. Así que no os jodáis como hemos estado nosotros durante tantos años. Hablad las cosas, expresadlas —dijo Riley dirigiendo su mirada hacia la diana—. La vida es demasiado corta como para detener lo que nos pide el corazón por miedo a ser juzgados.

Y aquella frase se quedó grabada en el corazón de los cuatro restantes.

***

Hacía bastante rato que no recibía mensajes de nadie. Subimos a las habitaciones y Risse me detuvo un instante en el rellano del primer piso.

—No creo que logre conciliar el sueño en la cama de Jason. ¿Puedo dormir contigo?

Me quedé parada un momento, viendo cómo Dylan y Noah parecían todavía más incómodos después de ese relato de Riley y Ozzy.

—Se me ocurre algo. Poneos los pijamas y venid a mi cuarto.

—¿Qué? —dijeron los tres.

—Hacedlo. —Di dos pasos y volví a girarme hacia ellos tres, roja como un tomate—. ¡Sin pensar guarradas!

Con un suspiro común, obedecieron. La primera en llegar fue Risse y no pude evitar preguntar:

—¿Qué ha pasado antes con Jason?

—Hemos discutido. Sé que no lo hace adrede, pero a veces es demasiado…

—¿Bruto? ¿Hiriente? ¿Insensible? —Me miró arqueando las cejas—. Llevo discutiendo con él desde hace siete años, créeme, sé cómo es cuando pierde los nervios.

—Lo he presionado, quería ir con él para darle mi apoyo. Sin pensar en que quizá no sería lo mejor para él.

—¿Qué te ha dicho?

—Me dijo que no podía procesar más de una cosa a la vez y que, si me tenía cerca, no podía centrarse en su padre. —Intentó coger aire y sollozó brevemente, amenazando con volver a llorar—. Que no era a mí a quien necesitaba y que aquí era donde yo tenía que estar.

—No se lo tengas en cuenta, por favor. Él no lleva bien que lo vean vulnerable, no soporta la derrota, ni jamás dejará que lo vean llorar. Y supongo que, con sus torpes palabras, ha querido decirte que debías quedarte conmigo

por ser mi cumpleaños.

—Pero con vosotros dos sí lo hace, sí os lo permite. —Risse cogió aire, suspirando—. Esa es la cuestión, que, aunque nos llevemos muy bien y nos entendamos en la cama, jamás podremos ser nada más. Es como si su corazón estuviera ocupado por vosotros dos y no quisiera hacer sitio para nadie más.

Mi interior se retorció al escuchar eso. Su confesión de esa misma tarde volvió a mi mente, pero fue interrumpida por Dylan, que pedía permiso para entrar. A los pocos instantes, Noah cerró la puerta tras sus pasos.

—Somos un equipo de cuatro, ¿no? —Cogí el trébol que me había regalado Dylan—. Hagamos equipo para que Risse no se sienta mal por no poder estar con Jason.

—No hace falta que… —empezó diciendo ella.

Pero Noah la cogió por la cintura y, medio en volandas, la llevó a la cama y se tumbó a su lado. Yo me tiré al otro lado de Risse y Dylan cogió el nórdico, lo echó por encima de nosotros y, después, se metió en la enorme cama a mi lado. Nos acomodamos todos a oscuras, tapados por el nórdico y abrazados unos a otros. Risse lloró un poco, pero escuché cómo Noah le susurraba cosas y la besaba de vez en cuando en la mejilla. Yo le acariciaba el pelo y Dylan le cogió la mano por encima de nuestros cuerpos, haciéndole caricias con los dedos para hacerle saber que él también estaba ahí.

Entonces, comenzó una lluvia de estrellas y los cuatro nos quedamos en silencio, completamente alucinados por la belleza que se desplegaba sobre nosotros.

En algún momento había dejado de nevar y la montaña nos recompensaba con la imagen más hermosa que jamás había visto. A pesar de estar rodeada de esos cuatro amigos increíbles, mi cabeza y mi corazón se encontraban a dos horas de allí. Con Jason y Kendall.

47

PROMESAS

Anya

No recuerdo en qué momento nos quedamos dormidos, o si los demás habían logrado dormir. Pero Risse cayó la primera, arropada por el cariño de todos. Yo me giré y Dylan se acurrucó todavía más junto a mí. Me dio las gracias por algo que no lograba ubicar. Me besó en la frente un par de veces y después, con mi cabeza apoyada sobre su pecho, sentí cómo su respiración se volvía pausada y acompasada. Aquello hizo que me relajara tanto que caí rendida entre sus brazos y los de Risse.

Sentí movimiento y supe que Noah se levantaba. Un rato indeterminado después, Dylan se movió con todo el cuidado que pudo, girando mi cuerpo hacia Risse, y salió de la cama, tan sigiloso como un gato. Corrió las cortinas para que el sol del amanecer no nos diera de pleno. Y se marchó cerrando la puerta con cuidado tras él.

Me desperté porque sentí que alguien me acariciaba el pelo. Risse ya no estaba, pero notaba el peso del cuerpo de alguien sentado donde había dormido Dylan. Antes incluso de abrir los ojos, supe que no era él. Esa forma de tocarme y el olor de su colonia y su *aftershave* eran inconfundibles. Me giré remolona, estirándome con un quejido, mientras me esforzaba por abrir los ojos.

Kendall estaba inclinado hacia mí, con un codo apoyado en la almohada y la cabeza en esa mano, mientras que con la otra me había estado acariciando. No llevaba la chaqueta, pero se notaba, por lo frías que tenía las manos, que había llegado hacía poco.

—¿Cómo están Jason y su padre? —pregunté somnolienta.

—Fuera de peligro, pero Jason no ha querido separarse de él. Además…, sentí que debía marcharme y dejarle a solas.

—¿Y eso?

—Apareció una chica —comentó bostezando—. ¿Te acuerdas esa con la que quedó un día después de un ensayo? Que le llevamos hasta el centro. —Yo

asentí, parpadeando para aclarar mi vista—. Parecía muy angustiada y Jason no la apartó. Sabes lo reservado que es cuando parece vulnerable.

—Sí, solo nos deja a nosotros —convine. Kendall asintió.

—Pero a ella no le dijo nada. Llegó, le susurró algo y se sentó sobre sus piernas. —Kendall desvió la mirada con una sonrisa dulce—. Fue como echarles agua a unas brasas, se destensó por completo. Creo que incluso se durmió un par de horas.

Eso me sorprendió lo suficiente como para espabilarme del todo. Quizá para otra persona no fuera nada especial, pero, tratándose de Jason, era un hecho increíble. ¿Quién sería esa chica y qué relación tendría con ella?

—¿Y tú? ¿Has dormido?

—No, qué va. Me quedé despierto de café en café hasta que nos dijeron que le habían puesto un marcapasos y que parecía estable. Me marché cuando dijeron que lo subían a planta. —Kendall volvió a bostezar—. Jason quería que esta chica se fuera y me ofrecí a llevarla a casa, porque era de madrugada. Pero ella se negó en rotundo y dijo que no se iba a separar de él.

—Es muy bonito —susurré, cogiendo la mano de Kendall con las mías—. Estás helado y deberías dormir.

—No, de eso nada —gruñó—. Es tu cumpleaños y vamos a ir a hacer lo que quieras.

—Kendall, te vas a quedar dormido sobre los esquís o en mitad de una guerra de nieve, y me estoy imaginando a Noah convirtiéndote en un muñeco, con zanahoria en la boca y todo.

—Le patearé las pelotas —refunfuñó.

Pero no podía evitar bostezar. Además, bajo sus ojos se marcaban un par de franjas oscuras por haberse mantenido en vela durante toda la noche. Así que recurrí al chantaje que bien sabía que funcionaría con él.

—Ven —le pedí.

Se terminó de escurrir en la cama y lo abracé con las piernas. Le pasé los brazos por mi cintura, junto a los míos, y lo inmovilicé, con su rostro pegado al mío. Se rio y me miró con diversión.

—¿Qué haces?

—Chantaje —advertí.

Empecé a besarle en la mandíbula, en el cuello, y después subí hacia su rostro y me detuve cerca de su oído cuando hizo un siseo placentero.

—Si duermes y recuperas fuerzas, prometo hacer muchas cosas contigo esta noche. —Le mordí la oreja, atrapando varios de sus pendientes con los dientes. Apretó las manos en mi culo con fuerza—. Todas las que quieras, quizá incumpliendo alguna de esas normas que pusiste al llegar.

—Joder —suspiró—. ¿En serio?

Moví mis caderas hacia las suyas, buscando fricción, y afirmé con un gruñido a medio camino entre placentero y somnoliento.

—Tengo ideas, cosas que probar, y no sé… Puede ser un buen premio para alguien que se lo ha currado tantísimo, ¿no crees? —susurré acariciando sus brazos, sin dejar de moverme ni de besar su mandíbula y su cuello. Él se estremeció ante la mezcla de todo—. Pero tienes que dormir.

—¿Y si quiero ese premio ahora? —inquirió, sus labios sobre los míos, su respiración acelerada. Sus manos apretando mis caderas con posesión.

—Puedo darte un adelanto, pero solo si prometes dormir después.

—Sí, por favor —rugió.

Nos besamos con ganas, reclamando los labios el uno del otro, frotándonos más con necesidad, con avaricia. Él gruñó una maldición cuando notó mis manos desabrochando sus pantalones. Me giró y se quedó tendido encima de mí. Con una habilidad envidiable, se quitó los pantalones sin dejar de besarme. Cuando se hubo liberado de los vaqueros, se colocó entre mis piernas. Movió la pierna para levantar una de las mías por la rodilla, haciendo que me abriera más para él y poniéndomela por encima de su cuerpo. Gemí cuando bajó y sentí su erección.

Tiré de su camiseta para quitársela del todo y le arañé la espalda cuando me besó en el cuello sin dejar de restregarse contra mí.

—Espera, espera —gemí. Él se apoyó sobre los codos, deteniendo las embestidas y los besos—. Me pediste que tuviera claro qué siento. Creo que ya lo sé.

Tragó saliva antes de preguntar:

—¿Qué sabes?

Sonreí ampliamente y, acercándome a sus labios, le respondí:

—Te elijo a ti, aunque creo que nunca ha sido una elección, creo que siempre fuiste tú. —Su respiración tembló, igual que sus manos cuando volvieron a mi cuerpo. Lo besé con tiento y pareció estremecerse de nuevo. Me coloqué encima de él y encajé nuestras caderas. Gimió y se volvió a agarrar a mi trasero como si fuera un salvavidas—. Quiero decirte todo lo que siento, pero el trato era esta noche y que ahora durmieras.

—Anya, joder —gruñó sobre mis labios mientras no dejábamos de frotarnos—. No me puedes dejar así.

—Tranquilo. —Le mordí el labio inferior y fui bajando mis besos por su torso perfecto, hasta que tiré de la goma de su ropa interior para liberarle. Le besé en los *piercings* y le sonreí—. Saber que te elijo a ti y esto es el principio de tu premio.

—Joder —gruñó cuando me la metí en la boca.

***

Unos minutos después, salía de la habitación duchada, cambiada y con un Kendall satisfecho esparcido y abrigado en mi cama. No habíamos hecho más que tocarnos el uno al otro, estaba agotado y se le notaba; aun así, se esforzó por complacerme a mí también antes de caer completamente rendido. Cuando salí de la ducha y me vestí viéndole dormir, supe que esa noche debía decírselo todo. Quería que fuera tan feliz como había logrado hacerme a mí.

***

Cuando bajé, algunos ya habían desayunado y otros estaban amaneciendo, como yo. La mayoría, con resaca por el exceso de copas de la noche anterior.

Una vez estuvimos todos, propusimos hacer un plan similar al día anterior, solo que volviendo a comer a casa. Leah había comprado para cocinar carne a la brasa y teníamos un hornillo de piedra en el exterior donde poner maderas y hacer allí todo lo que quisiéramos. Así le daríamos tiempo a Kendall para descansar algo y que comiese con nosotros.

Las horas pasaron rápidas. Cuando volvimos, todavía no había rastro del dormilón. Subí a mi habitación y vi la puerta abierta. Encontré a Kendall solo con el pantalón de pijama, lavándose los dientes en el baño, casi sin poder abrir los ojos. Caminé hacia allí y me reí bajito al verlo cepillarse con pereza mientras se rascaba los abdominales. Desvió la vista hacia mí.

—¿Bueh? —gruñó con la boca llena de pasta de dientes. Yo me volví a reír bajito.

—Nada, buenos días, rey —saludé.

Él se aclaró la boca y se secó la cara con la toalla. Yo no me moví de allí. Dio un paso hacia mí y, cogiéndome una mano, tiró de mí hacia él.

—Dime en qué sentido me eliges —exigió.

—No, de eso nada, el trato era esta noche.

—No puedo aguantar a esta noche —gruñó, apretándome contra él y agarrando mis caderas con fuerza. Me pasó los labios por el cuello y me estremecí—. Dímelo.

—¿Quieres más?

—Siempre quiero más de ti, Anya —me susurró al oído. Cerró de un portazo la puerta del baño y me apretó contra él, besándome. Deslizó directamente la lengua en mi boca, yo gemí—. Dímelo.

—No quiero.

Apretó sus caderas todavía más contra las mías y volvió a lamer mi lengua con pasión. Con una mano me agarraba la parte de abajo de mi trasero y con la otra pellizcaba uno de mis pezones.

—Anya —amenazó—. No me cabrees.

—Oh. Qué miedo. ¿Vas a castigarme?

—Joder, sí. —Volvió a besarme con desesperación y después me mordisqueó el cuello. Yo no dejaba de buscarle con mis caderas al compás de las suyas—. Todavía puedes librarte diciendo lo que quiero oír.

—No quiero.

—No me dejas más remedio…

Me apartó de la puerta y me giró para ponerme de cara a la pila, haciendo que me inclinase. Coloqué las manos de forma instintiva en el mármol. Él me bajó los pantalones y la ropa interior del tirón. Me sobresalté, no me lo esperaba.

—¡Espera, estamos en el mismo piso que los demás! ¡Nos oirán!

—Me da igual —gruñó.

—¿Vas a saltarte tus propias normas? —gemí cuando lo noté colocándose detrás.

—Por ti rompería todas las leyes del mundo, mi reina —me susurró al oído mientras sentía cómo deslizaba su miembro por mi centro, ya húmedo.

Me estremecí de anticipación.

Se escucharon varias voces y entonces alguien entró en el baño de al lado. La puerta se cerró a la vez que Kendall me la metía de un empellón hasta la empuñadura y grité de placer al recibirle.

—K-Kendall… —gemí, viéndonos en el espejo.

Él me miró a través del reflejo. Se la sacó poco a poco y deslizó una mano bajo mi camiseta para cogerme un pecho y apretarlo entre sus dedos. Me encantaba ver cómo se tensaban sus brazos, cómo se apoyaba con la otra mano en la pila, con los nudillos blancos por la fuerza que ejercía. La sacó por completo y volvió a embestir sin miramientos, arrancándome otro grito de placer. Se inclinó, pegándose totalmente a mí, y me susurró al oído, sin dejar de mirar nuestro reflejo:

—Podría estar así toda la mañana. —Volvió a sacarla totalmente sin dejar de mirarme y meterla hasta el fondo de una—. Todo el maldito día. —Lo repitió lento y después fuerte—. Viendo cómo pones esa cara lujuriosa, cómo gimes cada vez que hago esto. —Volvió a repetirlo y me tuve que agarrar más fuerte al lavabo—. Cómo te retuerces de placer al recibirme.

—Kendall… —gemí.

—¡Anya! ¿Estás ahí? —gritó Risse.

—Ay, no… —jadeé. Kendall volvió a embestir, yo me mordí los labios y él sonrió con malicia—. P-Para un momento.

—No quiero —dijo, imitándome.

Gruñí mientras él continuaba, despacio y después fuerte, haciéndome gritar sin poder evitarlo.

—¿Anya?

—No está —dijo Noah, saliendo del baño de al lado.

—Me ha parecido escucharla… ¿Estás bien?

—¡Sí! —grité después de otra embestida, mientras Kendall me clavaba los dientes en el hombro sin dejar de acariciar mi pecho.

—¿Necesitas algo? —se preocupó mi amiga.

—Joder —gruñó él, ya sin poder parar de entrar y salir, descompasándose incluso ante la adrenalina y la pasión.

—N-no —conseguí decir entre jadeos y embestidas, mirando a los ojos al reflejo de Kendall.

—Vale, vamos fuera —dijo al fin Risse.

Noah y ella bajaron las escaleras entre risas, eran tan escandalosos que no fue difícil escucharlos.

Y entonces Kendall se volvió loco del todo. Me incliné todavía más sobre la pila para recibirle de pleno, tan hasta el fondo como pudiera. Era lo más excitante que había sentido jamás y él me llenaba tanto que me hacía ver las estrellas. Deslizó una mano hacia mi centro y comenzó a masajear mi clítoris. Sentía cómo olas de calor abrasador recorrían mi cuerpo.

Con movimientos cada vez más pausados de nuevo, más profundos, movía los dedos a la vez que me acercaba el rostro y por fin separé los ojos del reflejo para mirarle directamente. Nos besamos mientras seguía y seguía. Entonces noté que me iba a correr. Él gimió y se separó para coger aire.

—Quiero verte, mi reina —dijo, sintiendo cómo se acercaba mi orgasmo.

Mirándole en el reflejo me dejé ir, gritando y gimiendo sin pudor a que nos pudieran oír. Sin miedo a que mis amigos no se hubieran apartado de la puerta, como pensaba, y estuvieran escuchando. Me dio igual, se lo ofrecí todo, disfrutando hasta el máximo de él y de su pasión. Gimió conmigo cuando llegamos juntos y poco a poco fue parando de embestir. Las piernas me temblaban mientras intentaba recuperar el aliento. Apoyó los brazos a los lados de los míos en la pila, besándome en la espalda.

—Puedo decirte… —murmuré entre jadeos, mirando su reflejo— que quiero esto todos los días de mi vida. —Me giré y vi cómo sus ojos brillaban. Le puse ambas manos a los lados de la cara y le besé envolviendo sus labios al

completo—. Solo contigo… —otro beso— con nadie más que contigo.

—¿Todos los días? —susurró él, devolviéndome ese pico fugaz pero profundo en los labios.

—A todas horas.

***

Un rato después, ya todos juntos, Kendall y Ozzy se encargaron de hacer la carne. Maya y Risse estaban en la cocina preparando ensaladas, con Dylan y Noah friendo patatas para llenar varias fuentes. Riley y yo nos dedicamos a robar trozos de carne y de patatas mientras revoloteábamos de un lado a otro, hasta que al final nos echaron y nos fuimos a hacer un muñeco de nieve a una esquina del jardín.

—Kendall jamás había sonreído tanto como lo está haciendo hoy, a pesar de lo ocurrido con Jason… —dijo Riley desviando la vista hacia los dos músicos—. Imagino que tienes algo de culpa.

—¿Yo? —Me encogí de hombros, haciéndome la tonta—. Seguro que es por estar aquí con todos.

—Claro, y yo vuelvo a tener tres años —se burló—. He visto cómo os estáis mirando, ha pasado algo entre los dos, ¿verdad? —insistió.

—Puede —murmuré avergonzada—. Creo…, creo que esta noche daré un paso y, no sé, me da miedo.

Riley permaneció en silencio mientras apretábamos la nieve para darle la forma a un cuerpo amorfo. Finalmente, suspiró y me dijo:

—A veces las mejores cosas vienen después de un momento de miedo. —Desvió la mirada hacia Ozzy, quien le decía algo a Kendall y este se reía mientras ponían la carne en una fuente enorme—. Yo pasé una angustia horrible el día que le dije lo que sentía. Esperaba que me rechazase, que me dijera que estaba loco. —Se rio con nostalgia—. Incluso esperé que me diera un puñetazo.

—¿Y qué pasó? —quise saber, atenta a lo que me decía el guitarrista.

—Pues que ese día se convirtió en el más feliz de mi vida —confirmó.

48

LA VERDAD

Anya

Mientras se hacía la comida, el cielo comenzó a oscurecerse de nuevo. Nos dio el tiempo justo para guardar la carne, echar un poco de nieve en las brasas y meternos en casa. El viento soplaba con furia y los copos de nieve aparecieron de nuevo.

—Pues menos mal que iba a estar despejado —bramó Kendall, quitándose nieve del pelo oscuro.

—Bueno, al menos nos ha dado tiempo a hacer la carne. —Ozzy sonrió, restándole importancia al vendaval que empezaba a enterrar los coches.

La noche anterior, el cantante había colocado la moto de Jason bajo el porche de la casa, con un plástico protector que el batería siempre llevaba en el maletín. Así que, aunque ahora el plástico tenía una ligera capa de nieve, no caía directamente sobre el vehículo.

Disfrutamos de una comida entretenida, hablando entre nosotros, y después pasamos a la sala de juegos, como la noche anterior. Pero esta vez Riley subió de las habitaciones una guitarra. La afinó sentado en el sofá al lado de Kendall, que todavía soltaba algún bostezo que otro. Noah animó a Risse a jugar con él a los dardos. Y Dylan le pidió la revancha a Leah. Ozzy se había quedado tras la barra, sirviéndonos a todos con una sonrisa tierna en los labios. Maya comenzó a traer boles de palomitas y, cuando hizo el último paquete, Riley, que había empezado a tocar una canción, le dio un golpecito a Kendall en el brazo.

—Vamos, tío —rogó.

—¿Qué quieres que haga, darte palmas? —gruñó, cruzándose de brazos.

—Hay un puto piano ahí, vamos a darle un poco de ambiente a la velada, odio el ruido del aire —rogó.

—No sé…, hace años que no toco el piano.

—¿Sabes tocar el piano también? —preguntó sorprendida Maya.

Él asintió.

—El piano, el bajo, la batería, el ukelele, el violín y la guitarra mejor que este —se burló dándole con el codo ahora a Riley, que hizo que una cuerda chirriara.

—Ale, sigue fardando… —se burló el guitarrista.

—Has empezado tú.

—Bueno. ¿Me acompañas o no? —insistió, parando de rasguear.

Kendall me miró y yo ya estaba sonriendo, expectante. Él no necesitó más para suspirar, levantarse y sentarse frente al piano. Hizo unas pruebas y después pasó los dedos por las teclas.

—Vale, lo tengo —anunció, y todos nos quedamos en silencio.

Los dos chicos comenzaron a tocar a la vez, como si hubieran ensayado esa canción todos los días de su vida. Cuando llevaban un par de compases, Ozzy empezó a entonar una canción preciosa. Todos lo habíamos oído cantar con gritos, con guturales y con una voz potente y ruda. Pero ese tono, masculino pero suave al mismo tiempo, nos puso la piel de gallina a todos los presentes junto con la sinfonía conjunta de ambos. Cuando acabaron de tocar, todos sin falta les aplaudimos con fuerza, con los ojos brillantes y sonrisas.

—Qué pasada —alabó Noah.

—Ha sido increíble. —Dylan los miró de hito en hito—. Os sale tan natural que parece que no suponga un esfuerzo. Es una maravilla oíros así de cerca.

Sonreí ampliamente, asintiendo ante sus palabras con cierto orgullo. Riley le sonrió.

—Gracias, tío.

La tarde pasó así, entre juegos, risas, música y bebidas. Quizá demasiadas bebidas. Cuando llegó la hora de la cena, nos empezamos a desperdigar. Unos querían cenar, otros se estaban empezando a poner mimosos, como Maya y Riley. Y otros directamente hacía rato que no volvían del supuesto cuarto de baño, como Leah y Ozzy.

Así que hicimos unos sándwiches, con cierta dificultad por nuestro estado de embriaguez. Me gustó ver cómo Kendall ya no parecía tenso en presencia de Dylan. Incluso se interesó por cómo funcionaba competir en la liga profesional, y los chicos le estuvieron explicando en qué puesto jugaban. También nos contaron que había un equipo profesional interesado en cada uno, pero que Noah no quería estar en un equipo diferente al de Dylan. Así que no aceptaría nada hasta que no fuera en el mismo que su mejor amigo. Kendall sonrió con ternura ante sus discusiones y de vez en cuando me miraba con una atención diferente a la que estaba acostumbrada.

Para cuando me di cuenta, Noah y Risse no estaban. Al parecer, Dylan lo

había notado también y, cuando lo mencioné, se quedó bastante serio mirando hacia la nada.

—Creo que ya es hora de ir a dormir. —Se levantó de la butaca de la isleta y casi perdió el equilibrio.

Kendall, que estaba sentado a un lado de él, extendió una mano para intentar agarrarlo, pero al final la dejó en el aire, pues el *pitcher* se mantuvo erguido.

—Gracias, tío —le dijo, dándole una palmada en la espalda. Se giró hacia mí con una sonrisa—. Que pases buena noche, Anya.

—Igualmente, Dylan.

Con otro apretón en el hombro de Kendall, se subió a trompicones al piso de arriba. El bajista me miró con picardía, se levantó de su butaca y caminó hasta mí como un felino.

—¿Tú no vas borracho?

—Claro que sí, como todos. —Se rio.

—Pues no se te nota —dije con ojos entornados por la duda.

—Años de experiencia. —Empezó a jugar con los mechones de mi pelo—. ¿Qué quieres hacer?

—¿Subimos al cuarto y…? —comencé, él torció el gesto—. ¿Qué?

—Hay un *jacuzzi* ahí fuera —mencionó. Alcé las cejas.

—Lo sé, y prohibiste el sexo ahí, ¿te acuerdas?

—Fingiré que no lo recuerdo por culpa del alcohol —murmuró encogiéndose de hombros. Yo me reí—. Esta mañana no te ha importado saltarte las reglas en el baño. —Se acercó más a mí—. Y me apuesto a que nadie me ha hecho ni puto caso.

—Eso parece. —Desvié la vista hacia fuera. Solo caían unos copos perezosos, parecía haber amainado. Mordiéndome el labio, lo volví a mirar—. Venga, vale.

—Esta es mi chica.

Cruzamos maldiciendo mil veces porque se nos colaba nieve dentro de las botas y nos mojaba los pies. Íbamos sin chaqueta ni nada más que lo que llevábamos puesto. Dentro de la caseta que hacía las veces de sauna o *jacuzzi* cubierto, había toallas.

Nos mantuvimos en penumbra, sin encender la luz, nada más que con los focos exteriores de la casa y la del cielo nocturno, que empezaba a despejarse del todo. Nos desvestimos después de activar la enorme bañera.

Me metí dentro con excesiva prisa, en una mezcla de nervios, frío y vergüenza. Kendall se deslizó gimiendo de placer cuando el agua calentó todo su cuerpo.

—Qué gustazo —dijo.

—Es increíble, mira. —Le señalé la cristalera que había solo en un lado, desde donde se distinguían la pista y el hotel. El resto de paredes, las que daban hacia la casa, eran de madera y aislante, así que nadie nos podía ver.

Kendall se acercó y se colocó detrás de mí. Me dio besos en los hombros desnudos, las manos a los lados de mi cuerpo. Me giré para encontrar sus labios. Le cogí de los hombros y le llevé hasta que se sentó en un escalón de la bañera.

—Risse me dijo que la persona con la que estuviera mi corazón haría que los pequeños momentos, esos gestos de cariño y esos besos, fueran una explosión para los sentidos, que se sentirían intensos y mágicos —comenté. Kendall asintió. Me incliné ligeramente hacia él, besándole con tiento y cariño. Sentí que algo crecía en mi pecho, algo espeso y cálido. Cuando me separé, él me dio un pico fugaz y sentí que flotaba—. Eso solo me pasa contigo. Esa sensación de mariposas en el estómago, esa corriente que me recorre todo el cuerpo cuando me tocas…

—Anya… —susurró, soltando aire de forma titubeante.

—Lo que estoy tratando de decir… —Bajé mis caderas y encontré su miembro duro. Me mordí el labio inferior al sentir cómo se deslizaba por mi centro, sin entrar. Kendall jadeó. Metí una mano entre los dos, levantando ligeramente mi cuerpo. Lo ayudé a colocarse y bajé poco a poco, hasta que nuestros cuerpos encajaron en uno solo. Gimió con la respiración entrecortada —. Quiero decir que te quiero.

—Anya…

Por una vez, mi nombre en sus labios sonó a bendición. Tuvo un efecto casi mágico, hipnótico. Lo repetía en susurros desgarrados mientras me movía encima de él. Lo besaba, intentando transmitirle esas palabras en cada beso, en cada empujón que daba para devolverle a mi interior.

Empecé a sentir oleadas de un placer mucho más profundo, más ardiente, que me instaban a moverme más, a reclamar más. Moví las caderas en movimientos circulares y Kendall apretó los dedos, siseando entre jadeos.

—Dios… Anya, si haces eso, yo… —Sonreí victoriosa y él dejó caer la cabeza hacia atrás—. No puedo, me voy a correr. Joder, dímelo otra vez.

—Te quiero —dije sin parar de moverme.

Se lo repetí mientras gemía y se apretaba una y otra vez, arrastrándome también a mi final. Con los labios pegados a los suyos y deteniendo mis caderas, lo volví a susurrar.

—Yo también a ti —me dijo él, pasando las manos por mi espalda. Y, sin poder evitarlo, temblé. Encogí los hombros cuando sus manos se cerraron

sobre mi rostro, acunándolo, frente con frente—. No sabes cuánto, no puedo medirlo ni compararlo con nada. No puedo decirte desde qué momento. Pero me acabas de hacer el tío más feliz de la Tierra.

Sonreí y Kendall me devolvió el gesto como jamás lo había visto hacer, con los ojos brillantes.

—Si te hace sonreír así, te lo diré todos los días desde ahora —le dije.

—¿Todos los días? —preguntó en un arrullo.

—A todas horas —suspiré.

49

INESPERADO PERO BIENVENIDO

Dylan

Subí las escaleras siendo consciente de que iba a oír algo que no quería, o incluso ver algo que me partiría el corazón. Y no entendía por qué tendría que molestarme o dolerme, pero estaba seguro de ello. Las palabras de Noah del día anterior, cuando terminó de contar nuestra historia, todavía flotaban en mi mente de forma tan insistente como la mirada que me dedicó. Tan llena de sentido para nosotros y de secretos no mencionados. Por un momento, cuando empezó a hablar, pensé que contaría lo del incendio. En el fondo sabía que él no era tan insensible, cuando empezó con la historia del helado tuve claro que lo único que quería era hacer reír a los demás.

Llegué a mi habitación y vi que la puerta del cuarto de Noah estaba abierta. Escuché ruidos y jadeos, pasos torpes. Al poco, mi amigo se fue dando traspiés de forma torpe y con la respiración entrecortada hasta que su espalda desnuda chocó con la pared. Llevaba los pantalones de pijama. Escuché ropa caer al suelo y entonces apareció Risse con una camiseta de él puesta y sin pantalones. Noah tenía el pelo revuelto y le tapaba un poco los ojos. Aun así, vi esa sonrisa burlona desplegarse por su rostro cuando Risse caminó hacia él y tiró de su mano en dirección a la cama.

Joder.

Sabía que lo vería, sabía que podía pasar, y eso no lo hizo menos doloroso. Sentí como si me hubieran metido una mano por la garganta y me apretaran el corazón.

Este dolor indicaba que había algo más que simple envidia, y eso me abrumó de una forma que me inquietaba. Intenté girarme, pero el alcohol hizo mella y trastabillé, dándome con el marco de la puerta y haciendo ruido.

Entonces escuché un golpe detrás de mí y me giré al tiempo que Risse se daba la vuelta también hacia mí. Noah estaba de rodillas en el suelo, intentando levantarse, y ella tiraba de él.

—¡Dylan! ¡Ayúdame, por favor, va muy borracho y no puedo con él!

¿Cómo? Espera. ¿No se estaban liando?

Me acerqué con pasos trémulos hacia ellos y mi nariz recibió un olor agrio.

—Ha vomitado encima de los dos cuando intentaba llegar al baño. Lo he dejado todo en la cesta de la ropa y he limpiado el rellano, pero, aunque ha parado de vomitar, no puedo con él —explicó, con las mejillas arreboladas y la respiración entrecortada por tratar de domar a la bestia parda de mi amigo alcoholizado.

Una sensación de alivio me inundó, alegrándome y entristeciéndome a partes iguales.

—¿Dylan? —gruñó él, girándose poco a poco. Sus ojos aparecieron entre las hebras de su pelo dorado—. ¡Dylan! Ven a dormir conmigo. —Se sonrojó incluso borracho y se apuró a matizar—: Y con Risse. ¡Todos juntos! ¡Fiesta de pijamas!

Negué con la cabeza y le quité de las manos el brazo de mi amigo a la pobre chica, que no paraba de resoplar. Me lo coloqué sobre los hombros y lo levanté de una. Aunque, como yo tampoco iba mucho mejor, caímos hacia la pared.

—Estás más duro que la pared. —Noah se rio, abrazándome y dejando caer la cabeza sobre mis hombros.

Risse se apresuró a abrir la cama para que pudiera dejarlo caer sobre ella. Cuando lo hice, empezó a berrear como un crío.

—¡No os vayáis! ¡Que me muero! ¡Que me pongo a gritar! ¡Venid aquí conmigo!

—Ay, madre mía, es la reina del drama en persona. —Risse se reía. Me miró encogiéndose de hombros y se deslizó dentro de la cama con él.

Noah la abrazó como un koala mientras ella se reía, pero me fulminó con la mirada, sacó una mano de dentro del nórdico y dio palmaditas sobre el colchón, detrás de él.

—Ya tienes a Risse para dormir contigo, yo me voy a mi cama —negué.

—No, os quiero a los dos conmigo. —Sus ojos verdes se me clavaron en el alma. Joder. ¿Cómo me podía hacer esto?—. No me hagas suplicar, Dylan.

—Ya estás suplicando, pedazo de idiota —le espeté. Di la vuelta a la cama, aparté el nórdico y me tumbé de espaldas a él—. Ale, a dormir.

Estiré el brazo y apagué la luz en el interruptor más cercano. Noah se giró como una bala.

—¿Qué hostias piensas que haces? ¡Abrázame, desalmado! —Arrastraba las palabras tanto que, si no fuera por tantos años de borracheras juntos, me habría sido imposible entenderlo.

—¿Puedes dormirte y dejar de armar jaleo? No te pienso abrazar.

—¡Que me abraces, Dylan!

—Que te jodan, Noah.

—Pues jódeme tú mientras me abrazas.

Ay, la madre que lo parió.

Los dos nos quedamos mirando entre la penumbra de la habitación, solo rota por destellos de luz de los focos exteriores. Tenía los ojos completamente abiertos, yo lo miraba perplejo. Se le había escapado, no había tenido filtro por culpa del alcohol y ahora no sabía cómo tirar marcha atrás. Sus neuronas no funcionaban a la suficiente velocidad como para poder ingeniar algo divertido para salir de esta, como hacía de normal.

Risse se mantenía en silencio, observando.

Con el corazón martillando con fuerza en el pecho, me obligué a moverme, a hacer algo. Me incliné ligeramente hacia él, su respiración estaba completamente disparada. Me incliné tanto que terminó tumbado, mirándome fijamente, y yo con una mano a cada lado de su cuerpo, pero sin tocarnos.

—¿Sabes? Quizá lo haga. —Sonreí con malicia y él tragó saliva. Buscó con la mirada a Risse, que se había girado para mirarnos, mordiéndose el labio inferior.

—Ah, por mí no os cortéis, me pone muy cachonda.

—¿No me salvas? —preguntó Noah, su voz entrecortada, la respiración acelerada.

—¿Yo? Se lo has gritado tú. —Risse me miró y, sonriendo, afirmó—: Le he lavado la boca después de vomitar, está limpito.

—Traidora —gruñó Noah.

Me incliné sobre él, dejando mis labios cerca de los suyos, y escuché cómo contenía la respiración. Se los acaricié con la boca, tentando a la suerte. Acaricié mi nariz con la suya y, entonces, me aparté de golpe.

—No, ¿sabes qué? Citando lo que tú dijiste: no ha pasado nada y no vamos a estropear el fin de semana. —Volví a mi posición de espaldas.

Escuché cómo recuperaba la respiración y gruñía, ligeramente frustrado. Sonreí para mí mismo ante esa pequeña victoria.

—¡Oye! Eso no vale, yo quería ver cómo os liais —se quejó Risse—. ¿Os habéis liado antes ya?

—Sí —dijo él para mi sorpresa.

—No —contesté yo a la vez, respetando que no quisiera hablar de eso.

Pero, al escucharle, volví a girarme en su dirección. Noah se tapó la cara con las manos y Risse nos miraba con una expresión completamente atónita.

—¿Entonces, qué fue de las dos? —insistió ella, divertida.

—Noah… —gruñí—. No sueltes la bomba y te escondas. —Le aparté una

mano y lo encontré mirándome con los ojos vidriosos—. He intentado seguir tus normas, pero no puedo si no paras de cambiar de opinión.

—No cambio de opinión, es el alcohol —espetó él. Estaba rojo como un tomate y eso solo le hacía más adorable.

—Bueno, pues, excusando que estáis borrachos como cubas…, liaros otra vez —tentó ella.

Los dos desviamos la mirada de ella hacia nosotros. Fue así durante el suficiente tiempo como para que Risse soltase un bufido de hastío. Sacó un brazo del nórdico y tiró de mi camiseta hacia ella. Plantó sus labios en los míos. Fue un beso sin lengua pero pasional, todo juego de labios y apretones. Me soltó y se giró hacia Noah, que seguía tumbado entre los dos, completamente descolocado, y lo besó a él también.

—Ay, madre —susurré.

Mientras se besaban, Noah pasó una mano por detrás de mi espalda y se agarró a mi camiseta, apretando con fuerza. Risse se separó a la vez que volvía a tirar de mí, besándome de nuevo, esta vez con lengua. Tan cerca de Noah que sentía su respiración y su pecho subir y bajar. Entonces ella se apartó y los siguientes labios que me besaron fueron los de Noah, que se había incorporado lo justo para estar rozando nuestras caras, esperando que ella le dejase libre. Gemí cuando la mano de su espalda subió a mi cabeza y se cerró alrededor de la trenza que me había hecho Anya.

—Oh…, joder —escuché que susurraba Risse.

Yo no podía separarme de él, era magnético y embriagador en tantos sentidos que me dejó una sensación confusa, entre anestesiado y completamente sobreexcitado. Quería más, quería todo lo que pudiera darme, perderme en esos labios que jamás habría imaginado sentir así. Y a la vez quería retroceder y volver a nuestra zona segura, a lo que habíamos sido siempre.

Pero ya no podía ser.

Por muy borrachos que fuéramos, ese beso me hizo querer mucho más de él, me hizo querer hacerle lo que me había gritado inconscientemente. Cuando me separé de él para coger aire, estiró otra mano hacia mí, aferrándose al cuello de mi camiseta.

—No —gimió Noah.

—No ¿qué? —susurré en sus labios.

Empezó a rozarme con la nariz en la cara, en el cuello, en la oreja. Se restregaba como pidiendo más y, a la vez, sin saber qué pedir.

—No me dejes, no te vayas —gimoteó.

Y entonces me di cuenta de que Risse no estaba en la habitación. Algo me

dijo que quizá lo había hecho adrede, que había dado pie a esto para después darnos libertad. Pero Noah no había querido hablar de esto estando sobrio y no deseaba que se arrepintiera al día siguiente.

—No me voy, tranq… —Pero no me dejó terminar, porque volvió a juntar sus labios con los míos.

Parecía no haberse dado cuenta de que Risse no estaba ya a su lado, como si no pudiera ver nada más allá de mí. Ese pensamiento me atravesó el cuerpo entero y se unió a la sensación de su lengua buscando la mía. Le devolví el beso, lo lamí tan lento y tan minuciosamente que empezó a temblar y gemir con cada pasada. Agarraba mi ropa, tirando más, como si quisiera tenerme más cerca. Mantuve mi cuerpo alejado todo lo que pude, aunque no pude controlar la erección. Jamás me había pasado nada así con ningún tío. Y no sabía si se debía a que era Noah o a que lo estaba descubriendo ahora.

Cuando pude separar mis labios de los suyos, los noté hinchados. Él abrió los ojos y su mirada brilló.

—Noah, estás borracho y Risse ya no está —susurré—. Mañana no lo verás igual, tenemos que parar. Tengo que irme.

—No, me porto bien, lo prometo —se quejó como un puto crío otra vez. Suspiré, desesperado por no saber qué quería de mí—. Pero abrázame.

—Está bien —cedí, avergonzado.

Sabía que notaría mi erección. Me dejé caer a su lado y nos abrazamos, aunque intenté que mi mitad inferior no le tocase. Pero entonces él pasó los brazos por mi espalda y apretó sus caderas contra las mías. Me miró de cerca, sonriendo en una mezcla de excitación y embriaguez.

—Estás empalmado. —Se rio.

—Y tú, por lo que noto. —Joder si lo notaba, pegado contra mi vientre. Duro y grueso, el muy cabrón.

Una tensión extraña nos volvió a envolver. Noah acercó su cara de porcelana todavía más, sus labios rosados recorrían mi piel en una sutil caricia que me puso la piel de gallina.

—La guardé durante todos estos años —murmuró medio adormilado—. Crucé cuando dormías en mi habitación después del incendio. —Mi cuerpo se tensó mientras seguía acariciándome con sus labios—. Se suponía que era peligroso, porque podía derrumbarse, pero me dio igual. Te habías pasado toda la noche llorando, diciendo que no te quedaba nada de tus padres. Quería darte un recuerdo, por pequeño que fuera, quería darte lo que fuera… para hacerte feliz, para que dejases de llorar… —Mi corazón se detuvo, lo mismo que el día que nos besamos por primera vez y yo lloraba mientras él hacía lo que podía para aliviarme. Y no pude evitar que nuevas lágrimas cayeran de mis

ojos—. ¿Ves? Otra vez lloras. —Besó mis lágrimas mientras todo mi cuerpo se sacudía.

—¿Por qué? ¿Por qué no me la diste antes? ¿Por qué ahora?

—Durante muchos años no pude llevarla a arreglar. No quería pedir ayuda a nadie porque me habrían reñido por entrar en la casa quemada. No quería que me la quitasen. Ahorré y busqué un sitio donde pudieran restaurarla… Iba a dártela cuando termináramos el instituto, por si al elegir diferente universidad no nos veíamos más. Sabía que, si ese día llegaba, te pondrías triste. —Cogió aire de forma trémula, con los ojos cerrados. Parecía estar quedándose dormido, la voz cada vez más débil—. Pero el día que volviste de estar con Anya parecías derrotado. Estabas cabreado y triste… No sé, pensé…, pensé que quizá te ayudaría a enfocarte en otra cosa. Pero empezaste a llorar como jamás te había visto y…

—¿Y? —Tardó en responder y temí que se hubiera dormido.

—Y no pude evitarlo, algo se rompió en mi interior al verte así. No soportaba verte llorar de esa forma. Solo quería protegerte y cuidarte… Lo siento…

—¿Por qué?

—Porque ahora he roto nuestra amistad. Siempre lo rompo todo, pero tú eras fuerte y aguantaste… Pero esto no se puede… No puedo… No me querrán…, tú tampoco me querrás… —Y, susurrando esas cosas, se durmió sin soltar mi cuerpo.

Enterró la cara en mi pecho y me di cuenta entonces de que él también estaba llorando. Me froté la cara, completamente en *shock*.

Le pasé los dedos por las mejillas, acariciando su dulce expresión medio atormentada en sueños. No sabía a qué se refería con la mitad de cosas que había dicho. Pero estaba equivocado con el principio y con el final.

No había roto nada, no lo iba a dejar de lado y no iba a dejar de quererle.

50

VUELTA A LA REALIDAD

Dylan

Supe exactamente en qué momento Noah se despertó porque su ronquido suave, junto con el babeo que me estaba empapando la camisa, se detuvo. Escuché cómo tragaba y gimoteaba mientras, imaginaba, abría los ojos.

Estaba tirando encima de mi pecho, con una mano cogiendo la mía, que estaba entre los dos, y la otra mano prácticamente metida en mis pantalones, con los dedos en la cinturilla del vaquero.

Lo que él quizá no recordaba era que durante la noche le había sacado la mano de mis pantalones varias veces. Porque en sueños le había parecido divertido manosearme. Y yo debía admitir que los ramalazos de placer que habían sacudido mi espalda al notarla en mis partes había sido lo más intenso que había sentido en mucho tiempo.

Pero él estaba dormido y no me pareció bien dejarle seguir. Así que me desperté tres veces en la misma situación. Hasta que al final no me había podido dormir, de esa última vez hacía una hora.

Noté cómo se tensaba al darse cuenta de cómo estábamos y de que era él quien me agarraba como si fuera una llave de algún arte marcial. Movió la cabeza en dirección a mi cara y yo fingí estar dormido. Se incorporó muy lentamente, apoyándose en el codo del brazo cuya mano seguía entrelazada con la mía.

Durante unos minutos no hizo nada. Supuse que, simplemente, mirarme. No movió la mano de mis pantalones, y pude adivinar que por su cabeza estaban pasando mil pensamientos a la vez. Entonces se movió y sacó los dedos de mis caderas. Con el pulso temblando, empezó a acariciar mi vientre, pasando los dedos por los abdominales.

No pude contener una contracción involuntaria ni aguantar la respiración. Se acercó un poco a mi rostro, hasta que noté su respiración acariciar mi piel.

—Sé que estás despierto, pedazo de falso —soltó.

Yo apreté los labios en una mueca y abrí solo un ojo para mirarle. Estaba

con el ceño fruncido, pero rojo como un tomate.

—¿Cómo lo sabías?

—Llevo durmiendo contigo más de media vida, te he visto roncar demasiadas veces para saber cuándo estás durmiendo y cuándo no —se quejó —. ¿Por qué no te has movido?

—No querías que me fuese. ¿No te acuerdas? —quise saber. Él suspiró.

—Digo ahora.

—¿Y tú?

—He preguntado yo primero.

—No seas tocapelotas, Noah —dije frunciendo el ceño.

—No lo soy. —De repente, se sonrojó todavía más, como siendo consciente de algo.

—Bueno, esta noche no me ha parecido eso —ronroneé. Puse ambas manos detrás de mi cabeza, en una pose más que relajada—. ¿Quieres que te cuente lo que has…?

—No. Para —comenzó diciendo. Se sentó en la cama, de espaldas a mí. Se llevó ambas manos a la cara y se quedó así durante tanto tiempo que empecé a preocuparme—. ¿No estás incómodo?

—¿Es lo que quieres? —dije. Noah soltó un suspiro cargado de desesperación. Giró ligeramente el rostro para mirarme sobre los hombros. Yo, enfadándome sin saber bien por qué, seguí—: ¿Que te mire con asco? ¿Que te diga que lo has jodido todo?

—¡Pues sí! ¿Vale? ¡Es lo que esperaba! —gritó al final, enfurecido, saltando de la cama—. Es lo que me merezco y es lo que dirán.

—¿Quién? —Me senté en la cama para mirarle mejor. Él estaba tan nervioso que respiraba acelerado.

—¡Todos! Joder. —Apretó los labios y miró hacia el techo—. Mi familia especialmente. No saben…, no pueden saberlo. Ellos… no lo hacen a malas, pero tienen ciertos comentarios…

—¿Que no te aceptarían si fueras bisexual? —Noah me miró de refilón, yo entorné los ojos—. Te acostaste con Risse… Te has liado con algunas chicas delante de mí.

—No me acosté con ella, y lo otro no significó nada, no llegó nunca a nada —confesó, mirando hacia otro lado. Se frotó la cara y después me miró con rostro afligido. ¿Era virgen? ¿No se había acostado con nadie? Me quedé totalmente petrificado. Desde luego, no era la fama que tenía en el equipo—. Le pedí a Risse que me ayudara a fingirlo. Estaba seguro de que te acostarías con Anya, de que le pedirías salir y ella aceptaría.

—¿Por qué quisiste fingir eso?

—Para que no sospechases…

—¿El qué? —Yo ya estaba de pie, a un paso de él.

—¡Que soy gay! —gritó, derrumbándose—. ¡Que estoy enamorado de ti, pedazo de imbécil!

Se me cortó la respiración y mi corazón definitivamente se saltó un latido. Noah se tapó los ojos con una mano, pero por su respiración noté que estaba llorando.

—Pensaba que podía ignorarlo, que se me pasaría, lo tenía controlado. Cuando apareció Anya, supe que era el mejor momento, tú te fijarías en alguien increíble que te querría y yo solo tenía que intentar mirar hacia otro lado…, intentar… —Se le rompió la voz y cogió aire de forma entrecortada.

—¿Intentar ser de otra manera? —terminé por él, y asintió sin quitarse la mano de la cara. Dio pasos hacia atrás hasta que la espalda tocó la pared. Pensé qué decirle, qué responder a todos esos sentimientos reprimidos durante años. Nada iba a estar a la altura, así que susurré—: Podemos mantenerlo en secreto, fingir que está todo igual. Si necesitas tiempo.

—¿Qué? —jadeó. Se apartó la mano de los ojos, que brillaron con las lágrimas que le caían por las mejillas.

—No me parece bien que no seas tú mismo y te cohíbas por lo que pueda decir tu familia. —Di un paso más hacia él y se tensó—. Pero, si necesitas tiempo, te lo daré. Si necesitas espacio, lo tendrás. Y, si necesitas que no te suelte por la noche, no te soltaré.

—Dylan…

—Tú nunca me has dejado, has hecho locuras por mí, te has metido en peleas por mí. Has intentado que sea feliz de todas las formas posibles. —Le cogí la cara con ambas manos para que sus ojos se clavasen en los míos—. No hay felicidad sin ti, Noah.

Rompió a llorar más fuerte. Yo lo atraje hacia mí y lo abracé.

51

LO QUE SOMOS

Anya

Kendall cayó a mi lado en la cama, hundiendo la cara en la almohada con el cuerpo perlado de sudor y jadeando.

—Me vas a matar —murmuró.

Yo solté una carcajada a su lado, intentando, igual que él, recuperar la respiración.

—Has empezado tú —maticé—. Esta vez.

—Sí. —Giró la cara ligeramente hacia mí. Una sonrisa le colmaba el rostro de lado a lado como jamás le había visto. Había cerrado los ojos, pero el gesto no desapareció.

Después del *jacuzzi*, donde habíamos follado una vez más después de mi confesión, subimos a mi habitación. Habíamos dormido algo entre polvo y polvo, pero llevábamos cuatro y ya estaba amaneciendo. Él era pasional y salvaje la gran parte del tiempo, pero, cuando se ponía mimoso, mostraba tal intensidad que pensaba que me ahogaría entre tanto amor. No sabía si se sentía igual, pero, a juzgar por esa expresión de placer y felicidad, diría que sí. Estiré una mano para quitarle el pelo que le caía por la cara y abrió un ojo para mirarme.

—Si seguimos a este ritmo, te vas a cansar pronto de mí —murmuré. Él se giró y me atrajo hasta que nuestros cuerpos se volvieron a tocar.

Todavía me sobresaltaba toda esa cantidad de músculos tatuados a mi alcance. Los había saboreado y mordido como había querido. Durante la noche, nos habíamos explorado más a fondo de lo que jamás pensé que se pudiera hacer con alguien. Pero, aun así, cuando el ardor de la pasión se calmaba y todo se quedaba frío, lo miraba con atención y alucinaba con que un hombre así me quisiera, de que despertase esa hambre en él.

—Jamás me cansaré de ti, Anya. —Metió la cabeza bajo mi mentón y mis pechos lo recibieron como si fuesen una almohada—. Cuando la oscuridad más fría me abrazó, solo te veía a ti. Tú me salvaste de terminar muy perdido.

Así me sentiría sin ti, sin tenerte a mi lado.

—Y aun así estabas dispuesto a dejarme ir —murmuré acariciándole el pelo.

—Si lo amabas, yo no tenía ni voz ni voto —gruñó, apretando los brazos alrededor de mi cuerpo—. Obviamente, prefiero esto.

Me reí bajito y el silencio nos envolvió. Pero al cabo de unos minutos pregunté algo que se me había quedado revoloteando en los pensamientos:

—Cuando dices que la oscuridad más fría te abrazó, ¿es metafórico?

Kendall se tensó y se separó, apoyándose sobre los codos para mirarme, más serio de lo que me gustaría.

—Llegué a caer muy bajo, a hacer cosas muy jodidas. Creo que ya has ido viendo muestras de ello, pero aun así hay partes de mi vida en las que toqué fondo tan fuerte que pensé que un día de esos no conseguiría levantarme. Tú fuiste la fuerza para no rendirme, pero Jason me dio el empujón final.

—¿El empujón final? —susurré.

—Un día que iba puestísimo, tuve un accidente, mi coche empezó a incendiarse. Iba de camino a un ensayo, así que Jason hacía el mismo camino con el monopatín. El destino quiso que tuviera más valor que sentido común y se acercó al coche para ver si podía ayudar. Cuando vio que era yo el que estaba tirado sobre el volante, se volvió loco y me sacó. —Se me cortó la respiración al descubrir esa parte de la historia—. Me pegó una bronca terrible, por supuesto. Me pidió que parase… Y, desde ese momento, lo hice. Él ha sido el único que lo ha sabido y quien me ayudó con el proceso. Pero, cuando pensaba que no podría más, que volvería a ese mundo…, él sacaba una foto tuya y me la plantaba en la cara.

Ay, mi pobre corazón.

—Estoy limpio desde hace muchos años, te lo prometo. —Sus ojos estaban marcados por la súplica.

Le pasé una mano por el pelo y lo besé con cariño. Soltó el aire, titubeante, cuando nos separamos.

—Te creo, tranquilo. —Sopesé la pregunta antes de decirla, pero nada podía hacer que incomodase menos lo que lancé al aire—. ¿Por eso no quieres volver a trabajar para mi padre?

—No, no del todo. Lo de tu padre es peor. —Sus ojos se oscurecieron, suspiró con pesar y me soltó, sentándose en la cama—. Me va a costar hablar de eso ahora, cuando al fin puedo decir que estoy bien, tranquilo y soy más feliz que nunca en mi vida. Por estar así contigo. Quería hacerlo antes de llegar a más, para que supieras a quién estabas diciéndole que le querías. Quizá luego te arrepientas.

Una rabia silenciosa se fue apoderando de mi cuerpo de nuevo. Era como el día que había escuchado a mi hermano hablar de él así. Saber que mi padre le había hecho daño o le había obligado a hacer cosas horribles provocó que una bestia que desconocía naciera en mi interior. Una que me pedía sangre y venganza.

—Podemos hablar de esto en otro momento, cuando te veas preparado. —Me incorporé en la cama, poniéndome de rodillas tras él. Se estremeció al sentir mi cuerpo desnudo pegado al suyo. Gruñó, casi más en un ronroneo que en otra cosa—. Aceptaré todas tus partes oscuras siempre, Kendall.

Él no dijo nada más, simplemente se quedó callado, con la mirada perdida y la vista baja. Sentí que no me creía y, por una vez, cuando nos levantamos para asearnos, le costó mantenerme la mirada y me pareció vislumbrar miedo en él. Un sentimiento que jamás había visto en sus ojos pardos.

Lejos de que eso me preocupara o incomodase, esa bestia alimentada de rabia siguió creciendo en un odio sellado con el apellido de mi familia. Respiré hondo, tratando de centrarme en lo bueno, y salí tras sus pasos.

***

Después de una ducha y de arreglarnos y dejar todo lo más aseado posible para irnos, me reuní con Kendall en su habitación, que no había llegado a usar.

—Tengo una duda —comenté viendo cómo cerraba la maleta. Se giró con una ceja alzada.

—¿Una duda?

—¿Podemos afirmar que somos…? Es decir…, esto es que…

Muriéndome de la vergüenza por lo absolutamente patética que sonaba, comencé a estrujar las mangas de mi sudadera mientras miraba al suelo con el corazón en la garganta. Él se rio bajito. Levanté la vista para encontrarle sonriéndome ampliamente.

—Sí, claro que sí.

—¿Sí?

Soltó una carcajada breve y se levantó, apoyando una mano al lado de mi cabeza, en el marco de la puerta. Se inclinó hacia mí, murmurando con voz grave:

—Si piensas que te voy a soltar ahora que eres mía, estás flipada.

Lo miré parpadeando más de lo debido. Sabía que debía de estar roja como un tomate; aun así, armándome de un valor que no sabía bien de dónde salía, estiré una mano y le rodeé el cuello con delicadeza.

—Eres tú el que es mío, no te confundas —contesté. Me alcé los pocos

centímetros que nos separaban y le mordisqueé el labio inferior, solo para soltarlo y girarme.

—Ah, no, de eso nada —gruñó.

Proferí un grito cuando me rodeó la cintura con los brazos y me levantó del suelo para después dejarme en la cama.

***

Despedirnos de esa casa donde solo habíamos pasado un fin de semana se me hizo más duro de lo que podía haber imaginado. Me lo había pasado genial y habíamos compartido muchos momentos entre amigos. Pero también muchos de intimidad con Kendall. Nos reunimos todos abajo mientras guardábamos las maletas y recogíamos la comida sobrante. Nos organizamos para poner lavadoras y secadoras, limpiar los cuartos de baño y el *jacuzzi*.

Estábamos en el salón mientras Kendall revisaba las ventanas del piso superior. Al bajar, anunció que ya nos podíamos ir y me dio un beso fugaz en los labios. Alguien gritó y nos quedamos de piedra.

Al girarnos, todos nos estaban mirando con la cara desencajada.

—¿Vosotros… por fin? —preguntó Maya a punto de llorar. Risse estaba mordiéndose el puño, seguro que había gritado ella.

—Sí, por fin —respondió Kendall bajando los hombros.

—Ya era hora, por Dios. —Riley se rio y nos dio un abrazo a ambos a la vez—. Me alegro por vosotros. —Dirigiéndose hacia la salida, añadió—: Nos vemos; he quedado con Jason para acercarle la moto al hospital; así, de paso, compruebo cómo está.

Ozzy y Leah hicieron algo parecido y yo pensé que me iba a explotar la cara de la vergüenza, pero Kendall no dejaba de sonreír. Después salieron también para meterse en su coche.

Maya se me echó encima, me abrazó efusivamente y me dio un beso en la frente. Risse empezó a dar saltos y a gritar, me abrazó y me besuqueó toda la cara.

—Como no me la cuides bien, te corto las pelotas —le soltó, y salió a la calle.

—Joder con tu amiga —gruñó alucinado.

Y allí solo quedaron los dos chicos, a un paso de nosotros. Noah estampó las manos en los hombros de Kendall con una seriedad fuera de lo común.

—Un gran poder conlleva una gran respons… —empezó a decir tan serio que casi me costó no reírme. Dylan le puso una mano en la cara y lo apartó.

—Ya está bien, idiota —se quejó. Me miró con el rostro relajado y esos

grandes ojos azules brillantes—. Quiere decir que nos alegramos mucho. —Desvió la mirada hacia Kendall y añadió—: Por los dos.

—Estaba tratando de decir eso mismo… —gruñó Noah mientras su amigo lo sacaba a rastras de la casa—. ¡Dulce Anyaaaa! ¡Sé feliz! ¡No te olvidaré!

Ahí sí exploté de la risa. Kendall negó con la cabeza sin poder parar de sonreír.

—Vale, oficialmente, les falta un tornillo. —Me miró y relajó su expresión al confesar—: Pero admito que me caen bien. Son los mejores amigos que podías tener.

—No se lo digas a Jason. Se pondrá celoso y comenzará a decir que él mola más y luego soltará el discurso de hermano mayor —comenté, recogiendo mi bolsa y caminando hacia la puerta.

—Uf…, tranquila, se va a poner en plan hermano mayor conmigo en cuanto se lo digamos —se quejó él, apagando las luces y cerrando con llave.

***

La soledad de mi piso se hizo insoportable conforme me adentré en él. Abrí las ventanas para que se ventilara después de estar varios días cerrado y pensé en ponerme al día con la partida de ajedrez. Sabía que Sora había hecho movimiento el fin de semana, pero yo no había querido estar pendiente del móvil. Así que ahora era buen momento para ponerme al día con las redes sociales y la partida. Empecé a buscar mi teléfono, pero no lo encontré por ningún lado. Después de sacar el contenido de absolutamente todas mis bolsas, decidí usar el buscador GPS de rastreo con el ordenador. No fue una sorpresa cuando vi que la dirección era la casa de Kendall. Seguramente se me había caído en el coche. Lo tenía en silencio, así que, aunque sonase, nadie lo oiría.

Así pues, decidí ir en metro hasta allí. Estaba relativamente cerca, pero al menos media hora de trayecto no me la quitaba nadie.

De camino fui pensando en la posibilidad de quedarme con él. No había estado nunca dentro de su casa, así que sentía curiosidad. ¿Le parecería bien volver a pasar la noche conmigo después de haber estado el fin de semana juntos? Recordé su sonrisa del último día, cómo decía mi nombre entre susurros de sábanas. Se me caldeó la piel, apreté las rodillas y sonreí.

Sí, seguro que se alegraba de verme.

Mientras paseaba al bajar del metro hasta la dirección de Kendall, pensé en Jason. Tenía que llamarle de camino a casa para saber cómo estaba, me había tenido muy preocupada todo el fin de semana y, aunque sabía que no había estado solo y que había tenido el apoyo incondicional de esa chica misteriosa,

necesitaba hablar con él para sentirme más tranquila.

Cuando llegué a la calle, hubo un detalle que me pareció extraño. Había un coche aparcado cerca de casa de Kendall que se parecía demasiado al de Risse. Pero, que yo supiera, ella no vivía por allí. Aunque tampoco lo había mencionado nunca, y yo, curiosamente, tampoco se lo había llegado a preguntar.

El pulso empezó a descontrolarse ante una mala sensación. Lo sentía en mis oídos como un zumbido insistente de alerta. Me acerqué a la puerta de Kendall y se abrió de golpe, con él gritando:

—Risse, me voy a devolverle el móvil a Anya, no me esperes despierta. —El corazón se me paró. Él estaba allí con mi teléfono en la mano. Entonces se giró y me miró. El rostro se le desencajó—. Anya…, no es lo que…

Le arrebaté el aparato de la mano, escuché cómo alguien repetía mi nombre desde el interior de la casa, me asomé y vi a Risse en mitad del salón con pijama y un bol de cereales.

Se le cayó al suelo al verme.

Yo di un paso hacia atrás, con los ojos anegados en lágrimas. El dolor que se instauró en mi pecho era lo peor que había sentido jamás. Como haberme comido un puñado de agujas envenenadas.

No, por favor, otra vez no.

Sentía la ponzoña de la traición y la rabia fluir por mis venas, pero el aire no entraba en mis pulmones. No podía respirar. Kendall estiró una mano hacia mí y la aparté de un manotazo.

Volví a intentar coger aire, sin éxito.

—Anya, por favor…, no es…

—¡Cállate! —grité, cogiendo aire al fin. Una moto entró en la calle, pero yo no fui consciente de ello hasta que escuché una voz llamarme. Aun así, no podía despegar la mirada de ese rostro que ahora asociaba a la traición—. ¿Estáis viviendo juntos? ¿Estáis? Oh, Dios… No me lo puedo creer.

—Deja que te lo explique… —insistió él. Volvió a estirar la mano, pero yo me abracé el cuerpo y grité:

—¡No me toques!

Me había vuelto a pasar, me la habían vuelto a jugar de la misma forma. ¿Cuánto tiempo llevaban haciendo esto? Durmiendo juntos, compartiendo techo y viéndome a diario sin decirme nada. Mi corazón se partió en pedazos.

—¡Eh! —bramó una voz conocida, y una mano fuerte tiró de mí hacia atrás. Desvié la mirada hacia arriba y vi los ojos verde hoja de Jason. Al descubrir que estaba llorando, se enfrentó a Kendall. Me apartó hacia atrás, protegiéndome con su cuerpo—. ¿Qué coño pasa aquí?

—Tío, en serio —espetó él. Su mirada se oscureció, cerró los puños a la defensiva.

—¡Es un malentendido! —gritó Risse desde dentro. Me pareció que su voz se rompía por el llanto, pero yo estaba en *shock*, no podía procesar nada más.

No podía respirar. Jason se giró hacia mí al notarlo, con su mano rodeando mi brazo con fuerza.

—Anya, respira —dijo con dulzura.

—Anya, por favor —rogó Kendall de nuevo.

—¡Eh! —volvió a gritarle en un aviso. Su tono denotó peligro. Jamás había empleado uno tan grave y lleno de rabia, y menos dirigido hacia Kendall—. Hasta que no sepa qué ha pasado, lejos. —El rostro de Kendall se entristeció y la sombra del dolor se instauró en sus ojos. Jason dio un par de zancadas y me sacó de allí. Me colocó su casco de la moto mientras yo lloraba sin pestañear, sin poder respirar—. Anya, respira conmigo, venga.

Me acarició los brazos y empecé a respirar de forma trémula, imitando sus respiraciones, sin despegar mis ojos llenos de lágrimas de los suyos repletos de ira. Kendall intentó acercarse hacia nosotros. Jason me animó a subirme en la moto con cariño.

—En cuanto la tranquilice, volveré, y tú y yo tendremos una intensa charla de hermano mayor de Anya —rugió Jason sin ponerse ningún casco, subiendo en el vehículo. Yo me abracé a su torso, mirando en dirección contraria a donde estaba Kendall—. Te lo aseguro.

Y arrancó, sacándome de allí a toda prisa.

52

CORAZÓN ROTO

Anya

Jason me había llevado al sitio donde me llevaba cada vez que me disgustaba con él y quería arreglarlo sin pedirme perdón con palabras: la heladería-crepería del centro.

Hacía frío, pero le pedí quedarnos fuera por si me daba otro berrinche al contarle la situación. Él ya sabía lo que quería porque siempre pedía lo mismo, así que entró, me compró una crepe de chocolate con fresas y plátano y un batido de vainilla y se cruzó de brazos, esperando que me calmase para escuchar la historia.

Le conté lo que había pasado entre Kendall y yo el fin de semana, que me había dejado el móvil en su coche y que había pensado que sería buena idea ir a buscarlo y darle una sorpresa. Y, por supuesto, lo que había visto al llegar.

Decirlo en voz alta solo hizo que el dolor se agudizara, la sensación de traición más punzante. La garganta me dolía como si estuviera tragando cristales. Sentía el frío de la impotencia y la traición hacer temblar todo mi cuerpo. Me había vuelto a pasar, mi mejor amiga se había acercado al chico que me gustaba.

Solo que, esta vez, era la mejor amiga que jamás había podido esperar tener y el amor de mi vida. O eso pensaba, eso creí que era después de semejante fin de semana. Quizá habían sido solo los orgasmos. Quizá para Kendall jugar a dos bandas era lo normal. Sollocé de nuevo al pensar que podía no ser más que otra más de la lista.

Y que, si vivía con Risse, era porque ella significaba más para él que yo. ¿Por qué sino iba a tenerla en su casa? Sitio al que nunca me había llevado.

Después de contarle toda la historia entre sollozos a Jason y que él fuera poniendo cara de ir a matar a alguien, cogió el casco de la moto y lo lanzó contra la pared de la crepería.

—¡Me cago en su puta madre! —gritó, y soltó un gruñido desesperado—. De verdad que no quiero pensar mal, estoy intentando no cabrearme, pero…,

joder…

—S-siento si te duele por la parte de Risse…, yo… —sollocé.

—No me duele por esa parte, Anya —me gritó. Al ver que daba un respingo, cerró los ojos y se arrodilló frente a mí, respirando varias veces para relajarse—. Ella y yo no tenemos nada serio, somos amigos que se acuestan, ya está. Puede que no quedáramos muy bien cuando pasó lo de mi padre, pero ese es otro tema. —Devolvió sus increíbles ojos de fantasía hacia mí—. Me hierve la sangre por ti. Y no entiendo a Kendall. ¿Qué coño le pasa por la cabeza para hacer esto?

—N-no lo sé… —respondí sorbiendo los mocos. Él sacó un pañuelo de su chaqueta y me lo ofreció—. Pensaba que después de este fin de semana todo cambiaría, admitió delante de todos que estábamos juntos, incluso Dylan y Noah se alegraron… Y nada más llegar me encuentro esto. —Volví a sollozar, perdiendo la voz—. Ni un solo día ha pasado. ¿Cuánto tiempo llevan viéndose sin decirme nada? ¿Desde cuándo Risse me ha mentido a la cara?

—Risse te adora… —murmuró él, confundido—. No puede ser. Aquí hay algo que no encaja… Tengo que averiguarlo, tengo que saber qué demonios pasa. —Se levantó de un brinco, recogió el casco, que estaba a unos metros de nosotros, y volvió a mi lado—. Haremos una cosa, te acabas mi ofrenda, te llevo a casa y vuelvo con el gilipollas de mi amigo para que me cuente qué ha pasado. Y después te llamo, ¿vale? —Yo asentí, gimiendo—. O voy a verte, ¿quieres?

—Porfa —susurré.

—Vale, enana. —Se sentó a mi lado y me pasó un brazo por los hombros, dándome un beso en la cabeza—. Todo saldrá bien, te lo garantizo.

***

Tal y como prometió, me llevó a casa. Me bajé de la moto y le devolví el casco. Con el rostro más serio y amenazante que le había visto jamás, se lo colocó y se marchó.

Subí entre sollozos perezosos y lágrimas. Me senté en el sofá y revisé las redes. Quería colgar las fotos que tenía del fin de semana, pero, de repente, los recuerdos de esos increíbles días se habían agriado. No podía ver nada relacionado con la nieve sin romper a llorar desconsoladamente.

Kendall no me había llamado. No me había escrito. Risse tampoco.

Lloré hasta que me quedé sin voz, hasta que me quedé sin lágrimas y sin fuerzas. Tirada sobre el sofá, abrí la partida de ajedrez.

Hice movimiento y fue jaque mate.

Sora había perdido.
Y tampoco respondió.

53

PROBLEMAS

Kendall

La sensación de que me habían dado una colosal patada en las pelotas y me habían lanzado a un abismo para aterrizar sobre centenares de estacas heladas y afiladas fue lo que se asentó en mis huesos cuando vi cómo Jason se llevaba a Anya.

No estaba enfadado con él, estaba protegiendo a su amiga con fiereza y lealtad, y lo respetaba. Lo que me cabreaba era saber que ella ahora debía estar odiándome. Convencerla de que todo había sido un error, un malentendido, y volver al sano punto de partida iba a ser algo titánico.

Me iba a costar horrores lograr que volviera a confiar en mí. Que volviera a quererme sin fisuras.

Y todavía no había podido confesarle con qué tipo de persona se había acostado. Con una clase de hombre con el que no todo el mundo estaría dispuesto a intimar. Porque no era ético ni moral nada de lo que me había visto obligado a hacer. Me miré las manos, que todavía temblaban, y casi vi el rojo de la sangre adherido a ellas. Sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo.

Que me quisiera de esa forma tan pura quizá fuera imposible después de esto. En especial, porque no podía obligar a Risse a contar nada de su implicación personal en este asunto. Una parte animal y visceral quería hacer eso, llegar allí, zarandearla y rogarle que diera la cara para que Anya no me odiara. Pero era incapaz de hacerle algo así a la pobre chica. Volví al umbral de la puerta de mi casa, ella seguía tirada en el suelo del salón, con el bol de cereales destrozado a sus pies, llorando desconsoladamente en mitad del charco de leche y Choco Krispis.

—Risse… —susurré.

Una sensación helada, como de mal presentimiento, se coló por mi columna. Dos coches patrulla de la Policía pararon en mi calle y bajaron con pistolas en las manos.

Fruncí el ceño, poniéndome en tensión.

—¿Kendall Hunt? —preguntó uno de los agentes.

—Así es —contesté, aunque lo sabían de sobra, no era la primera vez que tenía problemas con la Policía.

—Alguien ha dado el chivatazo de que un vehículo estacionado frente a su casa huele sospechosamente a marihuana. Nos tomamos la libertad de investigarlo este fin de semana y encontramos bastantes estupefacientes de diversos tipos —comentó uno. Su pareja sacó unas esposas. Los otros dos agentes se quedaron unos metros atrás, atentos a lo que sucedía. Suspiré de forma pesada—. El coche está a nombre de una tal Clarisse Harvey. ¿Tiene idea de a quién pertenece?

Miré a Risse de reojo. Ella, que lo estaba escuchando todo desde el salón, se quedó pálida. Y comenzó a temblar. Joder, Risse…

Respiré hondo y afirmé con la cabeza. Ella dejó de llorar, estaba terriblemente asustada. Y no era para menos. Me había mentido, aunque podía esperar que tuviera una recaída, yo las había tenido también. Salir del pozo nunca era sencillo, pero dejarlo en el coche todo el fin de semana había sido una condena. Ella tenía todo el futuro por delante, no tenía antecedentes, estaba limpia. Yo no. A mí ya me tenían fichado, no solo por posesión de drogas. En mi currículum policial había una larga lista de detenciones que no me apetecía rememorar y de las cuales no me sentía orgulloso. Principalmente, porque me obligaron a hacer todas aquellas cosas.

La conclusión más lógica para este desenlace era obvia, mentiría por ella para salvarla de todo lo que pasaría de ese momento en adelante, no solo con la Policía, sino con aquellos a los que había comprado las drogas.

—Es mi novia —confesé—. Pero lo que hay en el coche es mío, lo compré y lo dejé ahí en un olvido tonto.

—¿Olvido tonto? —inquirió el policía de las esposas.

Me encogí de hombros, sintiendo el peso del dolor de mis acciones en el corazón. Vi cómo Risse negaba entre sollozos, todavía sin poder moverse del suelo.

—Cuando uno va colocado tiene fallos tontos. ¿No, señor agente?

Los policías se miraron entre ellos y el que había estado hablando conmigo suspiró con pesadez y le hizo un gesto a su compañero para que viniera por mí. Yo no me resistí, me giré mientras me ponía las esposas y me recitaba mis derechos. Ese sermón me lo sabía de memoria.

Risse empezó a gritar, se intentó levantar del suelo y se cortó con los trozos de cerámica. Se resbaló y cayó de rodillas.

—¡Kendall! —gritaba—. ¡Kendall, no!

La escuchaba todavía cuando me metieron en el coche. La vi salir al porche

con las piernas chorreando de sangre y el rostro lleno de lágrimas, descompuesto por el dolor. Cerré los ojos y dejé caer la cabeza sobre el reposacabezas.

***

Durante el interrogatorio, amistoso y no tan amistoso por parte de los agentes, interpreté el papel de camello y secuaz torpe que me había funcionado otras veces. Ellos querían localizar a la mafia que traficaba en la ciudad y yo sabía qué había que hacer para no despertar la ira del señor Korolov. Así que les eché la culpa a unos camellos con los que había tenido mis más y mis menos en el pasado. Eran de la ciudad vecina y, obviamente, no trabajaban para la Bratva ni la Yakuza, sino que eran de otro tipo de mafia, mucho menos organizada y más fácil de trincar.

Así que, sintiéndolo en cierto modo, le di a la Policía nombres, ubicación y datos de esos pobres pringados con la condición de salir de prisión. Al menos, si alguien pagaba mi fianza.

Tristemente, sabía que Isay Korolov no me quitaba el ojo de encima. Tenía bien presente que pagaría la fianza y sabía de sobra lo que vendría después de esto.

En el catre dejé caer la cabeza entre las manos, esperando que llegase el momento. Porque tenía toda la certeza de que ocurriría así. Había sido igual otras veces. Y, aunque no me arrepentía de haber librado a Risse de todo esto, era consciente de que estaba bien jodido.

Con los ojos cerrados, intenté respirar hondo y el pecho se resintió ante ese nimio esfuerzo. Lo había jodido todo y había sido un puto imbécil por pensar que me podía permitir algo bueno. Que me podía permitir estar feliz con Anya. Me lo merecía. Esto era una vuelta a la realidad. Una hostia para ponerme en mi sitio. Para recordarme qué tipo de mundo y de vida me merecía, porque parecía que todo lo que hiciera o cualquier camino que intentase tomar me llevaba hacia el mismo lugar. El mismo punto de partida, junto a la Bratva.

***

El momento llegó un día después. La Policía anunció que alguien había pagado mi fianza. Solté el aire de forma convulsa, preparándome.

Un coche negro con cuatro hombres trajeados me esperaba en la puerta de la comisaría. Bajé la larga hilera de escalones de piedra sin nadie más que ellos

observando mis pasos. Todos con su ropa perfectamente planchada, con esos trajes a medida y negros por completo. Con las manos a la vista, pero cerca de donde sabía que llevaban las pistolas.

Los fulminé con la mirada. Reconocí a uno de ellos como el grandullón que le había faltado al respeto a Anya el día de la cena con sus padres y más tarde el día de nuestra cita. Tenía una cicatriz en la nariz, sonreí de medio lado. Con una ira fría, me planté delante de ellos.

—¿Puedo fumarme un cigarro antes de irnos? —pregunté.

—Claro —respondió Ilya, la mano derecha de Isay—. Davis.

Tenía nombre de idiota, como no.

El tío sacó un paquete de cigarros, me dio uno y, cuando fue a coger el mechero, fingió un gesto torpe y me tiró el cigarro de los labios, rozándome con los dedos en un intento de bofetón. Lo fulminé con la mirada y, tan rápido que no lo vio venir, le pegué un cabezazo en mitad de la cara. El golpe se escuchó con un crujido sordo y cayó al suelo inconsciente, chorreando sangre.

—Gilipollas —espeté. Cogí el mechero y el cigarro del suelo y me lo encendí.

Los demás matones metieron al tal Davis en el asiento del copiloto. Al desviar la vista, vi que a unos metros estaban Jason y Risse bajando de la moto y mirándome con el rostro descompuesto. Yo los miré con el rostro serio y negué con la cabeza. Dando una larga calada al cigarro, lo tiré al suelo para no permanecer más allí y evitar que hicieran una estupidez, como intentar detener aquello.

Me senté en el coche de los mafiosos, se metieron en el asiento de detrás conmigo los otros dos que no sabía quiénes eran e Ilya se puso al volante. Por el retrovisor central vi a Risse caer de rodillas al suelo, gritando. Jason con las manos en la cabeza y el rostro descompuesto a su lado. Agaché la mirada a mis manos tatuadas para no ver más. Dolía verlos así, dolía más saber lo que me iba a tocar hacer para sacar de esa mierda del todo a Risse.

Pero era la única solución. Total, Anya ya me odiaba. No tenía forma de arreglar aquello. Y así, al menos, solo saldría perjudicado yo y por una vez en mi vida salvaría a alguien en lugar de arrebatárselo todo.

54

SINCERIDAD

Anya

Jason tampoco había venido a verme como prometió, y eso me escamó. La preocupación creció exponencialmente conforme pasaban las horas. No saber nada de Kendall o de Risse dolía horrores, aunque dada la situación podía esperarlo. Pero que Jason no diera señales de vida disparó todas mis alertas.

Era terrible asumir que no me valoraban lo suficiente para llamarme o mandarme un mensaje, o plantarse en mi casa para discutir la situación. Para tratar de explicar ese malentendido que decían que era. Quizá no lo fuese. Quizá Jason había ido y había terminado a hostias con Kendall y ahora él tampoco sabía cómo darme la noticia.

Me lo imaginaba como un animal enjaulado, enorme y cabreado, dando vueltas alrededor de la moto, pensando cómo enfrentar conmigo esa situación jodida y retorcida.

Era como haber caído en una espiral de autodestrucción que empezó con Stephen y Kat y que ahora se repetía con Risse y Kendall. ¿Qué había sacado de ahí? A Noah y Dylan.

Llevaba un día entero sin comer y, la verdad, no sabía qué hacer, no sabía qué decir. Deslicé el dedo por la pantalla de mensajes. Hacía un par de días que ni ella ni Kendall entraban a los chats, Jason tampoco. Dylan salía como conectado. Abrí su conversación varias veces y salí. Abrí la de Noah y lo mismo.

Sabía que con llamarlos acudirían. O eso había pensado. ¿Y si ellos tampoco me querían tanto como yo creía? Lo había tenido totalmente seguro con Risse y sus abrazos, sus risas, su complicidad, esas ganas de ponerme siempre guapa para empoderarme.

Me lo había creído.

Igual que me había creído el amor reflejado en el rostro de Kendall, me lo había tragado hasta lo más profundo de mi alma y lo había grabado a fuego allí sin pararme a pensar que podría no ser real, que podría estar jugando

conmigo. Él me había advertido de que había cosas mucho más turbias que debía saber. ¿Tendría que haberle dejado hablar? ¿Que me lo contase todo antes de dejarme caer en picado a su corazón?

¿Pero cómo podía esperar que justamente él me fuera a hacer algo así? No cuadraba para nada con el Kendall que yo conocía. Pero ya no sabía diferenciar qué era real, qué era invención de mi cabeza o de mi corazón. ¿Cuántas cosas había visto e interpretado en función de lo que deseaba y no de la realidad?

Con tanto darle a entrar y salir de los chats, pulsé sin querer el icono de videollamada. Iba con las gafas y la nariz totalmente roja de haber estado llorando otra vez.

—¡Dulce Anya! —se escuchó un grito por todo mi salón—. ¿Me echabas de…? —Se detuvo cuando, sorprendida, miré la pantalla y él vio mi aspecto—. ¿Qué coño ha pasado?

Su voz se endureció, como jamás había pensado que podría oírle justamente a él.

—No, nada, perdón. —Y colgué.

Dos segundos después, me volvió a llamar, una y otra vez, hasta cinco veces, y al final respondí. Estaba con Dylan, los dos mirando fijamente la pantalla con cara de pocos amigos.

—¿Anya? ¿Qué ha pasado? —dijo directamente Dylan con los ojos oscurecidos por la rabia—. ¿Vamos para allá?

—No, no os preocupéis, de verdad, estoy b-bien. —Pero mi voz me traicionó rompiéndose en aquella última palabra.

Dylan gruñó, Noah soltó una maldición.

—Vamos para allá —sentenció Noah, levantándose con el móvil—. Danos diez minutos.

—Voy a partirle las piernas al puto Kendall, te lo ju…

Y la llamada se cortó. La última maldición de Dylan en un grito cargado de rabia se quedó rebotando en el silencio de mi salón mientras intentaba quitar las lágrimas que no dejaban de salir.

Me levanté para ponerme ropa decente y peinarme, pero no me coloqué las lentillas. Ocho minutos después, estaban llamando al timbre de casa. Cuando abrí la puerta y vi a Dylan mirarme iracundo, empecé a llorar de nuevo. Me lancé a sus brazos o él se lanzó a los míos, no sé bien cómo sucedió. Pero no podía moverme de allí.

Al final, Dylan me cogió de la cintura y cargó conmigo hasta el sofá, Noah pasó detrás de nosotros y cerró la puerta, pero no se sentó. Estaba tan nervioso que pensé que rompería cualquier cosa que pasase por sus manos en aquel momento. Les conté entre sollozos lo que había pasado, con las piernas

por encima de las de Dylan con ambos sentados en el sofá. Noah apretó los puños cuando me detuve para sonarme y retomé la historia.

—Todavía no he sabido nada de ninguno —concluí.

—Lo mato —decía Dylan apretando los puños en el sofá—. Te juro que…

—Hay algo raro aquí —dijo Noah, demasiado serio. Ambos lo miramos, atentos—. No me cuadra con Risse, la conozco bien como para saber que jamás te la jugaría así. No conozco tanto a Kendall como para poner la mano en el fuego, pero creo que no ve a Risse de esa forma. —Hizo una pausa mientras se acariciaba el mentón—. Lo más raro de todo es que Jason no haya dado señales de vida. Anya, sé que estás dolida, pero creo que realmente está pasando algo gordo detrás de lo que parece y que…, cuando te lo cuenten, debes intentar estar receptiva.

—Venga ya, Noah —espetó Dylan, levantándose de un brinco—. ¿Están viviendo juntos y no le dicen nada? Eso ya de por sí me parece bastante traición y demasiado sospechoso. ¿Qué podría justificar un comportamiento así?

Noah clavó sus ojos verdes en su amigo y muy despacio se giró hacia mí.

—¿Kendall cubriría las espaldas a alguien que tuviera un secreto difícil de contar? —Me quedé paralizada mirándole, mi corazón se saltó un latido—. ¿Aunque ese secreto, de ser desvelado antes de tiempo, pudiera perjudicarle a él y no a la persona directamente implicada?

—S-sí… —murmuré—. Lo haría.

—¿Y Jason, de enterarse de lo que está ocurriendo, no cubriría a Kendall para respetarle a él también?

—Lo haría —afirmé cada vez más segura.

—Aun así, le han mentido —rugió Dylan.

—Porque a veces la verdad duele demasiado para decirse a la ligera —espetó Noah, y supe que había connotaciones y matices en sus palabras—. A veces decir la verdad a las personas que queremos nos aterra y nos hace cometer gilipolleces por miedo a que nos juzguen.

—Ay, madre mía —murmuré, temblando.

Había cosas que de repente empezaron a encajar en mi cabeza, sospechas de qué podría ser. El parecido que vi desde el principio entre Risse y Kendall. Esa sensación de que ella estaba perdida de alguna forma retorcida, igual que lo estuvo él una vez. El corazón me comenzó a latir con potencia y, entonces, la bestia de mi interior rugió pidiendo desatar la ira que crecía poco a poco.

Solo se me ocurría una cosa lo suficientemente jodida para que Kendall acogiese a Risse y para que Jason, al enterarse, guardara silencio. Y todo eso terminaba llevando hacia el único lugar de la ciudad que podía joderles así a

dos de las personas más importantes de mi vida.

La Guarida. A mi familia.

Me levanté mordiéndome el labio con intensidad hasta notar el sabor de la sangre. La tristeza empezó a transformarse en rabia y las pulsaciones casi detenidas por la pasividad se convirtieron en torrentes de lava que corrían a toda velocidad por mis venas.

A los pocos minutos, el timbre sonó. Abrí y me giré hacia los chicos.

—Son Jason y Risse —comenté.

Y ambos se tensaron, presa de la incertidumbre.

55

SORORIDAD

Dylan

Cuando Noah pasó corriendo de su piso al mío gritando que Anya no estaba bien, pensé que el corazón se me saldría por la boca. El camino hasta casa de nuestra amiga me dio la sensación de ser el más largo que había hecho en mi vida. Apretaba tanto las manos en el volante que los nudillos se me quedaron blancos. Noah estaba inusualmente serio y eso casi que hacía que me cabreara todavía más.

Lo que tenía claro era que pensaba partirle la cara a Kendall por hacerla llorar, hubiera pasado lo que hubiera pasado.

Cuando nos contó lo que había ocurrido, tenía claro que no me conformaría con un simple puñetazo, quería hacerle mucho más daño. Sentía una rabia dentro que empezaba a no poder contener. Por el contrario, Noah permaneció impasible y serio. Todo lo que dijo sobre los secretos me dejó de piedra. Pero me empecé a inquietar todavía más cuando Anya pareció encajar cosas en su cabeza. Casi podía ver los engranajes dando vueltas en su mente.

Yo estaba completamente perdido, pero la ira no se diluía. Entonces, sonó el timbre y Jason subió con Risse. La hizo pasar primero, tenía la cara más pálida de lo que una persona sana tendría jamás, los ojos rojos y sendas marcas negras bajo ellos, las manos le temblaban con violencia. Jason era una estatua de piedra a su lado, un protector de más de dos metros que la miraba impasible, respetando su turno de palabra.

Anya miró de uno a otro desde el otro lado del salón. Noah y yo, entre ambas partes. Y todos en riguroso silencio. Así que, cuando Risse cogió aire, se escuchó sobradamente.

—Tengo muchos problemas que resolver en mi vida —comenzó diciendo, con la voz titubeante—. Pero el más gordo es con las drogas. —Respiró hondo, mirando a Jason, que asintió estoicamente para que siguiera—. Kendall me salvó un día que me quedé inconsciente en la calle. Le pedí que no os contase nada… porque me avergonzaba, me avergüenzo —se corrigió,

poniéndose a llorar—. Él me ofreció su casa porque llevo un año viviendo en mi coche, sin segundas intenciones ni nada similar. M-me dijo que, si me quedaba, me ayudaría a dejarlo. Él lo hizo bien conmigo todo el tiempo, tuvo paciencia, fue respetuoso. —Se sorbió los mocos, mirando al suelo. No conseguía levantar la vista de ahí, supuse que le resultaba más fácil. Jason le acarició la espalda con cariño—. Poco antes de ir a la casa rural, tuve una recaída, me endeudé con quien no debía y encima me dejé las drogas en el coche. Pero jamás ha pasado nada entre los dos, no le veo así, ni él a mí. Me está cuidando como debería hacerlo mi familia… Es solo que yo no puedo confiar en ellos. Maya tampoco sabe nada, por favor, no le digáis nada…

Paró de hablar porque empezó a llorar desconsoladamente y se giró para abrazar a Jason. Desvié la mirada hacia Noah, que estaba pálido y con el rostro descompuesto. Seguí hacia Anya y vi cómo algo había cambiado radicalmente en su expresión. Había pasado de ser un alma perdida a tener un brillo poderoso en su mirada. Casi sentía algo frío desprenderse de ella y envolver toda la habitación. Dio unos pasos hacia ellos, Risse se giró entre los brazos de Jason.

—¿Qué ha pasado con Kendall? —inquirió con una voz calmada y helada.

Risse gimoteó y Jason tomó el relevo al ver que ella no podía.

—Cuando volví para pedir explicaciones, como habíamos quedado, Risse me contó que la Policía se había llevado a Kendall porque les dijo que todo lo que había en su coche era suyo. —Anya apretaba los puños—. Anya, cuando fuimos a comisaría a sacarle con todos mis ahorros, alguien había pagado su libertad ya.

—No lo digas —espetó ella, su voz cortaba como cuchillas.

—Anya…

—¿Lo sabías? —inquirió ella mirando a Risse—. ¿Sabías con quién estabas jugando al meterte en este lío de deudas y drogas, Risse?

Ella negó con la cabeza. Anya bajó los hombros e intercambió una mirada con Jason, el cual negó con la cabeza.

—Te creo, Risse… Todo lo que has dicho… suena al Kendall que conozco —susurró ella, caminó hacia su amiga y le tendió la mano.

—¿Me perdonas?

Anya asintió, con tristeza en la voz.

—Lamento no haberme dado cuenta de las señales, no haberte conocido realmente hasta que ha sido así de crítico. —Su voz se quebró al final—. Siento no haberme dado cuenta de que me necesitabas.

—No, yo no…

Jason soltó a Risse y Anya la abrazó con fuerza. Cierto alivio se instauró en

mi pecho. Estaban hablando de cosas muy jodidas, temas que Noah y yo jamás pensamos que pudiéramos vivir en primera persona. Jason no parecía abrumado para nada, y eso me indicó que había algo peor. Después de unos minutos, Anya nos pidió que nos sentáramos en el sofá. Se quedó frente a nosotros y cogió aire.

—Una verdad por otra. Mi verdad, la que no saben nadie más que Kendall y Jason, es que… mi familia es la que está detrás de esto —confesó—. Los Korolov son la mafia que controla muchas cosas en esta ciudad, no conviene hacerlos enfadar… Al deberles dinero y quedarte con la mercancía, te has pintado una diana mortal en la espalda, Risse. Kendall lo sabe perfectamente. —Respiró hondo y desveló lo más gordo del pastel, si es que se podía sumar más a todo esto—. Porque él trabajó para mi padre durante muchos años.

Jason cerró los ojos, en parte aliviado y en parte dolido por lo que estaba pronunciándose en voz alta.

—Espero que sepas lo que significa esto, Anya —dijo el irlandés.

—Sí, y confío en ellos —dijo mirando hacia nosotros—. Y sé lo que tengo que hacer a continuación.

Se giró hacia la isleta de la cocina y apoyó las manos allí antes de respirar hondo y decir:

—Iré a la Guarida y reclamaré lo que es mío —gruñó.

Por un momento, la sangre se me heló en las venas al no reconocer la voz de mi amiga mientras pronunciaba esas palabras.

56

PLANIFICACIÓN

Anya

Todos se quedaron de piedra cuando proclamé mis intenciones en voz alta, pero Jason fue el único que saltó de su asiento, en el cual había permanecido sentado un total de dos minutos, y me gritó lo que pensaba:

—¿Pero te has vuelto loca? ¡No! ¡De ninguna manera voy a dejar que entres en ese nido de mafiosos y matones!

—Ese nido de mafiosos es mi herencia familiar, ¿recuerdas? —rugí. Algo en mi mirada hizo que se cuadrase delante de mí, a pesar de sacarme varias cabezas de alto—. Y Kendall es mío, no voy a dejar que le hagan nada malo. Estoy cabreada con él, pero… —Respiré entrecortadamente—. Pero creo la historia de Risse. —Levanté un dedo para señalarle la cara a mi amigo pelirrojo —. Si piensas que voy a dejarle allí dentro, estás muy pero que muy equivocado.

—¿Pero qué piensas que puedes hacer tú? —murmuró, como si no quisiera pronunciar lo que sabía que iba a responder.

—¿Yo? —grité—. ¿Yo? ¡Soy Anya Korolova! ¡Y, si mi padre quiere jugar, espero que sepa contra quién está jugando!

El silencio se alzó entre nosotros mientras que Jason me miraba como si no me reconociera, su pecho subía y bajaba sin despegar los ojos de mí. Entonces Dylan se levantó y se colocó a su lado.

—¿Qué necesitas?

—Dylan… —llamó Noah, con el rostro descompuesto por la sorpresa y el miedo.

—Necesito preparar un plan para enfrentarme a mi padre y, después, presentarme allí para representar un papel —afirmé—. Puede que yo no sea una mafiosa, pero llevo más de siete años actuando, puedo meterme en un papel perfectamente.

—¿Qué estás pensando, Anya? —inquirió Jason, con los puños temblando a su lado. Sus ojos fulguraron cuando inclinó ligeramente la cabeza,

midiéndome.

—El punto débil de mi padre es mi hermano, así que esa será mi moneda de cambio. El muy cerdo tiene pensado robar todos los derechos de las obras que compuso Kendall antes de que se marchase a Nueva York. Sé que Kendall las registró a su nombre, pero Aleks no tiene ni idea de eso, nunca se interesó. Él juega con que el pasado turbio de Kendall no le dejará llegar a la fama. Si piensa usarlo contra él, habrá pruebas… —Desvié la mirada hacia Risse—. ¿Sabes usar los moduladores de voz? Esos que usan inteligencia artificial.

—Sí —afirmó ella—. Solo los he gastado un par de veces, pero puedo hacer lo que quieras.

—Bien. Si consigo que mi padre crea que tengo a mi hermano cogido por los huevos y lo amenazo, me dará lo que quiera —comenté.

—Estás siendo muy optimista. —Jason negó con la cabeza—. ¿Qué te hace pensar que el señor de la Bratva cederá así como así?

—Mi padre valora más a su primogénito que a un empleado, pero si todavía hay alguien a quien valore más que a su primogénito es a Kendall —puntualicé —. Aunque lo quiera, a su manera retorcida y tóxica, creo que puedo darle un giro a la situación. Pero necesito demostrar algo también para con sus hombres —murmuré distraída, dando vueltas por el salón.

—¿Qué quieres decir? —preguntó esta vez Dylan.

—Una vez Kendall me dijo que allí dentro son como fieras, se lanzan a por el que ven más fuerte y así pueden demostrar que son los que tienen más poder dentro de la jerarquía. Mi padre respeta que se peleen como perros si así logran probar algo. Kendall siempre ha sido el más fuerte, por eso está tan orgulloso de él. —Me detuve y los miré uno a uno—. Si entro allí, la única forma de terminar de convencer a mi padre y demostrar a sus hombres de que merezco que se me dé lo que pido es mostrando que soy la más fuerte.

—No —respondió Jason—. No vas a entrar ahí dentro sola, me niego rotundamente.

—Tengo que hacerlo —sentencié, con una calma fría que se trasladó hasta él. Su furia se rebajó al ver que estaba decidida. Suspiró cerrando los ojos.

—Pues entonces voy contigo. —Abrí la boca para quejarme, pero dio un paso hacia mí y tuve que mirar hacia arriba—. No se te ocurra replicarme, Anya. O voy contigo o te juro que te encadeno a la cabecera de tu cama.

—Vale —gruñí, cediendo al fin.

—Yo también voy —sentenció Dylan para mi sorpresa y, al parecer, para la de todos.

Noah se levantó como un resorte del sofá.

—¿Qué? —dijeron él y Risse a la vez.

—No me voy a quedar tranquilo sabiendo dónde te metes, Anya. Y, sinceramente, ir a la boca del lobo solo con un guardaespaldas no me parece sensato. —Dio otro paso hacia mí y las rodillas me temblaron.

—Dylan, tienes un posible contrato con un equipo que podría hacerte millonario —espetó Noah, batiendo un récord de expresiones serias y frases sensatas—. ¿De verdad vas a jugarte todo eso metiéndote en la sede de la Bratva?

—Si Anya entra ahí, sí —rugió él, y me dejó helada—. Es importante para mí. Si le ocurriese algo malo, creo que una parte de mí mismo se perdería con ella. —Su declaración fue tan bonita e inesperada que se me saltaron las lágrimas. Noah bajó el rostro, abrumado, pero Dylan no reculó—. Es como un alma afín.

—Dylan… —susurré, intercambiando una mirada cómplice.

—¿Sabes luchar? —preguntó Jason, cruzándose de brazos.

—No, pero tengo buenos reflejos y potencia en los brazos —aseguró él. Todos lo habíamos visto el día que atravesó esa lata con una piedra—. No fallaré un puñetazo. Tampoco es la primera vez que golpeo la cara de alguien.

—¿De verdad? —El irlandés se rio.

—¿Qué te crees que pasa teniendo a este de mejor amigo? Me he metido en más de una pelea por su culpa —respondió encogiéndose de hombros. Noah se quejó de fondo.

—Igualmente, esto no es como una pelea de bar, esta gente está entrenada y tiene armas —matizó Jason—. Creo que tu amigo tiene razón, arriesgas mucho.

—No voy a echarme atrás, si he dicho que voy, es que voy —respondió frunciendo el ceño—. De hecho, se me ocurre algo. ¿Puedes maquillarme de forma que no se me reconozca?

Alcé las cejas, sorprendida.

—¿Para ocultar tu identidad?

—Exacto —afirmó él—. Lo único que necesito es que no sepan quién soy para que nunca puedan asociarme con el béisbol. Por lo demás, me meteré en el papel, como harás tú.

—Genial, esto va a ser un puto circo —gruñó Jason, frotándose la cara.

—¿Y qué puedo hacer yo? —inquirió Noah. Todos lo miramos y él se encogió de hombros—. Todos vais a hacer algo. ¿Qué hago yo?

Me quedé pensativa. Nos faltaba un «chico de la silla», como decían en *Spiderman*. Pero sabía que Noah no se conformaría solo con eso. Además, Risse tenía más papeletas para ayudarnos desde lejos con sus conocimientos que él.

—Podrías llevarnos en el coche, esperarnos allí por si las cosas se ponen complicadas, con algún sistema de escucha —comenté.

—Puedo conseguir uno profesional —resolvió él—. Mi madre es la dueña de la organización más grande de seguridad del país. —Algo se iluminó en su rostro—. Has dicho que Kendall tiene cargos y que tu hermano está jugando esa carta para un posible chantaje.

—Así es —confirmé.

—¿Y si pudiera conseguir que esos datos sobre Kendall… desaparecieran? —murmuró, y después sonrió con malicia. Los demás nos quedamos absortos mirándolo.

—¿Puedes hacer eso? —inquirió para mi sorpresa Dylan.

—Tengo un conocido. —Se encogió de hombros—. Uno de los subordinados de mayor rango de mi madre trabaja para el departamento de seguridad en la base de datos informática. Y, casualmente, en una de las cenas de empresa que da mi madre en casa, pillé a este señor montándoselo muy fuerte con otro compañero. —Noah se frotó las manos—. Están ambos casados, cabe decir.

—Madre de Dios —espetó Risse por fin después de muchos minutos de mutismo y caras descompuestas.

—Le dije que le guardaría el silencio a cambio de un futuro favor. —Noah sonrió nuevamente como el villano atractivo de una película—. Siempre pensé que tendría que pedirle que borrase mi futuro historial por meterme en alguna pelea o lío de faldas, pero al final va a resultar para algo realmente importante.

—Venga ya, no me lo puedo creer —susurró Jason con la boca hasta el suelo. Dylan se encogió de hombros.

—Noah conoce a media ciudad, es lo que tiene ese carácter suyo. Gana tantos amigos como enemigos, pero los amigos que gana son realmente valiosos. —Intercambiaron una mirada y un guiño de ojos.

—Sin el posible contraataque de mi hermano al no tener con qué acusarle, tendríamos ventaja en caso de una posible repercusión hacia Kendall. Si os maquillo a los dos para que no os puedan reconocer, tampoco podrán seguiros la pista. Yo, siendo hija de quien soy, estoy exenta de repercusiones. Mi padre no lo consentirá —afirmé mirándolos a todos—. Entonces, señores míos, tenemos un plan —anuncié lo más serena que pude, pero la realidad es que me temblaban las piernas.

—Voy a pedir *pizzas*, esto va para largo —fue toda la respuesta de Jason.

57

PESADILLAS

Kendall

El golpe contra el suelo de ese abismo al que me lancé hacía unas semanas había llegado. Y estaba siendo peor de lo que me había imaginado.

Sentía el frío de la sala de castigo que tan bien conocía, para desgracia mía. No podía abrir los ojos, vagando en un estado de semiinconsciencia que no evitaba que sintiera el dolor. No solo de mi corazón, sino el físico al que me estaban sometiendo una y otra vez desde que me habían traído.

Ilya nos había dejado en la entrada y se había marchado a recoger a Isay, que no había llegado a la Guarida todavía. Así que todos los futuros herederos de sus altos cargos, junto a sus amigos, estaban dándome un significativo repaso por la humillación del gilipollas. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Davis.

Le había vuelto a dejar la cara como un mapa, a él y a otra docena de imbéciles más. Pero habían jugado sucio. Llegado cierto punto en que sus incesantes ataques eran noqueados por mi cuerpo entrenado, sentí la corriente eléctrica de un táser; a buena potencia, además. De ahí en adelante había sido una lluvia de porras, puños americanos y patadas.

Los ojos me pesaban y, aun así, escuchaba las pisadas de varios pares de botas alrededor de mi cuerpo, que me dolía entero. Clavé los puños en el suelo y me intenté incorporar. Una bota me dio en la cara y caí en la oscuridad de nuevo. Fría pero acogedora, como el regazo de una antigua amante. Me envolvió y me susurró que jamás debí marcharme de ese lugar. Que debía haber seguido oculto en las sombras, infringiendo dolor en lugar de recibirlo.

«Eso lo habíamos aprendido —susurró una voz en aquella ensoñación—. Nos costó mucho aprenderlo y lo olvidaste muy rápido».

Respiré hondo y me dolieron los pulmones y las costillas, la boca me supo a cobre, incluso en aquella pesadilla.

—Si te digo que le rompas los dedos, se los rompes, si te digo que se los cortes, se los cortas. ¿Entendido? —dijo una voz de hombre—. No me desobedezcas, chico, porque ahora voy a tener que romperte a ti.

El dolor y los gritos lo llenaron todo.

Caí todavía más hondo en aquella espesa oscuridad.

—Da igual la edad que tengas. Si vendes la mercancía, tienes que saber cómo pega. Vamos, prueba.

Más hondo, hasta que ya no vi luz en aquella superficie oleosa.

—Vamos, chico. —Se reía—. Sigue dándole a la rubia delante de todos, que se sepa lo que es un buen semental.

Más sucio. Menos humano.

—Así no se coge una navaja para clavarla en condiciones.

Una herramienta. Un arma.

—Dispara.

Mi propio grito me sacó de la ensoñación. Respiré de forma acelerada, entre toses con sabor a sangre, gemí ante el dolor de mi cuerpo cuando la realidad me recibió.

Ya no había apenas nadie en aquella sala, solo el gilipollas y dos o tres más. Me senté con la espalda apoyada en la pared y enfoqué la vista para ver cómo me miraban, entre temerosos, asombrados y cabreados. Sonreí con la boca llena de sangre y escupí hacia un lado.

—¿Sabéis lo que acabáis de hacer? —dije, y solo silencio respondió—. El señor Korolov no tiene ni idea de esto, ¿verdad?

—Nos pidió que fuéramos a por ti —espetó Davis.

—Sí, eso lo imaginaba.

Para que tuviera una deuda con él, sabía que esa era la siguiente jugada que daría. Volví a sonreír y, entonces, se escucharon unos gritos y pasos. La puerta se abrió abruptamente e Ilya dejó paso al líder de la Bratva. Clavó sus ojos claros en mí y desvió la mirada hacia los hombres.

—¿De quién ha sido la idea? —dijo con solemne tranquilidad. Conocía bien ese tono, era el que usaba cuando realmente estaba enfadado. Era la calma previa a la tempestad.

—Mía, señor —titubeó Davis.

Ilya se movió rápidamente y le metió una pistola en la boca al gilipollas, escuché el ruido de algún diente partirse, el gimoteo lleno de desesperación. Isay chasqueó la lengua, molesto.

—A ver cómo le explico esto a tu padre, qué decepción. —Dio varios pasos hasta llegar junto a mí, se arrodilló justo a tiempo para bloquearme la visión de los sesos del tío pintando la pared. El sonido del disparo lo llenó todo. Yo no pestañeé. Y eso pareció complacer al señor Korolov—. ¿Cómo estás, Kendall?

—De maravilla, señor —respondí en un murmullo.

Me dolía hasta hablar, pero no hice un solo gesto de dolor. Todavía tenía ese acto reflejo si estaba en su presencia.

—Ilya —llamó a su subordinado, que ya se estaba guardando la pistola—. Llévate a los demás, entérate de lo que ha pasado.

—Sí, señor.

—Y pide un médico para Kendall.

—Por supuesto. —Se retiró con la misma suavidad y velocidad que una corriente de aire. Isay chasqueó de nuevo la lengua.

—Ay, Kendall. —Se levantó, examinando los daños a mi cuerpo—. Espero que sepas que mi intención no era hacerte daño. —«No, hoy no, ya me lo hiciste en el pasado»—. Solo quería hablar contigo de lo sucedido con la jovencita a la que estás cubriendo las espaldas. Y, por supuesto, con mi hija.

Mi cuerpo se tensó y apreté la mandíbula. No pude controlarlo. Él entrecerró los ojos lo justo para hacerme saber que lo había visto.

—Entiendo. —Se metió las manos en los bolsillos—. Si fuera otro hombre el que hubiera acabado en el cuartel de la Policía, otro hombre al que hubieran visto en una cita más que cercana con mi hija, sabes cómo habría terminado esto, ¿verdad?

—Recuerdo lo que les ocurría, sí.

Yo mismo había tenido que llevarlos al matadero alguna que otra vez, el estómago se me revolvió ante el recuerdo.

—¿Vas a contarme qué pasó con la pasma?

—Les di información falsa. De hecho, los mandé a por gente que sé que os habrá estado molestando —contesté con la voz neutra. No había orgullo, no había temor.

—No esperaba menos de ti. —Asintió—. En cuanto al dinero de tu fianza y de las drogas que se deben…

Al menos no había preguntado por Risse, no se lo pensaba decir. No le pensaba decir nada de ella.

—Lo pagaré.

—No quiero tu dinero, chico —respondió tajante, frío.

Sabía lo que quería, no había mencionado a Anya. Solté un suspiro entrecortado, apreté los labios.

—Quiere que vuelva —murmuré.

Él encendió un cigarro y después se agachó y me lo colocó en los labios. Me vi obligado a inspirar una calada y después me lo quitó para llevárselo.

—Buen chico.

Isay Korolov se marchó de allí, dejando la puerta abierta para que limpiasen la sangre del suelo. Tanto la mía como la del gilipollas que ahora pintaba la

pared.

Cerré los ojos, soltando el humo del cigarro que todavía guardaba en los pulmones y maldije mi mala suerte.

***

Un tiempo indeterminado después, me encontraba en una camilla, siendo atendido por los médicos de la Bratva. Eran buenísimos en su trabajo, rápidos y eficientes. Quisieron pincharme algo para el dolor y me negué. No quería arriesgarme a que no fueran analgésicos normales. Prefería aguantarlo.

Mientras me pensaba la oferta, aunque no había mucho que pensar, me llevaron a otra estancia. No era una sala de tortura, tampoco una habitación de hotel. Se trataba de un cuartucho sin ventanas, con un camastro y una puerta custodiada por un par de gorilas. Me dejaron allí. Saqué el móvil y comprobé que me habían partido la pantalla. Quizá habían roto algo más, porque parpadeó, intentando encontrar una imagen que iba y volvía. Una fotografía de Anya que se encontraba tan destrozada como lo estaba nuestra relación en ese mismo instante. Lo dejé a un lado, sin creer que hubiera vuelto allí, y por la puerta grande.

Algo aún peor le habría esperado a Risse. Tenía que llevar un buen cargamento para que tomasen este tipo de repercusiones, pero, en especial, lo que le habrían obligado a hacer por meter a la Policía en esto podría haber sido peor que la muerte.

Conforme vi los coches patrulla, lo supe. Lo que la forzarían a hacer para quedarse satisfechos. El trabajo que le darían para pagar una deuda con unos intereses inflados.

Lo había visto con otras chicas antes, cómo las obligaban a pagar con su libertad y su cuerpo unos intereses inflados que se volvían casi eternos.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. ¿Seguiría llorando en mi piso, sola? No, seguro que Jason había vuelto y estaba consolándola. Él se aseguraría de que estuviera bien. Sabía que también cuidaría de Anya, lo llevaba haciendo desde el día que les pegué la bronca cuando eran unos críos. Y ahora era un pelirrojo cachas al que pocos se atreverían a levantar la mano.

Pero no, sabía que Anya no necesitaba tanta protección como yo quería darle. Ella tenía esa mirada, ese brillo frío en los ojos, igual que Isay. El día de la cena de su cumpleaños lo vi. Esa pose erguida, esa lengua audaz y sibilina, que dejaba en su sitio a hombres más grandes que ella.

Me la ponía durísima esa versión fiera y decidida de Anya. Quizá porque, tristemente, había crecido rodeado de rivales fuertes y poderosos y había

aprendido a admirar cuando tenía a alguien así delante. Ella no tenía músculos, pero sí otras cosas que la hacían temible.

Y deseaba que jamás llegase a conocer esa oscuridad en sí misma. Rogaba a todo lo que hubiera en el cielo que la alejaran de este mundo, de su padre y de mí.

58

MUÑECA RUSA

Dylan

Decir que no estaba asustado habría sido la mayor mentira de mi vida. Cuando empezó a maquillarnos a mí y a Jason, pensé que se notaría a la legua que eran unos disfraces y nos pegarían un tiro para ahorrarnos la humillación.

Pero me equivocaba. Cuando terminó y miré a Jason, encontré a otra persona sentada a mi lado. Le había teñido el pelo de negro, incluso las cejas. Había usado un tipo de tinte temporal. Él se pasaba la mano por el pelo, alucinando por el cambio y lo natural que quedaba. Le puso una nariz aguileña y le afeitó la esquina de una ceja para fingir una cicatriz que le cruzaba un lado de la cara con sutileza, nada exagerado. Y todas las pecas de su rostro y cuello, incluso de sus brazos, habían desaparecido.

A mí me hizo lo mismo. Con una prótesis cambió la estructura de mi nariz ligeramente y me marcó los pómulos. Me colocó unas lentillas marrones y me hizo rubio el pelo, de un tono mucho más claro que el de Noah. Además, me añadió unas extensiones para que no se vieran los lados rapados, dándome de repente una melena increíble que nada envidiaba a mi pelo natural. Además, me colocó una barba muy bien rasurada, que disimuló todavía más mis rasgos.

—Me cago en mi vida, enana —espetó Jason, mirándonos a ambos en el espejo—. ¿Cómo sabes hacer esto?

—Hice un cursillo de maquillaje de efectos especiales, me enseñaron a poner prótesis y demás —dijo guardando todo en su maletín—. Lo que lleváis en la cara son mis ahorros de muchos años. Merece la pena gastarlo para esto en lugar de para un rol en vivo.

Risse había hecho en menos de una hora lo que Anya le había pedido y ahora mismo estaba alquilando dos trajes de chaqueta para ambos. Nosotros llevábamos en proceso de maquillaje ya unas tres horas.

Noah había estado al teléfono y en ese momento entró en la habitación y se quedó con la boca abierta y la pose petrificada.

—Madre de Dios bendito —susurró—. Pensaba que era de coña lo de

maquillarlos, o sea, no se nota nada.

—¿Cómo ha ido con tu contacto? —le preguntó Anya al tiempo que abría su armario y buscaba algo en concreto. Mientras, Jason nos hacía fotos a él y a mí, que lo miraba de reojo.

—Ah, más que bien. Al tío lo tenía pillado por los huevos. Pensaba que me había olvidado, pero se ha puesto tan nervioso que se ahogaba con su propia saliva al hablar. —Todos miramos a Noah, perplejos—. Nos mandará pruebas de que ha podido resolver esto. En un par de horas se quedan las oficinas vacías y podrá hacerlo sin problema.

—Menuda influencia —dije, asombrado. Él sonrió ampliamente guiñándome un ojo.

Risse llegó al poco. Había alquilado un coche negro, según las directrices de Anya, y otro traje para Noah. Cuando nos encontró con los trajes puestos, la escuché decir que se estaba poniendo cachondísima viéndonos a todos de punta en blanco y esa pinta de matones. Noah no pudo evitar asentir. Si Jason se dio cuenta de la tensión del *catcher*, no dijo nada. Sin embargo, sí que se acercó a Risse para susurrarle algo.

No puedo imaginar qué sería para que ella se pusiera roja como un tomate. Pero así fue. Tras eso se quedó clavado al lado de la puerta, como un auténtico guardaespaldas.

Cuando Anya salió, todos contuvimos el aliento. Llevaba un vestido con escote en forma de corazón, completamente ajustado y abierto de un solo lado desde la mitad de muslo. Unos zapatos de tacón, elegantes y de aspecto sedoso como el vestido, que se anudaban al talón. Cargaba un bolso minúsculo, donde le cabía el móvil y la grabadora que le había dado Risse. Y en los brazos, el abrigo de pelo suave. Toda ella de color blanco. Se había puesto las lentillas y quizá se tratase de una sensación mía, pero creí ver un toque diferente en sus ojos. Quizá fuera el maquillaje que llevaba, en líneas sutiles y nada recargado, pero que le daba un aspecto mucho más maduro. Llevaba la larga cabellera recogida en un moño trenzado. Elevó el rostro en una pose de soberbia.

—Hostia, enana…, estás… —comenzó diciendo Jason.

—Señorita Korolova, desde ahora —espetó.

Después esbozó una media sonrisa, indicando que estaba practicando para el papel. Noah llevaba un traje de chaqueta y una gorra para parecer un chofer y ocultar un poco su rostro, por si alguien lo veía.

—¿Recordáis el plan? —inquirió Anya. Todos asentimos—. Bien, pues nos marchamos.

—¿Seguro que no puedo hacer nada más? —murmuró Risse preocupada.

—No, vete a casa de Kendall, lo llevaremos allí directamente. —Jason

estaba mirando el móvil, soltó una ristra de maldiciones—. ¿Qué pasa?

—Tu hermano, eso pasa, mirad. —Hicimos un corro alrededor del batería, que subió el volumen y puso un vídeo de redes sociales.

—En una semana tendrá lugar un concierto más que especial. Lights of Ragnarok hará un concierto honorífico para su batería en su ciudad natal, nada más y nada menos que para la noche de cambio de año. Las entradas se ponen a la venta hoy mismo. Será para celebrar el lanzamiento del nuevo disco, con la mitad de las canciones compuestas por el gran Aleksej Standford. —Me escuché a mí mismo preguntando por ese apellido en voz baja—. Así que ya sabéis, ¿qué mejor forma de empezar el año que con un concierto doble? Antes de la medianoche tocarán las mejores canciones de su repertorio, escucharemos las campanadas con estos grandes músicos y, para comenzar el año, un adelanto de tan esperado disco. ¡No os lo perdáis!

—El vídeo es de esta mañana —comentó Jason, alucinado—. Abajo dicen que ya se han agotado las entradas… Anya, ¿esas canciones son…?

—Sí, supongo que serán las de Kendall —espetó ella, asqueada—. Usa un apellido falso para que no se le asocie con la Bratva. Desconozco si mi padre lo sabe, aunque, de saberlo, no me extrañaría nada que lo considerase una falta de respeto.

—¿Esto cambia algo? —preguntó Risse, mordisqueándose una uña.

Anya sopesó la respuesta unos segundos y después, suspirando, negó con la cabeza.

—No, según lo que pienso que puede ocurrir esta noche para rescatar a Kendall de las garras de mi padre. —Se llevó una mano al mentón de forma pensativa, con la mirada perdida en la nada—. Pero quizá haya que ampliar el plan hasta ese día para que todo salga según lo ideado.

—¿Qué piensas? —le pregunté yo.

—Si mi padre no consigue que ese concierto se cancele o que esas canciones no salgan a la luz, tendrán que admitir que son propiedad de Kendall —respondió ella, aunque su cabeza parecía ir más allá.

—¿Y si no lo consigue? ¿Cómo harás para que no se salgan con la suya? Nada nos dice que tu padre no pueda volver a por Kendall, amenazando a Risse o algo peor… —gruñó Noah. Ella levantó la vista hacia él.

—Como en toda buena partida de ajedrez, ya he pensado varios movimientos por delante. —Sonrió—. Dijiste que tu madre estaba encargada de la seguridad de toda la ciudad, ¿no?

Noah ladeó la cabeza y sonrió de medio lado, asintiendo.

—¿Crees que todavía podrías concederme un favor más?

—Ay, dulce Anya… No tendrás que pedirlo dos veces.

***

Una hora después, estábamos frente a la Guarida. Jason, Anya y yo en los asientos traseros, Noah al volante. Nos habíamos repartido unos pinganillos que nos conectaban a Risse, la cual escuchaba todo desde casa de Kendall, con el ordenador listo por si había que enviar algo más. Anya había hecho una lista de supuestos planes y pruebas que quizás hicieran falta. Y, aunque Risse odiaba la inteligencia artificial, la usó para hacer unos montajes más que convincentes. Ella estaba lista con unas palabras clave para enviar ciertas cosas al móvil de Anya en el momento idóneo.

—Recuerda quedarte lejos, Noah. Y, si te decimos que te marches, te marchas. ¿Ha quedado claro? —ordenó ella. Él asintió, notablemente nervioso.

Intercambié una última mirada con él a través del retrovisor y Jason y yo salimos del coche. Yo cargaba con un maletín de cuero que Anya necesitaba para su plan. Le mantuve la puerta abierta mientras los de seguridad se cuadraban, alarmados ante la inesperada visita. Jason se adelantó unos pasos hacia ellos. Detrás de nosotros, Anya iba con la barbilla levantada, orgullosa y altiva.

—Venimos a ver al señor Korolov —gruñó el irlandés, que le sacaba una cabeza a los dos fornidos matones. Uno escupió muy cerca de su pie.

—¿Y quién te crees que eres para decir ese nombre?

—¿Su hija te parece bien? —respondió Anya con seguridad. Jason se apartó, posicionándose a su lado. Los dos hombres la miraron con el ceño fruncido—. Soy Anya Korolova. ¿Queréis probar suerte a no dejarme pasar y que llame yo misma a mi padre diciéndole que me estáis llenando los zapatos de flemas?

Los hombres palidecieron cuando ella levantó el móvil y enseñó una foto de su cumpleaños. La había sacado su madre y se veían tanto a su padre como a su hermano junto a ella.

—Disculpe, señorita. —Se llevaron una mano a los pinganillos de sus oídos y alguien abrió la puerta desde dentro—. Nuestros hombres les escoltarán hasta el despacho de su padre.

—Gracias —murmuró ella con frialdad, pero un deje dulce en la voz.

No pareció menos amenazante por ello. Había algo en la forma en que se movía y los miraba que parecía que no estuviera interpretando ningún papel, sino que ella fuera así. Que lo llevase en la sangre. Intentando aguantar el temblor de manos, la seguimos.

Un hombre alto y con la cabeza rapada nos recibió con la respiración acelerada, como si hubiera ido hasta allí corriendo. Se inclinó ligeramente ante

Anya, reconociéndola.

—Señorita, qué agradable sorpresa —dijo—. Lamento no haber estado al corriente de esta visita, habría preparado un mejor recibimiento.

—No te preocupes, Ilya. —El hombre alzó las cejas.

—¿Se acuerda de mí?

—Solo te he visto una vez, viniste a recoger a mi padre. Recuerdo todo lo que me dice con claridad, siempre son cosas de importancia —afirmó ella.

Al hombre le brillaron los ojos con un destello de admiración, aunque su rostro siguió sereno. Finalmente, afirmó con la cabeza y nos hizo un gesto para que le siguiésemos.

Después de cruzar por varios pasillos y coger un lujoso ascensor, aparecimos en un ático desde el que se veía toda San Francisco. Era una sala circular con dos puertas a los laterales. Se accedía a ella por un breve pasillo desde el ascensor. En el centro había una mesa de puro ébano, de primerísima calidad, sobre una alfombra carmesí. Sobre ella se veían un portátil y varias pilas de papeles organizados. Enfrente, tres sofás de cuero negro y, entre ellos, una mesa de cristal con remaches en oro en la que descansaban una botella y varias copas de *whisky* o vodka, además de una cubitera. A un metro de cada puerta se extendía una brutal cristalera que mostraba unas vistas excelentes de todas sus luces nocturnas.

Habría soltado una exclamación de fascinación si no fuera por la situación y el papel que estaba tratando de desempeñar a la perfección.

—Por favor, señorita, espere aquí unos minutos a su padre. Como es media noche, estaba cerrando unos asuntos para retirarse a descansar.

—Entiendo la demora, descuida —comentó ella con delicadeza.

Pero no se movió para sentarse, por lo tanto, nosotros tampoco. Su padre solo tardó cinco minutos en aparecer en la sala con una docena y media de hombres más, algunos parecían más sofocados que otros. Ilya se marchó de nuestro lado para colocarse detrás de la mesa color ébano. Los hombres se repartieron por la sala, excepto un par, mucho mayores, que se situaron a los lados de Ilya. Los conté con la mirada y me fijé en que tenían las manos muy cerca de la cintura. Jason había dicho que posiblemente irían armados, así que supuse que las mantenían cerca de las pistolas. Por el rabillo del ojo vi que hacía como yo y controlaba a los subordinados más cercanos a él. Anya estaba un paso por delante de nosotros.

Su padre atravesó la sala, fijando la vista en su hija y, cuanto más se acercaba a ella, más sonreía. Cuando se cuadró frente a ella, como le sacaba más de dos cabezas y era de una corpulencia notable, sentí que se me hacía un nudo en la garganta. Ese hombre tenía algo terriblemente intimidante, no haría

falta ninguna amenaza para temerle. Ya me estaba encomendando a todos los dioses que conocía.

Era peligroso.

Y le íbamos a cabrear.

Estiró los brazos y cogió a Anya por los hombros. Soltando una risotada, le plantó tres besos. Uno en cada mejilla y otro en la frente. Después se alejó solo un paso y la evaluó con la mirada.

—¡Santo cielo! Cuando me dijeron que habías venido de visita, pensé que sería por algo malo. —Sonrió con confianza, pero con una chispa sibilina en los ojos claros—. Pero fíjate, este porte, tu deslumbrante figura. Eres un regalo para los ojos, querida.

—Gracias, padre. —Se retiró la chaqueta y la levantó hacia Jason, sin mirar. Él la cogió de forma reverenciosa y la sostuvo con un brazo—. Como ves, gasto toda la ropa que me regalas. El abrigo es una fantasía de calentito.

—Me honras, ven. Hablemos más tranquilos. —El señor Korolov caminó hacia la mesa y se sentó en su gran butaca. Seguimos a Anya, que nuevamente permaneció en pie—. No me has presentado a tus dos guardaespaldas. Desconocía que tuvieras.

—Ah —dijo ella con desdén—. Me guardo muchos ases en la manga, padre.

Algo cruzó por esos ojos de gran líder y una sonrisa afilada se extendió poco a poco. Anya le mantuvo la mirada sin inmutarse.

—Dime. —Apoyó los codos en la mesa, cruzó los dedos y ambas manos y descansó allí su mentón cuadrado—. ¿A qué debo esta inesperada visita?

—Verás. —Dio un par de pasos más y los dos matones que se habían colocado al lado de Ilya se movieron hasta quedar a un metro de ella, a modo de advertencia. Nosotros avanzamos un paso hacia ellos, en otra. Anya apoyó el bolso en la mesa, junto a sus manos, y se inclinó hacia su progenitor—. Tienes algo que me pertenece y he venido a recuperarlo.

59

JUGADA DEFINITIVA

Anya

Mi padre alzó una ceja, estaba evaluando cada expresión y pose que ponía, no solo yo, sino de mis dos amigos también. Deseaba que pudieran mantener el tipo, pues era experto en identificar pequeños gestos que indicaban debilidad y solía utilizarlos para devolver los golpes.

Si aquello se asemejaba en algo a una partida de ajedrez, podría afirmar que tenían a mi rey como rehén y mi rival iba a usar a todos sus peones si era necesario para hacerme trizas. Y a mí solo me quedaban dos piezas. Como reina, debía defender a mis torres.

Esperaba poder pegarle una buena explicada al tal Sora si esto me salía bien. Porque el muy cobarde no había dado la cara desde que le había aplastado en esa interminable partida que había durado varios meses. Algo se vertió en mi interior y me dio confianza. Si me las había arreglado con esa partida, podría jugar bien mis cartas ahora. Debía confiar en mis almas gemelas. Mi padre, fingiendo que no sabía de qué le hablaba, inclinó ligeramente el rostro y entornó los ojos tan poco que apenas se apreció.

—¿Sí? ¿Y de qué se trata? Cuéntame.

Ladeé la cabeza en un gesto de duda totalmente intencionado, me mordí el labio y después me incorporé, cruzándome de brazos.

—Dime, padre, ¿cómo de controlado tienes a tu hijo?

Ahora sí entrecerró los ojos de forma visible. Un frío glacial pareció esparcirse por la sala, los hombres de mi padre se movieron inquietos, mirando de él hacia mí. No contestó y yo chasqueé la lengua.

—Verás, mi hermano y yo siempre estuvimos muy unidos, pero desde que se marchó… ha ido cambiando —comenté con una voz completamente sentida que rezumaba tristeza. Aquello no me hacía falta fingirlo, era real—. No reconozco al hermano que nos visitó estas navidades, y bueno, he tenido la mala fortuna de escuchar cosas que no me han agradado. Así que he puesto un poco de atención, solo un poco, para pillarlo haciendo cosas que podrían

perjudicarte a ti y a la familia.

Mi padre se recostó en la butaca, soltando el aire de forma abrupta por la nariz. Levantó una mano hacia mí mientras decía:

—Y tú has venido aquí para negociar esa información a cambio de recuperar ese algo que es tuyo según dices, ¿no?

—Oh, no lo digo. —Clavé los ojos en él. Aferré a esa bestia que sentía en mi interior y que me canalizaba toda la rabia y la ira que sentía y se la mostré a mi progenitor—. Lo es.

—¿Qué información es esa, pues?

Ahí estaba. Él sabía que quería a Kendall, no era idiota. Así que fui directamente al asunto, a mostrar mis cartas en juego.

—Según he comprobado, Aleks está jugando con drogas y, bueno, prostitutas —dije. Al parecer, les pareció muy tierno, porque se rieron.

—Hija. —Mi padre pareció compadecerse de mi ingenuidad—. No te he podido contar bien qué tipo de negocio hacemos aquí, pero…

Levanté una mano y el hombre a su lado se movió ligeramente. Vi cómo Jason extendió mínimamente el brazo en una advertencia. La mirada que le lanzó al matón no tenía nada de falsa: era una promesa real de agresión si hacía amago de tocarme.

—Sé perfectamente qué se hace aquí. —Lo fulminé con la mirada—. Pero también sé que las gestiones de la Bratva y, aún más, las que mueve mi padre, no se dejarían ver a la luz del día con cero disimulo y altanería.

Mi padre frunció el ceño. Fui a coger mi móvil del bolso y el hombre a mi derecha se movió bruscamente. Sin mirarlo, alcé la voz:

—Diles a tus hombres que dejen de vigilar mis movimientos o no respondo si reacciono en un acto reflejo, padre. —Una advertencia, fría y letal.

Esbozó una sonrisa afilada. Sabía que eso le gustaría, fue parecido a lo que le escuché decir a Kendall el día de mi cumpleaños. Y, si algo valoraba él, es que se demostrara quién era más fuerte y fiero. Estaba deseando que yo lo mostrase.

—No puedo permitir que pueda usar un arma aqu… —El hombre extendió una mano hacia mí. Me moví tan rápido y de forma tan inesperada que nadie pudo reaccionar.

Había cogido el abrecartas que tenía mi padre entre los dos, coronando una pila ordenada de papeles y sobres. Y lo hinqué en la mano del hombre con tanta rabia que se quedó clavado a la madera de la mesa. Él gritó, la sangre comenzó a esparcirse por la superficie de ébano. Varios chasquidos metálicos resonaron por la sala. Jason y Dylan se movieron a mi lado para cubrir mi cuerpo todo lo posible. Yo no despegué los ojos de mi padre.

—Como la mordedura de una víbora —dijo mirando de refilón a Ilya—. Esa es mi pequeña. —El tono de orgullo era innegable.

—¿Son necesarias las armas? Nosotros solo hemos venido con información, es una fea desventaja —murmuré en tono burlón.

Mi padre levantó una mano y los hombres fueron a guardarlas.

—Las quiero en el suelo, lejos de manos ligeras —exigí.

Mi padre volvió a sonreír.

—Ya habéis oído —advirtió Ilya. Escuché el metal rozar el suelo y cómo algunos les daban ligeras patadas para apartarlas.

Con un leve arrugamiento de nariz ante la sangre que me manchaba la mano, me limpié en el traje del hombre agredido y aprecié cómo mi padre aguantaba la risa. Saqué de mi bolso inmaculado el móvil y busqué las fotos que me había hecho Risse.

En ellas se veía a mi hermano en un yate, rodeado de mujeres contoneándose de forma lujuriosa, con la mesa llena de estupefacientes.

—Estas fotos son de hace unos meses, en verano. Las fotografías se tomaron a unos pocos kilómetros de la costa, desde otro yate. He evitado que se filtraran a tiempo, claro —dije con indiferencia. Mi padre frunció el ceño al reconocer perfectamente a su hijo—. Usa el apellido Standford, por cierto, así que directamente nadie sabe que es un Korolov. —Chasqueé la lengua, deslizando el dedo por el móvil—. Pero, claro, es solo un nombre artístico, si alguien investiga mínimamente sumará dos más dos.

—¿Cómo puedo saber que de verdad has borrado el rastro? —inquirió mi padre sin vestigio de diversión en la voz.

—¿Acaso has visto algo en las noticias? Tu hijo ya es una imagen de dominio público, hoy mismo se ha anunciado el concierto de año nuevo.

—Estaba al tanto, me consiguió entradas para el palco vip —afirmó.

—¿Crees que le habrían concedido un concierto honorífico a un músico que juega con prostitutas en público y se mete de todo? —siseé altivamente—. Diría que no.

—Aun así, pueden ser un montaje.

—Supuse que dirías eso de las fotos, por eso quiero que escuches lo mismo que yo. —Saqué una grabadora antigua, la activé y la voz de Aleks sonó por toda la habitación.

—¿Las canciones del nuevo disco? No, no son mías. —Una risa burlona, muy particular de mi hermano, hizo que mi padre entrecerrara todavía más los ojos—. Son del mierdas de Kendall. No llegará a triunfar jamás, mi padre ya se encargó de joderle la vida, así que ¿por qué desperdiciar semejantes temazos? ¿Registrados? Qué va, no se molestaría en algo así. —Otra vez la risa—. Verás

que saldrá bien y lo celebraremos como siempre. Contrataré los suficientes coñitos para que te ahogues en ellos después del triunfazo. Sí, sí, allí mismo después del concierto. —Por la conversación, se advertía que era una llamada de teléfono—. ¡Claro que llevaré lo suficiente para colocarnos! Joder. ¿Acaso no sabes que tengo el mejor alijo a mano? ¡Como la despensa de mi propia casa! —Se rio.

La grabación se cortó. Mi padre se había puesto tan serio que supe que no había dudado ni un instante en que ese había sido mi hermano.

—¿A que Aleks te visitó durante su estancia aquí? —Él no respondió, pero un brillo en sus ojos me indicó que había sido así—. Parece que se tomó la libertad de coger algo de tu mercancía. Quizá tan poco que se os pasó por alto y no llamó la atención. Imagino que no hará falta que te diga la cantidad de seguridad que habrá en ese concierto.

—Sé por dónde vas —me cortó—. ¿Qué te hace pensar que no lo tengo controlado?

Sonreí, me incorporé y recogí el abrecartas, liberando la mano del hombre, que soltó un gruñido y dio un paso hacia atrás, sosteniéndose la mano herida.

—La tensión. —Puse la punta del abrecartas sobre mi índice, una gota de sangre cayó al suelo—. Mi hermano se ha dejado conquistar por la fama, posiblemente te negará todo esto, por miedo, obviamente. Pero yo creo que podemos arreglarlo fácilmente. —Me miró con atención, me estaba dejando continuar—. Quiero a Kendall y todo lo que tenga que ver con él.

—Especifica —exigió.

—Todos los historiales que tengas de él aquí, todos los registros que haya en la base de datos de la Bratva y todas sus deudas —señalé—. Y quiero ver en persona cómo se borran.

Mi padre soltó una carcajada tan abrupta que varios de sus hombres dieron un respingo y a mí me costó no hacerlo. Jason y Dylan se movieron inquietos a mi lado, pero pronto recuperaron la compostura.

—Te crees muy lista, Anya —espetó, pero se llevó una mano a los labios, pensativo—. Si no lo hago, sacarás todo eso a la luz. La vida de tu hermano se joderá y nos pondrá en peligro a nosotros. ¿Qué piensas que le pasará a Kendall entonces? ¿Y a ti?

—Ah, sé de sobra que tienes métodos y recursos para que la mierda de mi hermano no salpique a la Bratva. —Esta vez fui yo la que alzó una sonrisa afilada—. Los dos sabemos que protegerás a Kendall, es un recurso valioso.

—¿Y qué hay de ti?

—Supongo que tendrás que decidir tú, padre, si caemos tus dos hijos o si yo también soy un recurso valioso. —Por el rabillo del ojo vi cómo los chicos

se sobresaltaban, mi padre también lo advirtió. Los miró a ambos un segundo.

—Entiendo. —Se levantó y dio un par de pasos para mirar por la ventana —. ¿Y si quisiera dejar que mi hijo se diera una buena hostia? Por defraudarme. Y quisiera aprovechar esos recursos valiosos para mí. ¿No crees que la mejor jugada en mi beneficio sería casar a mi hija con un gran capo y seguir exprimiendo a Kendall? —Isay se giró y me miró fijamente, con el frío en sus ojos—. Esa, querida hija, sería mi jugada maestra.

—Eso sería un buen plan si no fuera porque Kendall y yo nos casamos el fin de semana de después de mi cumpleaños —solté.

Mi padre se quedó de piedra.

—Tenía pensado decirte que estábamos prometidos, hasta que llegaste con todo ese despliegue de testosterona el día de mi cumpleaños. —Estiré una mano y Dylan abrió el maletín para sacar unos documentos. Los lancé sobre su mesa—. Mis papeles de matrimonio, para que veas que no voy de farol. —Se acercó para observarlos, perplejo, y me devolvió la mirada. El anillo del infinito que me regaló Jason fue objeto de observación de mi padre. Como si fuera mi anillo de pedida, pues sabía que no solía llevar joyas—. ¿Ves? Estaba segura de que tenías algo *mío*.

La sonrisa que se desplegó en su rostro solo podría describirse como sádica.

—Puedo forzar una anulación o incluso el divorcio y seguir con mi plan.

—Y yo mandaría la ubicación de este lugar a la Policía —dije con voz risueña, como aniñada—. Así, en un tonto descuido.

—No harías eso —rugió.

—¿No? —Volví a inclinarme hacia él—. Prefiero ver todo esto en llamas antes que una vida bajo tu yugo y sin Kendall. ¿No querías una Korolova en condiciones? Aquí la tienes, padre. —Y me señalé.

Silencio de nuevo.

Chasqueé los dedos y Dylan colocó el maletín sobre la mesa, abierto. Había una cantidad insultante de dinero.

—Por la fianza de Kendall, además del alijo por el que se le acusó.

—Eso no es necesario.

—Sí lo es —sentencié—. No quiero una sola deuda contigo.

Mi padre rodeó la mesa y se plantó frente a mí. Un helor me caló hasta los huesos, pero me mantuve firme. Él examinó cada gesto de mi rostro, de mi cuerpo.

—¿Y si les diera una paliza a estos tíos para quedarme a gusto? Por tanta impertinencia. —Lo decía porque no quería, o no podía, pegarme a mí.

Con toda la soberbia que logré reunir, levanté el mentón. No quería decirlo, no quería obligarlos, pero sabía que eso podía pasar. Mi padre buscaba medir

cualquier posible debilidad. Si veía que ellos me importaban, que no quería enfrentarlos, los usaría como parte de la moneda de cambio. Así que solté aire de forma desdeñosa y me obligué a decir:

—Puedes intentarlo. —Y sonreí igual que lo hacía él, retándolo.

Me cogió del brazo y me hizo ponerme detrás de la mesa. Entonces, sus hombres se movieron. Y a mí se me heló el corazón.

60

SANGRE

Dylan

Anya lo había hecho jodidamente bien. Tanto que me estaba costando no aplaudir con cada contestación y reacción. Jamás imaginé que pudiera hacer algo como agredir de esa forma a un mafioso. Pero, joder, había sido increíble y terrible a partes iguales. Y, después de toda esa discusión, venía la parte de la que nos había advertido. La parte en la que a su padre le gustaba medir a la gente. Ella había demostrado ser más fuerte que su hermano, tener mejores herramientas que él mismo. Ahora tocábamos nosotros, sus hombres. Si ella evidenciaba debilidad hacia nosotros y rogaba por que no nos hicieran daño, todo se iría a la mierda.

Y quizá ni Jason ni yo saliéramos de allí.

Apreté los puños y fruncí el ceño. Debía admitir que el pulso me temblaba, jamás me había planteado que una situación así pudiera sucederme. Inspiré profundamente y clavé los ojos en los dos hombres más cercanos a mí. Sabía que Jason cubría mi espalda y que el hecho de que la sala fuera circular nos daba una ventaja para controlar a los contrincantes.

«Piensa que vas a lanzar, Dylan, concéntrate como cuando vas a eliminar a alguien. Golpea con la misma brutalidad que cuando bateas», me había dicho en el coche, cuando las piernas me temblaban tanto que ella lo había notado.

Notaba la energía de Anya a mi espalda, como si sus ojos se clavaran en mi nuca y alimentara mi alma. Estaba allí por voluntad propia, porque algo había unido mi vida a la de esa chica. Y, aunque seguía siendo un sentimiento platónico, derramaría sangre por ella.

Cuando terminé de soltar el aire de mis pulmones, una templanza que conocía se asentó en mi cuerpo. Y, cuando el primer hombre se lanzó hacia mí, no dudé ni un instante y descargué un puñetazo con toda la fuerza de mi cuerpo. Como si lanzara la pelota, con el giro de caderas, de torso y potencia de brazo, todo ello concentrado en un latigazo brutal que lo derribó, giró sobre sus propios talones y cayó inconsciente al suelo.

Me recompuse rápido y avancé un paso hacia el otro más cercano a mí. Se había quedado tan alucinado ante la brutalidad de mi ataque que me hizo ganar los segundos suficientes para acercarme a él. Cuando me miró, levantó las manos para protegerse, pero mi puño se coló entre sus manos elevadas y le encajé un golpe ascendente en la mandíbula. Lo levanté unos centímetros del suelo y varios dientes salieron disparados bajo el sofá de cuero.

Por el rabillo del ojo, vi cómo Jason se movía como buen profesional de boxeo. Sus golpes iban de dos en dos, de tres en tres. Rápido y contundente. El crujir de unos huesos y un alarido llenaron el silencio de la sala. Pero no era de Jason, así que no despegué los ojos del siguiente contrincante.

Me obligué a recuperar la respiración, a inspirar hondo. «Concéntrate como si te fueran a eliminar. Cada golpe es el último que podrías dar. No puedes fallar». Unas brasas me quemaron todo el cuerpo, activando en mi interior unos instintos que jamás pensé que tuviera.

A pesar de haber dejado KO a los dos primeros de una hostia contundente, el siguiente golpe no lo pude predecir. Me giré para ver cómo uno de los hombres me lanzaba un puñetazo directo al esternón. Abrí la boca en un acto reflejo y solté el aire, lo siguiente que noté fue otro en la cara. Caí al suelo, apoyándome en una rodilla, y abrí un ojo a tiempo para ver una bota ir a caer sobre mi rostro. Rodé sobre mí mismo y me levanté de un brinco. Una figura enorme pasó por mi lado y al instante siguiente los dos hombres estaban recibiendo una lluvia de puñetazos.

Me giré sobre los talones para cubrir la espalda de Jason y vi cómo uno de los hombres iba hacia él con un táser. Esprinté y lo embestí, tirándolo al suelo. Lancé el aparato lejos de una patada. Escuché cómo Jason gruñía una maldición y su espalda chocaba contra la mía. Ambos resoplamos y levantamos los puños, todavía quedaban rivales a los que derribar.

***

Unos minutos después, solo restaban los tres hombres más mayores tras la mesa negra con Anya y su padre. Jason a un lado y yo al otro, los dos con los nudillos en carne viva, y el suelo lleno de quejidos de los que seguían inconscientes pero terriblemente malheridos.

Nos miramos resoplando, después nos giramos hacia el señor Korolov y caminamos hacia nuestro puesto, cuadrándonos de nuevo. Su risa comenzó a llenarlo todo, no parecía que fuera a parar jamás, hasta que lo hizo de golpe. Después miró a su hija y, cogiéndola de los hombros, se acercó hasta besar su frente.

—Mi querida niña. —La soltó y caminó hacia una de las puertas—. Ven, vamos a por aquello que te pertenece.

De camino hacia donde tenían a Kendall, con los tres hombres ilesos en vanguardia, seguidos por padre e hija, y tras ellos nosotros dos, el señor Korolov murmuró:

—No sabía que tuvieras estómago para aguantar lo que hace tu marido. —Ese comentario me paró el corazón, la voz llena de orgullo fue casi peor cuando dijo—: Me alegra saber que al menos uno de mis hijos podrá heredar el imperio Korolov. De todos los hombres de esta ciudad, el único que iba a tener mi plena aprobación es él.

Iba a necesitar una larga e incómoda charla con Kendall después de esto. ¿Qué tipo de hombre iba a estar al lado de mi amiga? Apreté los puños de nuevo, pero por un sentimiento diferente, y sentí cómo la sangre chorreaba entre mis dedos.

61

VALOR

Kendall

Cuando la puerta de la habitación se abrió e Isay entró sonriente, no me esperaba que tras sus pasos fuera a ver a una Anya versión muñeca rusa tras él.

Su expresión era como la del día de su cumpleaños, una máscara digna a ojos de su padre. Ella era lista, sabía qué decir para adularlo, para hacerle sentir orgulloso. A pesar de que el hombre jamás se había preocupado por ser una figura paterna. Sabía evaluar a su adversario y dar varios pasos por delante de él. Sabía analizar sus gestos y sus debilidades, igual que Isay. Solo que Anya no lo había aplicado nunca fuera de los juegos de estrategia. Y su padre lo usaba siempre en su propio beneficio, en el juego de la vida. No quería que se viera obligada a usar esa capacidad que tenía. Pero aquí estaba, frente a mí, haciendo gala de sus cualidades para salvarme el culo.

—Lamento el estado en el que te lo entrego —dijo Isay—. Parece que uno de los chicos estaba demasiado interesado en ti. Pensó que era buena idea enfrentarse a él para ganar mi admiración.

—Le salió mal, imagino —comentó ella con el mismo desdén en el tono que su padre—. Al interesado, digo. Sé que mi marido no caería.

«¿Marido?».

El corazón se me paró en el pecho, pero su padre estaba mirando, no podía dejar que se me notase. Aun así, algo debió ver, porque Isay me miró de soslayo.

—Le tendieron una trampa. Si hubieran jugado limpio, ahora tendría muchos menos hombres a disposición. —Caminó hacia mí y me miró fijamente—. Muy callado tenías eso de hacer tuya a mi hija, chico.

Vale, definitivamente se me había parado el corazón y no podía respirar. Lo miré con el rostro más neutro que pude. Pero él debió de oler mi miedo, porque se apuró a reír y darme una palmada en el hombro.

—Tranquilo, para mí no hay nadie más digno que tú para estar con mi pequeña. Sé que la cuidarás bien. —Algo helado me recorrió las venas—. Y no

hay hombre de la Bratva u otra mafia de la ciudad que no sepa quién eres y de lo que eres capaz. Recuerda que ahora eres de la familia.

Una advertencia en la que era fácil leer entre líneas. Ya no se necesitaban tratos, no hacía falta el chantaje; si estaba con Anya, estaba también con él. Jamás había pensado en esa posibilidad, en lo que podía llegar a significar. Algo pesado se asentó en mi estómago y envolvió mis pulmones, sin dejarme apenas respirar ante esa nueva realidad.

—Nos vamos —sentenció Anya.

Tras ella había dos tíos con las manos llenas de sangre y los nudillos destrozados. Por un momento, pensé que eran Jason y Dylan, pero debió de ser un error, no se parecían en nada a ellos. Me levanté, queriendo preguntar mil cosas, pero aguanté la tentación.

Cuando iba a salir tras los pasos de los gorilas y de Anya, Isay volvió a hablar:

—Kendall. —Me paré en seco y lo miré por encima del hombro—. Mi hija tiene mi carácter. —Suspiró y un tono similar a la nostalgia se filtró en su voz —. Ella sería una buena heredera, pero es indomable. Cuídala bien, hijo, no me hagas ir a hacerte pagar por joder a mi pequeña.

—No se me ocurriría, señor —comenté.

Algo me dijo que él no había perdido en esta partida. Su mirada llena de orgullo y satisfacción decía que esto formaba parte de su propia estrategia. En el fondo, había planeado que yo volviera, que Anya sacase su vena más Korolov, que ambos termináramos juntos.

Salimos de allí escoltados por los dos gorilas de Anya y tan solo Ilya de los hombres de la Bratva. Cuando estuvimos en la puerta, el tío enorme de pelo negro le tendió el abrigo a ella, y se lo colocó con una elegancia increíble. No me había mirado ni una sola vez.

Ilya se detuvo para inclinarse ante Anya.

—Señorita Korolova, basta decir que tendrá nuestro apoyo. —Ladeó el rostro, indicando que había información que no iba a recalcar, algún acuerdo al que habían llegado antes de sacarme—. Y, por supuesto, la bendición de su padre irá con regalos.

—No preciso nada más —desdeñó Anya—. Tan solo que mantenga su palabra, como acordamos.

—Por supuesto.

***

Al salir, los dos matones de la puerta se cuadraron ante ella también,

reconociéndola como parte de la Bratva, y aquello se llevó un pedazo de mi corazón. Había intentado alejarla de este mundo, que no lo conociera, que no se interesara, que nadie se le acercara… y ahora parecían admirarla. No solo como una más de ellos, sino como alguien a quien respetar. Haciendo gala de su apellido de esa forma que jamás quise que hiciera.

Un coche negro que no pertenecía a nadie que pudiera reconocer estaba esperándonos. Arrancó y nos esperó. El matón de pelo rubio me señaló el asiento de delante, me dejé caer entre quejidos ahogados. Anya se sentó en el centro, los otros dos a su lado. Las puertas se cerraron a la vez.

—Muévete dos manzanas y aparca un momento —dijo ella con esa voz monótona.

Su rostro fijo al frente, los dos tíos de los lados clavándome la mirada, como si fuera un peligro. Desvié la vista hacia el conductor y se me paró el corazón al advertir unos ojos verdes y una cara de ángel que no confundiría ni aunque quisiera. Me guiñó un ojo e hizo lo que se le mandaba. Cuando frenó, Anya se inclinó sobre el tío enorme de pelo negro, abrió la puerta, sacó la cabeza y vomitó.

—Ya está, tranquila. —La voz me sería imposible de confundir. Era Jason, pero lo habían maquillado tan bien que era difícil reconocerle. Así que, por descarte, el de al lado era Dylan. Anya vomitó dos veces más mientras Jason le frotaba la espalda—. Ya está, enana, tranquila.

Fui a salir del coche para ayudarla, para darle mi apoyo, pero Noah me cogió del brazo.

—No salgas. Anya está en un ángulo desde el que no pueden verla, pero seguro que nos están siguiendo. Si sales ahora, podrías estropear la imagen que han estado creando. —No sé qué me impactó más, la certeza de sus palabras o el tono tan sereno del *catcher*. Solté un gruñido de frustración y giré mi cuerpo hacia los asientos traseros, deseando tocarla.

Pero no lo hice, respeté esa distancia que estaba marcando.

Anya se recostó sobre las piernas de nuestro amigo, resoplando. Jason le ofreció un pañuelo para que se limpiara y ella lo lanzó a la acera al terminar de usarlo. Se metió dentro del coche y Jason cerró la puerta. Anya se recostó sobre el hombro de Dylan. Yo me había mantenido girado, tratando de cruzar la mirada con ella. Pero no ocurrió, no dejó que ocurriera.

Sin embargo, el *pitcher* me fulminó con la mirada.

—¿Alguien va a contarme qué mierda está pasando? —espeté al final. Todos me miraron en silencio.

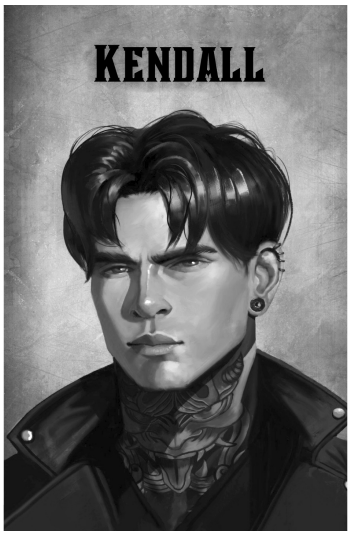
—Creo que, si alguien tiene que empezar diciendo algo, eres tú —rugió Dylan con un tono duro—. Y solo lo tiene que oír ella. Así que cierra la puta

boca antes de que te haga tragar algún diente. —Entorné los ojos en su dirección, desafiándolo con la mirada—. Arranca —le ordenó a Noah.

Anya seguía con la cabeza apoyada en el hombro de Dylan, él acariciaba su pierna y le susurraba cosas. Ella asentía de vez en cuando. Jason le había cogido una mano mientras miraba por la ventana.

Suspiré, confundido, arrepentido y quizá algo orgulloso. Pero, sobre todo, acojonado por ellos. Se habían metido en la boca de la Bratva por mí, se habían puesto en peligro. Quería cabrearme, de verdad que quería, pero me froté la cara para intentar disipar el creciente orgullo que nacía en mi interior.

No sabía que estaba rodeado de gilipollas tan valientes.


KENDALL

62

CONFIANZA

Anya

Cuando llegamos a casa de Kendall, besé a Dylan en la mejilla, le apreté el hombro a Noah con cariño y me bajé por la puerta abierta de Jason.

—Terminad el plan como habíamos hablado —les dije. Me giré hacia el coche—. Jamás podré agradeceros todo esto.

—Por lo que a mí respecta, arregladlo —gruñó Jason en dirección a los dos —. Y me daré por compensado.

Kendall agachó el rostro y yo le insté a ir hacia la casa. Conforme abrió la puerta, Risse se lanzó a abrazarle. Fue tan inesperado que trastabilló, y no cayó al suelo por poco. La abrazó mientras ella lloraba, cerré la puerta y ella se bajó de su abrazo de koala para mirarle a los ojos.

—Lo siento, de verdad que lo siento —repetía una y otra vez.

—Ya está, Risse, no ha pasado nada.

—¿Que no ha pasado? ¿Te has mirado en el espejo?

—Créeme, me duele todo lo suficiente como para saber qué pinta tengo. —Se rio con pereza, después se fue hasta el sofá y se dejó caer, ahogando un quejido.

—Vamos, Risse, los chicos te están esperando —insistí. Ella me guio hasta su habitación.

La seguí con una punzada en el corazón. En el fondo, me dolía que ya tuviera allí su propio espacio y yo ni tan siquiera hubiera conocido la casa de Kendall hasta ahora. Mi amiga sacó una bolsa de deporte con ropa para mí y una peluca que imitaba mi pelo actual. Se la colocó mientras yo me desvestía y le daba mi ropa. Se quitó la suya y la metió dentro de una bolsa de tela, que se colocó a la espalda. Tuve que ajustar el vestido con unos imperdibles, ya que Risse estaba mucho más delgada. Cuando terminé, se cubrió con el grueso abrigo de pelo.

Yo me solté el cabello y me coloqué un suéter largo, que me llegaba hasta la mitad de los muslos, unas medias de invierno y unos botines. Una vez listas,

salimos al salón y Kendall parpadeó varias veces sin entender nada.

—Nos vemos pronto —se despidió Risse y salió de la casa, donde Jason seguía de pie esperándola. El coche arrancó una vez estuvieron dentro y se perdieron calle abajo.

Kendall me miró alucinado y yo suspiré.

La tensión y la incomodidad que había entre ambos era insoportable. Algo se había roto el día que vine a por el móvil y ahora mirarle era sentirme de muchas formas distintas a la vez. Y, aunque Risse me lo había contado todo y había comprobado que era la verdad, seguía sintiéndome traicionada. Él estaba lleno de moretones y cortes, y aun así conservaba ese magnetismo y esa presencia intimidante y atractiva. Lo suficientemente sensual para que, a pesar de estar tan enfadada, quisiera besarle cada una de esas heridas. Se inclinó un poco hacia mí, encendiéndose un cigarro.

—¿Qué es eso de marido?

Parpadeé más de lo debido y al final solté el aire de golpe.

—De todo lo que ha pasado, ¿es eso lo primero que preguntas?

Se encogió de hombros, expulsando el humo con pereza. Desvió la mirada al suelo y su voz fue apenas un susurro cuando habló:

—Por algún sitio hay que empezar…

Parecía más derrotado que nunca, y no era por la agresión que había sufrido allí; no le vi así de destrozado en presencia de mi padre ni de los matones, era por mí.

¿Pero cómo retomar la cercanía cuando me sentía tan sucia por culpa de lo que le había hecho mi familia? Y no sabía ni la mitad. No podíamos seguir así, no podía seguir mirando a ese hombre sin conocer todos los secretos que ocultaba, ya que estaban directamente relacionados con mi apellido. Me aclaré la voz y, apretando los puños, lo miré con decisión.

—No quiero más secretos entre los dos —dije, él levantó la mirada—. Jamás. Sea lo que sea. Me da igual lo jodido, turbio o retorcido que haya sido, quiero toda la verdad.

—Bien.

—Y quiero saber tu pasado con mi padre. Todo, sin edulcorar, sin omitir nada.

Kendall cerró los ojos con fuerza, apretando los labios.

—Anya…, eso es…

—Necesito saberlo —dije con la respiración cada vez más escasa—. Necesito saber qué te hizo.

«Para entender cuánto odias a mi familia. Para intentar comprender cómo puedes quererme a mí», pensé. Kendall apagó el cigarro y se recostó

ligeramente, volviendo a apretar los dientes al sentir el dolor.

—De acuerdo —susurró—. Pero siéntate, va para largo.

63

LAS TINIEBLAS DE MI PASADO

Kendall

Hacía tiempo que ya no recordaba a mis padres, ni su voz, ni tan siquiera su aspecto. Un día, cuando tenía ocho años, no vinieron a recogerme al colegio. Aleks le pidió a su cuidadora que me dejara ir con ellos a casa. Después de que el señor Korolov fuera a ver si les había ocurrido algo a mis padres, escuché una conversación con su mujer en la que decía que la casa se encontraba vacía. No había nadie, estaba todo revuelto y el coche había desaparecido. Temiéndose lo peor, me acogieron temporalmente e intentaron averiguar el paradero de mis padres, sin resultados. Los Korolov estaban ya en trámites de separación, así que solo aguantaron bajo el mismo techo dos semanas más hasta que fue obvio que mis padres no iban a volver.

Isay me explicó que había usado todos sus recursos para averiguar si estaban en el hospital o en algún sitio peor. Pero no había rastro de ellos, se habían esfumado, dejándome olvidado atrás. Eso abrió una herida terrible en mi pequeño cuerpo, la del abandono. No ser digno de estar junto a nadie, porque, si mis propios padres no me querían, ¿quién lo iba a hacer?

La madre de Anya propuso llevarme a los servicios sociales, pero Isay vio algo en mí. No lloré cuando pasó todo esto, no me derrumbé. Sencillamente, de alguna forma retorcida, asumí que era lo que me merecía. Quizá me había portado fatal tantas veces que era lo que me había ganado. Eso fue lo entendió mi cabeza infantil. Isay me adoptó como tutor y me llevó a la Guarida. No era el mejor lugar para un crío, pero los primeros años allí fueron ideales. Me consentía lo que quería, volvía del colegio siempre con mi mejor amigo y lo veía en comidas y cenas. Era idílico, hasta que cumplí diez años y empezaron a mandarme recados.

Me usaban de mensajero y luego me compensaban con una paga. El dinero, para un niño tan pequeño, era un incentivo increíble. Me dieron un teléfono móvil cuando nadie tenía y todo eso hizo que me sintiera importante. Así que hacía todos los trabajos que Isay o Ilya me mandaban. En uno de ellos, me

robaron la mercancía y me dieron una paliza en el proceso. Ahí fue cuando descubrí que lo que transportaba era valioso y peligroso a partes iguales.

Pero lo que esos dos hombres vieron fue que aguanté una paliza de unos adultos, que pude volver por mi propio pie y que en lugar de lágrimas había ira. Así que decidieron entrenarme, forjar esa arma que estaba escondida en mi pequeño cuerpo, para hacerme letal.

Y lo consiguieron.

A los catorce años me obligaron a darle una paliza de muerte a uno de los secuaces que tenían a su cargo, como yo, que les había robado. Me mandaron romperle los dedos y después cortárselos si no quería decir dónde la había escondido. Me negué y me torturaron por llevarles la contraria. Aprendí por las malas que no podía contrariarlos en nada de lo que me dijeran si no quería que el castigo empeorara cada vez más. Los había visto cortar manos, orejas y otras partes del cuerpo a los que desobedecían, a los que metían la pata con algún encargo o las narices donde no debían.

Se acabaron los miramientos y consentirme. Solo me premiaban cuando hacía una misión bien y mis tardes de juego fueron sustituidas por duros entrenamientos. El dolor, el agotamiento y la sangre pasaron a ser lo que veían mis ojos a diario. Ese mismo año ya peleaba y me defendía mucho mejor que muchos de los adultos que trabajaban para Isay. Sabía usar armas blancas con soltura y disparar sin errar un solo tiro, incluso en movimiento.

El terror era mi día a día y aprendí a vivir en alerta. Hasta que me convertí en lo más peligroso que había en las manos de la Bratva y dejé de tener miedo. Me resigné a verme como el monstruo en el que me habían convertido, lo asimilé, igual que comprendí que siempre estaría solo.

Por supuesto, los trabajos que me mandaban empezaron a ser más y más retorcidos. Me llevaban a reuniones y trámites serios. Lugares donde un chaval de quince años no debería estar. Y a esa edad yo ya había probado toda la mercancía con la que trabajábamos. Como decían ellos: había que saber vender.

A los dieciséis ya había roto muchos huesos, peleado indecibles veces y perdido mi virginidad con una tía mayor que yo. Nada estaba acorde a mi edad. Dejé de recordar el rostro de mis padres, olvidé lo que era ser feliz o sentirme bien con algo. Solo me satisfacía meterme cualquier mierda o follar. Así que era lo único que hacía cuando no estaba estudiando o repartiendo hostias.

Tenía dieciocho cuando maté a alguien por primera vez, fue el día que casi apuñalaron al señor Korolov en una de las reuniones con la triada que salió peor que mal. Recibí una estocada de una navaja en la espalda por proteger el cuerpo de mi patrón, que más tarde cubrí con tatuajes. Me giré hacia el

asaltante y por primera vez usé la pistola que llevaba desde hacía años en el cinturón. Apunté desde un ángulo bajo y le volé los sesos.

Cuando la tensión pasó y estuve a solas en mi habitación, vomité y me permití derrumbarme. Lloré desconsoladamente al darme cuenta de que había terminado de perder la poca inocencia que me quedaba. Y que había sido nada más y nada menos que para salvar al hombre que me había convertido en el ser desalmado que me devolvía el reflejo. Desde entonces, matar tampoco fue algo a lo que soliera recurrir, pero a lo que me vi obligado a hacer en más de una ocasión por las circunstancias. Y, después de romperme del todo, eso tampoco me afectaba ya.

Isay estaba totalmente pagado conmigo porque era eficiente, frío y calculador y no dejaba cabos sueltos si sabía que eso nos podía salpicar. La Guarida era el único lugar que podía considerar mi hogar, por lo que lo defendía con fiereza.

Poco después de eso, a los diecinueve años, Aleks me acorraló y me besó. No pude reaccionar, pero, después de decirme que me quería, algo se rompió en mi interior. Era la primera vez que me lo decían y me aferré a eso como a un clavo ardiendo. Sin darme cuenta de que no le correspondía, de que estaba tan falto de cariño y de algo bueno que me lancé hacia allí de cabeza, sin pensar.

El día del aeropuerto teníamos veintiuno. Sentí por primera vez cómo alguien me necesitaba sin impurezas, cómo Anya se aferraba a mí buscando protección. Y, después de muchos años de no percibir el latido de mi corazón, noté calidez en mi interior y cómo se sembraba algo maravilloso que ni yo mismo comprendí. Al principio fue algo fraternal, no empecé a darme cuenta de que quizá había algo más hasta hace poco.

Aun así, no podía sacarme sus ojos de la cabeza. La veía en todos lados, cerraba los ojos para dormir y su imagen seguía ahí, escuchaba su risa distraída, sentía todavía la calidez de sus manos sostener las mías. Y, aunque yo me las mirase y las viera teñidas de sangre, a pesar de que me sentía presa en un pozo de brea y oscuridad, ella era una luz al final del túnel.

Creía que no podía hacer nada bueno por nadie hasta que apareció Jason. Él terminó de desgarrar ese pequeño agujero de luz que los ojos de Anya abrieron en mi corazón. El muy capullo le pegó un tirón a esa tela de bruma y se coló en mi vida. Me hizo ver que lo podía salvar, ayudar a ser mejor, y que mis manos podían hacer algo más que hacer daño. Se convirtió en mi sombra y me sacó las primeras sonrisas sinceras en años. No recordaba cómo era reírse a carcajadas hasta que Jason lo consiguió. Por eso, cuando me salvó del coche en llamas, supe que mi vida ya no me pertenecía. Que mi corazón estaba

encadenado a Anya y a Jason para siempre.

El primer año que Aleksej volvió para vernos, todavía dudaba, pero no volví a tocarle, por mucho que él lo intentase. Al final, el segundo año lo rechacé definitivamente. Empecé a sentir algo real por Anya, aunque no quisiera reconocerlo, cuatro años después de la marcha de Aleks, cuando tuve el accidente. Al año siguiente, una vez desintoxicado gracias a la ayuda de Jason, me planté en la Guarida y le dije a Isay Korolov que dejaba la Bratva para siempre.

Tenía veintiséis por entonces. Isay me examinó con detenimiento, sus ojos fríos me leyeron el alma. Sabía lo que les hacían a los que habían llegado tan alto y de repente se querían largar. Los consideraba desertores y posibles traidores, los trataba como seres débiles que no merecían salir de esas puertas. Pero él me veía con Anya en las cenas de su cumpleaños, nos veíamos todas las navidades. Sabía que ensayábamos en casa de su mujer todas las semanas y que la pequeña no se despegaba del grupo y que, incluso cuando nos marchamos de allí para tener nuestro propio local de ensayo, venía con nosotros constantemente.

Quizá eso fue lo que le hizo concederme una oportunidad cuando la decisión obvia habría sido pedirle a Ilya que me disparase. Así que me dijo que, si vencía una última vez y salía por mi cuenta, me dejaría marcharme tranquilo sin consecuencias. Siempre y cuando mantuviera la boca cerrada y siguiera cuidando de Anya.

64

MI SALIDA DEL INFIERNO

Kendall

Ese mismo día fui a mi habitación, recogí las pocas cosas que tenía en una mochila y salí, dispuesto a marcharme. Cuando el ascensor me dejó en la planta baja, suspiré resignado. Todos los matones que Isay e Ilya habían podido mandar a por mí se encontraban esparcidos por el pasillo principal. Todavía me quedaban varias salas y corredores que recorrer hasta la salida, así que sabía que tendría que abrirme camino a hostias.

Me coloqué la mochila bien para poder moverme con libertad y me arremangué los puños de la camisa. Siempre llevaba un par de puños americanos en los bolsillos traseros del pantalón, así que, colocándomelos, esperé los primeros golpes.

Perdí la cuenta de cuántos tíos se lanzaron a por mí, de uno en uno, de dos en dos. Me golpearon menos veces de las que yo les di a ellos. Dejé inconscientes o con huesos rotos a todos los que pude mientras en mi cabeza solo había una determinación: era mi último derramamiento de sangre, lo último sucio que tendría que hacer para ganarme el cielo, para ganarme la paz interior suficiente para, simplemente, estar al lado de Anya y Jason.

No pedía más. No necesitaba más. Solo estar a su lado disfrutando de su inocencia, de sus risas distraídas, de una vida normal.

Golpe tras golpe, más heridas se acumulaban sobre mí, más cuerpos dejaba tras mis pasos. Y al fin, cuando abrí las puertas principales de la Guarida, el sol del amanecer me golpeó el rostro, cegándome ligeramente.

Jason estaba esperándome. No era más que un chiquillo de dieciséis años todavía, pero ya estaba empezando a pegar el estirón para hacerse el hombre que era a día de hoy. Caminé hacia él, tropezándome con mis propios pies, y a un metro de llegar a su lado me fallaron las piernas y caí. Pero Jason me interceptó, me abrazó y cayó de rodillas conmigo al suelo.

—Lo has conseguido, tío —me dijo, temblando—. Ya eres libre.

Después de aquello, como Jason vivía con sus padres, me llevó con el único

que sabíamos que tenía casa propia por aquel entonces. Riley abrió la puerta. Estaba recién despierto, pero al enfocar la vista nos miró aterrado y nos dejó pasar. No insistió cuando preguntó qué había pasado y ninguno contestamos.

—Necesito quedarme contigo unos días —pedí. Aunque no era algo que se me diera especialmente bien, la realidad era que no podía moverme.

—El tiempo que necesites, tío. Mi casa es tu casa.

No tenía coche, ni trabajo, ni dinero. Ni siquiera una cuenta bancaria, y había destrozado mi móvil antes de dejar la Guarida. Tenía que empezar de cero y el único que sabía algo más de mi vida, quitando a Jason, era Riley.

Él nos había pillado un día antes de un ensayo, a Aleks y a mí, metiéndonos mano. A diferencia de nosotros, a él solo le interesaban los tíos y salió del armario ese día con nosotros. Nos pidió que no se lo dijéramos a nadie más, y mucho menos a Ozzy. Más tarde me enteré de que era porque estaba enamorado de él y quería ser él quien se abriera de esa forma. Así que, si alguien entendía sobre secretos que guardar bajo llave, ese era el guitarrista de nuestro grupo.

No sabía si Riley seguiría confiando en mí si le contaba qué tipo de persona era, si le daría miedo y me echaría. No quería comprobarlo, fue la primera vez que sentí miedo de verdad. Algo en mi interior apreciaba demasiado su confianza como para jugarme perderle o que la Bratva lo calificara como posible objetivo y lo matasen por mi culpa.

Miré a Jason y supe que solo él podría quererme a su lado por quien realmente era. Él había encontrado en alguna que otra ocasión mis manos manchadas de sangre, mi cuerpo cortado por armas blancas, las heridas de bala que me esforzaba por disimular tatuando mi cuerpo una y otra vez. Incluso alguna vez me había cambiado los vendajes. No sabía cómo ese chaval, que un día tembló frente a mí porque le metí una bronca por llevarse mal con Anya, tenía los huevos suficientes para aguantar toda aquella información a medias, sin preguntar. Y no es porque fuera idiota, el tío era muchísimo más inteligente de lo que dejaba ver.

Creo que ese tiempo conmigo rompió algo en su interior, en su inocencia, y reforzó otras cosas. Se volvió tan fiel, leal y fiero que a veces me veía reflejado en él. Solo que jamás se salió de la luz, era un guardián cargado de bondad inagotable. De alguna forma sentía que no me lo merecía, pero que a la vez no podía dejarle ir. No había nadie en el mundo que me viera con los ojos de Jason, y deseaba que Anya lo hiciera. Sin contar a Kova, ella estaba metida en el mundo de la mafia y me había visto sin filtros ni fisuras; de hecho, muchas de esas cicatrices que tenía eran culpa suya. Y, aunque años más tarde terminó siendo una gran amiga, ella me esperaba en la oscuridad del mundo del cual

trataba de alejarme.

Pero el mismo miedo que sentí al pensar en decírselo a Riley se apoderaba de cada parte de mi ser cuando me planteaba contárselo a Anya. El terror creció exponencialmente con los años, se volvió poderoso en mi interior conforme la paz y la vida cotidiana comenzaron a ser mi día a día. Ya no había dolor, no había tensión.

Solo risas, amigos, tranquilidad.

Me quité todo lo malo de mi vida, descarté a la misma vez que las drogas el sexo vacío y carente de sentido. Me centré en mis pasiones: la música y mis amigos.

Y casi me olvidé de quién había sido, hasta la llamada de atención de Ilya ese mismo año.

***

Cuando terminé de revelarle a Anya con todo lujo de detalles las cosas que había tenido que enfrentar durante mi vida allí, la vi temblar, con el rostro desencajado, perpleja y abrumada.

Fui consciente de que había terminado de abrir una brecha irreparable entre ambos. Que no podría recuperarla de ninguna forma. Ella se alejaba de mí mientras que yo seguía pegado a esa brea y esa oscuridad del mundo que me había visto crecer.

65

NECESITARTE

Dylan

Cuando Risse entró en el coche, Noah nos llevó al hotel que Jason se había encargado de reservar a su nombre. Al parecer, solía ir allí cuando quería intimidad, ya que todavía vivía con sus padres.

Allí, con todos en silencio, intentando procesar las vivencias de esa noche, fui consciente de que éramos unos putos críos metidos en algo demasiado gordo. Y no sabía cómo habíamos podido salir de allí prácticamente intactos. Tenía los nudillos en carne viva y sangraban. Me dolían las manos y los brazos de los golpes que había dado con toda mi rabia. Y estaba seguro de que me saldría algún moretón donde me habían conseguido golpear. Aun así, los maquillajes de Anya habían aguantado y su plan seguía saliendo bien.

Al llegar, seguimos fingiendo. No sabíamos si nos estaban siguiendo, pero Anya garantizó que sería así. Noah aparcó el coche en la calle y se despidió de nosotros con una inclinación. Jason y yo escoltamos a Risse, vestida como Anya, dentro del hotel. Previamente, Jason había traído ropa para cambiarnos. Así que me fui directo a la ducha. Me quité las extensiones y la barba postiza. Después, bajo el agua, me froté el pelo todo lo fuerte que pude. Tuve que repetirlo varias veces para quitar el tinte.

Cuando salí, Risse estaba sentada en la cama con el móvil.

—Noah dice que lo han seguido. —El corazón se me paró—. Dice que ha visto a unos amigos meterse en una discoteca y que ha entrado ahí para cambiarse. Al parecer, ha metido toda la ropa del chofer en la basura del garito. —A diferencia de nosotros, Noah llevaba debajo del traje de chaqueta su ropa normal—. Dice que ha salido de allí hablando con esos colegas que ya iban bastante pasados de rosca. Ha fingido estar borracho y ahora va con todos de camino para los pisos de estudiantes. —Solté el aire, aliviado—. Al parecer, el tío que lo seguía se quedó en la puerta de la discoteca.

—Joder, pues parece haber funcionado —se asombró Jason, sonriendo ampliamente—. Habrá que pagar ese traje, pero merece la pena si él ha salido

de allí intacto.

—Yo me voy a marchar —anuncié.

—Vale, tío. —Jason, todavía con el maquillaje y el pelo negro, me miró de arriba abajo y después me abrazó, dándome unas sonoras palmadas en la espalda. Me sorprendió, no parecía alguien que diera muchos abrazos—. Me alegra que hayas venido hoy, no quería que nadie más se metiera en este fregado, pero… no habría podido yo solo.

Le sonreí de vuelta cuando nos separamos.

—Esto ha salido bien porque hemos hecho equipo y porque Anya es una gran estratega. Supongo que su padre tendrá más piedad que de normal por tratarse de ella —comenté distraído—. Pero nosotros no habríamos tenido la misma suerte si no hubiéramos cooperado.

—Cierto. —Jason amplió su sonrisa—. Lo dicho, me alegra poder llamaros amigos. Habéis ayudado a las dos personas más importantes de mi vida y no hay nada que pueda pagar lo que siento ahora mismo.

—No necesito nada, ni Noah —respondí rápidamente—. No hemos hecho esto para pedir nada, Anya es importante para todos, la queremos de verdad. Esta es nuestra forma de demostrarlo.

—¿Creéis que podrán arreglarlo? —murmuró Risse, abrazada a una almohada. Los dos la miramos.

—Más les vale —gruñó Jason.

***

Despidiéndome de ellos, con los nudillos vendados y ocultos tras unos guantes, salí del edificio sin miedo a que se me viera la cara. La idea era que no se reconociera ni el porte ni nada relacionado con mi aspecto anterior, así que llevaba una ropa lo más acorde a mi edad posible. Converse, pantalones rotos, camiseta de baloncesto enorme y una chaqueta deportiva.

El corazón me iba a mil por hora por la adrenalina de todo lo vivido y tenía muy claro lo que necesitaba. Así que, aunque me moría de ganas de correr de camino a casa, caminé a paso rápido, pero sin esprintar, para no llamar la atención de nadie indeseado.

***

Cuando el ascensor paró en la planta de las habitaciones, corrí literalmente hasta la puerta de Noah y llamé varias veces. Abrió con el rostro surcado por la sorpresa.

—Dylan —susurró, y me miró de arriba abajo.

—¿Estás solo? —pregunté, entrando y soltando la chaqueta en un mueble de la entrada.

—Sí —respondió cerrando.

—Bien, porque no aguanto más.

Me giré hacia él, lo cogí de las caderas para atraerlo hacia mí y estampé mi boca contra la suya. Noah gimió, pero me abrazó con fuerza, devolviéndome el beso. Las carantoñas se alargaron, pero a ninguno pareció importarle, no daba la sensación de que él quisiera parar y yo lo necesitaba.

Necesitaba tenerlo todo lo cerca posible y me quemaba no notar más, no tener más de él. Me aparté para coger aire, para darle un respiro a nuestros labios.

Noah me cogió de la cara mientras que yo mantuve los ojos cerrados, respirando con dificultad.

—¿Qué ha pasado? ¿De verdad estás bien? —insistió.

—Sí, es solo que… —Apoyé la frente en su cuello y él me acarició el rostro —. Ha sido tanta tensión. Realmente ha sido una locura de peligroso y no haberme podido despedir de ti bien, entrar ahí sin saber si pasaría algo… —Se me cortó la respiración, Noah apretó más su abrazo—. He sido más agresivo en unas horas de lo que puedo sumar en toda mi vida, Noah. Algunos han caído redondos, inconscientes y…, y lo peor es que no me arrepiento. Si no hubiera hecho eso, no sé, de verdad que no sé…

—Shhh, ya está, tranquilo. —Me apartó para besarme la frente y las mejillas y me obligó a mirarlo—. Has sido condenadamente valiente y estoy muy orgulloso de ti.

Sentí que un nudo se me cerraba en la garganta.

—Cuando Risse ha dicho que te estaban siguiendo…, he sentido que algo me quemaba por dentro. —Le apreté las manos en las caderas, acercándolo más a mí. Lo sentí duro contra mi vientre—. Me han dado ganas de ir allí y seguir haciendo daño, Noah. No he soportado pensar que estabas en peligro.

—Estoy bien —susurró con la voz entrecortada. Buscó mis labios con los suyos, dándome besos cortos y cargados de ternura—. ¿Quieres dormir aquí hoy? Pareces alterado, podemos poner una peli y…

—No quiero películas ni dormir —gruñí.

Comenzó a respirar más rápido, parecía querer acercarse más, sentirme más, pero ya estábamos todo lo pegados que nos permitían nuestros cuerpos. Estábamos hablando rostro con rostro.

—¿Qué…, qué quieres hacer?

—Quiero tenerte, necesito más —rogué.

A él se le entrecortó la respiración. Deslicé las manos hasta su trasero y lo agarré con fuerza, haciendo que soltara un gemido entrecortado. Lo interrumpí besándole con pasión, con un hambre que la adrenalina había despertado de forma salvaje. La habitación de Noah estaba integrada en el salón, que había convertido en una sala de entrenamiento privada. Así que lo fui empujando hacia allí hasta que sus piernas chocaron contra el borde de la cama y dejé que cayera.

Me quité la sudadera y la camiseta de un tirón, él me miraba con los ojos vidriosos y los labios rosados, ligeramente irritados por los besos. Lo miré fijamente mientras me desnudaba delante de él, y poco a poco se le fueron perlando las mejillas.

Tragó saliva cuando me incliné sobre él como vine al mundo y duro como una piedra. Le cogí de la camiseta y se la quité. Después fui hacia los pantalones, Noah me ayudó levantando las caderas. Se los arrebaté y los lancé a un lado, contemplando a mi amigo tirado sobre la cama.

—Dios…, esto, esto no… —comenzó él completamente descolocado. Me volví a inclinar sobre él, situándome entre sus piernas y haciéndole abrirlas para mí.

—Nadie tiene por qué saberlo, no te preocupes —le susurré al oído—. Te dije que te daría tiempo para procesarlo de cara a los demás, no que no fuera a querer nada contigo.

—Pero… —Al recostarme sobre él, nuestras erecciones se rozaron y gimió —. ¿Por qué quieres…?

Entendía su confusión. Yo solo había estado con mujeres y el día que me dijo lo que sentía por mí, únicamente le había dado mi aprobación y mi comprensión. Pero no le había correspondido como tocaba. Deslicé una mano por uno de sus muslos, levantados para dejarme mayor ángulo. Cogí de la mesita de noche un bote de lubricante, sabía que lo tenía ahí porque el muy bocazas me lo contaba todo, incluidas cosas innecesarias. Deslicé mis dedos llenos de lubricante hasta encontrar su entrada y comencé a jugar con la zona. Noah gemía, y yo quería escucharle, así que le besé en el cuello, en la mandíbula. Sin dejar de frotarme contra él, sin dejar de masajear la zona.

—Oh, joder, Dylan…

—Siempre te he necesitado, Noah —le susurré al oído—. Siempre has sido mi salvación, mi ancla, mi lugar seguro. —Él se encogió al escucharme tan cerca, como si mi voz retumbara en su corazón—. Y me he ido dando cuenta de que te necesito todavía más cerca, quiero más de ti, todo lo que me puedas dar.

—¿Lo que te pueda dar? —respondió entre jadeos. Gimió alto y fuerte

cuando su cuerpo cedió al dedo que le introduje poco a poco. Sus manos se agarraron con fuerza a mi espalda—. Hace tiempo que te di todo, Dylan. Ya sabes que estoy enamorado de ti. Me tienes entero.

—¿Entero? —repetí, besándole con toda la ternura de la que fui capaz de reunir. Aun así, al ver esa cara de ángel retorcerse de placer, me sentí un demonio corrompiéndolo—. ¿Puedo?

Noah adivinó lo que decía, ya parecía más que estimulado y yo quería dar un paso más. Él me miró a los ojos y asintió, tragando saliva. Sentí una conexión diferente en ese intercambio de miradas. Y, sin despegar sus ojos de los míos, me eché lubricante en la punta, me coloqué e hice presión, poco a poco, para dejar que se fuera adaptando a mí. Jadeó y gimió, cogiéndose a mis brazos. Y, cuando al fin estuve al completo, él soltó un suspiro rasgado. Me incliné sobre él y, después de besarle una vez más, lo confesé.

—Te amo con todas mis fuerzas, Noah.

—¿Qué?

Sonreí de medio lado, entrando y saliendo de nuevo, él se retorció en mis brazos.

—Me has oído perfectamente —gruñí, retorciéndome de placer. Estaba tan prieto que pensaba que estallaría antes de poder disfrutar del momento.

—V-voy…, voy a necesitar… —Lo embestí con fuerza y gritó—. Oh, joder. Una prueba por escrito. Por si estoy delirando.

—La tendrás —aseguré—. Ahora déjame follarte, idiota.

—Sí, señor —jadeó.

***

Una hora después nos encontrábamos tapados con la manta, uno tirado al lado del otro. Noah me miraba los nudillos, vendados y, aun así, con notables surcos de sangre. Las heridas se me habían abierto al agarrarme con fuerza a la cama para embestirlo, pero no me había importado.

Él se quedó acariciando los vendajes, como si pudiera sanarme. Yo seguía alterado y no sabía si podía dormir con todo lo que había pasado en esas últimas veinticuatro horas, pero tampoco veía necesario sacar ningún tema de conversación, con él muchas veces era así y lo agradecía. Sus ojos verdes encontraron los míos y sonrió ligeramente.

—¿Lo que has dicho iba en serio?

—¿Lo de follarte? Sí, mucho. ¿No lo he demostrado?

—Ah, de sobra —murmuró sonrojado—. Aunque no me importaría repetir.

Yo reí ligeramente, acercándome.

—Cuando quieras. —Le pasé la nariz por la suya, en un gesto cariñoso, como lo que había hecho él en la casa rural, y pareció derretirse—. Claro que te quiero. Significas mucho para mí. Y me he dado cuenta de que era más, era mucho más de lo que jamás pude pensar.

—Dylan…

—Sé que tú quizá necesites más tiempo, por tu familia. De verdad que no me importa mantenerlo en secreto. —Lo miré para que viera que mis palabras iban en serio—. Pero no porque me avergüence ni porque no quiera decirlo. Solo por respetar tus tiempos, Noah. Por mí, saldría ahora a la ventana y lo gritaría.

—Ay, Dios, no. —Se tapó la cara con las manos—. Luego soy yo el que da vergüenza ajena.

—En algún momento teníamos que cambiar papeles. —Me reí y eso le arrancó a él también una risa perezosa—. ¿De verdad ha sido tu primera vez?

Noah asintió.

—Sé que la tuya no, pero no me importa.

—Bueno, has sido mi primer hombre —admití—. Y el último. —Me miró apretando los labios—. Porque espero que me permitas estar contigo muchos años.

—¿De verdad?

—Tan verdad como que estoy duro y listo para otra ronda. —Apreté mis caderas contra las suyas. Sonrió ampliamente.

—Con esas propuestas, quizá me vea obligado a retenerte el resto de nuestra vida.

—Genial. —Lo besé en los abdominales y lo miré con picardía—. Espero que lo que me metas ahora en la boca no sea un helado. —Y soltó una carcajada que me vibró hasta en los huesos.

66

ACEPTARME

Kendall

—¿Cómo puedes querer estar cerca de mí? —consiguió susurrar Anya sin parar de temblar—. Mi familia te ha hecho cosas horribles, no te ayudaron, solo te han…, te han… —Cerró los ojos para coger aire, intentando no llorar. Yo apreté los puños, sintiendo cómo poco a poco se alejaba de mí—. Seguro que te recuerdo cosas horribles, yo no sé…, no sé cómo hacer para que…

Se le escapó un amago de sollozo y lo reprimió llevándose una mano a la boca. Quería acercarme a ella, abrazarla, consolarla. Pero me sentía sucio al haberle confesado toda mi verdad: que había traficado con drogas, que había follado en público para alardear que era más hombre que los demás, que había torturado y matado gente. Ya le había advertido que no era solo un malote tatuado, era alguien realmente cuestionable.

Había sido culpa mía no abrirme con ella antes de intimar más, antes de hacer que se enamorase de mí. Porque esa mirada destrozada que tenía ahora solo era culpa mía y no me sentía capaz de tocarla y atraerla más a mi oscuridad.

—Tú eres lo único bueno de esa familia, no me has hecho nada malo, jamás. Y tampoco me recuerdas a ellos —murmuré para dejarle claro cómo la veía—. Todo lo que se me viene a la cabeza cuando pienso en ti es bueno: las ganas de ser mejor, la esperanza de que incluso alguien como yo pueda redimirse. Tú me miras como si fuera alguien a quien se puede llegar a querer a pesar de todo.

—Es que lo eres, eres alguien increíble y mereces ser feliz —sollozó, temblando aún—. Eres la persona más valiente y luchadora que he conocido. Eres un superviviente e hiciste todo lo que tenías que hacer para estar aquí ahora. Hiciste lo que pudiste con los recursos que tenías.

—Sigo haciendo lo que puedo —susurré. Hubo unos minutos de silencio.

Me levanté para acercarme a ella y me sorprendió que se levantase de golpe, mirándome con los ojos muy abiertos. Sentí que algo se destrozaba en mi

interior, quizá mi corazón no lo pudiese soportar más. Ese rechazo fue lo peor que había experimentado hasta el momento. Ella se llevó las manos al pecho, desviando la mirada.

—No puedo entender cómo sigues queriendo tocarme, aunque digas que no es culpa mía, que yo he sido lo que te ha hecho ser mejor. —Su voz se entrecortó—. Han sido mi padre y mi hermano quienes te han forzado a hacer cosas. Mi padre te ha hecho matar a gente, Kendall. —Se rompió del todo.

Era lógico que no quisiera que nadie como yo la tocase. Cualquier persona normal habría salido corriendo, ya era todo un logro estar hablando con ella. Anya comenzó a respirar con dificultad y yo di un paso hacia atrás para darle más espacio.

—El plan tiene que seguir, no puedo irme —confesó, como si no tuviera otra opción. Cerré los ojos, dolido—. Así que, con tu permiso, usaré la habitación de Risse por hoy. Mañana me iré.

Y, dicho aquello, terminó de separarse de mi lado. Sabía que esto pasaría, lo había sabido desde el principio y no había querido dar el paso. Me había mantenido en la seguridad de esa felicidad que había llegado a tocar, fingiendo que ella jamás tendría por qué saber a qué se dedicaba su padre, ignorando que pudiera llegar a enterarse de mi pasado. Cuando me besó en ese escobero, supe que estaba perdido si continuaba, fui consciente de que debía de haberle dicho la verdad ahí. Cortar todo contacto y que hubiera tomado la decisión de alejarse entonces. Dylan la habría recibido con los brazos abiertos, no habría estado sola.

Pero ahora tenía que asumir, en una habitación que no era suya, en la misma casa que esa persona y sin sus amigos, que se había enamorado de un hombre sin alma.

La voz de Kova resonó en mi cabeza y la sacudí con fuerza para intentar ignorarla.

67

YO TE CUIDO

Anya

Me despertó una sensación de incomodidad, como si hubiera una interferencia, algo que me molestara lo suficiente como para sacarme del sueño.

No había podido cerrar los ojos hasta que todos me confirmaron que estaban a salvo. Los últimos en abandonar el hotel serían Risse y Jason, que dejarían la habitación al día siguiente, como haría cualquier pareja joven que ha pasado la noche.

Entonces escuché los gruñidos y después los gritos. Salí del cuarto hacia la habitación de enfrente. Sin llamar, abrí la puerta de golpe y vi a Kendall sentado en la cama, resoplando. Estaba sin camiseta, con varios vendajes y unos moretones que se estaban empezando a formar en sus costillas y pecho. Apreté los labios al verle, pero me acerqué a él sin dudar.

—Lo siento, lo siento —repetía él—. Estoy bien.

—No, no lo estás. —Me senté a su lado—. Pero no pasa nada. No tenemos por qué estar bien siempre.

—Hacía tiempo que no me pasaba tan fuerte —rugió, pasándose una mano por el pelo.

Todo lo que había pasado estos días más la conversación conmigo tendría una gran parte de culpa de que sus traumas salieran a la luz. Me sentía terriblemente mal, culpable de haberle removido cosas que lo perturbaban. Quería alejarme de él para no hacerle más daño, pero ya no sabía qué era mejor. Había visto su expresión atormentada cuando me había apartado después de contarme todo, había sido como golpearle en el corazón. Sentía que, si me mantenía cerca de él, mi familia seguiría haciéndole daño. Irían a por él una y otra vez, arrastrándole a ese mundo irremediablemente. Yo no podía cambiar la sangre que me unía a ese apellido, pero él había logrado salir luchando. Podía permanecer retirado.

Pero yo empezaba a comprender que, por mucho que desease que él fuera

feliz, era demasiado egoísta como para no retenerlo a mi lado. Porque en el fondo lo que más deseaba era volver a estar piel con piel. No sabía en qué tipo de persona me convertía saber todo lo que había hecho ese hombre, de lo que era capaz de provocar con las mismas manos con las que me acariciaba como si fuera cristal y, aun así, seguir deseándolo de esa forma tan intensa. Me empezaba a dar cuenta, viéndolo tan derrotado, de que no me importaba asumir que yo había entrado por la puerta grande en el mundo de la Bratva. Todo me daba igual si podía seguir junto a él.

Solo lo veía a él.

—¿Quieres que me quede? —pregunté.

Él me miró consternado, sentí la duda en su mirada. Lógico, quise razonar, pero el corazón me dolió. Cuando iba a marcharme, me cogió de la muñeca.

—No quiero darte pena, no quiero que hagas nada para consolarme. Ni porque te sientas responsable. —Tras soltarme, me giré para enfrentarlo. Estaba serio y tenso—. No necesito piedad. Esto me lo he buscado yo solo. Pero quiero que tengas claro lo que eres para mí. Eres mi todo, Anya. Lo único bueno que he tenido entre mis brazos.

—¿A pesar de lo que mi familia te ha hecho? ¿Aunque puedan volver a usar nuestra relación para que vuelvas?

—Todo me merecerá la pena si se trata de ti.

Intercambiamos una mirada llena de tensión; al final, suspiré pesadamente. Y le hice un gesto.

—Hazme sitio.

—Anya.

—De momento eres mi marido. ¿Vas a dejarme sitio en tu cama o voy a pedir el divorcio? —espeté, más seria de lo que pretendía.

Kendall se tensó, como si lo hubiera golpeado. Y, para mi sorpresa, se apartó rápidamente, me colé en la cama y me tumbé. Él se recostó a mi lado, pero sin tocarme.

—No quiero que pienses que te tengo lástima —susurré. La duda surcó su rostro—. Tampoco te tengo miedo, Kendall. No era miedo lo que tenía antes cuando me aparté, no quería ser parte de lo que te ha estado torturando toda la vida. Es solo que… quiero que me dejes cuidarte, igual que tú siempre has estado ahí para mí —confesé.

—Lo siento —volvió a decir él—. No estoy acostumbrado… Es posible…, es muy probable que me cueste. Que veas que me incomoda.

—Me he dado cuenta. —Me deslicé por la cama hacia él, hasta cogerle de la mano, y comencé a jugar con sus dedos, siguiendo las líneas trazadas en su piel —. Parece que la amenaza del divorcio funciona mejor de lo que había

esperado.

—No quiero problemas con mi esposa —bromeó, y el peso de mi corazón se aligeró al escuchar que volvía a un tono más normal conmigo. Sonreí ligeramente—. ¿De verdad quieres estar aquí conmigo? Incluso después de lo que te he contado que…

—Sí —susurré. Acerqué sus dedos a mis labios y los besé, él pareció sacudirse—. Todo lo que he hecho hoy no ha sido porque pensase que te lo debía por las cosas que te hizo mi familia… Lo he hecho porque te quiero. Por encima de todo lo demás. Te ayudaré con esa mochila, Kendall, ya no tendrás que cargarla solo. —Apretó los labios sin dejar de mirarme—. Si me dejas.

Estirando los brazos en un gesto tan rápido que me sacó el aire de los pulmones, me abrazó, acunándome.

—Joder —resopló, y me dio la sensación de que estaba llorando—. No me lo merezco, no me merezco todo esto. Pero, si me lo ofreces, si de verdad quieres quedarte conmigo, haré todo lo posible por sentirme merecedor de tu cariño, Anya. Pelearé para ser digno. Para estar a la altura.

Me separé para cogerle el rostro. Un par de lágrimas le corrían por las mejillas. Y, aunque todavía algo en mi interior me gritaba que le haría daño, decidí quedarme con lo bueno. Decidí apartar el resquemor y los sentimientos agriados y soplar el fuego titubeante de mi corazón. Lo alimenté con cada línea de su rostro, con cada tono de verde mezclado con marrón de sus ojos. Y saboreé sus labios cuando los junté con los míos.

—Ya eres más que digno. No tienes que pelear más. —Lo volví a besar y me devolvió el beso—. Has peleado lo suficiente toda tu vida. Ahora solo quiero que seas feliz.

—Contigo entre mis brazos, lo soy —confesó, y mi corazón echó a volar de nuevo.

—Pues quédate así.

Volvimos a perdernos en besos, en caricias. Y estas supieron a gloria y a victoria. Fueron pausadas, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, como si nos estuviéramos descubriendo por primera vez. Y quizá en cierto modo así era. Él había visto la parte más fría de mi ser. Yo había escuchado su turbia historia por primera vez.

Y ahora cada pasada de su lengua me sabía a una intimidad mucho más compleja, unida a un sentimiento de reconocimiento tan fuerte e intenso que me costó recordar dónde estaba y lo que me envolvía.

Me separé de él y, sentándome un momento, me arrebaté la camiseta. Conformé me tumbé, él se colocó encima de mí. Atrapó uno de mis pechos con su amplia mano, me colmó el otro de besos, de lametones y ligeros

mordiscos. Me hizo ver estrellas en poco tiempo, llevándome al extremo de sentir unas palpitaciones casi insoportables en mi bajo vientre.

Volvió a subir para expresarme con esos besos lo que sentía, todo lo que era para él. Y de verdad que no hacían falta más palabras, la devoción que le profesaba era innegable. Le acariciaba la cara y el pelo y, cuando se apartó para coger aire, lo vi casi suplicante.

—¿Esto contaría como confirmar nuestro matrimonio? —preguntó para mi sorpresa.

No pude evitar romper a reír, todavía había un deje cansado y triste.

—¿Es eso lo quieres? ¿Que lo dejemos así?

—Ser romántico no es lo mío, no he hecho una pedida de mano en condiciones. Aunque tu padre ya nos ha dado sus bendiciones —comentó. Disimuladamente, comenzó a acariciar mi vientre hasta que encontró la goma de las medias—. Pero puedo hincar la rodilla, para poner algo de mi parte, ya que tú has hecho todo lo demás.

—¿Oh? —dije mientras veía cómo se levantaba y se arrodillaba en el suelo, a los pies de la cama. En un tirón cariñoso, me llevó hasta el borde del colchón. Me arrebató la ropa que me sobraba y colocó mis piernas sobre sus hombros. La respiración se me cortó—. Kendall…

Cogió una púa de dedo, que usaba de vez en cuando, que estaba junto a su instrumento tirado en el suelo, y me la ofreció mientras se colocaba entre mis piernas con cariño.

—Anya, ¿quieres que sigamos casados un poco más? —preguntó con la cara pegada a uno de mis muslos desnudos.

—S-sí —gemí.

Deslicé el dedo por la púa como si fuera un anillo y me lo llevé a los labios. Me sonrió ampliamente, de esa forma gloriosa que había mostrado los días de la casa rural, y después metió la cabeza entre mis piernas. Me arrancó gritos de placer hasta que llegué.

Volvió a subirse en la cama. Cogiéndome de las caderas, me dio un tirón hacia arriba para colocarme en el centro. Se tumbó encima, encajando sus caderas con las mías y conectando nuestros cuerpos al nivel que nos faltaba. Porque a estas alturas yo ya sentía hasta nuestras almas fundidas en una sola.

Esta vez fue lento y pausado. Cogió con sus amplias manos las mías, colocándolas sobre mi cabeza y entrelazando nuestros dedos. Entre besos y movimientos de cadera, nos fundimos en uno solo. Y, cuando nos deshicimos en los gritos del placer final, supe que definitivamente era el amor de mi vida. Y que el último paso de mi plan tenía que realizarse, sí o sí, porque él se lo merecía. Kendall tenía que tener lo mejor que pudiera darle el mundo y, si

alguien pensaba arrebatárselo, tendría que vérselas con mi furia.

Necesitaba hacerle feliz del todo, asegurarme de que el hombre poderoso y fiero que descansaba a mi lado tenía lo que mi familia le había robado un día. Creía haberle devuelto a la libertad, el amor que siempre había merecido, y ahora solo me quedaba una última cuestión para poder mirarle con orgullo a los ojos.

68

NOCHEVIEJA

Kendall

Cuando me desperté al día siguiente, Anya no estaba. El lado de la cama donde se había quedado dormida estaba ya frío, así que llevaba tiempo solo.

No tenía móvil y, después de varios días desaparecido, imaginaba que tampoco tendría trabajo. Me dolía el cuerpo horrores, aun así, me obligué a ir a la cocina para desayunar algo, pues no recordaba la última vez que había comido. Al entrar en la cocina, aprecié cierto olor a comida hecha y se me hizo la boca agua.

En mitad de la isleta de la cocina, había un plato a rebosar de huevos revueltos, beicon y varias tostadas. Y también una nota.

—Primera prueba de que cuido de mi maridín. —Me reí en un suspiro—. Avisaré a Jason para que te traiga otro teléfono, he visto que el tuyo está roto. Quédate descansando y cuidándote las heridas. Estaré unos días ocupada, pero prometo que valdrá la pena. Te quiero.

Los ojos se me quedaron clavados en esas dos palabras que releía todo el rato junto a «maridín», como si me hubieran hipnotizado. Y, cuando al fin conseguí soltar la nota y me senté a comer, me di cuenta de que no había dejado de sonreír como un imbécil.

***

Tal y como había prometido, Jason apareció esa misma tarde con un teléfono nuevo. Estuvo contándome su parte de lo que había ocurrido estos días atrás. Él, que era todo energía y potencia, también parecía agotado. Habían sido muchas emociones juntas y muy intensas.

Me puse a configurar el teléfono y lo primero que hice fue instalar el WhatsApp para poder hablar con Anya y le escribí «Yo también te quiero» en contestación a la nota de esa mañana. Después instalé el resto de aplicaciones y las redes sociales. Tristemente, lo primero que vi fue un vídeo que había

compartido Aleks sobre un concierto honorífico para él en nuestra ciudad, donde presentarían nuevas canciones que había compuesto para su nuevo disco.

Jason lo escuchó y lo miré totalmente incrédulo de que realmente fuera a llevar su plan hasta el final.

—Lo sabemos —afirmó—. Lo vimos antes de ir a por ti.

—Hijo de la grandísima puta. —Me froté la cara, dejando el teléfono sobre la mesa—. En fin, era de esperar que siguiese con su idea. No espera que haga nada para detenerle, él ya tiene la fama. Yo sigo a ras de suelo.

Jason desvió la vista, estaba recostado en el sofá con los brazos cruzados y apreció que sonrió de medio lado. Algo se había endurecido en su rostro, no sabía si se debía a las vivencias de los últimos días, pero tenía un aire mucho más maduro a pesar de su rostro colmado de pecas. Se había dejado crecer algo de barba y debía admitir que le daba un aspecto terriblemente apuesto y rudo. Se levantó de un brinco y me señaló.

—Voy a cuidarte, pedazo de mamón huraño. Vete pensando una película porque voy a comprar comida para varios días. —Miró el móvil—. Exactamente, para tres. Y, entonces, tú y yo vamos a seguir las indicaciones de la jefa.

—¿La jefa?

—Sí. —Volvió a ponerse serio y, colocándose la chaqueta, me miró con un deje nostálgico en la mirada—. Creo que ya no podré llamar «enana» a Anya nunca más.

Tal y como prometió el tirano irlandés, no despegó su culo de mi casa desde entonces. Cabe decir que Risse volvió con él y montones de bolsas de la compra esa misma tarde. Y que tuve que aguantar el sexo no permitido en mis leyes del hogar durante esos días.

—Lo he intentado —me dijo Risse cuando se lo reproché con una mirada fulminante—. Pero es que es muy insistente.

***

Anya me escribió, pero no me llamó ni vino a verme y, si insistía en salir, un pelirrojo gigante se plantaba en medio de la puerta. Así que no me quedó más remedio que guardar reposo, hasta la tarde del tercer día, que me obligaron a vestirme.

—Nos vamos a celebrar la Nochevieja. ¡Ponte guapo, por tu estampa! —me gritó Jason.

—No quiero salir —gruñí.

—¿Ahora no quieres irte? Hace dos días casi tuve que atarte a la cama.

—Bueno, pues ahora no quiero.

—¿Ni siquiera si allí va a estar Anya esperándote?

Me quedé mirándole con la vista fija y me levanté de un brinco para ir directo a la ducha. Al cabo de una hora, aproximadamente, Ozzy y Riley nos estaban recogiendo. Hacía mucho que no nos íbamos los cuatro solos a ningún sitio y, la verdad, después de todo lo vivido, fue más que agradable.

La sangre se me heló en las venas cuando bajé del coche y vi a dónde me habían llevado esos cabrones.

—¿El estadio donde se celebra el concierto de Aleks? ¿Me estáis vacilando? —les grité.

—Kendall, amigo, confía en nosotros —dijo Ozzy en ese tono sereno que usaba siempre. Sus ojos de puro ónice se me clavaron en el alma—. Lo de hoy merecerá la pena.

—Joder, no me lo puedo creer. —Me giré hacia Jason, cuya sonrisa era amplia y brillante—. ¿Anya estará aquí?

—Ajá, vamos, nos están esperando —confirmó.

Los seguí hacia la parte trasera del recinto, sin comprender nada cuando nos saltamos la desmedida cola para acceder al pabellón. Por la puerta de personal, vi a varios seguratas cacheando a gente. Cuando llegamos allí, Jason sacó el teléfono e hizo una llamada.

—Tío, estamos aquí.

Al poco, una cabeza rubia y unos ojos verdes se asomaron con una sonrisa por la puerta.

—¡Estoy aquí! —Miró al segurata y le dio unas palmaditas en el brazo—. Son ellos, Denisse.

—Perfecto, señor Roberts. —El de seguridad nos colocó unos pases vips en la mano a cada uno y Noah le entregó unas entradas—. ¿Firmadas y todo? No sabe cómo lo agradezco, mi hijo se volverá loco.

—¡Cuando quieras, Denisse, tú solo llámame!

—¿Nos acaban de colar? —pregunté colocándome el pase totalmente alucinado.

—Noah tiene muchos contactos —se rio Jason.

—¡Kendall rey, cómo me alegro de verte otra vez! Veo que te curas rápido. —Se acercó a mí brillando como el puto sol.

—Sí, eso dicen —respondí con una sonrisa que no me llegó a los ojos—. Gracias…, bueno, por todo.

—No se merecen. —Me guiñó un ojo.

Atravesamos pasillos y pasillos hasta llegar a una puerta más, con varios

gorilas enormes. Noah se acercó a ellos como si esa fuera su casa. Los dos hombres lo saludaron con una sonrisa, nos cachearon como una medida necesaria, pero después nos permitieron pasar. Estábamos en unos palcos vips, con asientos incluidos, justo frente al escenario.

Desvié la vista hacia arriba y vi la cantidad de gente que había ya, más la que todavía estaba por llegar. Unos metros más atrás de los asientos vips, había una valla con un gran despliegue de seguridad, donde comenzaba el público a pie. Después, las gradas de los laterales del campo crecían hacia el cielo, llenándose de gente progresivamente mientras los iban dejando pasar. Todavía quedaban dos horas para el inicio del concierto.

Al llegar a los asientos, vi que allí estaba Leah, hablando con Risse, Maya y Dylan. Nos habían colocado una mesa y un servicio de *catering* estaba empezando a traer bebida y comida. Todos se levantaron para abrazarme, incluido Dylan.

—Habría preferido darte un puñetazo, pero Noah me ha hecho prometer que sería un abrazo —me dijo al oído. Cuando se separó, me dedicó una sonrisa burlona—. Enhorabuena, por cierto.

—¿Por?

—Por conseguir seguir casado con mi amiga. —Noah le dio un codazo de advertencia—. ¿Qué? Solo espero que lo hayan formalizado en condiciones.

—¿Qué son buenas condiciones para ti, *pitcher*? —inquirió de forma burlona Jason, sentándose al lado de Risse.

—Hincando rodilla y con anillo, ¿no? —dijo. Se escucharon varios suspiros. Un par de risas cortas—. ¿Qué? —preguntó mirando a todos. Noah se lo comía con los ojos.

—Eres demasiado bonito —le dijo el *catcher*.

Dylan se sonrojó.

—No, no es, no sé. Mira, que os jodan. —Parecía una tetera a punto de estallar.

Pero estaba de acuerdo con Dylan. Mi hincada de rodilla, aunque fue gloriosa, no había sido la oficial. Llevaba días planeando qué hacerle a Anya. Quería algo a la altura de lo que había hecho por mí. ¿Pero qué podía estarlo?

—Anya vendrá un poco más tarde —me dijo Riley antes de que pudiera preguntar lo evidente.

Así que, resignado, me senté entre mis amigos mientras seguían trayendo más y más comida. Cenamos entre risas y copas. Cuando el concierto comenzó varias horas después y los componentes del grupo aparecieron entre ovaciones y *flashes*, me percaté de cómo Dylan se tensaba, pero Noah le cogía la mano con fuerza, susurrándole algo al oído.

La mirada que le dedicó el *pitcher* me lo dijo todo, y en el fondo no me sorprendía. Noah seguía comiéndoselo con los ojos. Algo había cambiado entre ambos, pero tampoco había mucha diferencia a lo que habían tenido antes. Simplemente, era mucho más estrecho, más intenso. Me recordó a lo que me había pasado a mí con Anya. Tomé nota mental de felicitarlos también por lo suyo, o al menos al gilipollas de ojos azules que continuaba fulminándome con la mirada de vez en cuando.

Lo que no me esperé fue que Aleks me encontrase entre tantísima gente. Se tensó al completo, casi vi cómo palidecía al verme allí, entre los que habían sido sus amigos y en la zona vip. Así que, cuando sonreí poco a poco y lo amenacé con la mirada, me sentí poderoso al comprobar cómo se esforzaba por no mirarme. Y más me gustó cuando se equivocó un par de veces al entrar a la canción. Como buen profesional lo supo arreglar, claro, pero yo me di cuenta, al igual que sus compañeros.

El concierto transcurrió con normalidad. Hicieron la parada para el paripé de las campanadas. Y, en cuanto gritamos «feliz año nuevo», el grupo se retiró un momento. Noah besó a Dylan y salió disparado hacia las bambalinas. Los seguratas lo dejaron pasar.

El *pitcher* se quedó rígido y rojo como un tomate. Algunos lo habían visto, pero nadie dijo nada, tampoco yo. Me limité a guiñarle un ojo y a dedicarle una sonrisa cómplice.

El inicio de la segunda parte del concierto se retrasaba. Algunos de los organizadores parecían inquietos, hablando por los pinganillos. Así que, cuando vi aparecer en el escenario a una figura menuda de pelo largo marrón y ondulado y un vestido estilo *idol* japonés, todo en color marfil, mi corazón se estrelló contra el suelo.

—¡Hola a todos! —gritó ella, y el estadio rugió.

69

TUS CANCIONES

Anya

Después de las campanadas esperé a mi hermano en el camerino, sentada en su silla. Le daba vueltas a la púa, que llevaba todavía en el dedo, tal y como si fuera un anillo de pedida.

Aleks entró y se quedó petrificado al verme.

—Hola, hermanito —dije con una sonrisa breve y forzada—. Que desconsiderado por tu parte no invitarme a este pedazo de evento… Hasta hace poco nos querías siempre contigo en los conciertos para vernos en primera fila.

—Quizá eso fue hasta que decidiste empezar a follarte a mi mejor amigo, hermanita —escupió con asco. Caminó hacia un lado de la sala y se encendió un cigarro mientras se servía una copa—. ¿Cómo has entrado aquí?

Me encogí de hombros.

—Me he colado.

—Ya, y una mierda —gruñó—. ¿Te ha dejado entrar papá?

—Ah, no, él no sabe que he venido. —Sonreí en una mueca afilada—. ¿Y tú, has hablado con él hace poco?

Se quedó helado en el sitio, la copa tembló ligeramente. Sus ojos claros buscaron algo en los míos, algo que no encontró o, por el contrario, que le respondió desde el interior de ellos y le hizo temblar.

—¿Qué quieres?

—Quiero que, ya que todo el mundo va a disfrutar de las canciones de Kendall, digas que son de él.

Aleks estalló en una carcajada larga y tensa que me crispó cada célula del cuerpo. Definitivamente, no sabía qué había hecho Nueva York con ese hermano al que quería, pero ya no estaba ahí. Ahora mismo, solo había un cascarón vacío de lo que un día fue la sangre de mi sangre.

—Muy graciosa, enana, muy graciosa. —Se quitó unas lágrimas que le habían saltado de tanto reírse.

Yo no me había reído. Chasqueé la lengua y me levanté de la silla.

—Solo vas a tener esta oportunidad para hacerlo por las buenas, Aleks.

Me miró y, después de beber, sin despegar los ojos de mí y con la mayor cara de asco que le había visto poner, preguntó:

—¿O si no qué?

No respondí. Le sonreí ampliamente y abrí la puerta del camerino. Hice una llamada, confirmando lo que esperaba, que era obviamente que no cediera.

—¡Anya! —gritó, siguiéndome—. ¡Anya, ven aquí!

Entre bambalinas, justo detrás del escenario, estaba ya esperándome Lewis, el hermano más mayor de Noah, con el maletín de cuero negro y su traje de chaqueta, rodeado de varios guardias de seguridad, que no estaban ahí para sacarlo a rastras, sino para escoltarlo. Los otros tres miembros del grupo de Aleks hablaban con él. Era tan rubio como su hermano, con los ojos del mismo color y ese increíble atractivo inmaculado de ser de luz, solo que con doce años más encima.

—Anya, querida, ya los he puesto al día de la situación —me explicó.

—Fantástico, Lewis, muchísimas gracias.

Él, de forma cordial, inclinó ligeramente la cabeza en mi dirección. Aleks, que había seguido mis pasos, iracundo, se frenó de golpe. Miró a los otros hombres y comprobó que todos estaban pálidos, leyendo unos papeles.

—Oh, disculpe, señor Korolov. —Chasqueó la lengua, fingiendo un descuido—. Señor Standford, aquí tiene su copia.

—¿Qué es esto? —Aleks cogió la hoja, temblando.

—La demanda que les llegará conforme termine el concierto por parte de mis representados, claro. —Lewis se cuadró frente a él, alto y elegante—. Los señores Hunt han requerido de mis servicios por motivos legales. Kendall registró las obras que ustedes han puesto hace no mucho bajo el sello de su grupo y, como bien sabrá, es una flagrante violación de sus derechos legales. Yo propuse demandar directamente, pero en consideración con usted, ya que es el hermano de la señora Hunt, hemos preferido darles una última oportunidad.

—Tío, la cifra es una salvajada —contestó el cantante del grupo. Lewis lo fulminó con la mirada.

—Sí, es lo que les tocará desembolsar por todos los cargos de los que les acusaremos, lo tienen en el anexo dos, bien desglosado y especificado. —Se volvió a girar hacia mi hermano, que apenas si podía leer los folios de lo que le temblaban las manos—. Sin embargo, la cantidad por comprar los derechos de las canciones del señor Hunt es más que considerable.

—¿Considerable? Esto tiene demasiados ceros… —dijo el guitarrista

llevándose las manos a la cabeza.

—¿Quieren que volvamos a sacar números rápidamente sobre lo que sé que se llevarán de beneficio tras este concierto? ¿Y sobre los próximos discos que venderán?

—No, tío, no hace falta volver a eso —renegó el guitarrista.

—¿Anya Hunt? ¿En serio? —espetó Aleks, arrugando su hoja en el puño.

—Sí —afirmé con el mentón alzado—. A papá le ha parecido genial, pero no esperes una gran celebración, no nos van esas historias.

Mi hermano parecía una tetera a punto de empezar a hervir.

—¿Cómo has podido hacerme esto?

—¿Yo? —Quería gritarle, quería abofetear esa cara hasta dejarle las mejillas en sangre pura, pero me obligué a mantener la mente fría—. ¿Cómo has podido tú faltarle al respeto de esa forma a tu mejor amigo? ¿A alguien que comparte el mismo sueño que tú?

—¡Kendall tiene la vida jodida desde pequeño! —me gritó—. ¿Le has dicho a tu amigo abogado a qué se dedicaba? ¿Eh? ¿Sabe que tiene un historial más largo que la gran muralla china en la Policía?

Todos miraron a Lewis con un ligero brillo de esperanza en la mirada.

—Señor Standford, mi cliente tiene un historial impecable, yo mismo he revisado que todo esté en perfectas condiciones antes de redactar nada. Así que, antes de lanzar otra acusación de ese calibre, le ruego que piense… o tendré que añadir otra cláusula a la demanda por difamación.

La cara de mi hermano se descompuso ante la rabia, yo sonreí ampliamente.

—Está bien, tío, firmaremos el acuerdo —dijo el cantante y posible líder de la banda, por cómo todos lo miraron a él sin pronunciar palabra. Aleks gruñó una maldición.

Se acercaron a una mesa y todos estamparon sus firmas donde Lewis les indicó. Se quedaron una copia ellos y otra él. Cogí un micro y entonces Aleks se quedó boquiabierto una vez más.

—¿Qué crees que haces?

—Asegurarme de que se hace realidad desde esta misma noche. —Y salí al escenario. Casi me caigo muerta cuando la multitud, convertida en una masa uniforme de gente, me recibió con ovaciones. Desvié la vista hacia donde sabía que estaban mis amigos y vi cómo Kendall se quedaba de piedra. Le guiñé un ojo y volví a mirar hacia la masa de gente—. ¡Hola a todos! —cuando los gritos de emoción remitieron un poco, volví a hablar sin perder la sonrisa—. Seguro que estaréis pensando «¿quién es esa chica y dónde están nuestros músicos?». —Me forcé a sonreír llena de ternura—. ¡Pues soy la orgullosa

hermana pequeña de vuestro batería!

Esas palabras dolían, sí, pero todo formaba parte de un plan. Miles de ojos me miraban, decenas de cámaras de televisión me enfocaban. Ellos podían llegar a jugárnosla si todo se quedaba en un papel, pero no, el mundo sabría desde el minuto uno de este nuevo año que las canciones por las que iban a gritar, por las que iban a soñar de ahora en adelante, eran las de Kendall. Sería mucho más difícil desmentir algo cuando todo el mundo lo sabía desde antes de oírlas. Así que el plan era este, para que quedase constancia públicamente, para que se guardara en la memoria de toda la ciudad.

—No os robaré mucho tiempo, pero solo quería agradeceros a todos el amor que le tenéis a mi hermano y al magnífico grupo que ya es como una familia para él. Empezar así el año es un sueño hecho realidad, y… —me giré hacia la entrada a bambalinas, donde el grupo me miraba con la cara desencajada— quiero mandarle un especial agradecimiento a mi querido hermano. Cuando se marchó de aquí, se fue en busca de un sueño, pero uno que no era solo de él, sino de su mejor amigo. —Desvié la mirada hacia Kendall y vi cómo daba un paso hacia mí. Dylan le cogió del brazo, pidiéndole un minuto más—. Y os preguntareis: ¿De qué está hablando? Pues mi hermano ha querido celebrar este aniversario, este comienzo de año y este lanzamiento del nuevo disco dedicándoselo a su mayor influencia en el mundo de la música, a aquel que le dio alas y ¡el compositor de las canciones que vais a escuchar hoy! ¡Sí, él ha adquirido los derechos de las canciones de cuando eran unos adolescentes en un garaje soñando con ser grandes estrellas! ¡Y hoy os las va a presentar al mundo, a vosotros, con todo el cariño que le tiene a su profesión! —La gente estalló en vítores, los *flashes* no dejaban de apuntarme una y otra vez, en un estallido de luz que pensé que me cegaría—. Gracias por hacer feliz a mi marido dándoles cuerpo a esas partituras, querido hermano.

Aleks estaba al borde de un estallido de ira oficial mientras el público no dejaba de gritar. Kendall se liberó del agarre de Dylan y corrió hacia las escaleras que ascendían al escenario. Alguien lo vio y comenzaron a gritar, emocionados. Los de seguridad, que sabían quién era porque Noah los había avisado, le dejaron pasar.

—¡Aquí tenéis a Kendall Hunt, el genio compositor de estas nuevas canciones y muchas más que vendrán en el futuro! —grité señalándolo.

Él no miró ni una sola vez al público que le aclamaba. Corrió por el inmenso escenario, me cogió por la cintura y me levantó mientras me besaba. Yo solté el micro y le agarré de los hombros, devolviéndole el beso. Y ahora sí que parecía que el estadio iba a derrumbarse de tanta emoción. Cuando se separó de mí, tenía los ojos vidriosos y una sonrisa que no le cabía en el rostro.

—Joder, Anya, ¿puedes dejar de lucirte? A este paso no sé qué voy a hacer para la pedida oficial —susurró.

—¿No los miras? Toda esa gente te está gritando a ti.

—Toda esa gente me da igual, solo tengo ojos para ti.

Me levantó todavía más y enrosqué las piernas en su cintura. Con una mano me despedí del público y Kendall me sacó de allí para dejar libre el escenario al grupo.

Pensé que me llevaría lejos, que querría desaparecer de esa zona y volver con nuestros amigos, pero me bajó de su regazo y me pidió que le dijera dónde estaba el camerino de Aleks. Le llevé hasta allí y entonces cerró la puerta y sonrió con picardía.

—Vamos a mancillar un poquito este lugar.

Y volvió a besarme como si no hubiera un mañana. Me reclamó con la fiereza y la pasión de las primeras veces que nos habíamos besado, casi no podía seguir su ritmo. Me cogió del culo y me levantó, enrosqué las piernas en sus caderas mientras me estampaba contra el tocador del camerino. Gemí en sus labios y noté cómo se quitaba el cinturón. Me separé lo justo para verlo poner una sonrisa fiera.

—¿Qué haces?

—Torturarte un pelín —gruñó, y en un gesto rápido me pasó el cinturón por las muñecas y lo levantó por encima de mi cabeza, haciendo que pegara un grito de sorpresa cuando me dejó atada a una percha que había justo al lado del espejo—. Me has tenido varios días sin saber nada de ti, sin poder tener más de ti. Y ahora haces esto… Joder, Anya…

—¿Me he ganado un castigo? —gemí, sorprendida pero excitada ante ese juego.

No solo nos podían pillar en cualquier momento, sino que encima me tenía atada. Madre mía. No sabía qué me bombeaba más rápido, si el corazón o el clítoris, pero los dos reaccionaron igual cuando él me arrancó las medias sin piedad y me miró mordiéndose un labio.

—Joder si te lo has ganado —respondió—. Te voy a hacer gritar tanto que se te oirá por encima de la música.

Ay, por Dios.

Kendall se hundió entre mis piernas y se deshizo en lamerme. Había sido así también cuando me pidió que siguiéramos casados, pero esta situación me estaba haciendo llegar al límite. Ahí, sentada sobre el tocador de mi hermano, comenzó a meterme los dedos mientras me hacía llegar al orgasmo con la lengua. En cuanto lo alcancé, se incorporó y me giró sin soltar mi amarre. Quedé totalmente tirada sobre la mesa, con el culo en pompa hacia él. Usó

ambas manos para levantarme ligeramente las caderas y la metió de una. Ambos soltamos una exclamación ante la sensación.

Primero me reclamó de forma pasional y casi descompasada y después, recomponiéndose, meció las caderas de esa forma con la que se arqueaba para llegar directamente a mi punto clave. Sentí que las oleadas del orgasmo se apoderaban de mí mientras sus caderas golpeaban las mías, que se clavaban en la mesa. Las cosas comenzaron a caerse ante los golpes, rodando por la madera hasta precipitarse al suelo. El espejó también se descolgó.

—Hostia —espetó él—. ¿Estás bien?

—No si paras —gruñí, perdiendo las olas de mi orgasmo.

—Perdón. —Se incorporó para besarme el cuello y la oreja, metió la mano entre mis muslos y me acarició el haz de nervios para volver a meterla y sacarla de esa forma deliciosa—. Lo arreglaré.

—¿El espejo? —gemí.

—No, tu orgasmo perdido —dijo sin parar—. El camerino me la suda, cuanto más destrozado quede mejor.

Comencé a gemir de forma desesperada, agarrándome al cinturón que me tenía presa las muñecas.

—N-no te corras todavía, espera —rogué entre jadeos.

—¿Me estás torturando tú ahora a mí? Pensaba que esa correa había dejado clara la posición —gruñó, parando a regañadientes.

—Suéltame, por favor —rogué. Él me mordió la oreja como queja—. Yo también quiero romper cosas.

Y entonces desplegó una sonrisa pícara. Primero soltó el anclaje a la percha, después liberó mis muñecas. Con las caderas rojas por haber sido empotrada contra la mesa, pero las piernas flojas por los orgasmos, le arrebaté el cinturón y se lo coloqué a él, apresando ahora sus manos.

Me subí a la mesa y lo atraje hasta que tuve que guiar la cabeza de su pene hacia mi entrada. Kendall gimió en mis labios, pasando los brazos anudados por mi espalda.

—Llévame hasta el sofá —ordené.

Me levantó, llevando las manos hasta mis caderas. Gimió cuando comencé a moverme, despacio pero tentador.

—Joder, Anya —rugió, perdiendo el equilibrio. Y trastabilló hacia un lado de la pared, girando para recibir él el golpe en la espalda. En el proceso tiramos un perchero, un biombo y varios pósteres en marcos plastificados.

Yo no dejé de cabalgarlo, él gemía hipnotizado.

—Que me lleves al sofá, vamos —volví a decir.

—Me vas a matar —jadeó entre risas.

Seguía moviéndome, sentía cómo él parecía ponerse todavía más duro, como si aquello le estuviera llevando a un estado de excitación increíble. Se separó de la pared con las piernas temblando, sin dejar de jadear ni yo de gemir. Le mordí el cuello y noté cómo se estremecía. Consiguió llevarme hasta el sofá y entonces le pedí que fuera él quien se sentase. Lo hizo y, cuando caí encima y entró hasta el fondo, los dos gemimos a la vez extasiados.

—Me cago en todo… Anya —exclamó, embriagado de placer y diversión —. Te quiero tantísimo, eres perfecta.

Levanté sus manos atadas por encima de su cabeza, apretando la correa con una mano, con la otra me sujetaba a su pecho para moverme mejor y, entonces, hice eso que parecía volverle loco. Comencé a girar mis caderas en círculos cuando bajaba, la sacaba del todo y volvía a bajar repitiendo el gesto. Tiró la cabeza hacia atrás sin dejar de jadear y le mordisqueé el cuello.

—Yo también te quiero —murmuré.

Las oleadas de un nuevo orgasmo me alcanzaron. Supe que eso estaba terminando con su aguante y juntos comenzamos a movernos de forma más salvaje, más profunda, hasta que grité echando la cabeza hacia atrás y él imitó mi gesto. Cuando me sentí llena y satisfecha, le solté el agarre de su cinturón y lo primero que hizo fue llevar sus manos a mi rostro. Me acarició las mejillas, sonriendo ampliamente, en esa expresión que deseaba ver cada minuto de cada día de mi vida.

—Quédate conmigo desde ya, Anya, por favor —rogó—. Necesito tenerte todos los días a mi lado.

—¿Todos los días? —pregunté.

—A todas horas —confirmó.

Y solo pude devolverle la sonrisa.

70

NO HAY FINALES FELICES SIN PERDICES

Kendall

Unos meses después.

—Que nadie me pellizque —dije—. Quiero seguir soñando.

Anya fue la primera que se rio con dulzura y tiró de mi mano para que entrase en mi nuevo trabajo.

Con el pastizal que cobré por los derechos de las canciones que Aleks me había intentado robar, decidí montar una academia de música, ya que en esa zona no había ninguna. Estaba cerca del instituto y de las universidades y sabíamos que tendría buena salida.

Era un local amplio y bonito, decorado con unas fotos increíbles de los Iron Wings por todas las zonas comunes. Tanto Risse como Anya habían estado al pie del cañón ayudándome con el diseño. Después del éxito de mis canciones tocadas por el grupo de Aleks, más grupos estancados en sus carreras me llamaron para comprar los derechos de futuras piezas y darles un aire distinto y fresco a sus grupos. Así que me puse manos a la obra y, después de muchos años sin componer para nadie más que para mis amigos, empecé a trabajar de eso.

La pequeña fortuna había ido creciendo y la inversión más lógica no solo había sido comprar ese local, sino también reformar mi casa para darle un lavado de cara a aquella carcasa que se caía a pedazos, e incluso ampliarla con vistas de futuro. Lo decidimos todo entre Anya y yo, pues, después del concierto y de follar en el camerino de Aleks, le pedí que se viniera a vivir conmigo.

Risse se quedó con el piso de estudiante de Anya, para que siguiera teniendo intimidad y un techo bajo el que descansar en condiciones.

Maya, que había querido cambiar el trabajo de noches por algo más estable, habló conmigo para ayudarme con la gestión y la organización de la academia.

Jamás se me ocurrió que terminaría haciendo algo así, que mi vida daría un

giro de ciento ochenta grados de la noche a la mañana. Cuando más oscuro lo había visto todo, Anya había rescatado mi maltrecha alma de la oscuridad. Y si tenía todo esto a día de hoy había sido gracias a ella.

Bueno, y a ese grupo de descerebrados que llamaba amigos. Todos estaban allí, incluidos Dylan y Noah. Alucinaban con la calidad de las fotos, con la luz que irradiaba todo el local, con las aulas insonorizadas.

Y, al fondo del local, una inmensa sala de ensayo con sofás, neveras y todo un surtido de instrumentos nuevos.

—Esto es un regalo para el grupo —anuncié—. Ya no tendremos que pagar más salas de ensayo.

—¡Brutal! ¡Mira qué pedazo batería! —gritó Jason, histérico. Corrió a sentarse en su nuevo asiento—. ¡AAAAAAAH! ¡Tíoooo! ¡Que te como la cara!

Soltamos una carcajada al verle disfrutar como un crío enorme. Ozzy me abrazó con fuerza, al igual que Riley.

—Nos alegramos mucho, Kendall, de corazón —dijo Riley. Su pareja asintió, felices por cómo había terminado todo a pesar de no saber ni la mitad, ya solo por la parte de Aleks y las canciones parecían compartir la victoria al completo.

—Gracias, tíos. —Vi cómo se juntaban con Jason. Leah y Maya caminaron también hacia el fondo de la sala de ensayo con Risse—. Noah, no sé qué hacer para darte las gracias por todo, tu hermano no ha querido cobrarnos.

—Ah, y como lo haga le parto las piernas. No, no, esto corre por mi cuenta. —Sonreía ampliamente—. Tomadlo como un regalo de bodas. Boda no boda. Bueno, ya sabéis.

—Sí. —Me reí, miré a Anya, que hablaba de algo con Dylan, y entonces se giró hacia nosotros.

—Porque todavía seguís oficialmente casados, ¿no? ¿O lo habéis anulado para la pedida en condiciones? —inquirió Dylan.

—Tío… —insistió Noah.

—No, a ver, es un tema serio. Como haga una pedida en condiciones y no esté yo presente, me voy a coger un buen berrinche —aseguró. Me llevé una mano a la cara, ligeramente avergonzado.

—Esa frase suena más a algo que diría Noah, la verdad. —Anya se rio. Dylan se encogió de hombros.

—Creo que paso demasiado tiempo con él.

—Hablando de tiempo, tenemos que salir ya si queremos llegar —dijo Noah mirando el móvil.

—¿Tenéis que iros a algún sitio? —les preguntó Anya.

—Ah, sí, hoy es mi cumpleaños —comentó Noah. Se llevó una mano a la

nuca, notablemente nervioso—. Vamos a ir a casa de mis padres y…, y les voy a presentar a Dylan. Otra vez, quiero decir.

—Se refiere a presentarme como pareja —resolvió él después de poner los ojos en blanco.

Noah pareció quedarse de piedra y después se empezó a poner todo rojo. Risse gritó al fondo de la sala y corrió como una exhalación hasta ellos. Se lanzó como un monete sobre el *catcher*, que no se cayó al suelo porque Dylan lo sostuvo.

—¡¿Qué me estáis diciendo?! ¿Es oficial? —les gritó.

—Es oficial —confirmó Dylan con una amplia sonrisa.

—Quítamela, tío, que me mata —le pidió. Risse le besuqueó toda la cara en una miríada de besos y después se bajó para subirse igual sobre Dylan y repetir el gesto.

Y no pudimos evitar reír de forma tierna ante su reacción.

—Bueno, pues entonces tendrá que ser ahora —murmuré, mirando a Anya. Ella se quedó de piedra. Todos callaron. Risse fue a gritar, pero Dylan le tapó la boca con la mano cuando me vio apoyar la rodilla en el suelo—. No sé si eres consciente de hasta qué punto me has salvado la vida. Tantas veces y de tantas formas diferentes que no sabría por dónde empezar la lista. Puede que digas que yo he sido el que te ha cuidado todos estos años, pero tú me mantienes atado a este mundo sin percatarte de ello. Y, desde que me dijiste que me querías, lo has demostrado con una fuerza que no deja de abrumarme. No sé cómo igualar nada de lo que hiciste por mí ni de todas esas muestras de amor tan inmensas y por las cuales estoy aquí ahora arrodillado. En esta ilusión hecha realidad, con los amigos más increíbles que podía pedir y con la mujer de mis sueños a mi lado. Pero prometo demostrarte lo importante que eres para mí todos los días de mi vida de ahora en adelante. Anya Hunt, ¿quieres seguir casada conmigo?

Ella sonreía ampliamente y las lágrimas le caían de los ojos cuando asintió. En mis manos tenía una caja de joyería con un anillo de oro con la forma de la púa de dedo, como la que le regalé hacía unos meses y que se había negado a quitarse durante mucho tiempo. Aun así, la teníamos guardada en casa, en una vitrina.

—Sí quiero —respondió ella, cogiendo el anillo y colocándoselo. Su piedra era blanca, yo tenía un anillo gemelo, en plata y con una piedra negra. Se lo enseñé y me besó con ternura—. Todos los días.

—A todas horas —respondí en sus labios. Y entonces Dylan soltó a Risse y estalló en otro grito de alegría.

71

FAMILIA

Dylan

Cuando al fin pudimos despedirnos de los demás entre gritos de felicidad, risas y promesas de celebrar al día siguiente el cumpleaños de Noah todos juntos, nos fuimos de allí.

Durante el camino se puso tan nervioso que me hizo parar el coche para vomitar. Y después de un par de intentos, una botella de agua y un chicle para lavarse la boca, llegamos a la casa de sus padres. Por el jaleo que se escuchaba desde el coche, toda su familia nos estaba esperando.

—No sé si podré, no sé si…

—Noah, no hay por qué decirlo hoy, no pasa nada.

Desde el día en que resolvimos nuestra tensión sexual, habíamos dormido juntos a diario. Y, después de varios meses así, Noah me dijo que no lo soportaba más. Que odiaba ir a clase y no poder tocarme, fingir que todo estaba como siempre, porque, bueno, nada estaba igual. Pero todo estaba mejor. Yo había respetado sus tiempos, controlando mis gestos de cariño y solo correspondiendo a los suyos cuando se sentía cómodo para tocarme en público.

El día que, después de ganar un partido, se puso tan feliz que no lo pudo contener y me plantó un beso en los morros en el vestuario, todos nuestros compañeros se quedaron de piedra y él, como un tomate, se empezó a hacer pequeño. Pero me planté entre él y los demás y, con los puños apretados, levanté la cabeza con orgullo.

—¿Alguien tiene algún puto problema? —les dije.

—No, tío.

—Ya era hora.

—Esto olía desde hacía tiempo.

Y más frases así de indiferencia total fueron poco a poco esparciéndose por el vestuario, hasta que nadie nos prestó atención. El único que se acercó a darnos un abrazo con sonrisa completamente sincera fue Owen. Sabía que

Noah se llevaba especialmente bien con él y, desde que apareció Risse, había cambiado ligeramente la relación entre ellos. Pero, después de ese momento, todo volvió a la normalidad.

Desde ese día, Noah fue él mismo en el instituto y, de vez en cuando, se animaba y se ponía cariñoso. Cuando se dio cuenta de que nadie le prestaba atención a algo así porque era totalmente normal, decidió que era el momento de decirlo en su casa.

Pero el miedo al rechazo de su familia eran palabras mayores y, aunque había nacido de él, yo le había insistido en que podía esperar. Me miró y los ojos le brillaron, le cogí la mano y se la estreché.

—De verdad, puedo esperar —insistí.

—Eres demasiado bueno conmigo… —murmuró.

Y me acercó para besarme allí, en mitad del jardín de sus padres. Llevábamos unos instantes comiéndonos la boca cuando escuché la puerta abrirse y nos giramos para ver a uno de sus hermanos pequeños mirándonos. Noah y yo nos quedamos de piedra, respirando con agitación. Antes de que pudiera decir nada, el niño se giró hacia dentro y gritó:

—¡Mamá! ¡Noah y Dylan ya están aquí, solo se estaban besando en el jardín!

—Ay, Dios mío —gimió él.

Su madre se asomó, dándole un capón al pequeño con un trapo que llevaba en la mano. Nos fulminó con la mirada.

—¡Noah Roberts! ¡¿Llegas tarde a la cena de tu propio cumpleaños?! ¡Y no te dignas ni a avisar!

—Lo siento, mamá.

—¡Ya estás entrando cagando leches! ¡Tus sobrinos tienen que irse a dormir pronto y tu hermano está esperando para acostarlos! ¡Venga!

—Sí, mamá —se quejó él, pasando dentro de la casa.

Yo caminé tras él, escuchando cómo su familia le recibía como siempre, sin hacer mención alguna a lo que su hermano pequeño les había hecho saber a todos a voces (y que seguía haciendo, por lo que llegaba a escuchar).

Su madre me detuvo un momento en la puerta.

—Dylan, ¿entonces estáis saliendo? —me preguntó seria. Yo miré hacia dentro, donde Noah cogía a sus sobrinos en brazos mientras con las manos llenas de tomate le pintaban toda la cara al grito de «tito Noah».

La miré a los ojos, que eran iguales que los de su hijo, y asentí con rotundidad.

—Lo quiero más que a nada en la vida —confesé.

Me examinó el rostro con el ceño fruncido y, al ver que no me echaba para

atrás, sonrió, encogiéndose de hombros. Me pasó un brazo por detrás de la espalda y me empujó ligeramente hacia dentro.

—Esta siempre ha sido tu casa, querido.

—¿No le parece mal? —Ante la pregunta, levantó una ceja—. Noah tenía tanto miedo de esto…

—¿Sabes qué era lo que hacía mi hijo cada vez que íbamos a comprar después del incendio de tu casa? —La pregunta me pilló por sorpresa y negué con la cabeza—. Teníais seis años, pero él solo decía: «Compramos esto para Dylan. Mamá, esto lo necesitará Dylan. ¿Podemos darle esto a Dylan?». Todo eras tú, no quería nada para él. Si pedía algo por su cumpleaños, eran cosas para jugar contigo o algo que pudierais hacer juntos. Nunca quiso nada para él, nada más que tu felicidad.

Esas palabras se me clavaron en el alma, sentí que algo se me atravesaba en la garganta y cómo los ojos amenazaban con llenarse de lágrimas. Me obligué a respirar hondo y, aclarándome la voz, conseguí decir:

—No lo sabía.

—Pero yo sí que sabía que mi hijo te quería. —Sonrió—. Demasiado para ser solo un amigo. Así que solo me puede enfadar que hayáis tardado tanto tiempo en daros cuenta. Ven, vamos a cenar.

Entré en la casa que me acogió el día que mis padres fallecieron y me reuní con esa increíble familia, que ahora sería oficialmente la mía.

72

SORA SAKURAI

Anya

Al día siguiente, celebramos el cumpleaños de Noah todos juntos. Kendall me había regalado un viaje a Roma durante quince días para nuestra luna-no-luna de miel, como Noah decía. Nos iríamos la próxima semana y volveríamos antes de la apertura oficial de su nueva academia.

Durante la cena, nos informaron de que su relación ya era completamente oficial y que la familia de Noah no había hecho ni tres cuartas partes del drama que se había montado él en la cabeza.

Me hizo tan feliz verlos hablar de ello con una sonrisa desenfadada que pensaba que me dolería la cara de tanta ilusión.

Al repasar cómo había comenzado el año, advertí que jamás habría podido imaginar que terminaría así, rodeada de la gente más increíble, con el amor de mi vida y todo un proyecto juntos.

Miré la mano de Kendall y su anillo brilló mientras le explicaba algo a Jason, sentado a su lado. Entonces caí en la cuenta de que había algo que no le había llegado a preguntar. La sombra de una sospecha que quedó perdida entre las emociones de muchas otras cuestiones.

Cuando terminó de hablar, le cogí la mano y, acariciando el anillo, comenté:

—¿Sabes? En la partida interminable de ajedrez, yo jugué negras. ¿Te has quedado tú con mi color y yo con el tuyo?

Kendall frunció el ceño y sonrió de medio lado.

—No, me temo que nunca seré rival para ti en el ajedrez.

—¿De verdad? Estaba segura de que eras tú contra quien jugaba. Una vez le escribí a Sora y vi cómo te sonaba el teléfono.

—Pues fue una coincidencia brutal, porque no soy yo —dijo, besándome la nariz con ternura—. Aunque me gusta que me consideres tu rey, para mí tú eres mi reina.

Jason se inclinó hacia delante, preguntando a voz en grito:

—¿Has dicho Sora?

—Sí —respondí—. Ha sido la partida más épica de mi vida. Si no es Kendall, ahora siento curiosidad por saber quién es.

A Jason se le desencajó la mandíbula.

—Quizá sea demasiada coincidencia, pero… tengo una… —se pensó qué decir— amiga —asintió para sí mismo, no muy convencido de ello— que juega a la aplicación de ajedrez desde este año y que se llama Sora.

Solté los cubiertos en el plato, pero no fui la única. Ozzy hizo lo mismo, dos asientos a mi izquierda frente a nosotros.

—Sora no será una chica de tu edad, con el pelo largo y del mismo color que el mío, ¿verdad? —Jason se quedó rígido, mirándole—. ¿Hace horas extra en la biblioteca del campus privado? ¿Entrena boxeo y tres artes marciales más?

—Ehm…, eh… —comenzó a balbucear el pelirrojo. Ozzy cerró los puños. Cogió el teléfono y le enseñó una foto. Era la misma chica de aquella cita a la que le acercamos una vez.

—Ay, mi madre —espetó. Kendall lo miró alucinado. Él la reconocía también, era la misma chica que había estado a su lado cuando ingresaron a su padre.

—Jason Reed. —Ozzy clavó el cuchillo en la mesa, para sorpresa de todos. El aludido se tensó—. Dime que no te has follado a mi hermana.

—No, no, ella se apellida Sakurai —dijo con las manos levantadas. Ozzy se levantó de un brinco.

—¡Sabes de sobra que Ozzy es un mote! ¿Es que no conoces mi nombre real a estas putas alturas?

Todos nos quedamos en silencio, Jason parecía ir a cortocircuitar. Casi se le veía el humo salir por las orejas.

—Me parece que no se acuerda —comentó en un susurro Kendall.

Ozzy estampó las manos sobre la mesa y salió en dirección hacia Jason. Este tiró la silla al suelo y huyó corriendo del local.

—¡Te mato, maldito duende irlandés!

—¡Te juro que no he hecho nada!

Después de un silencio más que incómodo que se extendió por todo el restaurante y que pareció romperse al salir ambos por la puerta principal, nos miramos entre nosotros con un sinfín de expresiones cruzando nuestros rostros.

—Pues se ha quedado buena noche —comentó Noah.

Y todos rompimos en una carcajada contenida.

EPÍLOGO

Unas semanas después

—Adelante —dijo la voz al otro lado de la puerta.

La sala redonda del gran líder de la Bratva me recibió con todos sus matones allí, repartidos por la amplia habitación como estatuas guardianas. Rígidos y estoicos, con las manos demasiado cerca de sus pistolas. Sonreí de medio lado. Nosotros éramos seis, llevábamos pistolas, claro, pero yo tenía también mi katana colgando del cinturón.

—Iwatetsu, ¿a qué debo el honor? —inquirió el señor Korolov levantándose de su cómoda butaca para recibirme.

—Antes que nada, felicidades por el compromiso de su hija —respondí haciendo una leve inclinación de cabeza—. Y por el notable éxito de su hijo.

—Gracias —respondió, desconfiando.

—Pero ojalá estuviera aquí por temas felices como proyectos y bodas —seguí hablando—. Según tengo entendido, mis hombres han encontrado una… pequeña infracción de nuestros acuerdos.

—¿Infracción?

—Sí. —Me crucé de brazos y ladeé la cabeza—. Es eso que pasa cuando alguien no cumple con una promesa. Y, en este caso, cuando alguien no deja su culo dentro de las zonas que habíamos acordado.

—Cuidado con tus palabras, jovencito.

—No me tome por un hombre blando, señor Korolov —advertí—. No lo soy. Esta solo es una visita de advertencia.

Isay sacó una pistola y me apuntó al mismo tiempo que yo desenvainaba la katana y la dejaba rozando su cuello. Una gota de sangre se vertió por el filo de la espada y también por su piel.

Todos los demás sacaron sus armas y se apuntaron unos a otros. Pero Isay levantó la mano que tenía libre.

—Bien —dije—. Vamos a hacer lo siguiente: vais a sacar a esos hombres de la zona de los yakuza. O el tratado de paz que nos ha mantenido felices los últimos diez años gracias a los acuerdos que cerró Kendall con Kova se irán a la mierda. Y estallará una guerra. —Alcé las cejas al ver que él las frunció todavía más—. ¿Me he explicado con claridad?

—¿Piensas que voy a dejarte salir de mi casa después de amenazarme, señor Sakurai?

—Sí, por supuesto que lo creo. —Retiré la katana de su cuello y la enfundé

con un solo gesto—. Porque, si no vuelvo a mi casa esta noche, mis hombres no solo los masacrarán a usted y a todos los que hay aquí, sino que harán trizas a su familia.

Después de un silencio de unos minutos durante el cual quedó más que clara mi amenaza, me giré sobre mis talones y salí de la Guarida.

***

Un par de horas después, en casa, me duché para quitarme el tinte temporal de color negro que me ponía en el pelo para ocultar mi rubio teñido durante años, que apareció de nuevo. Me aseguré de que no quedaban restos por mi cara o cuello y, colocándome algo de ropa, volví a la habitación.

Allí, sobre una cama que habíamos tenido que pedir a medida, estaban las personas que me habían colmado de dicha. Las personas que no sabían quién era yo en realidad. Y que, con algo de suerte, no tendrían que saberlo jamás.

—¿Ozzy? —susurró una voz preciosa y adormilada.

—Estoy en casa —dije inclinándome sobre Leah y besando esos carnosos labios que me habían traído al paraíso y a mi mayor perdición.

Fin.

ÍNDICE

PRELUDIO
RECUERDOS PERDIDOS
1
PRIMER DÍA
2
EMPIEZA LA PARTIDA
3
IR DE FIESTA
4
ESCAPAR
5
TÍTULOS, NORMAS Y RETOS
6
UNA DE CAL Y UNA DE ARENA
7
RUPTURAS E INICIOS
8
CAMBIOS
9
PROHIBIDO
10
FALSAS Y MACARRAS
11
LOS TÍOS DEL BÉISBOL
13
COSA DE PELÍCULAS
14
FIN DE SEMANA DE CHICAS
15
TÚ ERES MI SALVACIÓN
16
BESOS Y DUDAS
17
EL PODER DEL HEAVY METAL
18

SORPRESAS
19
SIN MENTIR
20
PERDERTE
21
PERDERME
22
EL TIEMPO SIN TI
23
CAPRICHO DE CUMPLEAÑOS
24
DEPENDENCIA
25
ANYANAR, LA ALTA ELFA
26
NO SE LO CUENTES
27
TRIBUTO PARA LA ELFA
28
CITA Y FOTOGRAFÍA
29
ALMA GEMELA.
30
LOS KOROLOV
31
¿FELIZ CUMPLEAÑOS?
32
RECLAMARME
33
CRUZANDO LA LÍNEA
34
ÚLTIMA LÍNEA
35
LA VERDAD
36

TIEMPO CONTIGO
37
COMPLEJIDAD DEL CORAZÓN
38
MAFIOSO
39
ABRAZANDO LA OSCURIDAD
40
COMPLEJIDAD DEL CORAZÓN
41
CASA RURAL
42
NIEVE Y AMIGOS
43
TODO ESTÁ BIEN
44
VIKINGO
45
SE AVECINA TORMENTA
46
TRÉBOL DE CUATRO HOJAS
47
PROMESAS
48
LA VERDAD
49
INESPERADO PERO BIENVENIDO
50
VUELTA A LA REALIDAD
51
LO QUE SOMOS
52
CORAZÓN ROTO
53
PROBLEMAS
54

SINCERIDAD
55
SORORIDAD
56
PLANIFICACIÓN
57
PESADILLAS
58
MUÑECA RUSA
59
JUGADA DEFINITIVA
60
SANGRE
61
VALOR
62
CONFIANZA
63
LAS TINIEBLAS DE MI PASADO
64
MI SALIDA DEL INFIERNO
65
NECESITARTE
66
ACEPTARME
67
YO TE CUIDO
68
NOCHEVIEJA
69
TUS CANCIONES
70
NO HAY FINALES FELICES SIN PERDICES
71
FAMILIA
72

SORA SAKURAI
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

AGRADECIMIENTOS

Quiero hacer una mención muy especial a mi pareja, por hacerme saber lo que se siente cuando alguien te mira fijamente desde encima de un escenario.

También quiero agradecer de corazón a Bego, por haber sido la primera en leer, creer y emocionarse con este proyecto hasta las lágrimas. Sin ti, probablemente se habría quedado guardado en un cajón. Salir de mi zona de confort no ha sido fácil, pero contigo ha sido toda una aventura.

Gracias a mis lectoras beta —Estefi, Zoraida, Deborah, Paula e Iris— por la pasión con la que habéis leído esta novela. Por vuestros matices, vuestros gritos y vuestros comentarios. Y, sobre todo, por dejarme claro desde el principio quién era vuestro favorito. Sois las mejores lectoras que podría haber deseado.

No puede faltar un enorme agradecimiento a Ediciones Arcanas, que, como siempre, ha sabido darle a esta historia la calidad que merecía.

Y, por supuesto, gracias a ti, que tienes este libro entre las manos. No dudes en escribirme por redes sociales y contarme todo lo que quieras compartir conmigo… especialmente cuál ha sido tu personaje favorito.



Lydia Santana nació en Valencia, en 1989, y es panadera de oficio.

Su insaciable mente creativa nunca ha dejado de soñar. A los doce años comenzó a crear personajes e historias que permanecieron durmiendo en un cajón, hasta que decidió rescatarlos durante el confinamiento. Su propósito era relatar una historia épica y compartirla con los demás, como regalo especial para esas grandes amistades que se cruzaron en su camino y le marcaron el alma.

El mundo de Heimdhurim tiene al menos cuatro novelas planeadas, pero la forja de su mente siempre está fraguando algo más.

Instagram: Ly_santana.martinez